

**ROCK & LOVE
CONCERT**



**BACKSTAGE
PASS**

**TODD EN
UNA NOCHE!**

KYLIE SCOTT

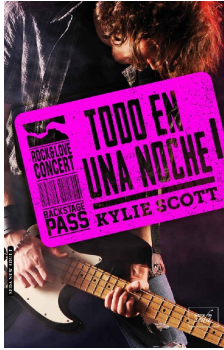
SEDA NEW ADULT





Copyright foto: © Jenny Ruddle Photography

Kylie Scott es autora de *best sellers* del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.



Sinopsis *Todo en una noche, Stage Dive 1*, de Kylie Scott

Casada sin preaviso: ¿y él es una estrella de la música?

Los planes de Evelyn Thomas para celebrar su veintiún cumpleaños en Las Vegas eran increíbles. Lo más. Pero en ellos no estaba despertar en el suelo de un cuarto de baño con una resaca peor que la peste negra y junto a un atractivo desconocido tatuado, además de con un diamante en el dedo anular que hubiera asustado al mismísimo King Kong. Si al menos pudiera recordar cómo sucedió todo... Una cosa está clara: amanecer casada con una estrella del *rock* promete ser duro.

Todo en una noche, libro 1 de la serie *Stage Dive*

Título original: *Lick, Stage Dive 1*

Copyright © 2013, 2014 by Kylie Scott

© de la traducción: Cristina Bracho Carrillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

[@librosdeseda](https://twitter.com/librosdeseda)

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Payo Pascual

Conversión en epub: Booqlab

Imágenes de la cubierta: © Stokkete/Shutterstock

Primera edición digital: enero de 2017

ISBN: 978-84-16550-95-1

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

**TODO
EN UNA NOCHE**

Libros de
seda

*Para Hugh.
También para Mish, que quería algo sin zombis.*

CAPÍTULO 1

Amanecí tirada en el suelo del cuarto de baño, con el cuerpo entero dolorido y un sabor de boca espantoso, además de la sensación de estar deshecha. ¿Qué diablos ocurrió anoche?

Lo último que recuerdo es la cuenta atrás hasta las doce con la emoción de cumplir veintiún años (¡por fin una adulta hecha y derecha!). También me acuerdo de bailar con Lauren y creo que hablé con algún tipo, pero después de eso... ¡Bang! Entró en plena acción el tequila. Una fila larguísima de vasos de chupito con sal y limón a ambos lados.

Lo que decían sobre Las Vegas era cierto: aquí suceden cosas malas, terribles, y yo ahora solo quería hacerme una bola y morir. Por Dios bendito, ¿en qué estaba pensando para beber de aquella manera? El mero hecho de emitir un quejido me produjo palpitaciones. No contaba con este dolor en mis planes de diversión.

—¿Te encuentras bien? —escuché que me preguntaba una voz masculina profunda y agradable. Demasiado agradable. Un escalofrío me recorrió a pesar del malestar que me atenazaba; mi pobre cuerpo roto y revuelto en lugares que ni siquiera sabía que existían.

—¿Vas a vomitar otra vez? —repitió.

Oh, no. Abrí los ojos y me incorporé, echando a un lado mi pelo grasiento. Contemplé su rostro borroso frente a mí y me tapé la boca. El aliento debía de olerme a rayos.

—Hola... —murmuré.

Poco a poco sus rasgos cobraron forma. Era superatractivo, guapísimo, y por algún motivo me resultaba vagamente familiar. Pero no, no podía ser. Jamás había conocido a alguien así.

Parecía más cerca de los treinta años que de los veinte. Y no me cabía duda de que se trataba de un hombre, no ningún muchacho.

El pelo largo y oscuro le bajaba por las patillas y le caía sobre los hombros; y los ojos, de un azul intenso, sencillamente no eran de este mundo, aunque a decir verdad me habría quedado igual de embelesada si no los tuviera tan brillantes. Me parecían increíbles incluso con las venas rojas fruto del cansancio. Llevaba un brazo cubierto de tatuajes, al igual que la mitad de su pecho desnudo. Lucía un pájaro negro en el cuello, con la punta del ala extendida hasta la oreja.

Yo llevaba un bonito vestido blanco, ese que Lauren había insistido en que me pusiera, aunque ya se veía bastante sucio. Me costó decantarme por esta opción tan atrevida porque me ocultaba algo el pecho, pero el guaperas me superaba enseñando carne: solo vestía unos *jeans*, unas botas negras llenas de rasguños, un par de pendientes plateados y un vendaje medio suelto en el brazo.

Los pantalones le sentaban tan bien... Eran de talle muy bajo, extremadamente sugerentes, y se le ajustaban en los sitios adecuados. Ni siquiera mi monstruosa resaca me negaba aquella fantástica escena.

—¿Quieres una aspirina? —me ofreció.

Creo que me lo estaba comiendo con los ojos. Le observaba fijamente y él me devolvía una sonrisa cómplice y traviesa.

—Sí, por favor.

Se puso una maltrecha cazadora de cuero negro que recogió del suelo; por lo visto, esa prenda me había servido de almohada. Menos mal que no vomité ahí. Claramente, este maravilloso hombre semidesnudo me había visto en todo mi esplendor vomitando varias veces. Definitivamente me quería morir de la vergüenza.

Vació el contenido de los bolsillos y depositó uno por uno los objetos sobre las frías baldosas blancas del suelo: una tarjeta de crédito, varias púas de guitarra, un teléfono móvil y un puñado de condones, que por un instante me dejaron sin aliento hasta que un montón de trozos de papel con números garabateados cayeron al suelo y desviaron mi atención. Se ve que el tipo era el señor Popularidad, pero, eh, yo lo entendía perfectamente. Lo que no me explicaba era qué hacía allí conmigo.

Al final consiguió sacar un pequeño bote de analgésicos. Qué alivio. Me daba igual lo que acababa de ver y quién era: solo por eso ya le amaba.

—Debes hidratarte —me dijo, y llenó un vaso de agua en el lavabo. El baño era muy pequeño, apenas cabíamos los dos.

Dada nuestra situación económica, se trataba del mejor hotel que nos podíamos permitir Lauren y yo. Ella vino decidida a celebrar mi cumpleaños con estilo, pero mis verdaderas intenciones diferían mucho de las suyas; sin

embargo, y a pesar de la presencia de mi atractivo amigo, no me cabía duda de que había fracasado: no notaba nada en la entrepierna. Me habían dicho varias amigas que las primeras veces dolía (la primera, en concreto, bastante), pero probablemente mi vagina era la única parte de mi cuerpo que no me daba punzadas.

Con todo, eché un vistazo disimulado a mi vestido. Aún podía ver un trozo de plástico escondido en una esquina del sujetador. Lo llevaba ahí porque de esa manera jamás me pillaría desprevenida, pero el preservativo seguía de una pieza. ¡Qué decepción...! O no. Porque si por fin hubiera sonado la campana, por decirlo de alguna manera, y no recordaba nada, sería terrible.

El chico me tendió el vaso de agua y me dejó dos pastillas sobre la palma de la mano. Después volvió a su posición inicial para seguir observándome. Su persona desprendía un carisma al que no estaba acostumbrada.

—Gracias —contesté, y me tragué la aspirina.

El estómago emitió una serie de ruidos. Estupendo, Ev, esto es muy femenino.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó.

Su boca perfecta dibujó una sonrisa como si compartiéramos una broma íntima. Solo que la broma era yo.

Dada mi situación actual, solo podía quedarme mirándolo. Era demasiado para mí. Su pelo, su cara, su cuerpo, esos tatuajes... Todo en conjunto. Alguien debía inventar una palabra en superlativo para describirlo tal y como se merecía.

Al cabo de una larga pausa caí en la cuenta de que esperaba una respuesta mía. Asentí, reacia a liberar mi aliento mañanero, y esboqué mi mejor intento de sonrisa. Penoso.

—Muy bien, me alegro —contestó.

Desde luego, era muy atento. No sabía qué había hecho para merecer tanta amabilidad. Si me lo había llevado a la habitación con promesas de sexo y yo había pasado la noche entera con la cabeza metida en la taza del váter, sin duda tenía derecho a sentirse decepcionado. Quizá tenía la esperanza de que ocurriera por la mañana. ¿Era eso? Sí, esa parecía la única explicación plausible por la que aún estaba conmigo.

En condiciones normales le consideraría muy lejos de mis posibilidades, y aunque fuera por mantener íntegro mi orgullo, también a años luz de mi prototipo de hombre ideal.

A mí me gustaban decentes y limpios; los tipos malos estaban muy sobrevalorados. Dios sabe cuántas muchachas he visto abalanzarse hacia mi hermano a lo largo de los años. Él siempre aprovechaba la ocasión si le interesaba lo que le ofrecían, y después simplemente seguía con su vida. Los hombres malos no buscan relaciones serias, aunque tampoco es que yo anoche quisiera echarle a alguien el lazo, tan solo pretendía tener una experiencia sexual positiva, algo que borrara el recuerdo de Tommy Byrnes enloqueciendo por una mancha de sangre en el asiento de atrás del automóvil de sus padres. Por Dios, qué recuerdo tan horrible.

Al día siguiente el muy imbécil me sustituyó por una del equipo de atletismo que me llegaba por la cintura. Además, intentó ofenderme propagando ciertos rumores sobre mí, pero yo no me había vuelto más arisca ni retorcida con el sexo opuesto por eso.

Pero ¿qué demonios pasó anoche? Mi cabeza seguía inmersa en un desastre caótico y los detalles se dibujaban vagos e incompletos.

—Deberías comer algo —me dijo—. ¿Quieres que pida pan tostado o algo para desayunar?

—No.

Pensar en comida me ponía enferma. Ni siquiera me apetecía un café, y siempre suelo tener ganas de un buen café. Me vi tentada de buscarme el pulso por si estaba muerta, pero en lugar de eso me llevé las manos a la maraña de pelo y me lo aparté de los ojos.

—No. ¡Au!

Los mechones se engancharon en algo y noté un tirón.

—¡Mierda! —dije, sin poder moverme.

—Espera.

Tendió la mano hacia mí y desenredó el pelo cuidadosamente de lo que fuera que lo estaba reteniendo.

—Ya está —se levantó complaciente.

—Gracias.

En ese momento percibí un destello en mi mano izquierda que me llamó la atención al instante. ¿¡Un anillo!? Y no un anillo cualquiera, sino uno impresionante, maravilloso, reluciente.

—Oh, joder... —susurré.

No podía ser verdad. Era tan grande que rozaba lo grotesco, con una gema que, a juzgar por su tamaño, seguro que debía de haberle costado una fortuna.

Me quedé mirándolo perpleja, girando la mano para contemplarlo al trasluz.

El aro era grueso y macizo, y la gema centelleaba como si fuera el no va más. Solo como si lo fuera.

—Ah, sí. En cuanto a eso... —comenzó a decir. Se le veía un poco avergonzado por lo que lucía en mi dedo—. Si quieres devolverlo y cambiarlo por uno más pequeño, no pasa nada. Tenías razón, es demasiado grande.

Me asaltó de nuevo la sensación de que lo conocía de algo que no tenía nada que ver con la noche anterior, ni con esta mañana, ni con el anillo tan ridículamente bonito.

—Tú... ¿me has comprado esto? —pregunté.

Asintió.

—Anoche, en Cartier.

—¿En Cartier? —repetí con un suspiro—. ¿Por qué?

Se me quedó mirando un buen rato.

—¿No te acuerdas?

No quería contestar a esa pregunta.

—¿De cuántos quilates es? ¿De dos? ¿Tres?

—Cinco.

—Guau.

—¿Qué es lo que recuerdas exactamente? —preguntó. El tono se volvió más serio.

—Bueno... la verdad es que poco.

—Venga ya —contestó, frunciendo mucho el ceño—. Te estás quedando conmigo. ¿En serio no lo sabes?

¿Qué podía decir? Me había quedado con la boca abierta, apenas reaccionaba. Me faltaba demasiada información, pero hasta donde llegaban mis conocimientos, Cartier no se dedicaba a fabricar bisutería precisamente. Se me nubló la cabeza. Me subió una sensación muy desagradable por el estómago y noté el sabor de la bilis en mi garganta. Me encontraba mucho peor que antes, pero no pensaba vomitar frente a él. Otra vez no.

Dio una bocanada de aire, se le notaba que resoplaba por las fosas nasales.

—No me di cuenta de que habías bebido tanto —dijo—. Noté que ibas un poco borracha, pero... Mierda, ¿en serio? ¿No recuerdas cuando subimos en las góndolas del Venetian?

—¿En una góndola?

—Joder. ¿Ni tampoco cuando te compré una hamburguesa?

—Ay, lo siento...

—No, en serio —exclamó, mirándome con los ojos entornados—. Te estás

quedando conmigo, ¿verdad?

—Lo siento mucho.

Retrocedió y se alejó de mí.

—Dime la verdad, ¿no recuerdas absolutamente nada?

—No —contesté, tragando saliva con dificultad—. Perdona. ¿Qué hicimos anoche?

—¡Nos casamos, joder! —gruñó.

Esta vez no me dio tiempo de llegar hasta la taza del váter.

Decidí que me divorciaría de él mientras me lavaba los dientes, y mientras me enjabonaba el pelo ensayé el discurso que le soltaría, pero estas decisiones no se pueden tomar a la ligera (no como anoche, que me lancé de cabeza al matrimonio). Volver a tomar una decisión a lo loco estaría mal, sería absurdo.

O eso, o era una cobarde dándose la ducha más larga del mundo, y todo apuntaba a lo segundo. Valiente cagada, qué desastre. No sabía cómo afrontarlo. Casada, ¡yo! No me respondían los pulmones, estaba al borde de un ataque de pánico. Ya no podía ocultar las ganas de quitarme de encima ese marrón. Sin duda, vomitar en el suelo al instante le dio una gran pista de por donde empezar.

Gemí y me tapé la cara con las manos solo de recordarlo. Su mirada de asco me perseguiría hasta el fin de mis días.

Mis padres me iban a matar. Yo tenía planes, prioridades en la vida. Estudiaba arquitectura, como mi padre, y un matrimonio simplemente no encajaba en mi proyecto vital. Quizá dentro de diez o quince años sí, pero ¿casarme a los veintiuno? Ni en sueños. Ni siquiera había conseguido una segunda cita en años, y ahora llevaba un anillo en el dedo. No había por dónde cogerlo. Me había condenado yo solita. Y no podía esconderles esta locura.

O sí.

Quizá mis padres no lo descubrieran jamás. Con los años había adquirido la costumbre de no involucrarles en asuntos desagradables, innecesarios o sencillamente estúpidos, y ese matrimonio sin duda entraba en las tres categorías. De hecho, nadie tenía por qué enterarse. Si no lo contaba, ¿cómo se iba a saber? Era imposible. La respuesta resultaba tan lúcida como sencilla.

—¡Sí! —Exclamé y lancé un puñetazo al aire, descolgando la alcachofa de la ducha sin querer.

El agua salpicó por todas partes y me cegó los ojos, pero me daba igual: había encontrado la solución. Asunto concluido. Me llevaría el secreto a la

tumba. Nadie se enteraría jamás de mi tremenda irresponsabilidad ética.

Sonreí con alivio y el ataque de pánico descendió lo suficiente como para permitirme respirar. Oh, gracias a Dios, todo iría bien. Tenía un nuevo plan para volver a mi vida normal. Fantástico. Sacaría fuerzas, le miraría a la cara y dejaría las cosas claras. Las personas de veintiún años con planes de futuro por delante no se casan con completos desconocidos en Las Vegas, ni siquiera con los guapos. Todo iría bien, él lo entendería. De hecho, también probablemente estuviera ahí fuera pensando en la forma más rápida de quitarse de en medio y huir.

El diamante brillaba en mi mano. No era capaz de quitármelo todavía, parecía un árbol de Navidad: poderoso, brillante y reluciente. Aunque ahora que lo pensaba, mi marido temporal no tenía pinta de ser precisamente rico, con esa cazadora y esos *jeans* desgastados. ¿Quién era? Por lo pronto, era todo un misterio...

Un momento. ¿Y si estaba metido en algo ilegal? ¿Y si me había casado con un criminal? El pánico regresó con fuerza y se cobró su venganza. Se me revolvió el estómago y sentí de nuevo palpitations en la cabeza. No sabía absolutamente nada sobre la persona que me esperaba ahí fuera, en la habitación, ni lo más mínimo. Le eché del cuarto de baño sin preguntarle siquiera cómo se llamaba.

Llamaron a la puerta y me sobresalté.

—¿Evelyn? —Oí su voz, demostrando que al menos sabía mi nombre.

—¡Un momento!

Cerré el grifo y salí de la ducha, envuelta en una toalla lo suficientemente ancha como para cubrirme, pero el vestido estaba manchado de vómito, así que quedaba descartado volver a ponérmelo, al menos delante de él.

—Hola —dije, abriendo la puerta del baño.

Estaba de pie frente a mí. Me sacaba media cabeza y yo no era bajita, ni mucho menos. Me di cuenta de que su presencia me intimidaba bastante, al ir solo con una toalla. Independientemente de lo que hubiera bebido la noche anterior, le seguía viendo muy atractivo, todo lo contrario que yo, pálida, mortecina y con el pelo mojado pegado en la cara. Las aspirinas no me habían hecho efecto. Aunque, claro, las había vomitado.

—Oye... —dijo sin mirarme a los ojos—. No te preocupes, me encargaré de todo, ¿de acuerdo?

—¿Encargarte?

—Sí —aseguró, evitando todo contacto visual. Al parecer, la moqueta verde

del hotel le apasionaba—. Mis abogados lo solucionarán todo.

—¿Tienes abogados?

Claro, todos los criminales los tenían. Mierda.

—Sí. No tienes que preocuparte de nada, te enviarán todo el papeleo o lo que haga falta. No sé cómo va esto.

Me lanzó una mirada de irritación, con los labios muy apretados, y se puso la cazadora de cuero sobre el pecho desnudo. Su camiseta seguía colgada del borde de la tubería, secándose. Supongo que en algún momento de la noche la mancharía con mi borrachera. Espantoso. Si estuviera en su lugar, me divorciaría al momento, sin pensármelo dos veces.

—Ha sido un error —dijo, verbalizando mis pensamientos.

—Vaya.

—¿Qué? —dijo, y en ese momento me miró fijamente a los ojos—. ¿No piensas lo mismo?

—Sí, sí. ¡Vaya que sí! —intenté aclararle.

—Eso pensaba. Supongo que te di mucha pena anoche, ¿eh? —se pasó una mano por el pelo y se acercó a la puerta—. En fin, cuídate.

—¡Espera!

Intenté sacarme el estúpido y maravilloso anillo del dedo, sin éxito. Tiré y le di vueltas, sometiéndolo por la fuerza hasta que al final cedió y me dejó el nudillo casi en carne viva. Me hice un rasguño. Otra mancha más en una sórdida historia de amor.

—Toma. —Se lo tendí.

—Por el amor de Dios —miró con el ceño fruncido a la gema que brillaba en la palma de mi mano. Parecía tomárselo como una ofensa personal—. Quédatelo.

—No puedo. Ha tenido que costarte un dineral.

Se encogió de hombros.

—Por favor... —rehusó, con un ademán.

Se lo extendí con la mano temblando, deseando librarme de la prueba de mi estupidez ética.

—Es tuyo. Llévatelo.

—No.

—Pero... —dije, y me quedé sola hablando.

Sin mediar palabra, salió hecho una furia y dio un portazo. Las paredes vibraron con la fuerza del golpe.

Guau.

Dejé caer la mano. Desde luego el chico tenía carácter, aunque no le hubiera provocado. Me encantaría poder recordar lo que pasó entre nosotros, cualquier indicio me habría bastado.

De repente sentí un picor en la nalga izquierda. Me incliné todo lo que pude con un gesto de dolor, rascando con cuidado la zona. Por lo visto, no solo había perdido la dignidad, sino que también me debí de haber raspado el trasero en algún lugar, golpeado contra algún mueble o tropezado con mis flamantes tacones nuevos, esos tan caros que Lauren quiso que me comprara porque pegaban con el vestido y que ahora se hallaban en paradero desconocido. Recé por no haberlos perdido, aunque nada me sorprendería a estas alturas, sobre todo después de un matrimonio.

Regresé al baño con el vago recuerdo de un zumbido y una risa que me retumbaba en la oreja, de la voz de... por cierto, ¿cómo se llamaba?... susurrándome al oído. Era absurdo.

Me di la vuelta y levanté la toalla, poniéndome de puntillas frente al espejo para explorar mi trasero. ¿Qué era eso? Había tinta negra y la piel estaba enrojecida.

Me quedé sin respiración.

Una palabra en la nalga izquierda. Un nombre: *David*.

Vomitó automáticamente sobre el lavabo.

CAPÍTULO 2

Lauren, a mi lado en el avión, jugaba con mi iPhone.

—No entiendo cómo puedes tener un gusto musical tan pésimo. Somos amigas desde hace años, ¿es que no has aprendido nada de mí?

—A no beber tequila.

Puso los ojos en blanco.

Se encendió la señal del cinturón. Una voz muy educada nos pidió que enderezáramos el respaldo de nuestros asientos porque aterrizaríamos en pocos minutos. Me terminé el asqueroso café del avión con una mueca de asco, aunque lo cierto es que no existía cantidad de cafeína posible que pudiera mejorar aquel día. No se trataba de una cuestión de calidad.

—Hablo totalmente en serio —dije—. No pienso volver a poner un pie en Las Vegas en lo que me queda de vida.

—Estás exagerando un poco.

—En absoluto, señorita.

Había encontrado a Lauren en el motel apenas dos horas antes de que saliera nuestro vuelo. Pasé el rato empaquetando mi escaso equipaje una y otra vez, en un intento de poner mi vida en orden. Ver a Lauren sonreír me ayudaba, aunque tuvimos que pegarnos una buena carrera para llegar a tiempo al aeropuerto.

Me contó que mantendría el contacto con el guapo camarero que había conocido. Ella siempre tenía mucho éxito con los hombres; yo me encasillaba más bien como «la amiga de la guapa», la flor del jardín de calidad estándar. Mi plan de echar un polvo en Las Vegas había sido un intento deliberado de escapar de dicha categoría. Al menos esa era la idea.

Lauren estudiaba economía y era preciosa, por dentro y por fuera. Yo era más bien «difícil de mover», por eso me esforzaba en caminar mucho por

Portland e intentaba no probar ninguna tarta del escaparate de la cafetería en la que trabajaba. Me mantenía en mi peso, con mi cinturita, aunque mi madre me seguía echando discursos sobre la necesidad de cuidar la línea, y me mataba si me veía echar azúcar al café, aunque tampoco me iban a estallar los muslos, ni nada parecido.

Volviendo al tema, Lauren tenía tres hermanos mayores y sabía cómo tratar a los hombres. Nada la intimidaba, mi amiga desprendía encanto. Yo tenía un hermano mayor, pero no estaba con él más allá de las vacaciones familiares. Desde que dejó una nota y se fue de casa de nuestros padres hace cuatro años, no le volví a dirigir la palabra. Nathan tenía muy mal carácter y un don natural para meterse en problemas. Fue el malo del instituto, siempre metido en peleas y saltándose las clases. Realmente echar la culpa de mi fracaso con los hombres a la inexistente relación con mi hermano era patético. Así que decidí atribuirme a mí misma, exclusivamente, el mérito de mis carencias con el sexo opuesto.

—Escucha esto.

Lauren me enchufó los auriculares en su teléfono móvil y el sonido de las guitarras eléctricas me taladró el cráneo, provocándome un dolor punzante. La cefalea volvió a aparecer en mi terrible existencia. Estaba segura de que se me había derretido el cerebro y había quedado reducido a un charco de líquido sanguinolento. Me arranqué los auriculares con la poca energía que tenía.

—No, por favor... Ahora no.

—¡Pero si son los Stage Dive!

—Muy bien, suenan estupendamente —le dije, cerrando los ojos y apoyando mi cabeza atrás—. Pero mejor en otra ocasión.

—A veces me preocupas, quiero que lo sepas.

—¿Qué hay de malo en escuchar música *country* bajita?

Lauren resopló y se ahuecó su pelo negro.

—La música *country* es atroz, da igual si suena alta o baja. Bueno, cuenta, ¿qué hiciste anoche, además de pasártelo fenomenal vomitando?

—Prácticamente lo has resumido todo.

Cuanto menos dijera, mejor. ¿Cómo podría explicárselo, si no? Aun así, me invadió la culpa y me revolví en el asiento. Sentí una punzada en la zona del tatuaje a modo de protesta.

Ni siquiera le había contado a Lauren mis intenciones de pasar una buena noche de sexo, porque habría querido ayudarme, y sinceramente no pienso que sea un tema como para necesitar ayuda más allá la presencia de la pareja sexual, claro. Pero seguro que mi amiga habría intentado endosarme a cualquier chico

atractivo prometiéndole mi facilidad para abrirme de piernas.

La quería mucho y no ponía en duda su lealtad hacia mí, pero era lo más indiscreto del mundo. Dio un puñetazo a una chica en quinto de primaria porque se había metido con mi peso, y desde entonces nos convertimos en inseparables. Siempre sabía de qué palo iba, y la mayor parte del tiempo lo agradecía, pero resultaba muy poco útil cuando se requería un poco de discreción.

Por suerte, mi estómago irritado sobrevivió a las turbulencias del aterrizaje. Solté un suspiro de alivio en cuanto las ruedas se posaron sobre la pista. Por fin en casa de nuevo, en la bella Oregón y la encantadora Portland. Jamás volvería a irme de aquí. El lugar era una gozada, con montañas a lo lejos y árboles en la ciudad. Seguramente exageraba un poco en mi intención de limitarme a vivir en el mismo lugar toda la vida, pero ¡sentaba tan bien estar en casa! La semana siguiente comenzaba unas prácticas importantísimas que mi padre me había conseguido moviendo algunos hilos, y también tenía que empezar a planear las clases del próximo semestre.

Todo iría bien, había aprendido la lección. Ya no pasaría de tres copas, ese era un buen número. Con tres podía coger el puntillo sin precipitarme directamente hacia el desastre. Jamás volvería a cruzar los límites y sería la misma de siempre: una persona organizada y estándar. Las aventuras no molaban, ya había tenido suficiente.

Nos levantamos y cogimos las bolsas de mano de los compartimentos superiores. Todo el mundo se amontonaba, deseosos por desembarcar.

Las azafatas nos dedicaron unas sonrisas muy calculadas a medida que avanzábamos por el pasillo y salíamos por el túnel. Pasamos el control de seguridad y nos encaminamos en masa hacia la salida. Nosotras solo llevábamos una bolsa de mano, así que no tuvimos que entretenernos en la cinta de equipaje. Me moría de ganas de llegar a casa. Más adelante se escuchaban *flashes*. Seguro que en el avión venía alguien famoso. Las personas que teníamos por delante se dieron la vuelta y yo también miré alrededor por si reconocía a alguien, pero no me sonaba ninguna cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Lauren, observando la multitud.

—No lo sé —contesté mientras me alzaba de puntillas, emocionada por tanto revuelo.

Entonces, de repente, sonó mi nombre por todas partes. Lauren abrió los ojos de par en par y yo me quedé con la boca apretada.

—¿Para cuándo esperáis al bebé? —Gritó una voz.
—Evelyn, ¿David viene contigo? —Alguien le siguió.
—¿Celebraréis una segunda ceremonia? —Y otro más...
—¿Cuándo piensas mudarte a Los Ángeles?
—¿Va a venir David a conocer a tus padres?
—Evelyn, ¿esto supone el fin de Stage Dive?
—¿Es cierto que os habéis tatuado el nombre del otro?
—¿Cuánto tiempo lleváis David y tú saliendo?
—¿Qué tienes que decir ante las acusaciones de que has provocado la ruptura de la banda?

Mi nombre y el de David se repetían una y otra vez entre una lluvia de preguntas interminables. Todo era un caos, una nube de ruido que apenas podía comprender. Me quedé inmóvil, boquiabierta, sin poder creer lo que sucedía mientras los *flashes* me cegaban y la gente me presionaba. El corazón se me iba a salir del pecho. Odiaba las multitudes, y ahora apenas podía vislumbrar la salida.

Lauren reaccionó antes. Menos mal.

Me colocó sus gafas de sol y me tomó de la mano para abrirme paso entre la multitud a codazo limpio. Todo se volvió borroso a mi alrededor por culpa de sus gafas graduadas; tuve suerte de no caerme. Corrimos por el bullicioso aeropuerto y salimos hasta subirnos en un taxi, saltándonos la cola. Alguien nos gritó, pero no hicimos ni caso.

Los *paparazzi* se acercaban cada vez más. Los malditos periodistas. Una situación surrealista, de no ser porque prácticamente los tenía encima.

Lauren me empujó hacia el asiento trasero del taxi. Me adentré gateando y me dejé caer en un intento de ocultarme. Ojalá hubiera podido desaparecer por completo.

—¡En marcha, rápido! —gritó Lauren al taxista.

El conductor le tomó la palabra al pie de la letra. Salió pitando del sitio y nosotras dimos trompicones en los asientos de vinilo agrietado. La frente me rebotaba contra el asiento de delante, menos mal que estaba acolchado. Lauren me puso el cinturón de seguridad y lo abrochó no sin dificultad. Las manos no nos respondían, todo se movía a trompicones.

—Bueno, di algo —dijo.

—Ehh... —No me salían las palabras. Me levanté las gafas de sol y las coloqué sobre mi cabeza, quedándome mirando al horizonte. Me dolían las costillas y sentía cómo me latía el corazón con fuerza.

—Ev... —Lauren me dio una palmadita en la rodilla con una sonrisita—. ¿Por casualidad no te habrás casado en Las Vegas?

—¿Yo...? Pues... creo que sí.

—Guau.

En ese momento me salieron las palabras a borbotones.

—Dios, Lauren, la he cagado muchísimo y no me acuerdo de nada. Solo sé que me desperté y él estaba allí, y después se enfadó un montón y ni siquiera puedo culparle. No sabía cómo contártelo. Incluso iba a hacer como que no había sucedido.

—No creo que eso sirva para nada.

—No.

—Pero no te preocupes. Así que te has casado.

Lauren movió la cabeza con la cara completamente relajada. Sin ira, sin reproches. Me sentí terriblemente mal por no haber confiado en ella. Nosotras lo compartíamos siempre todo.

—Lo siento —le dije—. Debería habértelo contado.

—Sí, deberías haberlo hecho. Pero no importa.

Se estiró la falda como si estuviéramos sentadas tomando el té.

—Bueno, ¿y quién es el novio?

—Creo que... David. ¿Se llama David? —me dije a mí misma.

—¿David Ferris, por casualidad?

Ese nombre me sonaba bastante.

—A lo mejor.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista, que no quitaba ojo del tráfico. Esquivaba los vehículos a una velocidad sobrenatural. Si me hubieran pedido que sintiera algo, habría sido miedo y náuseas. y un terror ciego, probablemente. Pero no sentía nada.

—Ev... —Lauren se dio la vuelta y echó un vistazo a los que nos seguían—. Aún no los hemos perdido. ¿Adónde quieres ir?

—A casa —contesté, pensando en el primer lugar seguro que me vino a la mente—. A casa de mis padres, quiero decir.

—Buena idea. Allí hay una valla protectora.

Lauren le pasó la dirección al taxista. Después me volvió a poner las gafas de sol.

—Déjatelas puestas.

Solté una risa áspera mientras veía cómo el mundo a mi alrededor se volvía borroso e indefinido.

—¿De qué me van a servir ahora?

—No lo sé —contestó, sacudiéndose su larga cabellera—. Pero la gente que se ve envuelta en estas situaciones siempre las lleva. Hazme caso.

—Ves demasiadas películas.

Cerré los ojos. Las dioptrías de las gafas de mi amiga no ayudaban con la resaca. De hecho, nada la disminuía, y todo era por mi maldita culpa.

—Siento no haberte contado nada, no pretendía casarme. Ni siquiera recuerdo cómo sucedió. Joder. Esto es un...

—¿Desastre?

—Sí, eso es.

Lauren exhaló un suspiro y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Tienes razón. —Posó una mano en mi pierna—. No deberías volver a probar el tequila en tu vida.

—Lo sé.

—¿Me haces un favor?

—Dime.

—No provoques la ruptura de mi grupo preferido.

—Oh, Dios mío —me levanté las gafas y fruncí el ceño con tanta fuerza que me dieron palpitations en las sienes—. Ya lo sé. ¡El guitarrista! ¡Es el guitarrista! Claro, de eso me sonaba.

—El guitarrista de Stage Dive —dijo—. Muy aguda.

David Ferris.

Llevaba años viéndole en un póster en la pared del dormitorio de Lauren, claro que también era la última persona con la que esperaba despertar en un baño o en cualquier otro lugar. ¿Cómo demonios no le había reconocido antes?

—Por eso se podía permitir aquel anillo —pensé en voz alta.

—¿Qué anillo?

Me revolví penosamente por el asiento y saqué aquella preciosidad del bolsillo de los pantalones, limpiándole las pelusas.

Lauren comenzó a temblar detrás de mí y ahogó una risa.

—¡Madre del amor hermoso, es enooooorme!

—Lo sé.

—Lo digo en serio.

—Ya.

—Que le den a todo, ¡me voy a mear en las bragas! —gritó, abanicándose la cara y dando saltos de emoción dando cabezazos en el respaldo—. ¡Vaya pedrusco!

—Lauren, para ya. Si las dos perdemos el juicio, no llegaremos a ninguna parte.

—Tienes razón, perdona —se aclaró la garganta e intentó con todas sus fuerzas recuperar el control— ¿Cuánto cuesta?

—No quiero saberlo.

—Es una maldita locura. —Se tapó la boca para no gritar.

Nos quedamos mirando la joya en silencio. De repente, saltó en el asiento de nuevo, como una niña con sobredosis de azúcar.

—¡Ya sé! ¡Véndelo y nos vamos de mochileras por Europa! Sí, Joder, ¡nos daría para dar la vuelta al mundo dos veces! Piénsatelo.

—No —dije, por muy tentador que sonara—. Hay que devolvérselo, no puedo quedármelo.

—Qué lástima —dijo, sonriendo—. En fin, enhorabuena, amiguita. Te has casado con una estrella del *rock*.

Volví a guardar la joya en el bolsillo.

—Gracias. ¿Qué demonios hago ahora?

—Sinceramente, no tengo la menor idea —contestó. Sacudía la cabeza con los ojos llenos de asombro—. Has superado todas mis expectativas. Quería que te soltaras la melena un poco, que vivieras la vida y le dieras una oportunidad al resto de los humanos, pero has alcanzado un nivel de locura que jamás hubiera imaginado. —Me escudriñó con los ojos entornados—. ¿En serio te hiciste un tatuaje?

—Sí.

—¿Con su nombre?

Suspiré y asentí.

—¿Y dónde, si se puede saber?

—En la nalga izquierda —murmuré, cerrando los ojos.

Lauren no pudo más y estalló en carcajadas tan sonoras que el taxista pegó un frenazo. Tuvimos que indicarle por señas que continuara conduciendo.

Maravilloso.

CAPÍTULO 3

El teléfono móvil de mi padre sonó antes de medianoche. El mío llevaba tiempo apagado. Cuando el teléfono fijo de casa sonaba sin parar, lo desenchufábamos.

La policía tuvo que acudir dos veces a pedir a la gente que se marchara de nuestra entrada. Mamá se tomó sus pastillas para dormir y se fue a la cama. No le había sentado muy bien presenciar cómo su pulcro y ordenado mundo se iba al infierno. Sorprendentemente, y a pesar del enfado inicial, mi padre llevaba muy bien la situación. Yo me deshacía en disculpas y le aseguraba que pediría el divorcio, pero él lo achacaba todo a las hormonas. Sin embargo, todo cambió cuando miró la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Leyton?

Contestó mientras me clavaba la mirada desde el otro lado de la habitación y el estómago me daba un vuelco en consecuencia. Solo los padres pueden conseguir un efecto así. Le había decepcionado, ambos lo sabíamos. El nombre de Leyton solo podía significar una cosa, y el hecho de que le llamara a aquellas horas era por una razón concreta.

—Lo sé —susurró mi padre—. Se trata de una situación muy desagradable para nosotros.

Las líneas de la comisura de sus labios se le marcaron hasta que se convirtieron en arrugas.

—Sí. Lo entiendo perfectamente. Sí. Buenas noches.

Apretó el teléfono con fuerza y a continuación lo dejó sobre la mesa del comedor.

—Han cancelado tus prácticas.

Me quedé sin respiración, como si los pulmones se hubieran reducido al tamaño de unas monedas.

—Leyton cree, y con razón, que dada tu situación actual...

No terminó la frase.

Le había costado pedir favores de muchos años para conseguirme unas prácticas en uno de los despachos de arquitectura más prestigiosos de Portland, y todo se había ido al garete en tan solo treinta segundos.

De repente llamaron a la puerta. No contestamos. La gente llevaba molestándonos todo el día.

Mi padre iba y venía por el salón, y yo le observaba pasmada. Este tipo de situaciones siempre seguían el mismo patrón, lo había comprobado durante toda mi infancia: Nathan se enzarzaba en una pelea en el colegio; entonces llamaban a mi madre y sufría una crisis nerviosa; Nate se encerraba en su habitación, o peor, desaparecía durante días; después mi padre llegaba a casa e intentaba poner calma. Y ahí estaba yo, que procuraba hacer de mediadora, la experta en no levantar olas en el océano, así que... ¿qué demonios hacía ahora en mitad de aquel maldito tsunami?

De niña siempre me había conformado con poco. Saqué muy buenas notas en el instituto y en la facultad, la misma a la que había asistido mi padre. Quizá careciera de su talento innato para el dibujo, pero invertía horas de esfuerzo para conseguir un aprobado. Llevaba trabajando a media jornada en la misma cafetería desde los quince años. Y la mayor emoción de mi vida había consistido en ir a vivir con Lauren.

En definitiva, era una persona maravillosamente aburrida. Mis padres intentaron que me quedara en casa y ahorrara dinero. Todo lo que había conseguido fue gracias a subterfugios para que mis padres pudieran dormir tranquilos, aunque tampoco es que hiciera nada del otro mundo; una vez acudí a una fiesta muy rara, y también recuerdo lo del episodio de Tommy cuatro años atrás. Fin. Así que no, no estaba preparada para lo que me estaba sucediendo.

Además de los periodistas, el césped estaba repleto de gente que gritaba y sujetaba pancartas en las que proclamaban su amor hacia David. Un hombre alzaba bien alto un radiocasete antiguo en el que sonaba una canción llamada *San Pedro*, que parecía ser la favorita de aquellos fans. Los gritos iban *in crescendo* cada vez que el cantante entonaba el estribillo: «*Pero el sol estaba bajo y no había dónde ir...*».

Por lo visto, más tarde intentaron quemar mi efigie. No me importaba, quería morirme.

Mi hermano Nathan había ido a recoger a Lauren para llevarla a su casa. No nos habíamos visto desde Navidades, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Los alrededores del apartamento que Lauren y yo compartíamos también estaba abarrotado de gente. Por supuesto, descarté ir allí,

y Lauren no quería involucrar a su familia ni a otros amigos. No estaría bien decir que Nathan disfrutaba de verme en apuros, aunque no me faltaría razón, pero sin duda no quedaba bien decirlo. Él era el que siempre se había metido en problemas, pero esa vez todo el peso recaía sobre mis hombros, la buena de Evelyn. Nathan nunca se casó por accidente ni volvió tatuado de Las Vegas. Sí, un periodista muy capullo preguntó a mi madre qué pensaba sobre el tatuaje de su hija, así que el secreto se hizo público. Por lo visto, ningún muchacho decente de buena familia querría casarse conmigo jamás. Hasta ese momento había sido imposible conseguir ligar, por mi cuerpo y los granos, pero ahora lo sería por el tatuaje. Preferí evitar contestarle a mi madre que realmente ya estaba casada.

No dejaban de llamar a la puerta principal. Mi padre me miró y yo me encogí de hombros.

—¿Señora Thomas? —irrumpió al otro lado una voz profunda—. Me envía David Ferris.

Oh, muy bien.

—¡Voy a llamar a la policía! —grité.

—No, por favor, espere —contestó la voz masculina—. Lo tengo al teléfono. Abra la puerta un poco y se lo pasaré.

—¡No!

Sonaron gritos ahogados de la multitud.

—Me ha pedido que le pregunte sobre su camiseta —dijo.

¿La que se había dejado en Las Vegas? La llevaba en la mochila, todavía mojada. Mmm, quizá le enviaran de verdad, pero aún no me convencía.

—¿Y qué más? —pregunté.

El barullo exterior continuaba.

—Dijo que seguía sin querer el... —carraspeó—, discúlpeme, señora, «el puto anillo».

Mi padre resopló. Abrí un poco la puerta con la cadena echada y apareció un hombre que me recordaba a un bulldog con traje negro. Me pasó un teléfono móvil.

—¿Sí? —Acepté la llamada.

La música sonaba muy alta en el patio y se escuchaban muchísimas voces, pero pude comprobar que David no se había calmado tras el incidente del matrimonio.

—¿Ev?

—Dime.

Silencio.

—Escucha... probablemente no sea mala idea que desaparezcas un tiempo hasta que las aguas se calmen, ¿de acuerdo? Sam te sacará de ahí. Tranquila. Forma parte de mi equipo de seguridad.

Sam esbozó una sonrisa educada. ¿Había visto montañas más altas que aquel tipo?

—¿A dónde me llevará? —pregunté desconcertada.

—Eeh... Pues... conmigo. Buscaremos una solución juntos.

—¿Contigo?

—Sí. Hay que firmar los papeles del divorcio y otra mierda más, así que puedes estar aquí sin problemas.

Mi primera reacción fue decir no, pero me tentaba demasiado la seguridad de despejar de una vez la entrada de la casa de mis padres, además de desaparecer antes de que mamá se despertara y se enterara de lo de las prácticas. Aun así, con o sin razón, no podía olvidar la forma en la que David se despidió de mí por la mañana.

Un plan de contingencia cobró forma en mi cabeza: sin las prácticas, podría volver a trabajar en la cafetería. A Ruby le encantaría poder contratarme a jornada completa durante el verano, y yo adoraba trabajar allí, pero jamás podría trabajar así, con una horda de personas pisándome los talones.

Me quedaban pocas alternativas y ninguna de ellas me atraía, pero a pesar de ello, le di evasivas.

—Es que... No sé...

—¿Y qué vas a hacer?

Buena pregunta. La locura se extendía detrás de Sam. La gente no dejaba de gritar, parecía una película. Si el día a día de David consistía en lo mismo, no me imaginaba cómo podía vivir.

—Mira, tienes que salir de ahí pitando —dijo de forma abrupta, bastante irritado—. Todo pasará pronto.

Mi padre se retorció las manos detrás de mí, a la espera del siguiente paso. David tenía razón: lo menos que podía hacer por mis seres queridos era alejar toda esta locura de ellos.

—Ev... —susurró mi padre.

—Perdona. De acuerdo. Está bien, acepto la oferta —contesté—. Gracias.

—Estupendo. Pásame a Sam —concluyó David.

Lo hice y abrí la puerta del todo para dejarle entrar. No era demasiado alto, pero sí estaba bien formado, el tipo era bastante voluminoso. Sam asintió varias veces, pronunció unos cuantos «sí, señor» y colgó.

—Señora Thomas, el chófer le espera fuera.

—¡De ninguna manera! —dijo mi padre.

—Papá...

—No te fíes de ese hombre, mira lo que ha provocado.

—No es culpa suya del todo. Yo también he participado en esto, no lo olvides.

Aquella situación me avergonzaba muchísimo, pero de nada servía huir y ocultarme.

—Necesito solucionar esto cuanto antes.

—No —repitió, poniendo punto y final a la conversación.

La cosa es que ya no era ninguna niña, y la situación no consistía precisamente en hacerme callar así, por las buenas.

—Lo siento, papá, pero he tomado una decisión.

Enrojeció y me dirigió una mirada de incredulidad. Antes, en las contadas ocasiones que había tenido de imponerme, yo habría cedido (o habría actuado tranquilamente a sus espaldas), pero esta vez no pensaba dejarme convencer. Por primera vez mi padre me pareció un hombre viejo e inseguro. Además, se trataba de mi problema, no del suyo.

—Por favor, confía en mí.

—Ev, cariño, no tienes por qué hacerlo —dijo, intentándolo por una vía distinta—. Lo solucionaremos nosotros.

—Sé que podríamos hacerlo, pero ya hay varios abogados metidos. Esto es lo mejor para todos.

—¿No necesitarías tu propio abogado? —preguntó. Le habían salido más arrugas, como si hubiera envejecido de golpe en un solo día. El peso de la culpa cayó sobre mis hombros.

—Preguntaré por ahí —continuó—, buscaré a alguien adecuado para esto. No quiero que se aprovechen de tu situación. Seguro que alguien conoce a un buen abogado matrimonial.

—Papá, no soy precisamente rica para tener una buena defensa. Acabemos con esto cuanto antes —contesté con una sonrisa forzada—. No pasa nada. David y yo nos encargaremos de ello y después volveré. De verd...

—¿«Nos»? —me cortó—. Cariño, apenas conoces a ese tipo, no puedes fiarte de él.

—El mundo entero sigue mis movimientos de cerca, ¿qué es lo peor que me puede pasar? —contesté, rezando para no obtener jamás una respuesta a esa pregunta.

—Estás cometiendo un error —suspiró mi padre—. Sé que lo de las prácticas te ha decepcionado tanto como a mí, pero debemos pensar con la mente despejada.

—Ya lo he hecho. Y quiero alejar este circo mediático de mamá y de ti cuanto antes.

Mi padre echó una mirada hacia la oscuridad del vestíbulo que llevaba hasta la habitación en la que mamá dormía un sueño inducido por pastillas. Lo último que quería era que mi padre se sintiera dividido entre nosotras dos.

—Todo irá bien —dije, deseando acertar—. Te lo prometo.

Por fin dio su brazo a torcer.

—Ev, creo que te equivocas, pero llámame si necesitas cualquier cosa. Si quieres volver a casa, si pasa algo inesperado...

Asentí.

—Lo digo en serio. Llámame si lo necesitas.

—De acuerdo.

Mentira.

Recogí mis cosas, aún metidas en la bolsa de viaje de Las Vegas. No había tiempo para sustituir la ropa, la tenía toda en mi apartamento. Me eché el pelo hacia atrás y lo coloqué detrás de las orejas con cuidado, en un intento de lucir un aspecto algo mejor.

—Siempre has sido una buena hija —dijo mi padre con un aire de nostalgia.

No supe qué contestar.

Me puso una mano en el hombro.

—Llámame.

—Sí —contesté con un nudo en la garganta— Despídete de mamá de mi parte. Hablamos pronto.

Sam avanzó hacia mi padre.

—Su hija está en buenas manos, señor.

No esperé a escuchar la respuesta.

Salí de casa por primera vez en muchas horas y se desató el apocalipsis. Me costaba reprimir el instinto de salir por patas, huir y esconderme, pero con Sam a cargo de mi protección me sentía más segura que antes.

Me protegió con un brazo y me condujo por el camino del jardín hacia la multitud expectante. De repente salió otro hombre vestido con un traje negro y nos abrió paso entre la masa. El ruido era ensordecedor. Una mujer me gritó que me odiaba y que era una puta, y alguien me pidió que le dijera a David que le amaba, pero sobre todo me hacían preguntas. Muchas preguntas. No paraban de

agitar cámaras y de cegarme con el resplandor de los *flashes*. Me tropecé, pero Sam me agarró antes de que me cayera. Mis pies apenas tocaban el suelo, hasta que él y sus compañeros me metieron en el automóvil.

Lauren se habría decepcionado mucho al enterarse de que no era una limusina, sino de un moderno sedán tapizado de cuero. Cerraron la puerta con fuerza, y Sam y los demás se montaron en el automóvil. El conductor me saludó con un gesto por el espejo retrovisor y aceleró con cuidado.

La gente se agolpó contra las ventanas y corrieron a la par que nosotros. Me hundí en el asiento central y pronto los dejamos atrás.

Me disponía a reunirme con David. Mi marido.

CAPÍTULO 4

Me quedé dormida durante el breve vuelo a Los Ángeles, acomodada en el sillón comodísimo de un *jet* privado. Jamás habría imaginado semejante nivel. Ya que mi vida se había vuelto del revés, al menos disfrutaría del lujo mientras pudiera.

Sam me ofreció champán y lo rechacé con educación. Todavía se me revolvía el estómago al pensar en el alcohol. Probablemente no volviera a probar una gota en la vida.

Mi trayectoria profesional se había ido temporalmente al garete, pero daba igual. Se me había ocurrido otra idea: divorciarme. Así de simple. Me encantaba haber recuperado el control sobre mi destino. Si algún día me casaba, no sería con un extraño en Las Vegas. Y desde luego, no se trataría de ningún lamentable error.

Cuando desperté estábamos ya aterrizando. Otro elegante sedán nos esperaba al pie de las escaleras. Nunca había estado en Los Ángeles; se parecía muchísimo a Las Vegas, aunque con menos glamur. A pesar de la hora, había mucha gente en la calle.

En algún momento debía armarme de valor y encender el teléfono móvil. Lauren estaría preocupada. Apreté el botoncito y las luces de la pantalla parpadearon. Me encontré... ¡ciento cincuenta y ocho mensajes de texto, y noventa y siete llamadas perdidas! Abrí los ojos lo máximo que pude, pero nada cambió. Dios bendito.

Se ve que todos mis conocidos, entre otros, habían escuchado las noticias. De repente comenzaron a aparecer notificaciones en mi pantalla.

LAUREN: ¿Todo bien? ¿Dónde estás?

YO: En Los Ángeles. Me voy con él hasta que se calme la cosa. ¿Tú estás bien?

LAUREN: Sí. ¿En Los Ángeles? ¡A vivir el sueño!

YO: El avión privado era una pasada, aunque sus fans están muy locas.

LAUREN: Como tu hermano.

YO: Lo siento por pedirle que te llevara a casa.

LAUREN: Lo superaré. Pase lo que pase, ¡¡¡no dejes que se separe el grupo!!!

YO: Ok.

LAUREN: Pero rómpele el corazón. Escribió *San Pedro* después de que no se quién le pusiera los cuernos y el disco entero es INCREÍBLE.

YO: Prometo dejarle el corazón roto.

LAUREN: Esa es la actitud.

YO: Besos.

Eran las tres de la mañana cuando llegué a una inmensa mansión de estilo español construida en los años veinte en Laurel Canyon.

Aquel lugar era maravilloso, aunque a mi padre no le habría impresionado. Él era de diseños limpios y contemporáneos, minimalistas. Las típicas casas de cuatro dormitorios y dos baños para la gente acomodada de Portland. Pero, no sé, había algo romántico y bello entre tanta extravagancia, con ese hierro forjado negro sobre las paredes blancas desnudas...

Una manada de fans desesperadas y el correspondiente grupo de periodistas se agolparon fuera. Las noticias sobre nuestro matrimonio parecían haber avivado el interés, o quizá tenían montado un campamento permanente allí. Ni idea.

Las puertas de hierro se abrieron despacio a nuestro paso. Había un montón de palmeras flanqueando los lados de la larga y sinuosa carretera, con enormes hojas que ondeaban a nuestro paso. El lugar parecía sacado directamente de una película. No cabía duda de que Stage Dive era un grupo importantísimo. De sus últimos dos discos habían salido varias canciones número uno en ventas. Lauren se recorrió todo el país el verano pasado y acudió a tres conciertos en tan solo una semana; todos, en estadios deportivos completamente llenos.

Dios mío, ¡menuda mansión tan enorme!

Los nervios me atacaban. No me había cambiado de ropa en todo el día, y no tuve tiempo de vestirme para la ocasión. Lo máximo que pude hacer fue atusarme el pelo con las manos y echarme algo del perfume que llevaba siempre en el bolso. Ya que carecía de glamur, al menos que oliera bien.

Todas las luces de la casa estaban encendidas y a lo lejos se escuchaba música *rock* en el aire cálido de la noche. Las puertas dobles de la entrada estaban abiertas, y los invitados entraban y salían en grupos. Estaban dando la fiesta del siglo.

Sam me abrió la puerta del vehículo y salí con reticencia.

—La acompaño, señora Thomas.

—Gracias —contesté.

Pero no me moví.

Sam captó el mensaje y avanzó delante de mí. Solo entonces me limité a seguirle. Vi a dos mujeres besándose en la puerta, comiéndose la boca por todo lo alto. Ambas eran guapísimas, delgadas, y lucían vestidos diminutos y brillantes que apenas les tapaban los muslos. Había gente por todas partes bebiendo y bailando. Un candelabro colgaba del techo y una escalera de caracol se encaramaba por un muro interior. El sitio era un verdadero palacio digno de Hollywood. Gracias a Dios nadie se percató de mi presencia, así que pude contemplar el espectáculo embobada y a mi antojo.

Sam se detuvo para hablar con un hombre apoyado en la pared que bebía de una botella de cerveza. Llevaba un aro de plata en la nariz, y su melena rubia le caía por la cara. Tenía el mismo aire guay de David, con unos *jeans* negros y una camiseta desgastada. Desde luego, la gente de dinero es para darle de comer aparte.

El tipo me miró con descaro. Contuve las ganas de retroceder al momento. Pero cuando me miró a los ojos, percibí que rebosaba curiosidad, en ningún caso hostilidad, y eso alivió mi tensión.

—Hola —me saludó.

—Hola —contesté. Conseguí forzar una sonrisa.

—No te preocupes —le dijo a Sam, y me hizo un gesto con la barbilla—. Vamos, te llevaré con él. Me llamo Mal.

—Hola —dije de nuevo, como una estúpida—. Yo soy Ev.

—¿Le parece bien, señora Thomas? —murmuró Sam.

—Sí, Sam. Muchísimas gracias.

Inclinó la cabeza, siempre tan servicial, y regresó por donde habíamos venido. Sus anchos hombros y su calva no tardaron en desaparecer entre la multitud. Me moría de ganas de salir corriendo tras él y pedirle que me llevara a casa, aunque no serviría de nada.

No, ya estaba bien de tener miedo. Había llegado el momento de armarme de valor y seguir adelante.

Aquello estaba abarrotado, los invitados se contaban por centenas. El único acontecimiento similar que recordaba era la graduación del instituto, y no tenía ni punto de comparación.

Ninguno de los vestidos que veía desfilar tenían nada que ver con mi fiesta; casi se podía palpar el dinero. Lauren era la experta en reconocer a famosos, pero hasta a mí me sonaban algunas caras, como la de una de las últimas ganadoras del Óscar, o la de una modelo de lencería que salía en las marquesinas de publicidad de las paradas de autobús. Vi a una reina del pop adolescente, que por su edad no debería beber vodka, sentada sobre las rodillas de un hombre con el pelo canoso, integrante de..., maldita sea, ¿cómo se llamaba ese grupo?

Da igual.

Cerré la boca antes de que alguien se diera cuenta de que estaba alucinando. Pero es que, de verdad, era increíble... Entonces, una mujer vestida como una diosa amazónica semidesnuda se chocó de refilón contra mí. Mal se detuvo y le puso mala cara.

—Hay gente que no tiene ninguna educación. Vamos.

El ritmo lento de la música me invadió y avivó las brasas de mi viejo amigo el dolor de cabeza. Atravesamos una habitación enorme llena de lujosos sofás de terciopelo atiborrados de gente, y después cruzamos una sala llena de guitarras, amplificadores y más parafernalia del mundo del *rock and roll*.

El ambiente estaba cargado de humo y había mucha humedad, a pesar de que todas las ventanas y las puertas estaban abiertas de par en par. El *top* me colgaba por debajo de los brazos. Salimos al balcón, donde al menos soplaba una ligera brisa que recibí en el rostro, agradecida.

Allí estaba David, apoyado en una barandilla de hierro forjado. Maldita sea, ¿cómo podía haberle olvidado? No había palabras para describir la impresión que producía ese hombre en la vida real. Formaba parte de la gente distinguida, sin duda; yo, sin embargo, pertenecía más bien al personal de servicio doméstico.

Mi marido se mostraba muy ocupado hablando con una morena de piernas largas y pecho generoso. Quizá le gustaban los pechos grandes y por eso se había casado conmigo, quién sabe.

Ella llevaba puesto un diminuto bikini blanco y se pegaba a él como si estuvieran unidos quirúrgicamente. Se había dejado el pelo estratégicamente despeinado, un trabajo que denotaba como mínimo dos horas en una peluquería de primera. La verdad es que era muy guapa y ya por eso la odiaba un poco. Sentí que el sudor me bajaba por la espalda.

—¡Eh, Dave! —le saludó Mal—. Tienes visita.

David se volvió, me miró y frunció el ceño, con el semblante oscuro y serio.

—Ev.

—Hola.

Mal estalló en carcajadas.

—Esa es la única palabra que he conseguido arrancarle. En serio, colega, ¿tu esposa sabe hablar de verdad?

—Sí —contestó, con un tono que daba a entender que preferiría que no fuera así, o al menos parecía no querer escucharme.

Yo no sabía qué decir. No estaba acostumbrada al amor universal y a la aceptación sin más, pero la hostilidad sin ninguna razón era un sentimiento nuevo para mí.

La morena soltó una risita nerviosa y apoyó sus pechos contra el brazo de David, marcando claramente el territorio. Por desgracia para ella, él no pareció darse cuenta. Me lanzó una mirada de repugnancia, con los labios rojos torcidos en un gesto de asco. Qué encantadora. Eso sí, he de admitir que el hecho de que me considerara una competidora directa me subía mucho el ego. Me puse recta y miré a mi marido a los ojos.

Craso error.

David se había recogido el pelo en una coleta, aunque algunos mechones le caían por la cara. Le pegaba mucho ser un traficante de drogas, la verdad. Probablemente celebráramos la luna de miel en un callejón sucio y oscuro. Vestía una camiseta gris que se ajustaba a sus hombros, unos *jeans* desteñidos y botas negras militares. Podía hacer lo que quisiera porque pertenecía a esa esfera, yo no.

—¿Te importaría buscarle una habitación? —le pidió David a su amigo, sin apenas prestarme atención.

—¿Crees que soy tu puto mayordomo? —Mal se rió—. Búscales tú una habitación a tu esposa. No seas capullo.

—No es mi esposa —gruñó David.

—Pues todos los canales de televisión te contradicen —replicó Mal, y me revolvió el pelo como si tuviera ocho años—. Bueno... hasta luego, mujercita. Un placer conocerte.

—¿Mujercita? —pregunté, totalmente confusa.

Mal se detuvo y me sonrió.

—¿No has oído lo que comentan por ahí?

Negué con la cabeza.

—Mejor.

Soltó una última carcajada y desapareció.

David se alejó de la morena, que apretó los labios llena de frustración, aunque él no se fijó.

—Venga, vámonos —me dijo.

Sacó la mano del bolsillo para indicarme el camino, y entonces, en ese preciso momento, pude ver el tatuaje del antebrazo, completamente a la vista: *Evelyn*.

Me quedé fría. Dios mío. Sin duda, había escogido un lugar muy poco discreto para recordarme. No sabía cómo sentirme.

—¿Qué pasa? —Se detuvo, arqueando las cejas y arrugando la frente—. Ah, ya.

—Date prisa, David —gritó la Mujer Bikini mientras se acariciaba sensualmente el cabello.

No tengo nada contra los bikinis; yo misma tenía varios aunque mi madre pensara que era demasiado ancha para esas cosas (no me los habría puesto en la vida, pero le daba igual). No, lo que de verdad me molestaba eran los gestos y las miradas asesinas que me lanzaba esa mujer cuando pensaba que él no estaba pendiente. Y no se daba cuenta de que a él le daba absolutamente igual.

David colocó una mano sobre mi espalda y me guió hacia las escaleras a través de la multitud.

La gente le llamaba y las mujeres acudían a él, pero no se detuvo en ningún momento. Me dio la impresión de que le daba vergüenza que me vieran con él, ya que una pareja como yo llamaba muchísimo la atención. Él tenía todo el dinero del mundo, y yo no cumplía las expectativas de la esposa de una estrella del *rock*.

La gente se paraba y me miraba. Alguien le pidió amablemente que me presentara, pero mi marido no hizo ningún comentario al respecto y se apresuró a seguir su camino.

Al llegar a la segunda planta los pasillos se alargaban en las dos direcciones. Fuimos por la izquierda, hasta el final. Abrió una puerta y encontré mi bolsa sobre una cama gigantesca. Todo lo que había dentro de aquella lujosa habitación era blanco: la cama, las paredes y las alfombras. Un sillón blanco y antiguo se situaba en la esquina. Era precioso, impoluto, nada que ver con la habitación pequeña y desordenada del apartamento que compartía con Lauren, donde entre la cama de matrimonio y el escritorio había el espacio justo para abrir el armario.

Este lugar le daba mil vueltas, era un abismo de perfección.

—No tocaré nada, lo prometo —murmuré, con las manos en los bolsillos de atrás.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Que es precioso.

David echó un vistazo con nulo interés a su alrededor.

—Ah, ya.

Miré por la ventana, desde donde se veía una piscina lujosa, muy limpia y rodeada de palmeras. Un jardín perfecto. Dos personas muy acarameladas se besaban dentro del agua. La mujer echó la cabeza hacia atrás y pude ver sus pechos. Oh, vaya, estaban teniendo sexo. Sentí cómo el calor me subía por la nuca. No era ninguna mojigata, pero preferí darme la vuelta.

—Escucha, mañana a eso de las diez vendrán a hablar contigo sobre los papeles del divorcio —dijo David desde la puerta. No levantaba la mirada del suelo y tamborileaba los dedos contra la puerta. Claramente deseaba salir de allí cuanto antes.

—¿Quién vendrá?

—Mi abogado y mi representante —contestó cabizbajo—. Lo están tramitando todo muy rápido, así que lo dejarán... listo tan rápido como les sea posible.

—De acuerdo.

Él asintió. Su rostro era perfecto. Había visto modelos en las revistas que no tenían un mentón así de bonito. Aun así, en ningún momento dejó de fruncir el ceño. Me habría encantado verle sonreír al menos una vez. Salió.

—¿Necesitas algo? —preguntó, retrocediendo.

—No. Gracias por todo: por el vuelo y por dejar que me quede en tu casa. Eres muy amable.

—De nada —contestó. Dio un paso atrás y cerró la puerta tras él—. Buenas noches.

—David, ¿no deberíamos hablar sobre... lo que pasó ayer?

Abrió la puerta y se asomó un poco.

—En serio, Ev, ¿para qué demonios te molestas?

Y se marchó. De nuevo.

Al menos esta vez no dio ningún portazo, algo que consideré un paso adelante en nuestra relación.

Pero ¿de qué me sorprendía? Allí estaba. Paralizada por la decepción, mirando todos los muebles sin fijarme en nada concreto. No es que de repente le

quisiera a mis pies, pero odiaba recibir esa antipatía, de quien fuera.

Me entretuve en sacar mi ropa de la bolsa y al cabo de un rato volví a mirar por la ventana. Los amantes habían desaparecido y la piscina se había quedado vacía. Otra pareja se aproximaba riendo por el sendero del impecable jardín, entre las altísimas palmeras, en dirección a lo que parecía una casita. Descubrí que se trataba de David. Iba con la Mujer Bikini enganchada al cuello, aireando su larga melena y contoneando las caderas hasta el máximo exponente. Se les veía bien juntos, hacían buena pareja. Él estiró la mano hacia el cordel del bikini y lo desató, dejándola desnuda de cintura para arriba. Ella soltó una carcajada sin molestarse en cubrirse.

Tragué saliva en un intento de disolver el nudo que se me había formado en la garganta. Los celos me consumían y era una sensación tan mala como la antipatía. Además, no tenía ningún derecho a sentirme así.

Él se detuvo en la puerta de aquel cobertizo y entonces miró hacia arriba. Nuestras miradas se encontraron. Oh, mierda. Me escondí tras la cortina y contuve el aliento como una idiota. Lo que me faltaba: que me pillara espiándole. Volví a mirar un poco después y ya habían desaparecido, pero las ventanas del cobertizo se iluminaron. Debería haberle sostenido la mirada sin vergüenza. Al fin y al cabo, tenía pleno derecho de saber qué hacía mi marido.

La magnificencia inmaculada de mi habitación blanca se desplegaba frente a mí, aunque yo estaba destrozada por dentro y por fuera. La realidad de mi situación me cayó como una losa: un verdadero desastre. Lauren había dado con la palabra exacta.

—Puede hacer lo que le dé la gana —exclamé casi sin pensar.

Mi voz retumbó por toda la habitación. Estiré los músculos de los hombros. Mañana me reuniría con quien fuera y el tema del divorcio quedaría zanjado.

—Si él puede hacer lo que le dé la gana, yo también.

Pero ¿qué es lo que yo quería?

No tenía la menor idea, así que revisé la poca ropa que me había traído. Colgué la camiseta de David en el toallero para que terminara de secarse. Probablemente la necesitara para usarla como pijama. Solo me llevó cinco minutos organizarme. Puedo asegurar de primera mano que dos camisetas se pueden doblar una y otra vez hasta llegar al punto de lo patético.

¿Y ahora...? Miré a mi alrededor.

Nadie me había invitado a la fiesta de abajo, y además no quería ni pensar en lo que estaba sucediendo en la casita de la piscina. Seguro que David le estaba dando a la Mujer Bikini todo lo que yo habría querido para mí en Las Vegas.

Claro, a mí me había enviado a la habitación como una niña que se había portado mal, castigada sin sexo. Pero ¡qué habitación! La bañera era más grande que mi dormitorio al completo, había muchísimo espacio para chapotear y resultaba muy tentador. Lo cierto es que nunca me había sentado tan bien que me mandaran a dormir. Las pocas veces que sucedió en casa, solía escaparme por la ventana y me iba a leer a la calle, algo que eché de menos cuando se me pasó la época de rebelarme, pero me contentaba igual. Es lo que tiene ser una hija sensata y tranquila.

¡Que le dieran a la habitación del esplendor! Ya no podía soportarlo más.

Nadie me vio bajar las escaleras. Me quedé en una esquina observando desfilar a aquella gente tan deslumbrante que se paseaba por allí, fascinada por esos cuerpos sumidos en un baile improvisado en mitad de la sala.

Alguien encendió un cigarro y un aroma intenso y especiado cargó el ambiente. El humo ascendía hasta el techo, que estaba altísimo. Los diamantes brillaban y los dientes centelleaban, y solo hablo de algunos hombres. La opulencia en su máximo esplendor se mezclaba con el *grunge* entre la multitud. No se podía pedir un mejor ambiente para contemplar. Por desgracia, no había ni rastro de Mal. Una pena. Al menos él me había tratado con amabilidad.

—Tú eres nueva aquí —dijo una voz detrás de mí. Me dio un susto de muerte, y di un buen respingo.

Era un hombre vestido de negro que bebía un licor de color ámbar. Estaba apoyado contra la pared. El traje que llevaba era para verlo. Nunca le había encontrado ningún atractivo a un traje y una corbata, pero este hombre lo lucía con mucha elegancia. Parecía de la misma edad que David y tenía el pelo corto. Muy guapo, también, con el mismo mentón de anuncio.

—Si das otro paso más allá, desaparecerás por completo tras la palmera —observó, mientras daba otro sorbo—. Y entonces ya nadie te vería. Créeme.

—Me lo pensaré. Gracias.

No me molesté en negar que realmente quería ocultarme. Total, ya había quedado bastante claro.

Al sonreír se le marcaron los hoyuelos. Tommy Byrnes también los tenía y yo caí rendida a sus pies. Se acercó a mí, probablemente para hacerse oír mejor debido al alto volumen de la música, pero el hecho de que diera un gran paso adelante me pareció innecesario. La distancia interpersonal es algo maravilloso, y no la estaba respetando. Había algo en él que me provocaba escalofríos, a

pesar de su atuendo a la última moda.

—Me llamo Jimmy.

—Ev.

Apreté los labios mientras me observaba.

—No, definitivamente no te conozco. ¿Por qué no?

—¿Conoces a todos los que están aquí? —Eché un vistazo a la sala, bastante inquieta—. Porque hay muchísima gente.

—Lo sé —asintió lentamente—. Y conozco todos los nombres menos el tuyo.

—Me ha invitado David.

No pretendía sacar a relucirlo, pero aquel tipo me estaba arrinconando, literal y metafóricamente. Me vi obligada a hacerlo.

—¿Ah, sí?

Algo no iba bien. Su mirada era errática, tenía las pupilas dilatadas... A este hombre le pasaba algo. Echó un vistazo a mi discreto escote como si pretendiera hundir la cara entre mis pechos.

A Jimmy no parecía emocionarle mucho la noticia. Dio un sorbo y se terminó la bebida de una sentada.

—Así que... David te ha invitado a la fiesta.

—De hecho, me ha pedido que me quede unos días —contesté, lo cual no se alejaba de la realidad. Por suerte, parecía que no estaba al tanto de las noticias sobre mi relación, o quizá iba demasiado colocado como para sumar uno más uno. Estaba claro que era yo la que le estaba poniendo al corriente.

—¿Ah, sí? Qué amable por su parte.

—Realmente sí.

—¿En qué habitación te quedas?

Se colocó frente de mí y lanzó el vaso vacío contra el macetero de una planta sin ningún cuidado. Sonreía como un maniático. Tenía que alejarme de él cuanto antes.

—En... en la blanca —dudé, mirando por encima de su hombro para buscar una salida—. Oye, me tengo que ir.

—¿En la blanca? Vaya, vaya, debes de ser muy especial, ¿eh?

—¡A que sí! Disculpa —le aparté de mí, sin andarme con rodeos ni convenciones sociales.

No se lo esperaba, porque retrocedió un paso.

—Eh, espera un momento.

—Jimmy —dijo David, apareciendo de repente y ganándose mi gratitud para

toda la vida—. ¿Hay algún problema?

—No —contestó Jimmy—. Solo estaba conociendo a Ev.

—Bueno, no necesitas conocer a Ev.

—Oh, vamos —Jimmy sonrió, tambaleándose—. Ya sabes que me encantan las nuevas adquisiciones.

—Salgamos de aquí —me dijo David dándole la espalda.

—Esto no es muy propio de ti, Dave —le espetó Jimmy—. ¿No estabas con la adorable Kaetrin hace un rato? ¿Por qué no le pides que haga eso que se le da tan bien? Ev y yo estábamos ocupados, ¿verdad? —Me miró, guiñándome un ojo.

—Bueno... En realidad no —contesté.

Me preguntaba por qué David había regresado tan pronto de su escaqueo sexual con la Mujer Bikini. Dudo mucho que se preocupara por el bienestar de su joven esposa.

Ninguno de los dos me prestó atención.

—La has invitado a alojarse en mi casa —dijo Jimmy.

—Adrian alquiló la casa para todos mientras estuviéramos trabajando en el disco. ¿Te enteras? ¿O es que ha habido algún cambio y no me he enterado?

Jimmy soltó una carcajada.

—Me gusta la casa, así que decidí comprarla.

—Guay. Cuando hayas cerrado la venta, me lo dices y me quitaré de en medio. Mientras tanto, mis invitados no son asunto tuyo.

Jimmy me miró y se le iluminó la cara con un brillo malvado.

—Es ella, ¿verdad? Esa con la que te casaste, maldito imbécil.

—Vamos —David me tomó de la mano y me arrastró hacia las escaleras. Apretaba la mandíbula con tanta fuerza que le salió un músculo nuevo en la cara.

—Podría habérmela follado —exclamó Jimmy—. Aquí mismo contra la pared, ¿me oyes? Pero tú vas y te casas con ella.

Y una mierda iba a suceder eso.

Los dedos de David se aferraron a mi mano con fuerza.

Jimmy se rió, como buen cretino que era.

—No significa nada para ti —siguió largando—, solo arrepentimiento, imbécil. No hay más que mirarla, joder. Dime que este matrimonio no es fruto del vodka y la cocaína.

No era la primera vez que escuchaba algo así, dejando a un margen la referencia al matrimonio, y sus palabras me dolieron.

Antes le habría soltado a Jimmy todo lo que pensaba de él, pero sentí que la

mano que me sujetaba con fuerza soltaba la mía y vi cómo David se abalanzaba contra él y lo agarraba por la solapa de la camisa. Al verlos juntos me fijé en que se parecían bastante. Eran igual de altos y con buen cuerpo, y ninguno parecía tener intención de retirarse. La violencia entre ellos era evidente.

—Vamos, hermanito —murmuró Jimmy—. Demuéstrame quién es la verdadera estrella aquí.

Los hombros de David se volvieron rígidos y lo noté a través del algodón de su camiseta. Soltó a Jimmy con un gruñido y le dejó caer hacia atrás.

—Eres tan malo como mamá. Mírate, eres un puto desastre.

Me los quedé mirando, anonadada. De modo que... ¡eran los hermanos del grupo! La verdad es que tenían el mismo color de pelo y unos rostros bellísimos, pero resultaba evidente que no me había metido en la mejor de las familias. Jimmy parecía algo avergonzado.

Mi marido caminó por delante de mí, tomándome por el brazo durante todo el camino. Todos clavaban la mirada en nosotros. La Mujer Bikini se acercó a él con la mano tendida y un evidente disgusto en la cara.

—David, ya sabes que no habla en serio...

—Quítate de en medio, Marta —contestó, sin detenerse.

Ella me lanzó una mirada de reproche. Por la forma en la que se había comportado David con ella, tuve un mal presentimiento.

Me hizo subir por las escaleras y me llevó por el pasillo hasta la habitación. Ninguno dijo nada. Quizá esta vez me encerrara o encajara una silla bajo el pomo de la puerta, quién sabe. Aquel tipo, Jimmy, era un capullo de proporciones épicas, pero yo no le había hecho nada... Solo me había escapado de mi lujosa prisión, eso sí.

A mitad del largo pasillo liberé mi brazo de su mano. Tenía que hacerlo antes de que me cortara la circulación.

—Me sé el camino —dije.

—Aún te quedan ganas de discutir, ¿eh? Hoy estaré encantado de complacerte —dijo con una falsa sonrisa—. Y oye, esta noche ni siquiera vas borracha. Todo apunta a que te acordarás mañana.

—Guau.

—¿Acaso no he dicho la verdad?

—Sí, pero creo que también es justo decir que te estás comportando como un capullo.

Se quedó inmóvil y me miró con los ojos muy abiertos, asombrado, por decir algo.

—¿Que soy un capullo? ¡Por todos los diablos, eres mi mujer!

—No, no lo soy. Tú mismo lo dijiste antes de ir a jugar a la casita de la piscina —le espeté. Aunque la verdad es que no pasó mucho tiempo allí, cinco o seis minutos, a lo sumo. Casi sentía pena por la Mujer Bikini; no parecía haber resultado un buen servicio.

Sus cejas descendieron como las nubes de una tormenta. Estaba, cuando menos, alucinando. Mala suerte. Mis sentimientos hacia él eran igualmente mezquinos.

—Tienes razón. Culpa mía. ¿Quieres volver con mi hermano? —preguntó, crujiéndose los nudillos como un neandertal y mirando hacia el pasillo por donde habíamos venido.

—No, gracias.

—Ha sido muy bonito por tu parte hacerle ojitos. Entre todas las personas que hay ahí abajo, tenías que ligar con Jimmy —dijo con desprecio—. Qué clase tienes, Ev.

—¿En serio crees que ha sucedido eso?

—Entonces, ¿qué ha sido? ¡Estabais los dos metidos allí, en la puta esquina!

—¿En serio?

—Conozco a Jimmy y a las chicas que le rodean. Así que sí, eso es exactamente lo que parecía, cariño. Demuéstrame lo contrario.

Ni siquiera sabía cómo se hacían ojitos, pero no me cabía duda de que no tenía nada que ver con lo que había sucedido en la fiesta. No me extrañaba que tantísimos matrimonios acabaran en divorcio: casarse era una mierda, y los maridos, lo peor. Me encogí de hombros. Creo que jamás me he sentido tan pequeña.

—Me da que los problemas con tu hermano son incluso peores que los que tienes con tu esposa —le contesté, y moví la cabeza despacio—. Gracias por darme la oportunidad de defenderme, David. De verdad. Pero ¿sabes qué? No creo que tu opinión me importe.

Me fui de allí antes de decir algo peor, porque no iba a resultar en nada bueno.

Cuanto antes nos divorciáramos, mejor.

CAPÍTULO 5

La luz del sol entraba por la ventana cuando desperté a la mañana siguiente. Alguien llamaba a la puerta e intentaba abrirla. Yo la había cerrado con pestillo después del episodio de la noche anterior con David, solo para asegurarme de que no volvería para seguir discutiendo. Me costó bastante quedarme dormida con la música retumbando a través del suelo y las emociones a flor de piel, pero al final el cansancio ganó la batalla.

—¿Evelyn? ¿Hola? —preguntó al otro lado de la puerta una voz femenina—. ¿Estás despierta?

Gateé por la gigantesca cama y me puse la camiseta de David. No sé lo que utilizó para lavarla en Las Vegas, pero no olía a vómito. Por suerte, era muy cuidadoso con la ropa, porque no llevaba nada más que ponerme, aparte de mi vestido de fiesta sucio y un par de camisetas.

—¿Quién es? —pregunté y bostecé.

—Marta, la asistente personal de David.

Entorné la puerta y eché un vistazo. Marta me contempló impasible, no sé si por haberla hecho esperar en el pasillo, o ante la visión de mi pelo de recién levantada. ¿Acaso no había nadie en esa casa que no pareciera recién sacado de *Vogue*? Posó sus ojos en la camiseta que yo llevaba puesta.

—Han venido los representantes de David para reunirse contigo. Quizá te apetezca empezar a mover el culo.

Se dio la vuelta sobre los talones y se marchó con largas zancadas por el pasillo, taconeando fuertemente contra las baldosas de terracota.

—Gracias.

No me contestó, pero tampoco lo esperaba. Esta zona de Los Ángeles era claramente un hervidero de mala educación.

Me di una ducha rápida y me vestí con los *jeans* y una camiseta limpia. No podía hacer más. Bueno, sí. Me puse un poco de máscara de pestañas y me

recogí el pelo en una coleta alta. O aguantaba a la gente o iba sin maquillaje, y la educación siempre ganaba. Si a cambio me hubieran ofrecido café, habría dejado a los representantes de David colgados por un par de tazas. No consumir nada de cafeína me parecía suicida, dadas las circunstancias de estrés.

Me apresuré a bajar las escaleras. La casa estaba completamente en silencio, ninguna señal de vida en la segunda planta.

—Señora Thomas —me llamó un hombre que salió de una habitación. Vestía *jeans* y un polo blanco, y de su cuello colgaba una gruesa cadena de oro. ¿Y este quién era, otro del séquito de David?

—Siento llegar tarde —me disculpé.

—No pasa nada —contestó con una sonrisa. No me inspiraba ninguna confianza a pesar de sus dientes immaculados. Se veía claramente que la naturaleza no había tenido nada que ver con esa dentadura ni con el bronceado —. Me llamo Adrian.

—Yo soy Ev. Encantada.

Me hizo pasar a la sala, donde tres hombres trajeados nos esperaban sentados alrededor de una mesa impresionantemente larga. Del techo bajaba otro candelabro de cristal que resplandecía con el sol de la mañana. En la pared colgaban cuadros elegantes y coloridos; todos originales, claro.

—Caballeros, les presento a la señora Thomas —anunció Adrian—. Scott Baker, Bill Preston y Ted Vaughan son los representantes legales de David. Tome asiento, por favor.

Adrian hablaba arrastrando las palabras, como si fuera un niño consentido y adinerado. Retiró una silla para que me sentara justo enfrente del equipo de buitres legales y rodeó la mesa hasta llegar a su sitio. Guau, me había quedado bastante claro, había marcado bien los límites.

Me sequé las manos sudadas en los pantalones y me erguí en mi asiento, procurando evitar sus miradas hostiles. «Muy bien, respira», me dije. Podía hacerlo, claro que podría. ¿Qué dificultad habría en conseguir un divorcio así?

—Señora Thomas —el hombre llamado Ted comenzó a hablar. Sacó una carpeta de cuero negro repleta de documentos—. El señor Ferris nos pidió que redactáramos unos documentos de anulación matrimonial. Hemos incluido todos los epígrafes, incluso su acuerdo con el señor Ferris.

El grosor del fajo de papeles me dejó alucinada. Sin duda eran eficientes.

—¿Mi acuerdo?

—Sí —contestó Ted—. Tranquila, el señor Ferris ha sido muy generoso.

Sacudí la cabeza, presa de la confusión.

—Lo siento, no entiendo...

—Pero dejaremos eso para el final —me cortó Ted—. Comprobará que el documento cubre todas las condiciones que debe cumplir. La más importante de todas consiste en su silencio de cara a la prensa respecto a este asunto. —Eché una mirada de reojo a los demás—. Es un punto no negociable, me temo, y se mantiene vigente hasta su muerte. ¿Comprende la magnitud de este requisito, señora Thomas? No podrá hablar jamás a ningún miembro de la prensa sobre el señor Ferris mientras esté viva.

—Entonces... ¿podré hacerlo cuando esté muerta? —pregunté con una risita ahogada. Ted me ponía de los nervios. Tendría que haber dormido un poco más.

Desplegó todos los dientes en una sonrisa perfecta, pero no eran tan impresionantes como los de Adrian.

—Por favor, el asunto es muy serio, señora Thomas.

—Ev —contesté—. Me llamo Ev, y soy consciente de la gravedad del asunto, Ted. Siento mucho mi frivolidad. ¿Podemos volver a la parte del acuerdo? Estoy un poco confusa.

—Está bien —Ted me miró por encima de sus gafas y tamborileó sobre los documentos con un bolígrafo dorado—. Como le he dicho, el señor Ferris ha sido muy generoso y...

—No —le corté, sin mirar a los papeles—. No me entiende.

Ted se aclaró la garganta y volvió a mirarme inquisitivamente.

—Escuche... Ev, no sería muy inteligente de su parte presionar para intentar obtener más beneficios, dadas las circunstancias. ¿Un matrimonio en Las Vegas de seis horas de duración, y además con los dos bajo la influencia del alcohol? —Se rió sin recato—. Es una anulación clara. De manual, vaya.

Los amigotes de Ted se sumaron a las risas con nerviosismo y sentí que se me encendía la cara. Las ganas de propinarle una patada por debajo de la mesa a ese capullo iban en aumento.

—Mi cliente no está dispuesto a hacer otra oferta.

—Es que no quiero ninguna oferta —contesté, alzando la voz.

—Llegaremos hasta el final con la anulación, señora Thomas —respondió Ted—. Que no le quepa duda: no hay posibilidad de reconciliación.

—Tampoco me refería a eso.

Ted suspiró.

—Necesito dejar esto terminado hoy, señora Thomas —miró impaciente a sus compañeros.

—No pretendo alargarlo, Ted.

Los otros abogados me observaron en sumo silencio y apoyaron a Ted con susurros cómplices. Nada me repateaba más que un puñado de listillos intentando intimidar a una mujer. Los abusos ya convirtieron mi vida en un infierno durante el instituto, y esta situación me recordaba bastante a aquello.

Adrian me sonrió, rebosante de falso paternalismo.

—Estoy seguro de que Ev aprecia lo amable que está siendo David. No vamos a retrasar más el asunto, ¿verdad?

Esta gente me sacaba de mis casillas. Por cierto, ya que lo mencionaban, ¿dónde se había metido mi flamante esposo? Se ve que el pobre estaba demasiado ocupado tirándose a modelos en bikini como para aparecer en su propio divorcio.

Me retiré el flequillo de la cara, intentando encontrar las palabras adecuadas y controlar mi ira.

—Un momento... —comencé a decir.

—Todos queremos lo mejor para ti, dadas las desafortunadas circunstancias —me interrumpió Adrian, mintiendo despiadadamente mientras me mostraba sus enormes dientes.

—Estupendo —dije, estrujándome los dedos con nerviosismo por debajo de la mesa—. Eso es... maravilloso por su parte.

—Acérquese, señora Thomas —infirió Ted, dando golpecitos con el bolígrafo imperiosamente sobre una cifra anotada en el documento—. Por favor.

Me acerqué para leerla, aunque no quería. Vi un montón de ceros. En serio, un montón. Era una locura. No habría ganado semejante cantidad ni viviendo dos vidas.

David quería desprenderse de mí con todas sus fuerzas. No había duda. Mi estómago emitió un sonido sordo, pero mis días de vomitar compulsivamente se habían terminado. La escena estaba siendo espantosa, parecía sacada de una película de serie B, o de un maldito culebrón: una ingenua muchacha de los bajos fondos convence a un chico atractivo y rico para que se case con ella, y a él solo le queda enviar a su gente a cazarla mientras cabalga hacia el horizonte al atardecer.

De acuerdo, él gana.

—Todo esto no ha sido más que un error —continuó Adrian—. Estoy seguro de que Ev tiene tantas ganas como David de dejar atrás este asunto, y con este acuerdo financiero tan generoso podrá seguir adelante y caminar hacia un futuro prometedor. —Alzó los papeles hacia mí—. ¿Verdad, Ev?

—Ah, señora Thomas, también se abstendrá de volver a ponerse en contacto

con el señor Ferris por el medio que sea —sentenció Ted mientras mantenía su bolígrafo en equilibrio y se dejaba caer en el respaldo con las manos sobre el pecho—. Cualquier intento de comunicación por su parte será considerado un incumplimiento del contrato. ¿Queda claro?

—No —le espeté, y me froté la cara con las manos.

Seguro que pensaban que al ver esa cifra me ablandaría al momento, ávida por conseguir un dinero que no me había costado ningún esfuerzo ganar. Pero no, no lo pensaba hacer, aunque resultara tentador. Por supuesto, pensaban que vendería mi historia a los medios de comunicación y me dedicaría a acosar a mi marido hasta el fin de mis días. Me consideraban basura barata, prescindible. Con todos esos pensamientos, al fin hablé:

—Creo que puedo afirmar con seguridad que no hay nada claro en este asunto.

—Ev, por favor —Adrian suspiró y me dirigió una mirada de decepción—. Sé razonable.

—¿Sabes qué? —Me levanté, saqué el anillo del bolsillo de mis pantalones y lo lancé contra la montaña de papeles—. Hacedme un favor: devolvedle esto al señor Ferris y decidle que no quiero nada de él. ¡Nada de esto! —Señalé con el dedo índice a ellos, a toda la sala, a los papeles y a la maldita casa.

Se miraron con nerviosismo, como si necesitaran sacar algún papel más antes de permitir que saliera de la habitación vociferando de aquella manera.

—Ev...

—Tranquilos. No voy a vender la historia, ni a acosarle, ni a hacer nada de lo que hayáis escrito en la cláusula número ochocientos. ¡No-quiero-su-dinero! —dije lentamente—. ¿Entendido?

A Adrian le entró un ataque de risa. Que le den. Ese capullo hipócrita podía pensar lo que le diera la gana. Ted frunció el ceño al ver el gran anillo brillante alumbrando inocentemente todo aquel desorden.

—El señor Ferris no mencionó ningún anillo —dijo.

—¿Ah, no? Pues mira, ¿por qué no le dices que se lo puede meter por donde considere que le cabe mejor, Ted?

—¡Señora Thomas! —Ted se levantó con el gesto descompuesto—. No es necesario hablar así.

—Me temo que difiero, Ted —concluí.

Salí corriendo del corredor de la muerte y me dirigí hacia la puerta principal. La única solución era la huida inmediata. Si hubiera podido deshacerme de ellos el tiempo suficiente como para tomar aliento, habría tenido un nuevo plan para

afrontar aquella situación tan ridícula.

Un Jeep negro recién salido de fábrica se detuvo a medida que yo bajaba corriendo los escalones de la entrada principal. Se bajó la ventanilla y vi a mi amable guía de la noche anterior, Mal, en el asiento del conductor. Me dirigió una sonrisilla de superioridad por encima de sus gafas de sol.

—¿Qué tal, mujercita?

Le hice un corte de mangas y corrí por el largo y sinuoso sendero hacia la verja, hacia la libertad de mi antigua vida, o lo que quedara de ella.

Ojalá nunca hubiera ido a Las Vegas. Ojalá hubiera convencido a Lauren de que una fiesta en casa era más que suficiente. Nada de esto habría ocurrido. Dios, qué estúpida fui.

—¡Ev, espera! —Mal me alcanzó con el Jeep—. ¿Qué te pasa? ¿Adónde vas?

No respondí, no quería saber más de ninguno de ellos, y además sentía un impulso irrefrenable de echarme a llorar, maldita sea. Los ojos me ardían, era terrible.

—¡Para! —gritó, y apagó el motor. Salió del vehículo y corrió hacia mí—. Oye, lo siento mucho.

No contesté y evité mirarle. No tenía nada más que decir.

Me tomó del brazo, pero me daba igual. Me volví hacia él. Nunca había pegado a nadie en mi vida, y se ve que ahora no era el momento de empezar. Detuvo mi puño en el aire, sin ninguna dificultad.

—¡Guau! Entendido —Mal retrocedió y me echó una mirada de recelo por encima de las gafas—. Estás loca, ya lo pillo.

Miró hacia la casa con las manos en jarras. Ted y Adrian nos observaban desde las escaleras, e incluso a esa distancia no se les veía muy felices. Malditos desgraciados.

Mal dejó escapar un respiro.

—No me lo creo. ¿En serio te ha enviado al mierda de Ted?

Asentí respirando hondo, para mantener el control.

—¿Estabas sola? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—¿Vas a llorar?

—¡No!

—Mierda. Vamos —contestó. Me tendió la mano y le miré con recelo—. Ev,

piensa un poco, por favor. La salida está repleta de fotógrafos y curiosos. Aunque consiguieras escapar, ¿adónde crees que llegarías?

Tenía toda la razón. Debía regresar a la casa y recuperar mi mochila. Qué estúpida había sido al no pensar. En cuanto recuperara la serenidad, entraría, la recogería y saldría pitando de allí. Me abaniqué la cara con las manos y tomé aire. Todo iría bien.

Mientras tanto, Mal posó las manos sobre mis hombros, a la espera. Tenía un par de ampollas pequeñas en la unión entre el pulgar y el índice. Curioso.

—Tú... ¿eres el batería? —pregunté resoplando.

Por alguna razón estalló en carcajadas, casi se dobló de la risa, se agarraba la barriga y todo. Quizá estaba colocado a esa horas, o quizá era otro lunático más. Batman lo habría pasado muy mal intentando mantener aquel lugar bajo control.

—¿Qué pasa? —dije, y me aparté de él. Por si acaso.

Se le cayeron las elegantes gafas al suelo y resonaron contra la gravilla.

—Nada. Nada en absoluto. Vámonos de aquí, anda. Tengo una casa en la playa. Nos esconderemos allí. Será divertido.

Dudé y lancé una mirada asesina a los capullos que esperaban en las escaleras.

—Un momento —dije—. ¿Por qué me quieres ayudar?

—Porque lo necesitas.

—¿Oh, en serio? ¿Qué te hace pensar eso?

—No te va a gustar mi respuesta.

—Llevo toda la mañana escuchando respuestas estúpidas. No te cortes. Adelante.

Sonrió.

—Está bien. Mira, soy el mejor amigo de David. Nos hemos emborrachado y hemos perdido la noción del tiempo más veces de las que puedo recordar. Las mujeres se le echan encima desde hace mil años, incluso antes de que se hiciera famoso. Jamás en su vida ha sentido ningún interés hacia el matrimonio, nunca ha formado parte de sus planes, así que el hecho de que se casara contigo... No sé, digamos que me hace pensar que merece la pena ayudarte. Vamos, Ev. No te preocupes.

Para él era muy fácil decirlo, ninguna estrella del *rock* le había arruinado la vida.

—Necesito ir a por mis cosas —contesté.

—¿Y que te acorralen? Ya te ocuparás más tarde de eso.

Me tendió la mano.

—Salgamos de aquí. Hazme caso.

Cedí y puse mi mano sobre la suya. Nos pusimos en marcha.

CAPÍTULO 6

—Espera, espera... Entonces ¿esta canción no se la dedicó a su perro moribundo o algo así?

—No tiene gracia—contesté riéndome.

—Claro que la tiene.

Mal se rió en voz baja desde el otro extremo del sofá mientras Tim McGraw hablaba sin parar en la pantalla del televisor.

—¿Por qué todos llevan sombreros tan grandes? ¿Lo sabes? Yo tengo una teoría.

—Shh. ¡Cállate!

El estilo de vida de esta gente me sacaba de quicio. Mal vivía en una casa en la playa que más bien era una hazaña arquitectónica de acero y vidrio de tres plantas. Increíble. No tan ridículamente enorme como la mansión de la colina, pero igual de bonita e impresionante. Mi padre se habría extasiado con ese minimalismo, la claridad de las líneas o cualquier otra cosa. Se trataba claramente de una guarida de soltero.

Yo me conformaba con haber conseguido un amigo justo cuando más lo necesitaba. Se me había ocurrido cocinarle el almuerzo para agradecer que me acogiera, pero no encontré absolutamente nada de comida. La nevera estaba llena de cerveza, y el congelador, de vodka. Ah, bueno, también había una bolsa de naranjas que él gastaba en rodajas para los chupitos de vodka, así que la descarté desde el principio.

Pero la máquina de café ultraprofesional que tenía en la cocina lo compensaba. Incluso encontré latas de judías en buen estado y todo. Una mañana le sorprendí realizando algunos de los movimientos que aprendí en la cafetería y me sentí mucho mejor después de beberme tres tazas en menos de una hora. De nuevo volvía a ser la de siempre: organizadora, eficaz, repleta de cafeína.

Mal pidió una *pizza* para cenar y vimos la tele hasta muy tarde. Le encantaba

burlarse de todos mis gustos: películas, música... absolutamente todo. Al menos lo hacía con buena intención y siempre bromeando.

No podíamos salir al exterior porque había un par de fotógrafos esperando. Siempre me sentía culpable por ello, pero él le quitaba importancia.

—¿Y esta canción? —sugirió—. ¿Te gusta?

Miranda Lambert apareció en la pantalla con un bonito vestido de los años cincuenta y sonreí.

—Miranda es fantástica.

—Yo la he conocido en persona.

Me incorporé en el asiento.

—¿De verdad?

Mal siguió burlándose de mí.

—Te sorprende que haya conocido a Miranda Lambert pero ni siquiera sabías quién era yo. Joder, Ev, me ofendes.

—He visto los discos de oro y platino colgados en el pasillo. Creo que podrás superarlo.

Resopló de la risa.

—¿Sabes? Me recuerdas muchísimo a mi hermano —le dije.

Me lanzó el tapón de una botella y lo esquivé, aunque me rozó la frente.

—¡Hey! ¿Y eso? —pregunté.

—¿No puedes fingir al menos que me idolatras?

—No. Lo siento.

Él cambió de canal, ignorando mi amor hacia Lambert. Teletienda, fútbol, *Lo que el viento se llevó* y... ¿yo? De repente aparecí por televisión.

—¡Un momento, espera! —le dije.

—No creo que sea buena idea —contestó con un gruñido, pero me hizo caso.

Primero mostraron todas mis fotos de la escuela, seguidas de una imagen con Lauren en la época de nuestra promoción. Había incluso un reportero enfrente de Ruby's, cotilleando sobre mi vida antes de que me elevaran a la categoría de «la esposa de David Ferris». Y justo entonces apareció el susodicho en la grabación de algún concierto, tocando guitarra mientras cantaba. Las letras eran las típicas de «mi nena es malvada», del estilo: *Ella es la única para mí, me tiene a sus pies...* Me pregunto si escribiría alguna canción sobre mí. Si eso ocurriera, las probabilidades de que fuera desfavorable hacia mi persona eran bastante altas.

—Mierda.

Apreté un cojín contra mi pecho y me tapé la cara.

Mal se inclinó hacia mí y me removió el pelo.

—David es el favorito, querida. Es guapo, toca la guitarra y escribe canciones. Las chicas se desmayan a su paso. Si a eso le unes lo joven que eres, tienes noticias para toda la semana.

—Tengo veintiuno.

—Y él veintiséis. La diferencia es notable si lo relatan de forma adecuada.

Mal suspiró.

—Asúmelo, mujercita. Te casó un tipo disfrazado de Elvis en Las Vegas con uno de los hijos predilectos del *rock and roll*. ¿Qué esperas? Estaba abocado desde el principio a convertirse en una montaña de mierda mediática. Además, últimamente ha habido muchos problemas en la banda... con Jimmy saliendo de fiesta en fiesta como si fuera un adolescente y tu Dave sin inspiración para escribir letras. En fin, ya te haces una idea. No te preocupes. La semana que viene a otra persona se le ocurrirá algo extravagante y las noticias pasaran a otro tema.

—Eso espero.

—Lo sé. La gente no deja de joder nunca, es algo increíble —se echó atrás con las manos cruzadas detrás de la cabeza—. Vamos, sonríte un poco para el tío Mal. Lo estás deseando.

Sonreí desanimada.

—Vaya sonrisa de mierda, me avergüenzas. ¿A quién pretendes engañar? Vuelve a intentarlo.

Hice un esfuerzo y estiré las comisuras hasta que me dolieron las mejillas.

—Mierda. Ahora parece que te duele algo.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió nuestra diversión.

Mal levantó las cejas.

—Joder, ya estaba tardando.

—¿Qué? —le seguí hasta la puerta, pero me quedé pegada a la pared, por si eran los periodistas.

Abrió la puerta y David entró hecho una furia.

—Pedazo de mierda, como la hayas tocado te mato. ¿Dónde está? ¡Venga, dímelo!

—Tu mujercita tiene otros asuntos entre manos —Mal sacudió la cabeza, tomándole el pelo a su amigo con una mirada de guasa—. Además, ¿a ti qué cojones te importa?

—No empieces. ¿Dónde está?

Mal cerró la puerta despacio, enfrentándose a su amigo. Me lo pensé y decidí retroceder para que no me viera. Sí, retrocedí como una cobarde. ¿Qué más da?

Mal se cruzó de brazos.

—La dejaste sola con Adrian y tres abogados más. Sin duda, el pedazo de mierda aquí eres tú.

—No sabía lo que tramaba.

—Más bien no querías saberlo —le espetó Mal, apuntándolo con el dedo índice—. Puedes mentir a quien quieras, Dave, pero a mí no. Y menos, a ti mismo.

—Cállate.

—Necesitas un poco de orientación en tu vida, amigo.

—¿Quién te crees que eres, mi consejero espiritual?

Mal tosió de la risa y se desplomó contra la pared.

—¡Sí! Pronto empezaré a repartir bendiciones, así que no te vayas muy lejos.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Quién?

David le miró con el ceño fruncido. Ni se dio cuenta de que yo estaba observando toda la escena a pocos metros. Por triste que suene, incluso con esa expresión de enfado era increíblemente guapo. Me suscitaba emociones muy complicadas. El corazón me golpeaba el pecho con fuerza. La ira y el sentimiento de su voz no deberían importarme, no tenía ningún sentido después de las escenas de ayer y de esta mañana. De hecho, debería estar pensando en algún plan, algo que hacer con mi vida, pero me reventaba desear que él se interesara por mí. Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza sin orden ni concierto. Lo mejor sería que me alejara de aquel tipo cuanto antes.

—Dave, se encontraba tan mal que intentó pegarme.

—¡Y una mierda!

—Hablo en serio, colega. Estaba a punto de estallar cuando la encontré.

Apoyé la cabeza contra la pared en silenciosa agonía. ¿Por qué demonios le había contado eso?

—Y dices que no querías que toda esta mierda ocurriera —Mal negó con la cabeza y chasqueó la lengua—. ¿De verdad querías casarte con ella? ¿En serio?

El semblante de David se desmoronó.

—No lo sé, ¿de acuerdo? ¡Mierda! Me fui a Las Vegas porque estaba harto de todo y entonces la conocí. Era diferente, al menos aquella noche lo parecía. Tan solo... Yo solo quería encontrar algo fuera de este ambiente, para variar un poco.

—Pobre Dave... ¿Te has cansado ya de ser el dios del *rock*?

—Dime dónde está.

—Puedo sentir tu dolor, en serio. O sea, tú solamente querías una mujer que no te lamiera el culo, y ahora te enfadas con ella por eso mismo. Qué dura es la vida, muchacho.

—Que te den. Déjalo, Mal. Se acabó —contestó mi marido, resoplando—. Además, fue ella la que pidió el maldito divorcio. Por qué no le interrogas a ella, ¿eh?

Mal exhaló un suspiro melodramático.

—Lo haría, pero está muy concentrada escuchándonos desde esa esquina. Lo siento, no puedo interrumpirla ahora.

David se quedó inmóvil, se dio la vuelta y sus ojos azules me encontraron.

—Evelyn.

Me pilló.

Me alejé de la pared e intenté sonreír, pero no funcionó.

—Hola —dije apenas sin voz.

—Eso lo dice muy bien —dijo Mal, guiñándome un ojo—. Ev, ¿de verdad querías pedirle el divorcio a David Ferris?

—Me vomitó encima cuando le dije que nos habíamos casado —soltó David.

—¿En serio? —Mal estalló en carcajadas, le salían lágrimas de los ojos—. ¿De verdad? Dios mío, es fantástico. Hey, colega, ojalá hubiera estado presente.

Lancé a David lo que pretendía que fuera la mirada más asesina del mundo. Me la mantuvo, impassible.

—Vomitó en el suelo —especifiqué, mirando a Mal—. No sobre él. No le vomité encima.

—Solo aquella vez —dijo David.

—Por favor, quiero saber más —dijo Mal, riéndose más fuerte que nunca—. Esto no hace más que mejorar.

David no se rio. Gracias a Dios.

—En serio, adoro a tu mujer. Es estupenda. ¿Me la puedo quedar yo, por favor?

La mirada que me lanzó David denotaba mucho más que descontento. Se acercaba más a la irritación profunda. Le lancé un beso al aire, pero apartó la mirada con los puños cerrados como si se estuviera conteniendo para no estrangularme. El sentimiento era mutuo.

¡Ah, el matrimonio...! Toda una bendición.

—Sois los mejores. —El bolsillo de Mal comenzó a sonar y sacó su teléfono móvil. No sé qué vio en la pantalla, pero le cortó la risa de golpe—. Deberías llevártela a casa, Dave.

—No creo que sea buena idea —espetó David con un auténtico gesto de dolor.

Yo pensaba lo mismo. No pensaba volver a pisar la casa de los horrores. Quizá si se lo pedía por favor, Mal recogiera mis cosas. No quería abusar más de su generosidad, pero me estaba quedando sin opciones.

—Jodeer —dijo Mal, mientras le pasaba a David el teléfono móvil con el talante sombrío.

—Mierda —murmuró David. Se pasó la mano por la nuca.

La mirada de preocupación que me dirigió hizo saltar todas mis alarmas. No sé qué estaban viendo, pero sin duda era malo.

Muy malo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tú... no... Eh, no... no te preocupes, Ev.

Volvió a mirar la pantalla y le devolvió el teléfono móvil a Mal.

—Lo mejor será que nos vayamos a mi casa, sí. Será divertido. Estupendo —dijo tajante David—. Larguémonos.

—¡No! —Mi voz sonó más alta de lo normal.

Si David tuvo un gesto amable conmigo es que algo iba muy mal. Extendí la mano y moví los dedos con impaciencia, nervios, o ambas cosas.

—Enséñamelo. Por favor...

A pesar de que David negó con la cabeza, Mal me lo tendió.

Se veía mi piel de cintura para abajo. En concreto, mi trasero desnudo, en toda su gloria de palidez mortal, hoyuelos incluidos. Dios mío, parecía enorme. ¿Habían utilizado una lente de aumento o estaba así de deformado? Alguien me sujetaba el vestido de fiesta levantado y yo estaba de pie, inclinada sobre una mesa mientras un tatuador trabajaba en mi trasero. Además, me había bajado las braguitas, que ocultaban lo justo. Mierda. Vaya postura más comprometida. Verme envuelta en una sesión de fotos eróticas no formaba parte de mis planes.

Al otro lado de la escena David sonreía, así que aparecíamos juntos. Vaya. Así que esa era su cara al sonreír.

De repente lo recordé todo: el sonido de la aguja y él a mi lado, hablándome, dándome la mano. Al principio me dolió.

—Intentabas morderme los dedos —dijo David sonriendo un poco por primera vez—. El tatuador se enfadó mucho con nosotros por liar tanto escándalo.

David inclinó la cabeza y pareció recordar.

—Sí, porque en teoría tenías que quedarte quieta.

Asentí lentamente, intentando yo también recordar más datos, pero fue en vano.

Todo el mundo vería esta fotografía. De hecho, ya la habían visto. Conocidos y desconocidos. ¡Oh, mierdaaa...! La cabeza me dio vueltas, como cuando me hicieron la foto, solo que esta vez la culpa no era del alcohol.

—¿Cómo la han conseguido? —pregunté, con voz temblorosa y el corazón en un puño.

No me quedaba nada de dignidad. David pareció leer mis pensamientos y me miró con ojos tristes.

—No lo sé. Estábamos en una sala privada. Esto no debería haber pasado nunca, pero a la gente le ofrecen mucho dinero por estas cosas.

Asentí y le devolví el teléfono a Mal. Me temblaba la mano.

—Muy bien.

Los dos me miraron preocupados, pensando que me iba a poner a llorar. Pero eso no iba a suceder.

—No pasa nada —dije, e hice el esfuerzo de creérmelo.

—Claro que no —contestó Mal.

David se limitó a meterse las manos en los bolsillos.

—Además, ni siquiera se te distingue bien.

—Es verdad —coincidí. La compasión que leía en sus ojos era demasiado para mí—. Disculpadme un momento.

Por suerte, el cuarto de baño no estaba muy lejos. Cerré la puerta y me senté en el borde del *jacuzzi* intentando controlar la respiración y mantener la calma. No podía hacer absolutamente nada; la fotografía ya se había difundido.

Pero un momento: no era el fin del mundo, tan solo una foto tonta mía en una posición comprometida enseñando más carne de la que me gustaría. ¿Y qué? A aceptarlo y seguir adelante, aunque todos mis conocidos la acabasen viendo. Peores cosas habían sucedido en la historia. Solo necesitaba aclarar el contexto y mantener la compostura.

David llamó a la puerta.

—¿Ev? ¿Estás bien?

—Sí.

No. En absoluto.

—¿Puedo entrar?

Miré la puerta con una punzada de dolor.

—Por favor... —insistió.

Me levanté y abrí el cerrojo.

Él entró y cerró la puerta. Ese día no llevaba ninguna coleta, así que el pelo oscuro le caía por la cara. Vislumbré tres pendientes plateados jugando al escondite tras su pelo y me quedé observándolos porque ni me planteaba mirarle a los ojos. Me negaba a llorar por algo así. ¿Qué demonios me pasaba últimamente? Por cierto, qué estúpido por mi parte haberle dejado entrar.

Me miró directamente a los ojos con el ceño fruncido.

—Lo siento —susurró.

—No es culpa tuya.

—Sí lo es. Debería haberte cuidado mejor.

—No —dije, tragando saliva con dificultad—. Los dos estábamos borrachos. Por Dios —me reí amargamente—, esto es tan terriblemente estúpido. Qué vergüenza.

Me miró fijamente.

—Yo también lo siento, de verdad —dije.

—Tienes derecho a estar triste. Ese momento era privado, era nuestro. No debería circular por ahí.

—David, si no te importa... me gustaría quedarme a solas un momento.

De repente, y sin previo aviso, me rodeó con los brazos y me apretó contra él. Me pilló con la guardia baja y me tropecé, golpeándome la nariz contra su pecho. Me hice daño, pero al menos olía bien, a limpio, a masculinidad y a bienestar. Me resultaba familiar. Una parte de mí recordó de repente haber estado así de cerca antes y lo reconfortante que resultó. En mi mente resonaba la palabra «seguridad», pero no podía recordar cómo ni por qué.

Su mano me frotó la espalda, consolándome.

—Lo siento —dijo—. Lo lamento muchísimo.

Tanta amabilidad me desarmó y comencé a llorar.

—Nunca le he enseñado a nadie mi... trasero y de repente está circulando por todo Internet.

—Lo sé, cariño.

Apoyó la cabeza sobre la mía y me sostuvo firmemente mientras yo lloraba desconsoladamente sobre su camiseta. El hecho de contar con alguien ayudaba bastante. Todo iría bien. En el fondo sabía que sería así, pero en ese momento no lo veía tan claro.

Me estaba sentando muy bien aquel abrazo.

No sé cuándo comenzamos a mecernos, pero comenzó a moverme con

cuidado como si bailáramos una canción muy lenta. Me abrumó la tentación de quedarme así, con la mejilla apoyada sobre su pecho, y retrocedí para recomponerme. Posó las manos con cuidado sobre mi cintura, sin romper del todo la conexión.

—Gracias —dije.

—Oh, no tienes que dárme las —contestó, con una mancha de humedad en la camiseta.

—Te he dejado la camiseta mojada.

Se encogió de hombros.

Lloré a lágrima viva de nuevo. Definitivamente tenía un don. El espejo lo confirmó al devolverme la imagen de un demonio de ojos rojos y mejillas encendidas de color rosa fluorescente. Me alejé de él con una sonrisa incómoda, y vi cómo dejaba caer las manos. Me refresqué la cara con agua y me sequé con la toalla mientras él me observaba.

—Vamos a dar una vuelta —propuso.

—¿En serio?

¿David y yo? ¿A solas? No parecía ser el mejor plan, después de aquel primer encuentro sobrios tan acalorado que tuvimos.

—Claro —dijo, frotándose las manos—. Solos, tú y yo, para evadirnos de todo un rato.

—David, tú mismo lo dijiste ahí fuera y yo pienso igual. No creo que esto sea una buena idea, nuestro matrimonio.

—¿Quieres quedarte en Los Ángeles? —se burló.

—Mira, te has comportado de forma muy amable desde que cruzaste la puerta. Bueno, aunque le hayas dicho a Mal que te vomité encima. Eso era innecesario. Pero en menos de veinticuatro horas me has dejado tirada en una habitación, te has ido con una fan despampanante, me has acusado de intentar ligarme a tu hermano y me has enviado a tu legión de abogados.

No contestó.

—Claro que no es asunto mío lo que hagas con tus fans.

Se dio la vuelta y caminó hasta el otro extremo del cuarto de baño, muy enfadado. Aunque era cinco veces más grande que el mío, seguía sin haber espacio para una discusión así. Además, se encontraba justo en medio de la puerta cuando salir corriendo me pareció la mejor jugada.

—Solo les pedí que prepararan el papeleo —contestó.

—Y vaya si lo hicieron —respondí, con las manos sobre las caderas, manteniéndome firme—. Escucha, no quiero tu dinero.

—Ya me lo han dicho.

Su cara reflejaba una palidez mortal. Mi sentencia no le suscitó ni la suspicacia ni las burlas que manifestaron los matones vestidos de negro. Mejor para él. Dudo que me creyera, pero al menos disimulaba muy bien.

—Están redactando otros documentos nuevos.

—Muy bien, pero no tienes que sobornarme —dije—. No saques esa conclusión. Si quieres saber algo, pregúntame. Jamás se me ocurriría vender nuestra historia a la prensa. Nunca.

—Vale —se apoyó contra la pared y miró al infinito—. Lo siento —dijo al techo.

Al ver que no respondía nada, me miró directamente a los ojos. No podía ser bueno ser tan guapo. A la gente normal no se le concedía esa oportunidad. El estómago me daba un vuelco cada vez que lo miraba. Un vuelco no, caía en picado.

¿Dónde estaba Lauren para decirme que me estaba comportando como una melodramática, justo cuando más la necesitaba?

—Lo siento, Ev —repitió—. Sé que las últimas veinticuatro horas han sido una mierda, pero cuando te he propuesto salir de aquí solamente intentaba arreglar las cosas.

—Gracias, por eso y por venir a ver cómo estaba.

—De nada.

Esta vez la sinceridad de su mirada me hizo replantearme muchas cosas; ese breve destello de leer algo más entre líneas... aunque no sé si se trataba de tristeza o de soledad. Intuía un agotamiento que ya estaba ahí, pero se desvaneció antes de empezar a comprenderlo. Sin embargo, dejó una marca. Este hombre era mucho más que una cara bonita y un nombre famoso. Necesitaba recordar eso y no sacar mis propias conclusiones.

—¿Quieres que demos una vuelta? —pregunté—. ¿En serio?

Sus ojos brillaron de emoción.

—¿Y por qué no?

Le sonreí con cautela.

—Podemos hablar sobre lo que quieras, solos tú y yo —dijo, visiblemente animado—. Deja que haga un par de llamadas y nos vamos, ¿de acuerdo?

—Sí. Me encantará.

Se despidió con un movimiento de cabeza, abrió la puerta y se fue. Él y Mal se pusieron a hablar tranquilamente.

Aproveché la ocasión para lavarme la cara de nuevo y peinarme con los

dedos. Era el momento de recuperar el control; de hecho, ya iba con retraso. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué pasaba de un desastre a otro? Yo no era así, me gustaba tenerlo todo bajo control, contar siempre con planes.

Llegó el momento de dejar de preocuparme sobre las cosas que no podía cambiar, y ponerme a cambiar activamente lo que sí estaba en mis manos. Tenía ahorrado algo de dinero. Cualquiera día mi pobre vehículo moriría y había ido reservándolo para la ocasión, porque cuando llegara el invierno y todo se volviera frío, gris y húmedo, ir andando a todas partes no me parecería tan buena idea. Pensar en gastar mis ahorros no me llenaba de alegría, pero se trataba de una medida desesperada.

Los abogados de David dispondrían los documentos sin la cláusula sobre el dinero y los firmaría. Punto. No había que preocuparse por eso. Sin embargo, retirarme del escrutinio público durante un par de semanas estaba muy lejos de mis posibilidades. Tan solo necesitaba pararme y cambiar, en vez de reaccionar en contra. Era una mujer adulta, sabía cuidar de mí misma. Y había llegado el momento de demostrarlo.

Sí, me iría a dar una vuelta con él, solucionaríamos los puntos básicos y después me marcharía; primero, de vacaciones encubiertas, y después, de regreso a mi vida ordenada y normal, sin la intervención de ninguna estrella del *rock*.

Eso es. Asunto zanjado.

—Dame las llaves del Jeep —le pidió David a Mal.

Mal hizo un gesto de sorpresa.

—Vamos. He venido en moto y no tengo otro casco para ella.

—De acuerdo —contestó Mal, y le lanzó las llaves hábilmente a la mano—. Pero solo porque me gusta tu esposa. Ni un rasguño, ¿queda claro?

—Sí, sí —David se dio media vuelta y me miró. Esbozó una sonrisa.

No le había visto sonreír así desde el día en que lo encontré sentado en el baño, y me iluminó por dentro.

Me temblaron las rodillas, aquello no podía ser normal. No debería sentirme tan reconfortada y feliz solo porque él lo fuera. Y tampoco quería permitirme sentir nada por él si quería salir de esa situación de una pieza.

—Gracias por ayudarme, Mal —dije.

—El placer es todo mío —contestó, con una reverencia—. ¿Seguro que quieres irte con él, mujercita? Este capullo te ha hecho llorar, y yo te hago reír. Piénsatelo.

La sonrisa de David se desvaneció. Apoyó la mano ligeramente sobre mi

hombro y noté su calidez incluso a través de la ropa.

—Salgamos de aquí.

Mal sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Qué más da. A conducir hasta donde nos lleve el viento.

CAPÍTULO 7

Tenía el cuello totalmente contracturado. Sentí una punzada de dolor mientras me estiraba y me frotaba los ojos. Masajeé la zona con una mano en un intento de relajarme.

—Au.

David levantó una mano del volante y la estiró hacia mí, masajeándome la nuca con los dedos.

—¿Estás bien?

—Sí. Me he debido de quedar dormida en una postura rara.

Me revolví en el asiento y eché un vistazo a nuestro alrededor para intentar no disfrutar demasiado del masaje, porque huelga decir que era buenísimo con las manos. Sí, el señor Dedos Mágicos convenció amablemente a mis músculos de que volvieran a su sitio con muy poco esfuerzo. Pero... no se me podía pedir que me resistiera, imposible. Así que gemí en voz alta y le dejé hacer lo que quisiera conmigo. Mi única excusa era que estaba medio dormida.

Amanecía.

Observé unos árboles enormes que daban mucha sombra a nuestro alrededor. Al intentar salir de Los Ángeles nos quedamos atrapados en un atasco brutal, como nunca había visto.

A pesar de mis intenciones iniciales, no hablamos en ningún momento, tan solo paramos en una gasolinera a repostar y comprar comida. El resto del tiempo Johnny Cash sonó por los altavoces mientras yo ensayaba discursos en mi cabeza, pero no me salió ninguno. Por alguna razón, me resistía a interrumpir nuestra aventura silenciosa. No tenía nada que ver con acabar bajándome las braguitas, sino más bien con lo cómoda que me había comenzado a sentir con él.

Así que el silencio dejó de ser incómodo, me relajaba mucho e incluso me revitalizaba después del drama del último día. Estar a su lado mientras conducía... Había algo muy liberador en ello.

Más o menos a las dos de la mañana me quedé dormida.

—David, ¿dónde estamos?

Me miró de reojo mientras seguía masajeándome el cuello.

—Bueno... —respondió distraído.

Justo pasamos una señal.

—¿Monterrey? ¿Qué hacemos en Monterrey?

—Vivo aquí, no te pongas nerviosa.

—¿En Monterrey?

—Sí. ¿Tienes algo en contra de Monterrey? ¿Lo pasaste mal en algún festival de música o algo parecido?

—No —me retracté rápido, no quería resultar desagradecida—. Solo me sorprende. No me había dado cuenta de que habíamos llegado hasta... eh... Monterrey.

Suspiró y siguió conduciendo levantando polvo y gravilla que chocaba contra el Jeep (a Mal no le iba a hacer ninguna gracia). Se volvió y me miró a los ojos, reposando un codo sobre el cabecero de mi asiento, dejándome acorralada.

—¿De qué querías hablar, amiga mía?

Abrí la boca y al fin lo dejé salir:

—Tengo una idea. He ahorrado algo de dinero, así que me iré a algún sitio durante dos semanas, hasta que pase la tempestad. No tienes que tomarte todas estas molestias. Solo hay que sacar mis cosas de tu mansión y no me volverás a ver el pelo.

—De acuerdo —asintió—. Bueno, en este momento estamos aquí y me gustaría pasar un par de días en mi casa. ¿Por qué no te quedas conmigo? Como amigos, nada más. Hoy es viernes, los abogados dijeron que me enviarían los nuevos documentos el lunes. Ya los firmaremos. La semana que viene tengo un concierto en Los Ángeles. Si quieres, te puedes quedar en casa unas semanas hasta que todo se calme. ¿Te parece? Pasamos el fin de semana juntos y después cada uno se va por su cuenta. Todo arreglado.

Sonaba un plan ideal, pero aun así dudé por unos instantes.

—¿Te preocupa estar conmigo? —dijo—. ¿Tanto miedo doy?

Me miró a los ojos, nuestras caras se separaban apenas un palmo. El pelo le caía por su rostro perfecto, casi me dejaba sin respiración. Me quedé inmóvil hasta que una moto rompió el hechizo con su rugido y todo volvió a la normalidad.

¿Que si me asustaba? ¡No tenía ni idea!

—En absoluto —le mentí por una buena causa.

Dudo que me creyera.

—Oye... —dijo—, siento haber actuado de forma tan extraña en Los Ángeles.

—No pasa nada, David, de verdad. Cualquiera perdería los nervios en esa situación.

—Qué me vas a contar —suspiró—. Oye, te has acordado del día del tatuaje. ¿Recuerdas algo más?

La verdad es que no me apetecía en absoluto recordar mi locura etílica, ni con él ni con nadie. Aún pagaba las consecuencias al divulgar mi privacidad por Internet, una situación ridícula, teniendo en cuenta que hasta la fecha mi vida no había tenido nada de sórdido, ni tampoco nada de particular. Bueno, sí, aquel episodio en el asiento de atrás del vehículo de los padres de Tommy.

—¿Qué más da? —Volví al presente—. Además, ¿no es un poco tarde para mantener esta conversación?

—Supongo.

Se incorporó en el asiento y apoyó ambas manos en el volante.

—¿Necesitas estirar las piernas o algo? —me preguntó.

—Me gustaría ir al baño.

—Muy bien.

Siguió conduciendo, y el silencio imperó entre los dos durante un buen rato. De vez en cuando, si me quedaba adormilada, él bajaba el volumen de la radio. El silencio se había vuelto incómodo, y todo había sido por mi culpa. La sensación de culpabilidad a primera hora de la mañana era lo peor; probablemente no mejorara durante el resto del día, pero así de primeras, sin una gota de cafeína para darme fuerzas, era terrible. Había sido muy atento conmigo al intentar hablar y yo le había callado de sopetón. Oh, Dios.

—Apenas recuerdo la mayor parte de aquella noche —admití de repente.

Levantó dos dedos del volante e hizo un ademán como toda respuesta. Y yo tomé una bocanada profunda de aire y me obligué a continuar.

—Recuerdo que tomamos unos chupitos a medianoche, pero a partir de ahí... nada. Recuerdo también el sonido de la aguja del tatuador y que nos reíamos. Fin. Jamás he perdido así la memoria en mi vida, y eso me da mucho miedo.

—Ya —contestó, con calma.

—¿Cómo nos conocimos? —continué, y le miré de reojo.

Tomó aire y esperó unos segundos antes de hablar.

—Yo iba con un grupo de gente y nos dirigíamos a otro bar. Una de las muchachas no miraba por dónde iba y se chocó contra una camarera que por lo

visto era nueva, así que se le cayó la bandeja al suelo. Menos mal que solo llevaba dos botellas vacías.

—¿Y qué pinto yo ahí?

Me miró, desviando la atención de la carretera unos segundos.

—Algunos de mis amigos comenzaron a meterse con la pobre camarera, se burlaron: que si la iban a despedir, que si esto, que si lo otro... Tú te metiste en la conversación y salieron escaldados.

—¿En serio?

—Sí —dijo, sonriendo un poco—. Les dijiste que eran unos capullos crueles, pretenciosos y sobrevalorados, y que deberían tener cuidado por dónde andaban. Ayudaste a la camarera a recoger las botellas del suelo y después insultaste a mis amigos un buen rato más. Y fue muy elegante, de hecho. No recuerdo las palabras exactas que dijiste, pero te volviste muy... creativa al final.

—Ajá. ¿Y por eso te gusté?

No obtuve como respuesta más que el silencio absoluto. No sé cómo pretendía que habláramos sobre el tema con esa disposición.

—Bueno —proseguí—. ¿Qué sucedió después?

—Vinieron los de seguridad a echarte. Porque lo pagaste tú. No iban a ponerse a discutir con los niños ricos.

—No, supongo que no.

—Y te entró el pánico, así que te saqué de allí.

—¿Dejaste a tus amigos por mí? —le pregunté, mirándolo con asombro. Se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—¿Qué más? —seguí, animada.

—Nos fuimos a beber a otro sitio.

—Me sorprende que te sintieras atraído por mí.

Sorpresa era poco.

—¿Y por qué no? Me trataste como una persona normal, hablamos de cosas del día a día. No te desvivías por conseguir nada de mí ni actuabas como si yo perteneciera a otro planeta. Cuando me mirabas, sentía...

—¿Qué?

—No sé, no importa —contestó, aclarándose la garganta.

—Sí que lo sabes, y sí que importa.

—¿Y bien? —insistí muy sonriente.

—Maldita sea —murmuró, removiéndose con incomodidad en el asiento del conductor—. Sentía que era real, ¿entiendes? Me sentía bien. No sé cómo explicarlo de otra manera.

Me quedé callada unos instantes.

—Está muy bien explicado —dije mirando a la carretera.

De repente se lanzó a por todas.

—Además, nunca nadie me había entrado de esa manera.

—Vaaale, muy bien, ya es suficiente.

Me tapé la cara con las manos y se rió.

—Tranquila, fuiste muy dulce.

—¿Dulce?

—Eso no es malo.

Se desvió y nos detuvimos en una gasolinera.

—Ev, mírame —me pidió, ofreciéndome una sonrisa preciosa—. Dijiste que pensabas que era un buen tipo y que sería maravilloso que pudiéramos ir a tu habitación a tener sexo y a pasar el rato, si es que me interesaba la propuesta, claro.

—Ja, ¿tomé yo la iniciativa? —Solté una carcajada.

Dudo que hubiera tenido una conversación más vergonzosa en toda mi vida. Dios mío, tan solo pensar en mi plan de seducción con él me hacía morir de la vergüenza. ¡Con ese hombre!, que tenía a miles de fans y modelos despampanantes a sus pies día sí y día también. Si hubiera habido espacio suficiente en el vehículo, me habría escondido allí mismo.

—¿Qué acabo de decir? —Se rio.

—Dios... Esto es una tortura. ¿Por qué no has perdido la memoria tú también?

Me miró, sin más. Y durante un largo rato mantuvo la mirada sin sonreír. El ambiente pareció haber subido de temperatura hasta los cincuenta grados.

—Enseguida vuelvo —dije, con los dedos trastabillando en el cinturón de seguridad.

—Claro.

Por fin logré desabrochar aquel cacharro estúpido, con el corazón desbocado. La conversación se había vuelto muy extraña al final. Mierda. Me había pillado desprevenida. Saber que había optado por quedarse conmigo en Las Vegas, que me había dado preferencia a sus amigos... eso cambiaba las cosas. Y me hacía preguntarme qué más deseaba saber sobre aquella noche.

—Espera —dijo.

Abrió en la guantera y rebuscó entre la colección de gafas de sol. Me ofreció unas.

—Ahora tú también eres famosa, ¿recuerdas?

—Yo no, mi trasero.

Casi le arranco una sonrisa. Dejó reposar el brazo sobre el volante. Llevaba el tatuaje con mi nombre justo ahí, en todo su esplendor, con los contornos aún enrojecidos y algunas letras con pequeñas costras. No era la única que conservaba una marca permanente de aquella locura.

—Hasta luego —dijo.

—Sí.

Abrí la puerta y salí despacio del automóvil para no tropezarme y caer de bruces delante de él.

Atendí mis necesidades fisiológicas y me lavé las manos. La Evelyn que veía reflejada en el espejo parecía una loca. Me lavé la cara e intenté arreglarme el pelo. Qué gracioso. En esta aventura todo consistía en deshacer cualquier intento de perder el control. Yo, mi vida... Todo parecía estar en un constante estado de transición, y no debía de sentarme tan bien como parecía.

Cuando regresé le encontré de pie junto al Jeep, firmando un autógrafo a un par de jóvenes. Uno de ellos tocaba una guitarra imaginaria de forma muy entusiasta. David se reía, le dio una palmadita en la espalda y hablaron durante un par de minutos.

Realmente era muy amable y simpático con ellos, sin percatarse de mi presencia hasta que me acerqué más.

—Gracias, muchachos. Os agradecería mucho que mantuvierais esto en secreto durante un par de días más, ¿de acuerdo? Queremos evitar un escándalo.

—Sin problemas —dijo uno de ellos, y me sonrió—. Enhorabuena. Eres mucho más guapa en persona que en las fotos.

—Gracias.

Les saludé con la mano, sin saber exactamente cómo actuar.

David me guiñó un ojo y abrió la puerta del copiloto para que entrara. El otro joven sacó el teléfono móvil y comenzó a hacer fotos. David no hizo caso y se acomodó en su asiento. No pronunció palabra alguna hasta que reanudamos el camino.

—No está muy lejos —dijo—. ¿Vamos a Monterrey, entonces?

—Por supuesto.

—Estupendo.

Escuchar a David hablar sobre nuestro primer encuentro le dio un nuevo cariz al asunto. Aquella conversación despertó mi curiosidad. Que en cierto

modo me escogiera aquella noche... No creo que esa posibilidad se me hubiera ocurrido antes. Pensaba que ambos habíamos actuado bajo los efectos del tequila y que nos metimos en este lío juntos, pero me equivocaba. Había más en esa historia, mucho más. Y su reticencia a contestar a ciertas preguntas me intrigaba todavía más.

De repente me impacientaba saberlo todo, pero debía de andarme con cuidado.

—¿Siempre te pasa lo mismo? —Cambié de tema—. ¿Te reconocen por ahí y se te acercan?

—Estos eran amables. Los locos son un problema, pero aprendes a manejarlo. Forma parte de mi trabajo. A la gente le gusta la música, así que...

Una mala sensación me invadió.

—Me dijiste quién eras aquella noche... —dije—, ¿verdad?

—Sí, claro que sí.

Me lanzó una mirada cargada de sarcasmo, y el mal presentimiento se vio reemplazado por la vergüenza.

—Ay... Lo siento mucho. —Me tapé la cara con las manos.

—Ev, quería que supieras en qué demonios te estabas metiendo. Por cierto, dijiste que te gustaba de verdad, pero que mi banda no. —Soltó una carcajada.

Cambió la emisora de radio con una sonrisa juguetona hasta que sonó una canción de *rock* que yo desconocía.

—De hecho, por si te interesa saberlo, te sentiste muy mal por eso. No dejabas de pedirme perdón e insististe en comprarme una hamburguesa para compensarlo.

—Prefiero la música *country*.

—Lo sé, créeme. Y deja de pedir perdón. Eres libre de escuchar la música que te dé la gana.

—¿Te compré una buena hamburguesa con un batido? ¿Puede ser? Recuerdo vagamente.

Se encogió de hombros.

—Más o menos.

—Ojalá pudiera acordarme de todo.

Resopló.

—Bueno, es un comienzo.

No sé qué sensación me invadió de repente, quizá solo quería comprobar si podía hacerle sonreír, pero estiré el cinturón de seguridad, me acerqué y le di un beso en la mejilla. Un ataque sorpresa. Sentí su piel cálida y su olor bajo mis

labios. Olía demasiado bien para ser de este planeta.

—¿Y eso?

—Por sacarme de Portland y después de Los Ángeles. Por hablar conmigo sobre aquella noche y... por muchas cosas más.

Apareció una suave arruga sobre el puente de su nariz. Cuando me respondió, tenía la voz ronca.

—De nada.

Apretó los labios y se llevó la mano a la mejilla, donde le había besado. No dejó de mirarme de reojo y cada vez que lo hacía me preguntaba si David Ferris se asustaba tanto de mí como yo de él. Esta reacción era incluso mejor que una sonrisa.

La casa de piedra y ladrillo apareció entre los árboles. Estaba construida al borde de un precipicio. El lugar era absolutamente increíble, impresionante, a otro nivel de la mansión de Los Ángeles. Las vistas al océano eran simplemente espectaculares.

—¿Vienes? —exclamó.

Me bajé del automóvil contemplando su magnífica casa. ¿Él y yo solos, ahí dentro? Dios mío...

Las olas rompían con fuerza en las rocas cercanas. Juro que se podía escuchar un acompañamiento orquestal y todo. El lugar era de lo más evocador y romántico.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando me acerqué.

—Nada, tan solo...

Y entonces hizo un movimiento rápido y ágil, y yo no sabía qué sucedía hasta que me cogió en brazos y me puso al revés.

—¡Mierda! ¿Qué haces? ¡David!

—Tranquila.

—¡Me vas a tirar al suelo!

—Anda, deja de quejarte —dijo, con un brazo apretado sobre mis muslos—.

Confía en mí.

—¿Qué haces? —pregunté mientras le golpeaba las piernas.

—La tradición manda que el novio lleve a la novia hasta el lecho marital.

—¡Estoy segura de que así no! —exclamé. Tenía toda la sangre en la cabeza.

Me dio una palmada en la nalga, precisamente donde llevaba su nombre tatuado.

—¿Nos vamos a andar con convencionalismos ahora? —Se rio.

—Pensaba que solo éramos amigos.

—Por supuesto. —Comenzó a andar—. Y esto es un gesto amistoso, aunque si no dejas de tocarme el trasero, comenzaré a pensar lo contrario. Sobre todo después del beso en el automóvil.

—Oye, no te estoy tocando nada —mascullé, y dejé de usarlo como asidero. ¡Como si fuera culpa mía que me encontrara bocabajo! Aquella postura no me dejaba otro lugar donde agarrarme.

—Por favor, Ev, me estás metiendo mano. No te pases.

Solté una carcajada.

—Me has cargado tú solito sobre los hombros, idiota. Por supuesto que te estoy metiendo mano.

Subimos todavía en esa postura por las escaleras y nos adentramos en un amplio patio de madera, ya en la casa. Pude ver que el suelo estaba repleto de cajas de embalaje, montones de cajas.

—Mmm... Esto puede suponer un problema —dijo.

—¿El qué? —pregunté, aún bocabajo, con el pelo tapándome la vista.

—Espera.

Me enderezó con cuidado y al fin me dejó de pie. Me tambaleé al pisar el suelo.

—¿Mejor?

—Sí. ¡Dios! —Miré alrededor—. ¿Qué pasa?

—Pensaba que habría más muebles.

—¿No es esta tu casa? ¿Es que lo la reconoces?

—Me acabo de mudar. He estado muy ocupado.

Había cajas por todas partes, esparcidas y amontonadas a lo largo del espacio.

Estábamos de pie en una amplia sala central con una chimenea de piedra tan enorme que se podría asar una vaca entera ahí dentro. Las escaleras conducían a una segunda planta y a otra inferior. Había un comedor y una cocina sin paredes, todo diáfano. El lugar era una combinación de vidrio, columnas de ladrillo y acabados de piedra gris; una mezcla perfecta de técnicas de diseño tradicionales y contemporáneas. Impresionante, como todo lo que estaba viendo últimamente.

Me pregunté qué haría si él viera el apartamento que yo compartía con Lauren. Qué estupidez, como si alguna vez fuera a llevarlo allí. Bajé de nuevo a la realidad.

—Al menos han dejado una nevera —dijo.

Abrió una de las enormes puertas de acero inoxidable. Estaba repleta de comida y bebida.

—Excelente —dijo, repasando la comida.

—¿«Han dejado»?

—Sí, unos amigos me cuidan la casa. También lo hacían con el anterior dueño. Les llamé y les pedí que lo dispusieran todo para nosotros —me explicó mientras abría una Coronita—. ¡Salud!

La alzó mirándome.

—¿Cerveza para desayunar? —pregunté con una sonrisa.

—Llevo dos días sin dormir. Me apetece una cerveza antes de irme a la cama.

Se giró y cruzó la sala para subir por las escaleras. Le seguí, muerta de curiosidad. Abrió una puerta de habitación tras otra, hasta cuatro, y cada una tenía su propio baño, porque me había quedado claro que la gente rica y guay no podía compartirlo.

Se detuvo en la última puerta al final del pasillo, cruzó la estancia hasta llegar a la cama y se dejó caer con alivio.

—¡Gracias a Dios!

Una cama imperial con sábanas limpias y blancas, y otro par de cajas más.

—¿Qué pasa con tanta caja? —pregunté—. ¿Es que solo han montado la cama?

—A veces compro cosas durante mis viajes, o la gente me las regala. Llevo años dejándolo todo aquí. Echa un vistazo si quieres. Y sí, solo hay una cama —dijo, dando un sorbo de cerveza—. ¿Qué crees, que me sobra el dinero?

—Lo dice el que obligó a Cartier a abrir a esas horas para que el señor pudiera elegir el anillo.

—¿Lo recuerdas? —Se incorporó.

—No, lo deduzco por la hora de la noche que sería.

Miré por las ventanas. Las vistas eran estupendas.

—Tú solo querías comprar un anillito discreto, no me lo podía creer —dijo, riendo.

—Le tiré el anillo a los abogados a la cara.

Se encogió de hombros y miró al suelo.

—Lo sé.

—Lo siento mucho. Me sacaron de mis casillas.

—Ese es el trabajo de los abogados —Suspiró—. Mal dijo que intentaste pegarle.

—Fallé.

—Menos mal. Mi amigo Mal puede ser un capullo, pero siempre tiene buenas intenciones.

—Sí, fue muy amable conmigo.

Eché un vistazo al resto de la enorme habitación, repasando de arriba abajo cada detalle hasta que llegué al cuarto de baño. Me quedé con la boca abierta: el *jacuzzi* hacía que el de Mal pareciera una bañera normalita. Desde luego, David no había reparado en gastos. De nuevo me inundó el sentimiento de no pertenecer a aquello, de no pegar con la decoración.

—Vaya cara has puesto, amiga.

—Solo intento recordar. ¿Por qué te la jugaste en Las Vegas, por qué no eres feliz? ¿Por qué, a excepción de Mal, solo estás rodeado de falsos cretinos?

—Mierda —dijo, dejando caer la cabeza hacia atrás—. ¿Tenemos que seguir hablando sobre aquella noche?

—Intento atar cabos.

—No —dijo—. No tiene nada que ver con eso, ¿satisfecha?

—¿Entonces...?

—Solo coincidimos en Las Vegas, son cosas que pasan.

Cerré la boca.

—No pretendía... —Se pasó una mano por la cara—. Mierda. Mira, no pienses que sucedió únicamente por culpa del alcohol y de la fiesta. No quiero que pienses así.

Me agité con nerviosismo. Parecía la única respuesta plausible.

—Pues eso es exactamente lo que pienso. Es la única forma de que me entre en la cabeza. ¿Qué podría pensar una muchacha normal y corriente que se despierta casada contigo? Por Dios, David, ¡mírate! Eres guapo, rico y exitoso. Tu hermano tenía razón: esto no tiene ningún sentido.

Se dio media vuelta y me miró fijamente a los ojos.

—No vuelvas a decir eso, no te rebajes de esa manera, en serio. Ni se te ocurra volver a repetir lo que te dijo un capullo. Tú vales mucho más.

—Entonces dime qué pasó realmente aquella noche.

—No quiero sacar a relucir todo, ni que pienses que nos pasamos la noche de fiesta loca, movidos por el frenesí del alcohol. La verdad es que ni siquiera aparentabas ir tan borracha.

—David, me estás dando evasivas. Vamos. No es justo que tú lo recuerdes y yo no.

—Es cierto —contestó con una voz seca y fría como nunca le había

escuchado—. No lo es, Evelyn.

Me quedé sin palabras.

—Me voy —concluyó, y se dirigió hacia la puerta dando fuertes pisadas mientras bajaba las escaleras.

Le di un momento para que se le pasara el enfado y después le seguí hasta la playa.

La luz de la mañana era cegadora y el cielo brillaba. Era de un azul precioso. El aire salado me ayudó a despejarme la cabeza.

Las palabras de David dejaban en el aire más preguntas en lugar de respuestas. Intentar recomponer aquella noche me había quebrado la cabeza. Había llegado a dos conclusiones y ambas me preocupaban: la primera era que la noche en Las Vegas fuera especial para él; la segunda, que no iba tan borracho, que sabía exactamente lo que hacía, en cuyo caso, ¿cómo demonios se sentiría a la mañana siguiente? Porque yo le rechacé, a él y a nuestro matrimonio. Entonces, debió de sentirse devastado, humillado.

Había varias razones para explicar mi comportamiento, pero de todos modos fui muy antipática y desconsiderada. No lo conocía de nada. Y ahora que comenzaba a hacerlo, cuando más hablábamos, más me gustaba.

Lo encontré sentado sobre las rocas, contemplando el mar con la cerveza en la mano. Parecía más joven y vulnerable.

—Hola —decidí romper el hielo.

—Hola.

—Siento haberte presionado.

—No pasa nada.

—No era mi intención hacerte sentir mal.

—No te preocupes.

—¿Seguimos siendo amigos?

—Claro —contestó con una carcajada.

Me senté a su lado y pensé en qué decir, en cómo podría reducir la tensión entre nosotros. Nada de lo que dijera arreglaría el desastre de Las Vegas. Eso quedaba claro. Necesitaba pasar más tiempo con él y se acababan las horas hasta que llegaran los papeles de la anulación. Me ponía de los nervios pensar que nos quedaba tan poco tiempo; que no volvería a verle ni a hablar con él; que jamás adivinaría lo que sucedió.

Me dieron escalofríos, y no era solo por la brisa del mar.

—Joder, estás congelada —dijo, y me pasó un brazo por los hombros, apretándome contra él.

—Gracias —contesté mientras me dejaba abrazar, feliz.

—Quizá sea mejor que entres en casa —apuntó. Dejó la botella de cerveza en el suelo y me cubrió con los dos brazos.

—Ahora voy. Gracias por traerme hasta aquí, de verdad, este lugar es maravilloso.

—Mmm.

—David, no sabes cómo lo siento.

—Bueno... —Me levantó la barbilla y observé que la ira había desaparecido; solo quedaba amabilidad en su mirada—. Olvídalo.

La idea me daba miedo. No quería olvidarme ni separarme de él. Le miré directamente a los ojos.

—No. No quiero.

—Muy bien —contestó, parpadeando—. Entonces, ¿quieres compensarme?

Dudaba de que habláramos de lo mismo, pero asentí de todos modos. Solo quería arreglar la situación.

—Tengo una idea —continuó.

—Dispara.

—Hay varias cosas que te vienen a la memoria, ¿verdad?

—Sí, supongo...

—Si te beso, quizá recuerdes cómo era estar juntos.

Me quedé sin respiración.

—¿Quieres besarme?

—¿No quieres que lo haga?

—Sí —contesté al instante—. Me parece bien.

—Muy amable de tu parte.

—La finalidad del beso es puramente de investigación científica, ¿verdad? —dije lentamente.

—Tú quieres saber qué pasó, y yo no quiero hablar de ello, así que esto facilitará las cosas. Quizá recuerdes algo por ti misma.

—Me parece bien.

—Excelente.

—¿Llegamos muy lejos aquella noche? —añadí antes del beso.

Me miró el escote, sonriendo.

—A la segunda base.

—¿Con la camiseta puesta?

—No, los dos nos quedamos sin ella. Los abrazos sin camiseta son lo mejor del mundo.

—¿Ni sujetador?

—Por supuesto.

—Oh —contesté, humedeciéndome los labios y respirando muy rápido—. Y aun así crees de verdad que deberíamos hacerlo, ¿no?

—Le estás dando demasiadas vueltas, Ev.

—Lo siento.

—Deja de pedir perdón.

Volví a abrir la boca para hacerlo.

—Te vas a aprender la frase de memoria —sonrió.

—Dijiste que no pensara, y la verdad es que lo intento.

—Muy bien —contestó, acercándose—. Eso está muy bien.

Sus labios se encontraron con los míos y encajaron a la perfección. Suaves pero firmes, sin atisbo de duda. Noté sus dientes sobre el labio inferior y entonces me mordió levemente. No besaba como ningún otro, aunque tampoco es que hubiera habido tantos para comparar. Simplemente era maravilloso, y mejor. Infinitamente mejor. Apretó la boca contra la mía y noté su lengua. Dios, qué bien sabía. Enredé los dedos en su pelo como si siempre lo hubiera hecho, y me besó hasta que olvidé todo lo que había precedido a este momento. Me daba todo igual.

Pasó mano por mi nuca. El beso se alargó.

Me besó hasta que la cabeza me dio vueltas. Cuando retrocedió, jadeando, apoyó la frente sobre la mía.

—¿Por qué... por qué... has parado? —pregunté cuando fui capaz de construir una frase coherente. Le atraje con las manos para que regresara a mi boca.

—Shh, tranquila. ¿Recuerdas algo ahora, algo que te resulte vagamente familiar?

Tenía la mente en blanco. Maldición.

—No.

—Qué lástima.

—Te noto cansado.

—Sí, quizá sea hora de irse a la cama.

Me besó en la frente con rapidez. ¿Se trataba de un beso amistoso o había algo más? No podría distinguirlo. Quizá también fuera con fines científicos.

—Al menos lo hemos intentado, ¿no? —dijo, apartándose de mí y fijando la

mirada en el horizonte.

—Claro.

Se levantó y recuperó la botella de cerveza. La brisa me provocaba escalofríos sin sus abrazos para darme calor, pero lo que realmente me hacía temblar era el beso. Me había dejado muerta. Y pensar que nos besamos toda la noche y lo había olvidado... Necesitaba un trasplante de cerebro cuanto antes.

—¿Te importa si regreso contigo? —me dijo.

—En absoluto.

Caminamos juntos hacia la casa y subimos por las escaleras hasta la habitación de antes. Me quité los zapatos mientras lo observaba hacer lo mismo. Nos tumbamos sobre el colchón, sin tocarnos, mirando hacia el techo como si pudiera ofrecernos respuestas.

—Creo que ya sé cómo acabamos casándonos —dije.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Ven aquí —contestó, rodeándome la cintura con su brazo fornido, y me arrastró hasta el centro de la cama.

—David... —dije, con una sonrisa nerviosa, aunque estaba más que dispuesta a aceptar más besos.

—Ponte de lado —dijo, y se colocó justo detrás de mí. Deslizó un brazo bajo mi cuello, a modo de almohada, y pasó el otro por mi cintura, apretándome contra él. Sus caderas encajaban a la perfección en las mías.

—Pero ¿qué...?

—Shh... Me estoy acoplando a ti. Aquella noche nos quedamos así hasta que te empezaste a encontrar mal.

—¿Sí?

—Sí. Y hasta aquí la segunda fase de tu proceso de recuperación de la memoria. Ahora, a dormir.

—Pero si me he despertado hace una hora.

Apretó la cara contra mi pelo y enredó una de sus piernas entre la mía. Gimió de gusto.

—Mala suerte. Yo estoy cansado y quiero tumbarme así contigo. Además, me lo debes. Así que es lo que vamos a hacer.

—Entiendo —contesté mientras notaba su respiración cálida en mi cuello.

—Relájate, estás muy tensa.

Me rodeó más con los brazos. Le tomé una mano y entrelacé mis dedos con los suyos, le usé como un peluche. Tenía las yemas endurecidas y varias

rugosidades en el pulgar, sin duda había pasado muchas horas ensayando con la guitarra. En la mano derecha llevaba tatuada la palabra «*Vive*». No pude evitar pensar que el matrimonio va contra ese mensaje. Arabescos de estilo japonés, dragones y serpientes le cubrían el brazo con unos colores y detalles impresionantes.

—Háblame de ti —dijo—. Estudias arquitectura, ¿verdad?

—Sí —contesté, sorprendida. Seguro que se lo había contado en Las Vegas—. Como mi padre. Y tú, ¿has querido ser músico desde siempre?

—Para mí lo único que tenía sentido era la música, no me imaginaba haciendo otra cosa.

—Ahá. Seguro que es precioso tener algo por lo que apasionarse. A mí me encantaba la idea de convertirme en arquitecta. La mayor parte de los juegos de mi infancia tenían que ver con bloques de construcción o con dibujos, pero no me desvivía por ello. —Hice una pausa—. ¿Sabes? Yo no tengo sentido del ritmo.

—Eso explica muchas cosas.

—No seas malo conmigo. Tampoco sobresalgo mucho en los deportes. Me gusta dibujar, leer y ver películas, y aunque no lo haya hecho mucho, también me gusta viajar.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Me volví hacia él. Me sentía relajada.

—Yo siempre viajo durante las giras, pero no tengo tiempo de hacer turismo ni nada.

—Qué pena.

—Además, es una mierda que te reconozcan por todas partes. Nos meten mucha presión y no siempre puedo hacer lo que quiero. La verdad es que estoy acostumbrado a quedarme en casa. Uno se acaba cansando de las fiestas y de tener a gente a su alrededor todo el tiempo.

—Ya me imagino.

Y aun así, en Los Ángeles tenía a una fan repitiendo todas y cada una de sus palabras. Algo de ese mundo le atraía en el fondo, y eso era algo contra lo que yo no podía competir.

—¿No echas de menos ciertas cosas? —pregunté.

—No lo sé, la verdad.

—Bueno, al menos tienes una casa bonita donde relajarte.

—Mmm... ¿Ev?

—Dime.

—¿Lo de ser arquitecta fue idea de tu padre?

—No lo recuerdo —admití—. Siempre salía ese tema. Mi hermano no estaba dispuesto a tomar el relevo, andaba de pelea en pelea y saltándose las clases.

—Me contaste que tú también lo pasaste mal en el instituto.

—Como todo el mundo, ¿no crees? —Le di la espalda otra vez y me acoplé entre su pecho—. No me gusta hablar de ello.

—Conmigo lo hiciste. Me contaste que se metían contigo por tu peso. Por eso te lanzaste contra mis amigos, porque estaban acosando a aquella pobre camarera como si fueran colegiales, ¿no?

—No sé. Supongo que algo tuvo que ver.

No me apetecía sacar el tema a relucir. Me devolvía un sentimiento desagradable, aunque los brazos de David lo alejaban.

—La mayoría de los profesores lo obviaron, como si fuera un problema añadido en el que no se querían ver involucrados. Pero había una profesora, la señorita Hall, que siempre intercedía cuando los otros niños se metían conmigo. Era muy buena.

—Eso parece, sí. Oye, pero no me has contestado: ¿siempre has querido ser arquitecta?

—Bueno, siempre lo he pensado y me encanta la idea de crear la casa de otra persona. No sé si es mi vocación, como la música para ti, pero creo que se me da bien.

—No lo pongo en duda, cariño.

Intenté que sus palabras de afecto no me derritieran.

La clave era la sutileza. Le había hecho mucho daño en Las Vegas, así que si de verdad quería volver a intentarlo, debía andarme con cuidado, ofrecerle algo mejor que reemplazara lo malo. Unos recuerdos que ambos compartiéramos desde ahora.

—Ev, ¿qué quieres hacer con tu vida?

Me quedé en blanco. Al haber dado ya las típicas respuestas, esto requería que pensara un poco más. Y la verdad es que ni siquiera me lo había cuestionado. Estaba rodeada de seguridad y comodidad, pero él quería saber más, y yo quería dárselo. Quizá por eso le revelé mis intimidades en Las Vegas. Había algo en él que me inspiraba confianza y no podía resistirme a ese magnetismo.

—No lo sé, sinceramente —respondí tras un breve silencio.

—Bueno... No pasa nada, solo tienes veintiún años.

—Se supone que ya soy adulta y debo responsabilizarme de mí misma. Debería saber la respuesta a esa pregunta.

—Llevas años viviendo con tu amiga, ¿no? Pagas tus facturas y vas a la universidad.

—Sí.

—Entonces ¿por qué dices que no eres responsable? —contestó, apretándome un poco más contra él—. Empieza con arquitectura y a ver qué tal va.

—Haces que todo parezca fácil.

—Lo es. Y te quedas con eso o intentas otra cosa, como veas. Es tu vida, tu elección.

Permanecimos unos minutos en silencio.

—¿Tocas solamente la guitarra? —pregunté. Necesitaba dejar de hablar sobre mí, la tensión crecía en mi interior y no era nada agradable.

—No. También toco el bajo y la batería, por supuesto.

—¿Por qué «por supuesto»?

—Cualquiera que sepa tocar la guitarra, sabe hacer sus pinitos con el bajo, y el que sabe mover dos baquetas, podría tocar la batería. Recuérdselo a Mal la próxima vez que lo veas. Eso le fastidia.

—De acuerdo.

—También canto.

—¿Cantas? —pregunté con emoción—. ¿Puedes cantarme algo? Por favor...

Se negó con un gruñido.

—Me cantaste aquella noche. Venga...

—Es verdad —contestó con nostálgica.

—Entonces quizá me venga algún recuerdo.

—Desde ahora vas a usar ese pretexto, ¿verdad? Me lo echarás en cara cada vez que quieras obtener algo.

—Empezaste tú con «sólo un beso entre amigos por razones científicas», y fue un beso más que amistoso, David.

—Lo sé —dijo sonriendo.

—¿Me cantas algo, por favor?

—Si insistes... —contestó a regañadientes—. Date la vuelta.

Lo hice y nos pusimos cara a cara. Se apretó contra mí. Me encantaba ser su osito de peluche. No se me ocurría nada mejor en la vida. Una lástima que estuviera obsesionado con la racionalidad científica, aunque no podía culparle. Si estuviera en su lugar, haría lo mismo.

Su voz me invadió a medida que entonaba una balada.

*Me invade un sentimiento que va y viene.
Diez dedos rotos, y la nariz.
Aguas oscuras y frías.
Sé que lo convertiré en mi hogar.
El sol del arrepentimiento ha quemado el cielo.
Está fuera de mi alcance, tan alto...
Su lecho era de piedra.
Romperé su trono.
El dolor de mis huesos me impedirá levantarme.
Mis pies hinchados han tenido bastante.
La chimenea los ha quemado,
y el mar los ha hundido.*

Me quedé inmóvil cuando terminó. Estaba con los ojos cerrados y me acarició la mejilla para comprobar si seguía viva. La mezcla de su voz y el tono melancólico... Me desmoroné. Siempre acababa deshecha a su lado. No entendía por qué quería estar conmigo.

—Gracias —logré decir, abriendo los ojos.

—A mandar.

Intenté descifrar la letra en silencio, adivinar por qué había escogido cantarme aquella canción.

—¿Cómo se titula?

—*Recuerdos*. La escribí para el último disco.

Se apoyó sobre un codo y me miró a los ojos.

—Mierda, te he puesto triste. Lo siento mucho.

—Para nada. Tu voz es preciosa.

Pasó una mano cariñosamente por mi pelo, echándolo hacia atrás con sumo cuidado.

—La próxima vez te cantaré algo más alegre.

—Como quieras —contesté, presionando mis labios contra su mano, sintiendo la calidez.

—¿David?

—Dime.

—¿Por qué no cantas en el grupo? Tienes una voz muy bonita.

—Hago los coros. A Jimmy le encanta ser el centro de atención, siempre se le ha dado muy bien. Antes no era tan capullo como ahora. Lamento que te molestara en Los Ángeles. Le habría matado por lo que te dijo.

—Olvidalo.

—Claro que sí, perdí el control. No tenía ni idea de lo que decía. Eres preciosa, no tienes que cambiar absolutamente nada de ti.

No supe qué contestar

Jimmy me dijo unas cosas terribles, y no había podido olvidarlas. Era curioso: siempre me pasaba lo mismo con las cosas malas.

—Bueno, ya he llorado y he vomitado sobre ti. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Por supuesto. Me encanta cómo eres, sueltas las cosas tal cual te pasan por la cabeza, no intentas engañarme ni utilizarme. Tan solo... estás a mi lado. Y eso me gusta mucho.

—Gracias —respondí, sin saber qué decir.

—De nada, Evelyn.

—Tú también me gustas.

Me besó en el cuello y me dieron escalofríos.

—¿En serio?

—Sí, mucho.

—Gracias, cariño.

Su respiración se hizo más pesada y noté que se relajaba, que se estaba quedando dormido así, frente a mí. Era la primera vez que dormía con alguien, a excepción de Lauren, cuando hemos compartido la cama.

Se ve que esa noche solo tocaba dormir.

Y la verdad es que me sentía fenomenal tumbada a su lado. De maravilla.

CAPÍTULO 8

—Buenos días.

David bajó por las escaleras siete horas después, con una toalla en la cintura. Se había recogido el pelo mojado y exhibía sus tatuajes perfectamente, que le definían el torso plano y los brazos musculosos. Estaba enseñando mucha carne, era un festival para la vista. Hice un esfuerzo por no quedarme boquiabierta, me costaba mucho mantener simplemente una sonrisa cordial de bienvenida.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ha llegado un paquete para ti —señalé las maletas y las cajas de la entrada.

Llevaba toda la mañana dándole vueltas a nuestra situación, y lo único que había sacado en claro era que no quería que se terminara ese fin de semana. No quería firmar los papeles del divorcio, aún no. La mera idea me provocaba ganas de vomitar de nuevo. Quería estar con él, quería conocerle más. Necesitaba un plan alternativo. Me pasaba el dedo por el labio una y otra vez.

Acababa de dar un largo paseo por la playa y había visto las olas romper contra la orilla, reviviendo el beso, que se repetía una y otra vez en mi cabeza, al igual que nuestras conversaciones. De hecho, había repasado cada momento juntos, había explorado cada detalle, cada momento que podía recordar, e intentaba agarrarme a eso con fuerza.

—¿Un envío?

Se sentó junto al paquete más próximo y comenzó a quitarle el envoltorio. Aparté la mirada antes de llegar a detenerla en la toalla, conteniéndome las ganas.

—¿Te importa que utilice tu teléfono? —le pedí.

—Ev, no tienes ni que preguntarme nada. Haz lo que quieras.

—Gracias.

Lauren y mis amigos estarían de los nervios, preguntándose dónde estaría yo.

Era hora de armarme de valor y afrontar las repercusiones de la foto de mi trasero. Sentí que las entrañas rugían en un ruido de protesta.

—Este es para ti —dijo.

Me tendió un paquete de papel grueso y una bolsa con una marca que desconocía a un lado.

—Y este también, parece.

—¿Ah, sí?

—Sí. Le pedí a Marta que nos comprara algunas cosas.

—Vaya.

—Nada de «vaya». Necesitamos ropa, es así de sencillo.

—Muchas gracias, David, pero no hacía falta.

No me prestó atención. Sacó un vestido rojo de diseño tan corto como el que llevaba todo el mundo en la fiesta de la mansión.

—¿Qué es esto? —dijo, extendiéndolo en el aire—. No te lo vas a poner ni de coña.

Tiró el vestido al suelo y se dirigió hacia la bolsa que había a mis pies.

—David, no puedes dejarlo tirado así como así.

—Claro que sí. Toma, esto está mejor.

Me lanzó una camiseta blanca. Al menos parecía de mi talla. El vestido corto rojo era una talla treinta y cuatro. De risa. Quizá hubiera sido una broma de Marta, a juzgar por la cara de asco que me puso en Los Ángeles. Pero me daba igual. Alcancé a ver la etiqueta de la camiseta. Dios, no podía ser verdad.

—Guau. Podría pagar mi alquiler durante semanas con lo que cuesta esta camiseta.

Como toda respuesta, me lanzó un par de *jeans* negros.

—Toma, esto también está bien.

Los dejé a un lado.

—¿Cómo puede costar una simple camiseta lisa de algodón doscientos dólares?

—¿Qué te parece esto? ¿Te gusta? —me preguntó, con un tejido de seda azul en la mano—. Bonito, ¿eh?

—¿Es que la cosen con hilos de oro? ¿Es eso?

—¿De qué estás hablando? —Alzó el vestido azul mientras le daba la vuelta—. Oh, mierda, lleva un escotazo en la espalda. Seguro que se te ve el trasero.

Lo lanzó junto al vestido rojo. Me moría de ganas de rescatarlo y doblarlo en condiciones, pero comenzó a abrir la siguiente caja.

—¿Qué decías? —Me miró un segundo.

—Nada. Hablaba sobre el precio de la camiseta.

—Pues olvídalo. No se habla sobre el precio de la camiseta porque aquí no se habla de dinero. Para ti es un problema, y no voy a entrar en ello —contestó mientras sacaba una falda vaquera minúscula—. Joder. ¿En qué demonios pensaba Marta al pedir esta ropa para ti?

—Bueno, la verdad es que siempre hay mujeres en bikini a tu alrededor, así que el vestido con escote en la espalda parece bastante recatado, en comparación con... ¿no crees?

—Tú eres distinta. Eres mi amiga.

—Claro. —No confiaba en el tono de mi propia voz.

Frunció el ceño con desdén.

—Mierda. Esto es tan pequeño que no sabría decir si se trata de una falda o de un puto cinturón.

Solté una carcajada y me lanzó una mirada con esos ojos azules llenos de sorpresa absoluta.

—Lo siento, es que me has recordado a mi padre —dije.

Devolvió la minifalda a la bolsa. Al menos esta vez no la tiró al suelo.

—¿Ah, sí? Pues debería conocer a tu padre, seguro que me cae muy bien.

—¿Quieres conocer a mi padre?

—Depende. ¿Crees que me pegará un tiro?

—No —contesté. O eso pensaba.

Me lanzó una mirada intrigante y pasó a la siguiente caja.

—Ahá. Mucho mejor. Mira, ven aquí.

Me pasó un par de camisetas de seda: una negra y otra azul.

—No hace falta que me elijas ropa de monja, amigo —le dije, bromeando—. Me resulta bastante hipócrita.

—No es ropa de monja, simplemente tapan en condiciones. ¿Es mucho pedir? —dijo, y me pasó una bolsa entera—. Toma.

—Pero admites que es un poco hipócrita, ¿no?

—Yo nunca admito nada. Lo aprendí de Adrian hace mucho tiempo. Mira en la bolsa.

Lo hice y estalló en carcajadas. No sé qué cara puse, pero le debió de resultar graciosísima.

—Pero ¿qué es esto? —pregunté, con los ojos abiertos como platos. Saqué algo que podría considerarse un tanga, si los fabricantes le hubieran añadido un poco más de tela.

—¿Crees que te estoy vistiendo como una monja?

—«La Perla» —leí en la etiqueta, y le di la vuelta.

—Joder, Ev, deja de mirar los precios, por favor.

Me quedé quieta, con la etiqueta en la mano y sin mirarla. Me tomó la mano y enterró el tanga dentro de la bolsa.

—Ni se te ocurra, por el amor de Dios.

Me sentí avergonzada y comencé a ordenar todo aquel desastre de ropa, pero con las prisas me golpeé con el canto de una viga en la cabeza y me doblé de dolor. Se me saltaron las lágrimas.

—¡Au!

—¿Estás bien?

Vino corriendo y me acarició con cuidado donde me había dado el golpe.

—Au... —dije, masajeándome la zona dañada—. Sí.

Oh, no. El olor a jabón y champú me embriagaban, pero percibía algo más. Su perfume. No era muy empalagoso, tan solo un toque de especias, pero me recordaba a algo, había un toque familiar. Sin embargo, la visión de otra etiqueta que colgaba a escasos centímetros de mi frente me distrajo.

—¿¡Trescientos dólares!?! —exclamé.

—Merece la pena.

—Joder, no.

Levantó el tanga con la punta de los dedos y una sonrisa.

—Créeme —dijo, pícaramente—, he llegado a pagar diez veces más por esto. No preguntes.

—David, podría comprar exactamente lo mismo por diez veces menos en una tienda normal y corriente. Esto es una locura.

—No, no podrías. Te lo digo yo.

Comenzó a leer la etiqueta, teatralizando la situación:

—Verás, este exquisito encaje está hecho a mano por los hábiles artesanos de una pequeña región del norte de Italia, célebre por dichos trabajadores. Se han utilizado las mejores sedas para su exquisita elaboración. —Dejó de bromear—: Esto no lo encontrarás en Walmart, cariño.

—Ya. Supongo que no.

Me miró con ojos tiernos y obnubilados, y entonces su sonrisa se desvaneció. Se echó hacia atrás y arrugó el tanga en el puño.

—En fin.

—Espera un momento —le dije, agarrándole el brazo.

—Qué —Le temblaba la voz.

—Deja que...

Me acerqué hasta su cuello, donde más olía su perfume. Aspiré y me embriagué de él. Cerré los ojos y empecé a recordar.

—Evelyn... ¿qué haces? —susurró. Se quedó inmóvil—. Yo... No sé si esto es buena idea.

—Cuando paseábamos en góndola en el Venetian me dijiste que no sabías nadar; que si la barca volcaba, tendría que rescatarte.

Vi cómo tragaba saliva. Asintió en silencio.

—Temí por ti —dije.

—Lo sé, me agarraste tan fuerte que casi me dejas sin aliento. ¿Por qué crees que nos pasamos tanto tiempo en esa barca? —preguntó y se rio—. Me protegías tanto que prácticamente estabas sentada encima de mí.

—Vaya... —suspiré—. Sabes nadar.

—Claro. Además, esos lugares apenas tienen profundidad.

—Entonces me tendiste una trampa. Es usted realmente malvado, señor Ferris.

—Y usted muy graciosa, señora Thomas —contestó. Relajó los músculos y sus ojos volvieron a la calidez—. Acabas de recordar algo, ¿verdad?

—Sí.

—Enhorabuena. ¿Algo más?

—No, lo siento —le dije, con una sonrisa apagada.

Apartó la mirada. Supongo que estaba decepcionado pero no quería mostrarlo.

—¿David?

—Dime.

Acerqué mis labios a los suyos. Quería besarle, lo necesitaba. Pero retrocedió y me llevé un chasco.

—Lo siento, perdóname. —Volví a disculparme.

—Ev, ¿qué haces?

—Besarte.

No contestó. Volvió a esquivar mi mirada.

—¿Tú puedes besarme, abrazarme y comprarme ropa interior carísima, y yo no puedo darte un beso?

Le tendí las manos y me las sostuvo. Al menos no me rechazaba del todo.

—Dime, ¿por qué quieres besarme? —me preguntó muy firme.

Me quedé mirando nuestras manos entrelazadas mientras intentaba poner mis pensamientos en orden.

—David, probablemente no recuerde jamás lo que sucedió aquella noche en

Las Vegas, pero quizá sí podamos crear nuevos recuerdos de este fin de semana... entre los dos.

—¿Solo este fin de semana?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No. No sé, es que... parece que estamos destinados a que haya algo más entre nosotros.

—¿Más que amigos?

—Sí. Me gustas. Eres amable, dulce y guapo... y me resulta muy fácil hablar contigo. Además, cuando no discutimos sobre Las Vegas, siento como...

—¿Cómo qué, Ev?

—Como si este fin de semana fuera una segunda oportunidad. Y no quiero dejarla pasar. Me arrepentiría toda la vida.

—¿Y cuál es tu plan: besarme y ver qué pasa, qué sientes?

—¿Mi plan?

—Te voy conociendo, Ev, y sé que lo tienes que organizar todo. Me dijiste que eras muy quisquillosa.

—¿Eso dije?

—Hiciste hincapié en tu «gran plan». —Remarcó esas palabras con retintín—. Ya sabes, acabar la universidad, pasar entre tres y cinco años ganando renombre en un estudio de arquitectos de rango medio antes de irte a otro más prestigioso para montar tu propio estudio a los treinta y cinco... Y recuerdo que me dijiste que tal vez entonces tuvieras tiempo para una relación y...

Se me secó la garganta por completo.

—Bueno —le interrumpí—, se ve que aquella noche hable más de la cuenta.

—Pero lo más interesante de todo es que no te referías a ello como algo bueno, sino como si una relación fuera una prisión y aceptaras estar entre rejas —dijo, algo resentido—. Venga, dime. ¿Cuál es tu plan, Ev? ¿Cómo vas a convencerme?

—Eh... Bueno, supongo que... Primero te seduciría, y luego ya vería lo que pasa.

—¿Y cómo lo harías? ¿Por ejemplo quejándote de la ropa que te compro?

—Eso no tiene gracia.

Se mordió los labios, pero intuía su sonrisa.

—De acuerdo, venga. Enséñame tu técnica.

—¿Mi técnica?

—Sí, tu técnica de seducción. Vamos, el tiempo va en nuestra contra. Tenemos solo un fin de semana.

Me quedé parada, y chasqueó la lengua con impaciencia.

—Adelante. Solo llevo una toalla puesta, cariño. Te lo estoy poniendo fácil.

—David —Le apreté los dedos, no quería que se fuera.

—Dime, Evelyn.

—Estaba pensando que...

—¿Sí?

Su presencia me sobrepasaba, así que intenté hacerme la valiente. Me enderecé y adopté una actitud sexi.

—¿Sabes? Creo que eres un buen tipo y quizá te gustaría subir a mi habitación y tener sexo conmigo para pasar un buen rato. Si te interesa la propuesta, claro...

De repente, se le oscureció la mirada, llena tristeza, y se puso muy serio.

—Te burlas de mí.

—¡No! —Le pasé la mano por detrás del cuello, entre sus mechones mojados, intentando atraerle —. No... Hablo muy muy en serio. Esta mañana me preguntaste en el automóvil si me dabas miedo. La respuesta es «sí». Me das muchísimo miedo, y no sé lo que hago aquí, pero al mismo tiempo no soporto la idea de separarme de ti.

Me miró sin decir nada. Seguro que acababa de estropearlo todo, lo sabía. Había pedido demasiado, le había presionado mucho. Se alejaría de mí y además lo comprendería perfectamente.

—No pasa nada —dije con un suspiro, haciendo acopio de lo que me quedaba de orgullo. Bajé la mirada al suelo.

—Joder, tú también me asustas, y mucho.

—¿Sí?

—Sí. Y borra esa sonrisa de la cara.

—Perdona.

Ladeó la cabeza y me besó.

Sus labios sabían tan bien, eran tan firmes... Cerré los ojos y me dejé llevar, dejé que su sabor me embriagara. Notaba el sabor de la pasta de dientes y su lengua fresca jugando con la mía. Me puso de espaldas contra las escaleras. El golpe de la cabeza se agitó en protesta. Me encogí de dolor, pero él no se detuvo. Me cubrió la cabeza con la mano para protegerme de las vigas.

Entonces presionó su cuerpo contra el mío, como si me fuera a escapar. Notaba que se me clavaban los escalones en la espalda y me daba absolutamente igual. Podría pasarme horas ahí tumbada con él encima, con el aroma de su piel volviéndome loca. Él mantenía mis piernas abiertas con sus caderas. De no ser

por mis *jeans* y su toalla, las cosas se habrían precipitado muchísimo. Dios, cómo odiaba la ropa.

No separamos los labios en ningún momento. Le rodeaba la cintura con las piernas y le sostenía los hombros con las manos. Jamás me había sentido tan bien. Me consumía el deseo, apreté las piernas en torno a él, con los músculos ardiendo. Necesitaba sentirle más cerca, estaba impaciente. Me besó por la cara y bajó por el cuello, provocándome. Mordía y lamía mientras buscaba puntos sensibles entre mi oreja y el cuello, descubriendo lugares que ni sabía que existían. Era mágico. Conocía cosas que yo ignoraba, y me daba igual dónde hubiera aprendido todos esos trucos.

No me importaba absolutamente nada en aquel momento.

—Sube —dijo en un murmullo. Se levantó con una mano sobre mi trasero y la otra protegiéndome la cabeza.

—David... —me removí para apretarme más contra él.

—Ev... —Se separó un poco para mirarme a los ojos con las pupilas tan dilatadas que apenas veía el iris—. No voy a dejarte caer, te lo prometo.

—Eso espero —contesté con un suspiro.

—¿Confías en mí?

—Claro.

—Bien —deslizó las manos por mi espalda—. Rodéame con los brazos.

Se acopló perfectamente y enganchó mis pies en su espalda, sujetándolos fuertemente. No parecía mostrar ninguna incomodidad, ni tampoco que se le fuera a romper la espalda. Sin duda era lo bastante fuerte como para aguantar aquella postura.

—Eso es —sonrió y me besó la mejilla—. ¿Estás bien?

Asentí, sin atreverme a hablar.

—¿Vamos a la cama? —sugirió.

—Sí.

—Bésame.

No me lo pensé. Enredé mi lengua con la suya y volvimos a perder el control. Gimió, apretándome contra él.

En ese preciso momento sonó el timbre de la puerta.

—Nooo... —exclamé sin pensar.

—No puede ser —frunció el ceño y miró a la entrada con odio.

Al menos no era la única en sentir eso. Le di un abrazo intenso, lo cual habría sido maravilloso, de no haberme clavado los escalones. Noté su mano que se metía por mi camisa para acariciar la piel.

—Parece que el universo no me quiere dentro de ti —gruñó.

—No hagas caso de la puerta, por favor.

Se rió entre dientes y me apretó más fuerte.

—Mmm....

Me besó el cuello y se separó.

—Voy a ver quién es y me desharé de ellos. Después acabaremos esto, ¿de acuerdo?

—La toalla está tirada en el suelo.

Me bajé de la escalera de mala gana y apoyé los pies en el suelo. Sonó el timbre insistentemente.

David sacó un par de *jeans* de una bolsa y se los puso. Lo máximo que pude ver de él fue un trasero muy bronceado. Mantener la mirada... ¡Ay!

—¡Escóndete, por si son periodistas! —me gritó desde la planta baja.

Vi cómo miraba en una pantallita.

—¡Mierda! —dijo.

—¿Problemas?

—No, peor aún. ¡Joder! Mis amigos, que vienen con comida. —Me dirigió una mirada breve—. Si te hace sentir mejor, yo también me muero de ganas, Ev.

—¿Entonces...?

—La espera lo hará mejor, te lo prometo —dijo rápidamente, y abrió la puerta. Se tiró de la camiseta para disimular su entrepierna y puso una gran sonrisa, como si nada.

—¡Tyler, Pam! ¿Qué pasa, colegas? ¡Qué placer veros! —Escuché desde mi escondite.

Iba a matarle. Lentamente. A estrangularle con ese tanga tan caro. La muerte perfecta para una estrella del *rock*.

Era una pareja de la edad de mis padres. Iban cargados con tarros y botellas de vino. El hombre, Tyler, era alto, muy delgado, e iba cubierto de tatuajes multicolores. Ella parecía nativa, con una sonrisa perfecta y una hermosa trenza negra tan gruesa como mi puño colgándole en la espalda.

Los dos sonreían mucho y miraron con curiosidad hacia arriba cuando me asomé. Sentía que me subía la sangre a la cara cuando se fijaron en la lencería y en toda la ropa esparcida por el suelo. Seguro que aquello parecía un festín sexual en toda regla, aunque no se alejaba de la realidad, pero en fin.

—¿Cómo estás, muchacho? —dijo Tyler con acento australiano, rodeando a David con una brazo y sosteniendo una olla en la otra—. Ella debe ser Ev. He leído sobre ella en los periódicos. ¿En serio, Dave? ¿Lo hiciste? Pam se puso

muy triste al no recibir ninguna invitación.

—Lo siento. Fue algo... eh... improvisado —David besó a Pam en la mejilla y le ayudó con una cacerola y algunas bolsas.

Ella le dio unas palmaditas maternales.

—Preséntamela, anda —dijo.

—Ev, te presento a Pam y Tyler, unos viejos amigos. Ellos han cuidado la casa en mi ausencia.

Se le veía muy relajado en presencia de estas personas. Sonreía y le brillaban los ojos. Nunca le había visto tan contento. Me sentí celosa de inmediato.

—Hola —tendí la mano para estrechársela, pero Tyler me atrapó en un fuerte abrazo.

—Qué guapa es, ¿verdad, cariño? —Tyler se apartó y dejó que Pam se acercara con su espléndida sonrisa.

Estaba portándome como una estúpida, eran buena gente. Además, debería agradecer que David conociera también a lobas que no le pusieran los pechos encima. Malditas hormonas, por volverme tan arisca.

—¡Sí que lo es! ¿Qué tal, Ev? Soy Pam —dijo la mujer mientras se le humedecían los ojos de color café. Parecía que iba a estallar en lágrimas. Con rapidez, tomó mis manos y me apretó los dedos con firmeza—. Me alegra mucho que por fin hayas encontrado a una buena muchacha, Dave.

—Oh, muchas gracias —dije con la cara encendida.

David me ofreció una sonrisa burlona.

—Bueno, ya es suficiente —dijo Tyler—. Demos un poco de privacidad a los dos tortolitos. Oye, Dave, podemos venir de visita otro día.

David, aún cargado con las bolsas, me guiñó un ojo.

—Pero déjame que te enseñe cómo ha quedado el piso de abajo —dijo Tyler—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No lo sabemos —contestó, mirándome.

Pam seguía aferrada a mis manos, reticente a dejarlas.

—Os he hecho enchiladas de pollo y arroz —dijo ella—. ¿Te gusta la comida mexicana? A David le encanta, pero no le pregunté lo que te gustaba a ti. A lo mejor eres vegetariana.

—No, no lo soy, y me encanta la comida mexicana —dije aferrándome a sus manos también, aunque con menos fuerza—. Muchas gracias, Pam.

—Uf, menos mal.

—¡Cariño! —la llamó Tyler desde otra habitación.

—¡Voy! —Pam me dio un último apretón—. Si necesitáis algo en vuestra

estancia aquí, llámame, ¿de acuerdo?

David no dijo nada. Claramente había dejado que yo escogiera si se quedaban o se iban.

Mi cuerpo ardía de deseo y estábamos mejor solos. No quería compartirle, porque me apetecía sexo apasionado. Le deseaba solo para mí. Pero recibir a sus amigos y estar con ellos parecía lo más adecuado. Además, si esperar lo haría más dulce... Bueno. Quizá esta vez algo de paciencia sería lo más adecuado.

—Quedaos, por supuesto —dije—. Nos encantará cenar con vosotros. Habéis traído mucha comida, no la terminaremos solos, ¿verdad?

David me miró con una sonrisa de aprobación. Parecía un niño intentando controlar la emoción, como si le hubiera comunicado que habían adelantado su cumpleaños. Esas personas eran importantes para él, así que sentía como que acababa de superar una prueba. Más que eso: de aprobar con sobresaliente.

Pam suspiró.

—Pero Tyler tiene razón. Estáis de luna de miel.

—Quedaos, por favor —insistí.

Pam miró a Tyler, que le sonrió con aprobación, y dio un par de palmadas con alegría.

—¡A comer!

CAPÍTULO 9

Unas manos cálidas me levantaron la camiseta al amanecer, y acto seguido sentí unos besos calientes que me recorrían la espalda y me provocaban escalofríos. Se me puso la piel de gallina, a pesar de lo temprano que era.

—Ev, cariño, date la vuelta.

—¿Qué hora es?

La noche fue animada y nos acostamos tarde. Después de la cena fuimos al estudio de grabación para echar un vistazo. Pam se fue a medianoche, pidiéndole a Tyler que la llamara cuando terminaran. Nadie anticipó que sería pronto, ya que abrieron una botella de bourbon. La descorcharon mientras David y Tyler estaban ocupados en el estudio.

Quería acercarme a David, escucharle tocar la guitarra y cantar. Su voz era preciosa, y lo que tocaba con las seis cuerdas me volvía loca. Fijaba la mirada en el infinito y se evadía, como si nada más existiera. A veces incluso me sentía un poco sola mientras le contemplaba, pero cuando terminaba la canción, sacudía la cabeza, estiraba los dedos y volvía a este mundo. Entonces me buscaba con la mirada y le sonreía.

En algún momento me quedé dormida. No tenía ni idea de cómo había terminado en la cama, probablemente me llevara David. Algo me quedaba claro: olía a bourbon.

—Son las cinco —murmuró—. Vamos, date la vuelta.

—¿De la mañana? Estoy cansada —murmuré, sin moverme.

El colchón crujió cuando se colocó entre mis caderas y puso los brazos a ambos lados de mi cabeza, doblándose sobre mí, atrapándome. Imposible moverse, estando bocabajo.

—¿Sabes qué? —me dijo.

—Qué.

Apartó el pelo de mi cara con cuidado y me lamió la oreja. Me retorció, me hacía cosquillas.

—He escrito... dos canciones —dijo, con la voz trabada.

—Mmm —sonreí sin abrir los ojos. No podía permitirme mucho más con menos de cuatro horas de sueño, estaba fuera de combate—. Me alegro mucho.

—No lo entiendes. Llevaba dos años sin escribir. Es increíble —dijo, acariciándome el cuello con su mejilla—. Van sobre ti.

—¿Sobre mí? —pregunté sorprendida. Abrí los ojos—. ¿En serio?

—Sí, yo... —Respiró profundamente y me mordió el hombro.

—¡Eh!

Se puso a mi lado para que pudiera mirarle la cara.

—Al fin me escuchas. Pensé en ti y de repente tenía mucho que decir. Hasta ayer no había nada que quisiera expresar, me daba exactamente igual todo. Era siempre lo mismo. Ev, tú has cambiado las cosas. Lo has arreglado todo.

—David, me alegro de que te haya vuelto la inspiración, pero tú tienes mucho talento, nunca has estado roto como para arreglar nada. Quizá solo necesitabas... algo de tiempo.

—No. Oye, date la vuelta, no puedo hablarte así.

Me dio una palmada en la nalga que no estaba tatuada, por suerte para él.

—Venga, cariño.

—¡Deja de azotarme!

—Pues muévete.

—Voy, voy.

Me di la vuelta y me senté con las rodillas pegadas al pecho. Él iba sin camiseta, solo llevaba unos *jeans*. ¿Cómo se las apañaba para ir siempre con el pecho descubierto? La mera visión de su torso desnudo me hizo salivar, esos *jeans* me excitaban mucho. A nadie le quedaban tan bien como a él, y haberle visto sin ellos no mejoraba mi estado. Se me desbocó la imaginación y entré en una especie de furia sexual. Las imágenes que pasaban por mi cabeza... no tenía ni idea de dónde habían salido, eran sorprendentemente nítidas y detalladas. Estaba bastante segura de que mi flexibilidad no daría para muchas de ellas.

Me costaba respirar. Le deseaba con todas mis fuerzas, con lo bueno, lo malo y todo lo del medio. Lo deseaba más que nada en mi vida. Pero no si había estado bebiendo. Ya habíamos cometido ese error una vez, y no quería que lo que sucediera entre nosotros se basara en la fiesta. Ya no quería cagarla.

Muy bien. Entonces, nada de sexo.

Tuve que forzarme a no mirarle, así que tomé una bocanada de aire y me miré las rodillas. De repente me di cuenta de que iba casi desnuda. Había ido a dormir con unos *jeans* y ahora solo llevaba una camiseta. Ni rastro de mi ropa interior.

—¿Dónde está mi... ropa?

—Ha desaparecido.

—¿Has sido tú?

—No te veía muy cómoda durmiendo con eso —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo narices has conseguido quitarme el sujetador sin despertarme?

—No hice nada más, te lo juro. Te lo quité por razones de seguridad. Los aros del sujetador son muy peligrosos.

—Claaaro.

—Ni siquiera he mirado, te lo prometo.

Entorné los ojos, intrigada.

—Bueno, es mentira —confesó—. Tuve que mirar, pero eso no es nada malo, porque estamos casados.

—¡Oh! ¿De verdad?

Me costaba mucho enfadarme con él cuando me miraba así. Notaba que mi entrepierna me ardía.

«Nada de sexo, recuerda», pensé.

—¿Qué haces en ese extremo de la cama? Así no va a funcionar —dijo, totalmente inconsciente de mis hormonas y mi malestar de recién levantada.

Me atrapó los pies y me arrastró por las sábanas con un movimiento más rápido de lo que esperaba, dado mi estado medio dormido. Mi espalda golpeó el colchón y la cabeza rebotó en la almohada. Se tumbó sobre mí antes de que pudiera poner en marcha cualquier maniobra evasiva. Me tenía totalmente atrapada, me iba a costar mucho decir «no» en esa posición.

—No creo que debamos acostarnos ahora.

—Cálmate. No vamos a follar ahora.

—¿No? —dije con una clara decepción inconsciente.

Maldita sea. Mi patetismo no conocía límites.

—No. La primera vez que lo hagamos será con los dos sobrios. No quiero despertar por la mañana y encontrarte hecha una furia porque no recuerdas nada o has cambiado de opinión. Estoy harto de ser siempre el capullo.

—Nunca he pensado que lo seas, David.

Directamente no. Un imbécil o un ladrón de sujetadores sí, pero no un

capullo.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Ni siquiera en Las Vegas, cuando te dije esas cosas y me fui dando un portazo?

Deslizó sus dedos por mi pelo, acariciándome la cabeza. Imposible no ceder a sus mimos, como un cachorrito. Sus manos eran mágicas, incluso hacían las mañanas soportables, aunque las cinco de la madrugada era demasiado, la verdad.

—No fue una buena mañana para ninguno de los dos —dije.

—Y dime: ¿qué te pareció lo de aquella fan enganchada de mí en Los Ángeles?

—¿Lo habías preparado?

Me guiñó un ojo y sonrió.

—Quizá necesite llevar escolta, ¿verdad?

No supe qué decir.

—Me da exactamente igual con quién te vayas.

—Te pusiste celosa —contestó, con una sonrisa de satisfacción inmensa.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora, David?

—Te cuesta admitirlo, ¿eh?

No dije nada.

—Ev... —me calmó— ¿cómo iba a tocarla contigo delante?

—Entonces, ¿no pasó nada?

Me tranquilicé al momento, los latidos de mi corazón se ralentizaron.

—Sabía que algo raro había pasado, porque volviste enseguida.

Se acercó con un gruñido.

—Cuando te vi con Jimmy...

—Te juro que no estaba intentando nada.

—Lo sé, y lo siento mucho. Pero perdí los papeles.

Se quedó en silencio y comencé a acariciarle los hombros, después por el cuello, el pelo... Tan solo quería sentir la calidez de su piel y mantenerle cerca.

¿Qué me estaba pasando? Estaba buscándome un colapso emocional, privándome del sueño con enfado, para pasar a adorarle en menos de ocho segundos. No me reconocía a mí misma.

—Es estupendo que hayas podido escribir dos canciones.

—Mmm. ¿Y qué me dices de cuando te dejé sola con Adrian y los abogados? ¿No te enfadaste?

Solté un bufido.

—Muy bien, confieso que aquello me cabreó bastante.

—Cuando regresé y me dijeron lo que había pasado, que te habías ido con Mal, perdí la cabeza. Fui a por mi guitarra favorita y me encerré para olvidarme de ello. Aún no me puedo creer lo que hice. Estaba tan enfadado, tan celoso y tan cabreado conmigo mismo... ¡Dios!

Abrí los ojos llena de incredulidad.

—¿En serio?

No dijo nada. En su lugar, movió la cabeza de lado a lado.

—David, ¿por qué me cuentas esto ahora?

—Porque no quiero que nadie te lo cuente. Yo no soy así, Ev. No volverá a pasar, te lo prometo, no estoy acostumbrado a esto. Me superas, la situación en sí me supera. No sé... Me estoy yendo por las ramas. ¿Me entiendes?

Probablemente no recordara nada de esto más tarde, pero en ese momento parecía sincero. Sufría con su dolor. Le miré a los ojos y sonreí.

—Creo que sí. ¿Me prometes que no volverá a suceder?

—Te lo juro —contestó, con alivio en la voz—. ¿Mejor?

—Sí. ¿Vas a tocar después para que oiga las nuevas canciones?

—Aún no están terminadas, mejor cuando las acabe. Las quiero perfectas para ti.

—Me parece fenomenal.

Había escrito canciones para mí, ¡era increíble!, a menos que me estuviera poniendo verde en ellas, claro.

—No irán sobre cómo te pongo de los nervios, ¿verdad?

—Un poco, pero en el buen sentido —sonrió, haciendo gestos con las manos.

—¿Qué? —exclamé.

—Vamos, confía en mí.

—¿En serio dices en las canciones que soy un coñazo?

—No con esas palabras. —Se rio, estaba de un humor encantador—. No querrás que mienta y diga que esto ha sido un cuento de hadas, ¿no?

—¿Y por qué no? La gente sabrá que hablas sobre mí, tengo una reputación constante que proteger.

Gruñó.

—Evelyn, mírame. Eres una delicia constante, no creo que nadie ponga eso en duda jamás.

—Qué guapo te pones cuando mientes.

—¿Eso crees? Son canciones de amor, cariño, y el amor no es siempre dulce

ni tampoco un camino de rosas, sino revuelto y doloroso —dijo—. Pero al mismo tiempo es lo más increíble que te puede pasar en la vida, y tú me vuelves completamente loco.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto.

—Tú también me vuelves loca a mí, eres hermoso por dentro y por fuera, David Ferris.

Apoyó su frente sobre la mía, cerrando los ojos un momento.

—¿Cómo puedes ser tan dulce? —dijo—. Además, me encanta que sepas atacar, como hiciste en Las Vegas con aquellos capullos. Me encantó que te preocuparas y defendieras a aquella camarera, incluso me encanta cuando nos cabreamos. No todo el tiempo, claro. Mierda, me estoy yendo por las ramas otra vez...

—No pasa nada —susurré—. Me encanta.

—Entonces, ¿no estás enfadada conmigo por haber perdido los nervios?

—No, David.

Sin mediar palabra, se tumbó a mi lado y se acurrucó en mí con un abrazo que me envolvió completamente.

—Ev...

—¿Sí?

—Quítate la camiseta, quiero que estemos piel contra piel. Por favor. Solo quiero eso, te lo prometo.

Me senté, me quité la camiseta y me tendí pegada a su cuerpo. Estar desnuda era todo un logro. Me apretó y el tacto de su pecho cálido era perfecto, me excitaba y me calmaba a la vez. Sentía revivir cada centímetro de mi piel. Estar así relajaba la tormenta salvaje que se libraba en mi interior. En ningún momento me preocupé por esconder tripa, ni disimular ninguna parte de mi cuerpo. Es más, me daba igual el olor del alcohol que desprendía su piel, o el sudor. Solo quería estar cerca.

—Me encanta dormir contigo —dijo, acariciándome la espalda—. Pensaba que no sería capaz de dormir con alguien, pero contigo es diferente.

—¿Nunca has dormido con nadie?

—No desde hace mucho tiempo. Necesitaba mi espacio.

Sus dedos jugaron con el borde de mis *shorts* y me hizo retorcerme de cosquillas y placer.

—Esto es una tortura, pero una tortura buena —dije.

De repente se quedó callado y pensé que ya se había dormido, pero no.

—Háblame, me gusta tu voz —dijo, de pronto.

—De acuerdo. Me ha encantado conocer a Pam y pasar el rato con ella. Es encantadora.

—Sí —contestó subiendo y bajando los dedos por mi espalda—. Los dos son buenas personas.

—Y han sido muy amables por traernos la cena. —No sabía de qué hablar.

No estaba preparada para admitir que había estado pensando en lo que dijo sobre llegar a ser arquitecta; que ahora me estaba cuestionado todo; que estaba asustada de haberla cagado, de haber arruinado todo entre nosotros; que quizás el destino me jodiera a la primera oportunidad que tuviera. Dios, ojalá no. Así que preferí mantener una conversación trivial.

—Me encanta cómo se escucha el océano desde aquí. Es muy romántico— proseguí.

—Sí —asintió y después respiró profundamente—. Cariño, no quiero firmar esos papeles el lunes.

Me quedé completamente congelada, con el corazón latiéndome muy fuerte.

—¿No?

—No.

Subió las manos y puso sus dedos bajo mis pechos, dibujando la línea de las costillas. Me estaba quedando sin respiración, pero él no parecía estar atento, tan solo dibujaba sobre mi piel como si fuera un papel. Me apretó en un abrazo.

—El divorcio puede esperar —añadió—. ¿No crees? Podemos pasar algo de tiempo juntos, a ver cómo van las cosas.

La esperanza me inundó el cuerpo.

—David, ¿hablas en serio?

—Sé que he estado bebiendo, pero también le he dado vueltas. Yo no... Mierda, ni siquiera podría soportar perderte de vista durante las últimas horas, pero necesitabas dormir. No. No quiero que firmemos los papeles.

Cerré los ojos con fuerza y recé en silencio.

—Entonces, no lo haremos —sentencié.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Me apretó contra él.

—Estupendo.

—Nos irá muy bien. Lo sé —dije, más para mí misma.

El alivio me había debilitado. Si no hubiera estado tumbada, me habría caído de bruces contra el suelo.

De repente se olió el hombro.

—Mierda, apesto. Voy a ducharme.

Me dio un beso rápido y saltó de la cama.

—Y por favor, Ev, la próxima vez que me meta en la cama oliendo así, échame de una patada. ¿Me lo prometes?

Me encantaba que hablara sobre los dos juntos como si fuera algo cotidiano. Me gustaba tanto que me daba igual cómo olierá.

¿Amor verdadero?

CAPÍTULO 10

El timbre sonó por toda la casa a las diez de la mañana. David se había quedado dormido contra mi espalda y ni se movió. Si yo hubiera seguido así un par de horas más...

Me despegué de su brazo intentando no despertarle, me puse la camiseta y los *jeans* y corrí escaleras abajo, haciendo todo lo posible por no partirme el cuello por el camino. Probablemente se trataran de más envíos.

—¡Mujercita! ¡Déjame entrar! —gritaba Mal desde el otro lado de la puerta. A continuación llevó a cabo un espectáculo de percusión impresionante, golpeando las manos rítmicamente contra la madera maciza. Sin duda era el batería.

—¡Eviiiiiiie!

Nadie me llamaba Evie. Deseché ese mote hace años, aunque era mejor que «mujercita».

Abrí la puerta y Mal entró a toda prisa. Tyler apareció poco después. Teniendo en cuenta que se había pasado bebiendo y tocando música con David hasta las tantas, no me sorprendía su estado. El pobre sufría una resaca de mil demonios. Parecía que le habían dado un puñetazo en los ojos; las ojeras eran terribles. Saludé a Mal, que llevaba en la mano una bebida energética.

—Mal —pregunté frotándome los ojos—, ¿qué haces aquí?

—¿Y tú? Lo siento. Es que no me acostumbro a verte aquí. —Se volvió hacia su amigo—. Hola, Tyler.

Nada más entrar, Mal dejó una mochila a mis pies. Parecía tan ocupado mirando a su alrededor que ni siquiera prestó atención a mi pregunta.

—David está dormido todavía —dije, y removí el contenido de la mochila. Mis cosas, mis maravillas cosas. Por fin veía la cartera y el teléfono, lleno de mensajes de Lauren y algunos de mi padre. Ni siquiera sabía que supiera enviarlos.

—Gracias por traerme esto —le dije.

—Dave me llamo a las cuatro de la mañana y me dijo que había conseguido escribir nuevas letras. Pensé en pasarme para verlo y, de paso, traerte tus cosas.

Mal miraba por la ventana mientras contemplaba la maravillosa naturaleza.

—Caramba, vaya vistas.

—Increíble, ¿verdad? —dijo Tyler—. Espera a ver el estudio.

—¡Rey *hipster*, baja! —Mal gritó haciendo un altavoz con las manos.

—Hola, cariño —me dijo Pam al entrar, llevaba un juego de llaves en la mano—. Intenté retenerles un poco, pero, como ves, no lo he conseguido. Lo siento.

—Tranquila. No pasa nada.

No me gusta abrazar a la gente, no lo hacemos mucho en mi familia. Mis padres preferían el método sin manos. Sin embargo, Pam era tan agradable que le devolví el abrazo cuando me tendió los brazos.

Habíamos hablado durante horas la noche anterior, en el estudio de grabación. Fue muy reconfortante. Se casó con un DJ y productor y vivieron ese tipo de vida durante más de veinte años: giras, grabaciones, fans... Toda la parafernalia del *rock and roll*. Tyler y ella coincidieron en un festival de música y se enamoraron enseguida de Monterrey, de sus impresionantes costas y de las increíbles vistas al océano.

—El sofá y otro par de camas vienen de camino, no tardarán en llegar —dijo Pam—. Mal, Tyler, ayudadme a mover estas cajas. Las apilaremos junto a la chimenea.

De repente se detuvo y me dirigió una sonrisa.

—Espera, si la mujer de la casa eres tú. Tú eres la que da las órdenes. Perdona, Ev.

—Oh, lo de apilarlas contra la chimenea me parece fenomenal, gracias.

—Ya lo habéis oído, chicos. Moveos.

Tyler gruñó al dejar la cerveza y se dirigió hacia una caja arrastrando los pies como un zombi.

—Un momento —dijo Mal, y nos puso morritos a Pam y a mí—: aún no me habéis dado un beso de bienvenida.

Rodeó a Pam con un abrazo de oso, la levantó y la apretujó hasta que ella estalló en carcajadas. Se dirigió hacia mí con los brazos abiertos.

—Ven con papaíto, muchacha de los pelos revueltos.

Extendí la mano para detenerle, riéndome.

—Esto es muy turbio, Mal.

—Déjala —dijo David desde lo alto de las escaleras, bostezando y frotándose los ojos. Iba con los mismos pantalones. David era mi kryptonita; cada vez que le veía desaparecían todas mis convicciones, me temblaron las piernas. Odiaba cuando pasaba eso.

¿Estaríamos casados hoy o no? Bebió una barbaridad la noche pasada, y la gente borracha y las promesas no suelen ir bien, los dos lo sabíamos por nuestra propia experiencia. Solo rezaba por que recordara nuestra conversación y aún sintiera lo mismo.

—¿Qué demonios haces aquí? —gruñó mi marido.

—Quiero escuchar lo nuevo que has escrito, capullo. —Mal se quedó mirándole con la mandíbula apretada—. ¿Sabes? Debería matarte aquí mismo. Que te jodan, colega, ¡era mi batería favorita! ¿A qué esperas? ¡Vamos!

David bajó las escaleras, rígido.

—Te dije que lo sentía, de verdad.

—Quizá, pero es hora de que me compenses, colega.

David se quedó en silencio, en evidente tensión.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—No te va a gustar. Nada.

—Dudo que sea peor que verte aparecer cuando Ev y yo intentamos pasar un rato a solas.

Eso pareció avergonzar un poco a Mal.

David se paró, esperando la respuesta.

—¿Quieres que hablemos fuera?

Pam y Tyler no dijeron nada, tan solo miraban. Me daba la impresión de que no era la primera vez que estos dos se peleaban. Los hombres son hombres, al fin y al cabo. Me puse de pie detrás de Mal, por si acaso. Si se acercaba a David, saltaría sobre él y le tiraría del pelo o algo. No sabía cómo, pero lo haría.

Mal le observó con atención.

—No voy a pegarte, no quiero ensuciarme las manos, cuando tenemos trabajo pendiente —dijo Mal.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Ya te has cargado mi batería preferida, así que tendrá que ser otra cosa. —Mal se frotó las manos—. No sé. Algo que el dinero no pueda comprar...

—¿Como qué? —preguntó David, que parecía agotado.

—Hola, Evie —dijo Mal, pasándome un brazo por el hombro y apretándome contra él.

—¡Eh! —protesté.

Mal me besó. No me lo esperaba ni lo deseaba en absoluto. David lanzó un grito de protesta, pero Mal me rodeó y me besó con fuerza, haciéndome daño en los labios. Le agarré por los hombros porque tenía miedo de caerme al suelo, pero cuando intentó meter la lengua en mi boca no dudé en morderle.

El muy imbécil aulló.

¡Chúpate esa!

Me soltó tan rápido como pudo. Me iba a estallar la cabeza, me apoyé contra la pared para evitar desvanecerme. Me froté la boca en un intento de despojarme de su sabor y Mal puso una mueca de dolor.

—¡Maldición, me has hecho daño! —dijo mientras se tocaba la lengua buscando la herida—. ¡Estoy sangrando!

—Me alegro.

Pam y Tyler se rieron entre dientes, muy divertidos.

David me rodeó con los brazos y me susurró al oído: «Buen trabajo».

—¿Sabías que Mal iba a hacer eso? —pregunté, intentando sonar notablemente cabreada.

—Joder, claro que no. —David pegó su mejilla contra mi cabeza, revolviéndome el pelo—. No quiero que nadie te toque.

Respuesta correcta. Se disipó toda mi ira. Puse las manos sobre las suyas y noté que las apretaba.

—¿Quieres que le parta la boca? —me preguntó David—. No tienes más que pedirlo.

Fingí considerarlo por un momento mientras Mal nos observaba con interés. Se nos veía bastante más unidos que en Los Ángeles, pero eso no le importaba a nadie: ni a su amigo ni a la prensa. A nadie.

—No —respondí con el estómago revuelto. Me estaba enamorando tanto de él que me asustaba—. Creo que no merece la pena.

David me abrazó, me apretó contra él y me puso las manos en su cintura. Era una postura natural y correcta. El aroma de su piel me embriagaba, podría pasarme horas oliéndole. Parecía que sí, que estábamos juntos, pero yo no me fiaba de mis impresiones.

—Malcolm, ¿has venido a unirme a su luna de miel? —preguntó Pam, incrédula.

—No estamos de luna de miel —dijo David riendo—. Si nos fuéramos de luna de miel, sería lejos de todo el mundo. Os aseguro que no estaríamos aquí.

—¿«Si nos fuéramos»? —repitió Pam.

Me encantaba esa mujer.

—Cuando vayamos —rectificó, y me apretó más fuerte.

—Esto es precioso, pero he venido para tocar música —interrumpió Mal.

—Pues vas a tener que esperar —dijo David—. Ev y yo tenemos otros planes.

—Llevamos años esperando a que compongas algo nuevo.

—Pues entonces podrás esperar unas horas más.

David me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba. La emoción me recorría el cuerpo. Me había escogido a mí y me sentía fenomenal.

—Evie, siento lo del beso —dijo Mal, sentándose en una caja.

—Te perdono —contesté con un aura de reina, sintiéndome magnánima a medida que nos íbamos.

—¿No vas a disculparte por morderme?

—No.

—¡Qué antipática!

David se rió y escuché que Pam pedía que le ayudaran a mover las cajas. Me llevó hasta la habitación y echó el cerrojo.

—Te has vuelto a poner la ropa —me dijo—. Quítatela.

Pero no se esperó, lo hizo él mismo y me sacó la camiseta por la cabeza.

—Pensé que abrir la puerta desnuda no era buena idea —dije.

—Bien pensado —murmuró, apretándose contra él y poniéndome de espaldas contra la puerta—. Parecías preocupada abajo. ¿Qué te pasaba?

—Nada.

—Evelyn...

Su manera de pronunciar mi nombre me desmoronaba, y me provocaba escalofríos cuando me acorralaba. Apoyé las manos sobre su pecho, solo por sentirle.

—Estaba pensando en nuestra conversación de esta mañana, cuando hablamos sobre firmar los papeles el lunes.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirándome a los ojos, para que no pudiera apartar la vista.

—Bueno, no sabía si tú pensabas lo mismo que yo, sobre lo de no firmar. Anoche bebiste mucho.

—Yo no he cambiado de opinión —contestó, con la pelvis contra la mía y las manos flanqueando las mías—. ¿Y tú?

—No.

—Bien.

Me apretó los pechos y entonces perdí la capacidad de pensar en

condiciones.

—¿Te parece bien si hago esto? —preguntó, observando cómo avanzaban sus manos.

Asentí. También había perdido la facultad de hablar. Pero él no.

—Pues este es el plan, y ya sé que te encanta. Nos vamos a quedar en esta habitación hasta que ambos quedemos satisfechos. ¿Qué te parece?

Volví a asentir. Sin duda me parecía perfecto.

—Magnífico —dijo, colocando la palma de su mano entre mis pechos—. Te late el corazón muy rápido.

—David...

—¿Sí?

No, aún no me salían las palabras, así que puse una mano encima de la suya, sobre mi corazón. Sonrió.

—Esto es una reconstrucción dramática de la noche que nos casamos —dijo—. Espera, espera. Estábamos en la cama de tu habitación. Tú estabas sentada a horcajadas sobre mí.

—¿En serio?

—Sí. Ven —contestó, llevándome hasta la cama y sentándose en el borde.

Me senté a horcajadas en su regazo y le rodeé con las piernas.

—¿Así?

—Eso es —contestó, tomándome de la cintura—. Porque te negaste a volver a mi *suite* en el Bellagio. Dijiste que no tenía nada que ver con la vida real y que yo tenía que comprobar cómo vivía la gente normal y corriente.

—Suena muy arrogante por mi parte.

—Fue divertido, y no te faltaba razón.

—Mejor no me repitas eso mucho, o me lo creeré.

—Deja de bromear, cariño, hablo en serio. Necesitaba una dosis de realidad, alguien que me dijera «no» de vez en cuando y asegurara que lo que hacía era una mierda. Eso es lo que hacemos, nos sacamos mutuamente de nuestra zona de confort.

Tenía sentido.

—Creo que tienes razón... —asentí—. ¿Así va bien?

Puso la mano en mi corazón de nuevo, y la punta de la nariz contra la mía.

—Evelyn, ¿es que no te das cuenta de lo que estamos haciendo? —susurró—. Estamos construyendo algo.

—Sí.

Claro que lo sentía: sentía la conexión entre los dos, la necesidad compulsiva

de estar con él, y nada más me importaba.

Estaba lo físico, la forma en la que hacía que mi cabeza diera más vueltas de lo que jamás había pensado. Qué maravillosamente bien olía cuando se despertaba por las mañanas, pero quería obtener más de él. Quería oír su voz, escucharle hablar de todo y de nada a la vez. Sentí que me encendía por dentro, como un torrente de hormonas que se dirigía hacia mí a toda velocidad.

Puso la otra mano en mi nuca y acercó su boca a la mía. Besar lo fue la gota que colmó el vaso.

Deslizó su lengua en mi boca. Jamás había sentido nada igual. Sus dedos me acariciaban los pechos, me hacían cosas maravillosas y me arrancaban gemidos. Dios, la calidez de su piel desnuda... Me incliné buscando más, lo necesitaba. Se separó un instante para deslizarse por mi espalda y apretarme contra él. Notaba su erección por encima de mis *jeans* y la presión que provocó en mi entrepierna fue celestial. Maravillosa.

—Eso es —murmuró al ver que me impulsaba contra él, buscando más.

Nos besábamos con pasión, con furia. Su boca húmeda me lamía el rostro, el cuello, y cuando llegó a los pechos se detuvo un buen rato. Me volví loca.

—David...

Se echó hacia atrás y me miró con las pupilas dilatadas, sin duda tan excitado como yo. Dibujó un sendero entre mis pechos hasta la cintura de mi pantalón.

—¿Sabes lo que dije en estos momentos? —preguntó. Metió la mano dentro del pantalón—. Dilo, Ev. Vamos, dímelo.

Se inclinó hacia mí y me mordió el cuello.

Nunca me había apasionado «eso», aunque tampoco es que hubiera tenido la oportunidad de ponerlo mucho en práctica; sin embargo, la sensación de David mordiéndome la piel me volvía loca. Cerré los ojos con fuerza, en parte por el mordisco, en parte por no querer decir lo que él esperaba escuchar.

—David, solo lo he hecho una vez.

—No te pongas nerviosa —me besó justo donde me había mordido—. Dije: «casémonos».

Abrí los ojos de par en par y me reí.

—Seguro que no dijiste eso aquella noche.

—Quizá me preocupara un poco tu inexperiencia, y quizá lo habláramos. Pero todo fue bien.

—¿De qué hablamos? Cuéntame lo que pasó.

—Decidimos casarnos. Túmbate.

Me levantó por las caderas y me llevó al centro de la cama. Deslicé las

manos por las sábanas de algodón frío y suave. Me dejé caer y me quitó los pantalones. La cama crujió bajo mi espalda a medida que se inclinaba sobre mí. Él parecía estar en calma y bajo control, cuando yo estaba a punto de rogarle.

Al menos uno de los dos conseguía controlar a situación, aunque, claro, él lo había hecho docenas de veces. O más, con tantas fans... ¿Cientos? Miles de veces, seguramente.

No quería ni pensarlo.

Me miró a los ojos y deslizó los dedos bajo mis bragas. Sin prisas, me quitó la última prenda que me quedaba en el cuerpo, y el impulso de querer cubrirme me superó; sin embargo, me agarré a las sábanas y arrugué la tela.

Se quitó los *jeans*. El único sonido que había en la habitación era el de su ropa. No perdimos el contacto visual en ningún momento, hasta que fue a la mesita de noche y sacó un condón del cajón, dejándolo discretamente bajo la almohada.

No existían palabras para describir a David desnudo. «Belleza» no le hacía justicia, con su cuerpo esculpido y los tatuajes que le cubrían la piel, pero no me dejó mirarle mucho tiempo. Regresó a la cama y se tumbó a mi lado, apoyado sobre un codo. Me tomó de la cadera y le cayó el pelo por la cara. Deseaba mirarle a los ojos. Se inclinó y me besó los labios con suavidad, después pasó a la cara. Sentía el roce de su pelo contra mi piel.

—¿Por dónde íbamos? —me susurró al oído.

—Decidimos casarnos.

—Sí, porque acababa de pasar la mejor noche de mi vida. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan acompañado, y la sola idea de no tenerte conmigo otra noche más... Simplemente no quería. No podía dejarte ir, sobre todo cuando me dijiste que solo habías estado con uno.

—¿Estabas celoso?

—Puede que sí. Pero estabas dispuesta a darle otra oportunidad al sexo. Si hubiera sido tan estúpido como para dejarte ir, quizá habrías conocido a otra persona... y no podía pensar en ti acostándote con otro que no fuera yo.

—Oh.

—Sí, oh. ¿Quieres pensarte de nuevo lo que vamos a hacer?

—No —contesté. Estaba nerviosa, pero lo tenía muy claro.

Pasó la mano de la cadera al estómago e hizo círculos alrededor de mi ombligo antes de seguir bajando. Me provocó escalofríos.

—Eres preciosa, cada parte de tu cuerpo lo es. Y aquella noche, cuando te propuse dejarlo todo y huir conmigo, dijiste que sí.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—Gracias a Dios.

Sentí sus dedos acercarse a mi sexo y se me tensaron todos los músculos. Cerré las piernas automáticamente. Si pretendía que esto siguiera adelante, tendría que abrirlas en algún momento, eso lo sabía, pero los recuerdos del dolor de la última vez me hicieron dudar. Se me montaron los músculos del pie y un calambre amenazaba con recorrerme el muslo de la tensión que acumulaba. Ridículo. Tommy Byrne fue un capullo, pero David no era así.

—Podemos ir más lento si quieres —dijo al notar mi turbación—. Confía en mí, Ev.

Pasó la mano por mi muslo a medida que deslizaba la lengua por el cuello. Me sentía de maravilla, pero no era suficiente.

—Es que...

Busqué su boca y la encontré, besarle curaba todos los males.

El nudo que me atenazaba en mi interior se convirtió en algo dulce al sentir su cuerpo y su sabor. Me había atrapado un brazo, pero hice pleno uso del otro y le toqué sin reprimirme. Le acaricié el hombro y noté su espalda tersa.

Cuando jugué con su lengua gimió y eso me dio confianza. Había llevado la mano entre mis piernas, y la mera presión de sus dedos me hacía ver las estrellas. Interrumpí el beso, me estaba quedando sin respiración. Al principio me tocó despacio, para que me acostumbrara a él y a las maravillas de sus dedos.

—Elvis no ha podido venir hoy.

—¿Qué? —le pregunté, casi en trance.

Se detuvo y se metió dos dedos en la boca, no sé si para humedecerlos o para saborearme a mí misma. Me daba igual. Lo importante era que volviera a tocarme cuanto antes.

—No quería compartir esto con nadie —dijo, e introdujo la punta de un dedo dentro de mí, solo un poco, retrocediendo antes de volver a hacerlo. No sentía el mismo placer que cuando me acariciaba, pero tampoco dolía. Al menos de momento.

—Así que sin Elvis —prosiguió—. Yo mismo tendré que hacer las preguntas.

Le miré con el ceño fruncido, sin entender lo que estaba diciendo. No podía ser más importante que sus caricias. Mi necesidad de placer era imperiosa. Quizá le gustaba hablar durante los preliminares, no lo sabía, pero si quería que le escuchara, estaría encantada de hacerlo un poco más tarde.

Posó la mirada sobre mis pechos y hundió la cabeza en ellos, llevándose uno a la boca. Arqueé la espalda, empujando sus dedos más adentro. La forma en la que su boca trabajaba sobre mí eliminaba cualquier vestigio de incomodidad. Me acarició entre las piernas y el placer aumentó. Me estremecí de la mejor manera posible.

Cuando lo hacía yo, estaba bien, pero cuando lo hacía él, alcanzaba la categoría de espectacular, de algo cósmico. Sabía que era buenísimo tocando la guitarra, pero su verdadero talento debía de ser realmente este.

En serio. ¿De dónde había salido este hombre?

—Dios mío, David... —gemí.

Me arqueé contra él cuando pasó al otro pezón. Me penetraba con dos dedos y sentía un poco de dolor, pero nada que no pudiera soportar mientras mantuviera su boca sobre mí y rebosara generosidad en mis pechos.

Acarició un punto dulce con el pulgar y puse los ojos en blanco. Estaba tan cerca... Se acercaba un cosquilleo que me subía por la cabeza. Iba a estallar. Cuando culminara, mi cuerpo estallaría en mil pedazos, en átomos.

Como parara, gritaría y suplicaría. Y probablemente le matara.

Por suerte, no lo hizo.

Llegué al orgasmo gimiendo, con todos los músculos contraídos. Aquello era demasiado. Me sentía en una nube, con el cuerpo flojo, saciada hasta el fin de los tiempos. O al menos hasta la próxima vez, que esperaba fuera pronto.

Cuando abrí los ojos le observé contemplándome. Abrió el envoltorio del condón con los dientes y se lo puso. Yo apenas podía contener el aire cuando le noté introducirse entre mis piernas.

—¿Estás bien? —me preguntó, con una sonrisa de satisfacción.

No podía hacer otra cosa que contestarle con un movimiento de cabeza. Ni me salían las palabras.

Se apoyó sobre los codos y echó todo el peso de su cuerpo sobre el mío. Ya había notado lo que le gustaba utilizarlo para sacarme ventaja. Y funcionaba. Pero la posición no era claustrofóbica ni aburrida. No sé por qué, pensaba que lo sería.

En el pasado me sentí presionada en el asiento trasero del automóvil de Tommy, pero esto no tenía nada que ver. Yacer bajo el cuerpo de David, sintiendo el calor de su piel contra la mía, era simplemente maravilloso, y no me cabía duda de lo mucho que él lo deseaba también. Estaba esperando que me embistiera.

A la espera. Y entonces me besó.

—Evelyn Jennifer Thomas, ¿te quieres casar conmigo, David Vincent Ferris?

Oh, así que se refería a ese Elvis, al que nos casó. Vaya. Le eché el pelo hacia tras para mirarle bien a los ojos, debería haberle pedido que se lo recogiera. Me resultaba difícil calibrar su seriedad.

—¿En serio quieres hacer esto ahora? —pregunté, un poco confundida—. Estaba tan pendiente de... No me lo esperaba.

—Por supuesto. Vamos a renovar los votos ahora mismo.

—¿Sí?

Me miró con un gesto amargo.

—¿Por qué preguntas? ¿No quieres?

—No. O sea, sí —repetí con más decisión—. Sí, sí que quiero.

—Muchas gracias.

Metió la mano bajo la almohada y sacó el anillo majestuoso brillando entre sus dedos.

—Dame la mano —me pidió.

La estiré y deslizó el anillo en mi dedo. Me dolían las mejillas de sonreír tan expresivamente.

—¿Tú dijiste «sí» también? —le pregunté.

—Claro.

Nos envolvimos en un beso profundo.

Entonces deslizó la mano por mi ombligo hasta encontrar la entrepierna. Ahí abajo todo estaba sensible y sin duda húmedo, pero el ansia de sus besos y la forma en la que me tocaba me dejaba claro que no le importaba.

Se colocó y empujó. Eso fue todo. Y de repente, mierda, no podía relajarme. Me vino el recuerdo del dolor que me atenazó la última vez que lo intenté, y de nada servía estar húmeda si seguía contrayendo los músculos. Tragué saliva y me apreté en vano contra sus caderas. David estaba duro y grueso, y me dolía mucho.

—Mírame —me dijo. Su piel sudada brillaba al reflejo de la luz tenue—. Ev, cariño...

—¿Sí? —contesté con la voz temblando.

—Bésame.

Lo hice, presionando la lengua en su boca. Lo necesitaba. Con cuidado, me penetró más profundamente. Su dedo pulgar jugaba con mi clítoris y contrarrestaba el dolor, que disminuyó y pasó a ser una sensación de incomodidad con un toque de placer. No pasaba nada, podía soportarlo.

Me pasó los dedos por la pierna y me agarró una nalga. Me empujó contra él

y se movió más dentro de mí. Y así fue penetrándome hasta que lo recibí entero, lo que me supuso un problema, porque no había tanto espacio ahí abajo.

—Tranquila —gimió.

Para él era fácil decirlo.

Mierda.

Nos quedamos quietos, con los cuerpos literalmente pegados. Le rodeé con los brazos con tanta fuerza que no sé cómo podía respirar. De alguna manera se las ingenió para volver la cara lo suficiente como para besarme el cuello y lamíó mi sudor. Después fue de la mejilla a la boca.

Finalmente relajé el abrazo mortal cuando me besó.

—Eso es —me dijo—. Intenta relajarte.

Asentí como una tonta, esperando que mi cuerpo le hiciera caso. Ojalá.

—Eres tan jodidamente preciosa... y, Dios, eres increíble...

Me agarró el pecho con una mano y sentí sus dedos callosos acariciarme y serenarme. Los músculos comenzaron a relajarse exponencialmente, ajustándose a su cuerpo. Cada vez que me tocaba y me susurraba palabras de afecto, el dolor disminuía.

—Me gusta mucho —dije, reposando las manos en sus bíceps—. Estoy bien.

—No, estás mejor que bien. Eres perfecta.

Le dirigí una sonrisa embobada. Siempre sabía lo que decir.

—¿Puedo moverme, entonces? —preguntó con cautela.

—Sí.

Comenzó a presionar una y otra vez, aumentando los movimientos cada vez más, subiendo el ritmo a medida que nuestros cuerpos se ajustaban. La mayor parte del tiempo íbamos al unísono, respirando rítmicamente.

Oh, Dios. Lo estábamos haciendo. Esto sí que era sentirse cerca de alguien. Físicamente no se podía pedir más. Me sentía tremendamente feliz de que hubiera sido él, y significaba mucho para mí. Tommy solo aguantó dos segundos dentro, lo justo para romperme y hacerme daño. Pero David me tocaba, me besaba y se tomaba su tiempo.

Muy despacio, volvió a invadirme el dulce calor, la sensación de presión. Él la fomentaba con cuidado, ofreciéndome besos largos y cariñosos. Me acariciaba de una forma que solo me daba placer. Era increíble, estaba muy atento, medía mis reacciones a cada paso. Más adelante, me agarré a él y llegué al orgasmo. Sentí los fuegos artificiales de Año Nuevo dentro de mí, calientes, brillantes y perfectos. Increíble. Tartamudeé su nombre y se apretó contra mí. Luego gimió, noté una sacudida en su cuerpo entero y entonces hundió la cara en mi cuello,

calentándome con su aliento.

Lo habíamos hecho.

Sí.

Guau.

Dolía un poco, la gente tenía razón, pero nada en comparación con la última vez.

Con cuidado, se salió de mí y se derrumbó a mi lado sobre la cama, resollando.

—David, lo hemos hecho —le susurré.

Abrió los ojos lentamente. Su pecho aún jadeaba, intentando tomar más aire. Se dio la vuelta y se tumbó a mi lado. Estaba segura de una cosa: no habría podido ser con un hombre mejor.

—Claro, cariño. ¿Estás bien?

—Sí.

Me apreté más a él buscando su calor corporal. Deslizó un brazo sobre mi cintura y me apretó. Me demostró que me quería. Apenas un palmo separaba nuestros rostros.

—Ha sido mucho mejor que la última vez —Sonreí—. Creo que me gusta esto del sexo.

—No te imaginas lo mucho que me alivia escuchar eso.

—¿Estabas nervioso?

Se rio.

—No tanto como tú. Me alegro de que te haya gustado.

—Me ha encantado. Tienes muchos dones.

Vi un brillo especial en su sonrisa.

—Ahora no irás a volverte un engreído, ¿verdad?

—No me atrevería contigo. Confío en que me mantengas con los pies en la tierra, señora Ferris.

—Señora Ferris —repetí sorprendida—. ¿Y eso?

—Mmm.

Le tomé la mano y me fijé en sus dedos.

—Tú no llevas ningún anillo.

—No. Tendremos que arreglarlo.

—Lo haremos.

Sonrió.

—Hola, señora Ferris.

—Hola, señor Ferris.

No había palabras en este mundo para describir todos los sentimientos que me suscitaba. Ni por asomo.

CAPÍTULO 11

Pasamos el resto de la tarde en el estudio de grabación con Tyler y Mal. Cuando David no estaba tocando, me sentaba en su regazo; cuando estaba ocupado con la guitarra, le escuchaba, asombrada por su talento. Como no cantaba, seguí sin conocer las nuevas letras, pero la música era preciosa, *rock* puro y duro.

A Mal pareció gustarle el nuevo material, porque sacudía la cabeza sin parar. Y Tyler se colocó tras la espléndida mesa de botones y sintonizadores.

—Haz ese punteo corto otra vez, Dave.

Mi marido asintió y pasó los dedos por el diapasón, haciendo maravillas.

Pam estuvo ocupada mientras todos estábamos abajo, desempaquetando y ordenando las cajas. Cuando se propuso continuar con el trabajo a primera hora de la tarde, la ayudé aunque no me lo pidiera: no me parecía justo que tuviera que encargarse ella sola. Además, así satisfacía mi necesidad de organización.

Bajaba de vez en cuando al estudio y le robaba besos a Dave antes de seguir ayudando a Pam. David y los demás permanecían inmersos en la música, repitiendo la misma canción una y otra vez hasta que quedaba perfecta. Subían solo para buscar comida y bebida, y regresaban inmediatamente al estudio.

—Esto es así cada vez que graban. Pierden la noción del tiempo, se quedan atrapados por la música. ¡Si supieras la cantidad de cenas que se ha perdido Tyler, simplemente porque se olvida! —dijo Pam mientras abría la siguiente caja —. Es su trabajo, pero también su amor más profundo. ¿Sabes? Es como esa antigua novia que siempre está presente, llamando compulsivamente para pedirte que regreses...

Me reí.

—¿Cómo llevas lo de no ser la primera nunca?

—Tienes que encontrar el equilibrio. La música es una parte importante de

ellos y lo tienes que aceptar, cariño. No sirve de nada luchar contra eso. ¿Alguna vez te ha apasionado algo mucho?

—No —contesté con toda honestidad, echándole un vistazo a otro instrumento que no había visto jamás, con un grabado muy elaborado que rodeaba el agujero—. Me gusta la universidad, y servir cafés también, es un gran trabajo. Me encanta la gente. Pero no podría estar haciendo lo mismo el resto de mi vida.

Me detuve e hice una mueca.

—Dios mío, acabo de repetir las mismas palabras de mi padre. Olvida lo que he dicho.

—Puedes servir café el resto de tu vida, si eso es lo que eliges —dijo—. A veces tardas en encontrar tu vocación, no hay prisa. Yo nací y me crié como fotógrafa.

—Vaya. Es increíble.

Pam sonrió y miro a un punto fijo.

—Así nos conocimos Tyler y yo. Acompañé al grupo donde él tocaba en un *tour* durante un par de días, y acabé yéndome por toda Europa con ellos. Nos casamos en Venecia al final de la gira y desde entonces no nos hemos separado.

—Qué historia más bonita.

—Sí —suspiró Pam—. Qué buenos tiempos.

—¿Estudiaste fotografía?

—Me enseñó mi padre. Él trabajaba para National Geographic. Puso una cámara en mis manos a los seis años y ya no se la quise devolver. Al día siguiente me compró una antigua de segunda mano y la llevaba a todas partes. Fotografiaba todo lo que veía. Ya sabes a lo que me refiero... El mundo solo tenía sentido cuando lo captaba a través de la lente. Mejor aún, porque lo hacía todo más bonito, especial. Único.

Sacó un par de libros de una caja, poniéndolos en las estanterías construidas en una pared. Ya habíamos llenado la mitad con libros y recuerdos.

—Voy a ser sincera contigo —me dijo—. David ha salido con muchas mujeres a lo largo de los años, pero contigo se comporta de distinta manera. No sé... la forma de mirarte, creo que es adorable. Es la primera vez que trae a alguien aquí. ¡En seis años!

—¿Por qué lleva esta casa vacía tanto tiempo?

La sonrisa de Pam desapareció y evitó mirarme a los ojos.

—Quería que este lugar se convirtiera en su hogar, pero las cosas cambiaron de repente. La banda exigía mucho de él, las cosas se complicaron... Bueno, él te

lo explicará mejor.

—De acuerdo —contesté, intrigada.

Pam se sentó en cuclillas y observó la habitación.

—Estoy hablando por los codos. Oye, llevamos todo el día con esto, nos merecemos un descanso, ¿no crees?

—¡Acepto!

Ya habíamos abierto casi la mitad de las cajas. Habíamos apilado los contenidos que no nos parecían de primera necesidad contra una pared. Habíamos puesto una cama negra de lujo que pegaba muchísimo con la casa y con su dueño.

El sitio comenzaba a parecer un hogar. Me pregunté si a David le gustaría. Yo podía imaginarnos a los dos pasando días aquí cuando yo no tuviera clases, o cuando él no estuviera de gira. El futuro era algo maravilloso, prometedor.

Entonces recordé que no me había puesto al día con Lauren, y me sentí culpable por ello. No me apetecía explicarle la situación ni confesarle mis sentimientos hacia David. No lo entendería.

—Vamos a por algo de comida —propuso Pam—. Hay un bar al final de la carretera que pone las mejores costillas que jamás he probado. A Tyler le vuelven loco.

—Buena idea. Voy a decirles dónde vamos. ¿Crees que hace falta que me cambie?

Llevaba unos pantalones negros y una camiseta con unas zapatillas Converse, el único calzado que había conseguido entre las compras de Marta que no llevaban unos tacones de diez centímetros. Por una vez me sentía identificada con el *look*. Pam llevaba *jeans* y una camiseta blanca, con un pañuelo turquesa muy gordo enganchado al cuello. En teoría iba informal, pero ella era una mujer muy atractiva.

—Vas perfecta —contestó—. No te preocupes.

—Fenomenal.

El sonido de la música seguía llegando desde el estudio. Cuando bajé, la puerta estaba cerrada y brillaba la luz roja.

Podía ver a Tyler con los cascos puestos, concentrado en la mesa de mandos. Había olvidado cargar el teléfono, con tantas emociones juntas, pero aun así tampoco tenía el número de David, así que no podía enviarle un mensaje. Como no quería interrumpirles, decidí dejar una nota en el taburete de la cocina. No nos ausentaríamos mucho tiempo; probablemente ni siquiera se diera cuenta de que habíamos salido.

El bar era tradicional, con muebles de madera, una gramola enorme y tres mesas de billar. Los camareros saludaron a Pam cuando la vieron entrar. A mí ni siquiera me miraron, lo cual me suponía todo un alivio.

El lugar estaba repleto. Sentaba muy bien poder mezclarse de nuevo con la multitud. Pam había pedido por teléfono, pero nuestra comida aún no estaba lista, así que decidimos pedir un par de bebidas y nos sentamos a esperar. El ambiente era relajado, muy agradable. Se oían risas y en la gramola sonaba música *country*. Yo seguía la canción tamborileando con los dedos en la barra.

—Vamos a bailar —dijo Pam, que me tomó la mano y me levantó de la silla. Se movía y contoneaba mientras la seguía hacia la pista de baile, repleta de gente.

Qué bien sentaba dejarse llevar.

De Sugarland pasaron a Miranda Lambert y levanté los brazos, moviéndome al ritmo de la música. Un hombre se puso detrás de mí y posó sus manos en mis caderas, pero retrocedió cuando moví la cabeza con una amable sonrisa. Me devolvió la sonrisa y siguió bailando, pero sin irse. Otro hombre bailó con Pam mientras ella gritaba de alegría y le dejó abrazarla. Parecía que se conocían.

Cuando el hombre que tenía detrás se acercó, no le puse ninguna pega, porque ya no pretendió tocarme y no parecía tener malas intenciones. No conocía la siguiente canción, pero tenía buen ritmo, así que nos seguimos moviendo al compás de la música. Estaba empezando a sudar, y el pelo me caía sobre la cara. Comenzó a sonar Dierks Bentley. Me había enamorado de ese grupo a los doce años, pero probablemente se debiera a su cantante y no a la música. Mi devoción hacia ese hombre era vergonzosa.

Aquel tipo se fue, y vino otro en su lugar, deslizando un brazo alrededor de mi cintura e intentando apretarme contra él. Le planté las manos sobre el pecho y le separé de mí, lanzándole la misma sonrisa y negando con la cabeza, tal como había funcionado con el primero. A pesar del sombrero tan enorme que llevaba, probablemente fuera de mi altura, pero era bastante fuerte y corpulento. Apestaba a humo de cigarrillo.

—No —dije mientras seguía apartándole—. Lo siento.

—No lo sientas, cariño —me gritó al oído, golpeándome la frente con el borde del sombrero—. Baila conmigo.

—Mejor vete.

Sonrió y me agarró una nalga con fuerza. El capullo me sonrió.

—¡Eh! —le empujé en vano—. ¿Qué haces? Apártate de mí.

—Vamos, cariño...

Al intentar besarme me golpeó en la nariz con el sombrero de nuevo. Me hizo daño, y además, le odiaba. Quería darle una buena patada en la entrepierna y dejarle tirado en el suelo llorando y llamando a su mamá. Se lo merecía. De modo que acerqué mi pie, cada vez más cerca...

—Aléjate de ella —dijo David, que apareció de repente entre la multitud con la mandíbula apretadísima.

Oh, Dios mío. Parecía que iba a matarle.

—Espera tu turno, muchacho —le gritó el *cowboy*, presionando la pelvis contra mí.

Qué asco, por Dios. Estaba a punto de vomitar.

David gruñó, le quitó el sombrero y lo lanzó a la multitud. El hombre abrió los ojos como platos y se separó de mí.

Retrocedí, libre por fin.

—David...

Me miró y en ese momento el *cowboy* aprovechó y le dio un puñetazo en la mandíbula. Su cabeza retrocedió. El hombre siguió arremetiendo contra él y se cayeron sobre el suelo, en mitad de la pista de baile. Se veían volar puños y patadas, y apenas podía distinguir quién pegaba a quién. La gente formó un círculo alrededor, pero nadie hizo nada para detenerles. La sangre salpicaba el suelo.

Los dos dieron vueltas y se empujaron, hasta que David se colocó encima. Tan rápido como subió, cayó a un lado. Notaba palpitaciones en la cabeza. La violencia era impresionante.

Nathan solía acabar a puñetazos después de la escuela y yo lo odiaba: la sangre, la suciedad y la violencia.

Pero no podía quedarme mirando con estupor. No quería, y tuve el impulso de salir en su ayuda, cuando una mano me agarró, deteniéndome a tiempo. Era Mal.

—¡Ev! ¿Qué haces?

Y a continuación intervino en la pelea con otro par de tipos, menos mal. Mal y Tyler apartaron a David del *cowboy*, mientras otros dos sostenían al imbécil con la cara ensangrentada.

Sacaron a David del bar a rastras. Quiso volver a entrar, pero lo sacaron por la puerta principal y lo bajaron por los escalones. Continuó intentándolo hasta que le apoyaron en el Jeep de Mal.

—¡Basta! —le gritó Mal en la cara—. Se acabó. ¿Me oyes?

David se desplomó en el vehículo, con un hilo de sangre brotándole de la

nariz. Incluso en la oscuridad se le veía la cara hinchada, pero aun así estaba mejor que el otro tipo.

—¿Estás bien? —me acerqué a él y evalué las heridas.

—Sí —contestó, con los hombros temblándole mientras miraba al suelo—.

Vámonos.

Muy despacio, abrió la puerta del copiloto y entró. Pam y Tyler murmuraron un «adiós» y se fueron. Un par de personas entraron en el bar mirándonos, y otro había cogido un bate de béisbol como si esperara que los problemas fueran a más.

—Ev, entra en el automóvil —me ordenó Mal, abriendo la puerta de atrás—, antes de que llamen a la policía o algo peor.

Algo peor era la prensa, lo sabía. Estarían aquí enseguida, en cuestión de segundos.

Hice lo que me dijo.

CAPÍTULO 12

Mal desapareció en cuanto entramos en casa. David subió por las escaleras y entró en nuestro dormitorio. ¿Podía llamarlo «nuestro»? No tenía la menor idea, pero le seguí.

Al darse la vuelta me miró con una expresión desafiante, las cejas contraídas y los labios apretados.

—¿A eso llamas darnos una oportunidad? —me dijo. Le costaba vocalizar.

Me humedecí los labios, pensando un momento.

—No. Lo llamo salir a por algo de comida. Como tardaban mucho, nos pedimos una cerveza. Nos gustaba la música y decidí bailar un par de canciones, nada más.

—Lo tenías encima.

—David, estaba a punto de darle una patada en los huevos.

—¡Te fuiste sin decirme absolutamente nada!

—No me grites —le dije, intentando hacer acopio de una calma inexistente—. Te dejé una nota en la cocina.

Se llevó las manos a la cabeza en un intento de calmarse.

—¿Qué nota? ¿Y por qué no viniste a decírmelo?

—Porque vi la luz roja encendida, estabas grabando y no quería molestarte. En teoría no íbamos a estar fuera mucho tiempo.

Andaba de aquí para allá por la habitación, hecho una furia, sin conseguir tranquilizarse, aunque al menos parecía intentarlo. Su mal carácter era la tercera persona de la habitación, sin duda.

—Estaba preocupado. Ni siquiera llevabas el teléfono móvil, lo encontré en la puta mesa. Pam tampoco contestaba.

—Siento haberte preocupado —extendí las manos deshaciéndome en excusas por las dos—. Olvidé el teléfono, es cierto. A veces pasa. Intentaré tener más cuidado. Pero, David, no pasaba nada, tengo derecho a salir de casa, ¿no?

—Mierda, ya lo sé. Es que...

—Tú estabas ocupado con tus cosas...

—¿Esto es algún tipo de castigo? ¿Es eso? —se obligó a decir esas duras palabras.

—No, ¡por supuesto que no!

Suspiré en silencio.

—Entonces... ¿no estabas ligando con ese tipo?

—Voy a hacer como que no he oído nada.

No podía darle una bofetada, pero me costó reprimirme.

—¿Y por qué dejaste que te tocara?

—¡No lo hice! Le pedí que se alejara y no quiso, y en ese momento apareciste tú —contesté más tensa, perdiendo la paciencia—. Mira, no estamos yendo a ninguna parte. Será mejor que hablemos más tarde, cuando te calmes.

Me dirigí hacia la puerta temblando.

—¿Y ahora te vas? ¡Estupendo! —se dejó caer sobre la cama. Comenzó a reírse sarcásticamente—. Era mucho pedir que estuviéramos juntos, claro.

—¿Qué has dicho? —Me di media vuelta—. No, eso no. No voy a discutir contigo, David. Voy abajo antes de que empecemos a decir cosas que no queremos. Se acabó.

—Vete, ¡vete! —gritó con dureza—. Ya sabía que tarde o temprano lo harías.

—Dios mío —murmuré, y me acerqué para mirarle a la cara. Hervía de deseos de zarandearle—. ¿Me escuchas, acaso? ¿Alguna vez lo haces? No me pienso ir. ¿De dónde has sacado esa idea?

Guardó silencio, tan solo me miró lleno de culpa. No tenía sentido. Ni siquiera entendía por qué estábamos discutiendo. Nos sumimos en una incómoda quietud.

—¿Con quién me estás comparando? —dije al fin, tan enfadada como él—. ¿Se puede saber? Porque yo no soy como ella.

Me miró fijamente, con una expresión que nunca había visto.

—¿Eh?

Siguió callado y mi furia y mi frustración se dispararon. Quería sacudirle hasta que admitiera algo, hasta que me dijera qué demonios le pasaba.

Le grité a la cara.

—¡David, contéstame!

Ni una palabra.

Estupendo.

Retrocedí y me dirigí a la puerta, pero él me cogió de los brazos y me intentó

retener. ¡Una mierda iba a conseguirlo! Le rechacé con vehemencia. Forcejeamos, nos caímos y rodamos por el suelo. Se quedó de espaldas contra el suelo de madera maciza, pero volvió a hacer que rodáramos y se puso encima, dominando. La sangre me golpeaba las sienes. Le di una patada, le empujé y le di puñetazos con todo el dolor que me había provocado. Antes de que se impusiera, rodamos de nuevo y esta vez me coloqué sobre él. No me detendría el muy bastardo. La huida era inminente.

Pero no fue así.

Me sujetó la cara con ambas manos y fundió nuestros labios en un beso. Abrí la boca y metió la lengua. El beso era fuerte y húmedo. No podía respirar. Realmente los dos teníamos problemas para manejar la ira y ninguno se abstuvo de morder. Definitivamente él llevaba las de perder con los labios amoratados.

En efecto, el sabor metálico de la sangre no tardó en aparecer. Se retiró con un bufido, con el labio superior brotando sangre.

—Mierda —exclamó.

Me tomó de las manos, aunque no se lo puse nada fácil; me revolví. Pero él era más fuerte y las puso sobre mi cabeza con relativa facilidad. La presión de su erección contra mis piernas era exquisita, una locura, y cuando yo más pateaba, más se excitaba. La adrenalina se me disparó. Necesitaba que se sentara sobre mí, que me acariciara, que me hiciera consciente de todo.

Así que esto era el sexo duro, ¿eh? No me veía haciéndole daño de verdad, pero había otras formas de reafirmarme en esta situación. Acercó su boca otra vez y le di otro mordisco de advertencia.

Se le dibujó una sonrisa de loco, probablemente acorde con la mía. Los dos estábamos luchando por respirar; ambos igual de cabezones. Sin mediar palabra, liberó mis muñecas y se separó. Rápidamente me tomó de la cintura y me dio la vuelta, presionándome contra los codos y las rodillas, colocándome como él deseaba. Sus manos enérgicas desabrocharon el botón y la cremallera de los pantalones. Tiró de los *jeans* y del tanga carísimo, y colocó su cuerpo contra el mío.

Pasó las manos por mi trasero y lo mordió, justo por encima del tatuaje con su nombre. Deslizó una mano y la llevó a mi sexo. La presión de sus dedos me hizo ver las estrellas. Cuando empezó a acariciarme más fuerte no pude reprimir un gemido. Me mordió las nalgas y sentí una sensación de escozor. Después me besó por la columna y su mejilla me rozó el hombro.

La falta de palabras, el absoluto silencio que imperaba a excepción de nuestra respiración jadeante incrementaba la experiencia. La hacía diferente.

De repente sentí un dedo en mi interior. No era suficiente, maldita sea. Metió un segundo y me abrió un poco. Comenzó a masturbarme y me apreté contra su mano, pero necesitaba más. Escuché el sonido del cajón abrirse mientras sacaba un condón. Sacó los dedos de mí. Oh, Dios, la pérdida era insoportable. Oí cómo se bajaba la cremallera, se quitaba la ropa y abría el envoltorio de plástico, y a continuación su miembro duro contra mí. Empujaba despacio, con firmeza, y me llenó hasta que no quedó aire entre él y yo. Se detuvo un momento y dejó que me acostumbrara. Pero no por mucho tiempo.

Me tomó por las caderas y comenzó a moverse. Cada embestida era más rápida y más fuerte que la anterior. La respiración entrecortada y el vaivén de nuestros cuerpos rompían el silencio. El aire se llenó de olor a sexo. Me apreté contra él, absorta. No tenía nada que ver con la dulzura y la lentitud de esta mañana; ninguno de los dos estaba siendo tierno.

Los pantalones me apretaban las rodillas y hacían que me resbalara un poco con cara embestida, pero él me sostenía por las caderas y me mantenía en el sitio. Golpeó un punto dentro de mí que me hizo soltar un grito. Se concentró en ese lugar una y otra vez, dejándome sin aliento. El calor me desbordaba, como si el fuego me hiciera arder. El sudor me caía por la frente. Dejé caer la cabeza, cerré los ojos y me abandoné en el suelo con todas mis fuerzas. Mi voz salió sin mi consentimiento, llamándole. Maldita sea. Mi cuerpo no me pertenecía. Tuve un orgasmo brutal, lleno de sensaciones impactantes. Arquee la espalda y tensé todo mi ser.

David me embistió con fuerza, con las manos deslizándose sobre mi piel mojada. Se corrió poco después, en silencio, concentrado. Hundió la cara en mi espalda y me rodeó con los brazos, lo cual era fantástico.

Me quedé inmóvil, sin energía. Me arrastré en el suelo lentamente e intenté incorporarme. Si no me hubiera sujetado, me habría caído de bruces. Dudo que me hubiera importado.

En silencio, me tomó en brazos y me llevó hasta el baño. Me sentó en el lavabo. Se quitó el preservativo sin prisas y comenzó a llenar la bañera, metiendo la mano en el agua para comprobar la temperatura. Me desvistió como si fuera una niña. Su ropa estaba apiñada con menos cuidado que la mía.

Me sentí muy desnuda, en todos los sentidos, por cómo me trataba, con tanto mimo a pesar de haberle mordido, y por lo poco manejable de mi peso. Sin embargo, parecía como una muñeca de porcelana que de vez en cuando le ofrecía sexo duro.

Volvió a comprobar la temperatura del agua, me cogió en brazos y nos

metimos en la bañera. Me abracé a él y estuvimos así un buen rato, en silencio, hasta que comencé a enfriarme. Comencé a tiritar. Me abrazó con más fuerza y apoyó la barbilla en la parte superior de mi cabeza.

—Siento si he sido muy duro —dijo—. No era mi intención acusarte de toda esa mierda. Yo... Joder, lo lamento mucho.

—No pasa nada, pero el tema de la confianza... Vamos a tener que hablar sobre ello seriamente algún día.

Reposé la cabeza contra su hombro y le miré a los ojos. Asintió.

—Ahora quiero hablar sobre Las Vegas.

Se me tensaron los brazos.

—¿Qué pasa con Las Vegas?

El matrimonio, eso es lo que pasaba.

Mierda.

—Hemos avanzado en las últimas veinticuatro horas —dije.

—Sí, supongo que sí.

Levanté la mano con el anillo brillante. No importaba el tamaño del brillante, lo que importaba era que David me lo había puesto en el dedo.

—Hemos hablado sobre muchas cosas. Hemos dormido juntos y nos hemos hecho promesas muy importantes.

—¿Te arrepientes de algo? —me preguntó.

Pasé la mano por detrás del cuello.

—No, absolutamente de nada —aseguré—. Pero si despertaras mañana y te hubieras olvidado de todo esto, si te hubieras quedado en blanco como si nunca hubiera pasado, me enfadaría mucho contigo.

Arrugó la frente.

—Te odio por olvidarlo todo cuando significó tanto para mí.

Se lamió los labios y apagó el grifo con el pie. Sin el agua corriendo, la habitación quedó en absoluto silencio.

—Sí —insistió—. Me enfadé mucho.

—No voy a volver a decepcionarte.

Sentí que daba una bocanada profunda de aire.

—Gracias —susurró.

—Sé que cuesta mucho aprender a confiar en alguien, pero necesito que me des al menos el beneficio de la duda.

—Lo sé —contestó, con la mirada triste.

Me incorporé y cogí la esponja del borde de la bañera.

—Te voy a limpiar un poco.

Le había salido un bulto en la mandíbula y tenía sangre seca en la nariz y la boca. Estaba hecho un desastre. También llevaba un moretón enorme en las costillas.

—Deberías ir al médico.

—No me he roto nada.

Le limpié las heridas con cuidado. Ver que le dolía era terrible, y saber que era por mi culpa me revolvía el estómago.

—Si te hago daño, dímelo.

—Estoy bien.

—Siento mucho haberte hecho daño. En el bar y en Las Vegas. No quería que nada de esto sucediera.

Su mirada se enterneció y deslizó sus manos sobre mí.

—Ev, quiero que vengas a Los Ángeles conmigo, no quiero que te separes de mí. Sé que empiezas la universidad pronto y que tendremos que arreglar algo, pero recuerda esto: pase lo que pase, no quiero que nos separemos.

—No lo haremos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

CAPÍTULO 13

Me despertó la luz del amanecer. Di vueltas en la cama y me estiré. David estaba tumbado de espaldas a mi lado, dormido. Se tapaba los ojos con un brazo. Mientras él estuviera, todo iría bien.

Había tirado la sábana al suelo en algún momento durante la noche y vi su cuerpo en todo su esplendor: así que lo de la erección matutina era verdad. Lauren tenía razón.

Despertar a su lado con el anillo de casada me hacía sonreír como una tonta, aunque también era verdad que despertar al lado de un hombre así semidesnudo haría sonreír a cualquiera. Notaba algo de dolor en la entrepierna, no mucho. Nada podía distraerme de la escena que me regalaba mi marido. Para contemplarlo mejor, me distancié un poco de él, examinándole a mi antojo por una vez. Apenas tenía ombligo, era básicamente un agujerito pequeño rodeado de una fina hilera de vello oscuro que bajaba por su estómago plano hasta... eso. Y «eso» era duro, grande y potente.

Me refiero a su pene, claro.

Oh, no, eso no queda bien.

Su polla. Así. Mucho mejor.

La noche anterior estuvimos charlando dentro del agua un buen rato, por insistencia suya. Hablamos de todo, pero no mencionamos a la que claramente le había engañado en el pasado. Y yo sentía que su presencia estaba entre nosotros. Sin embargo, estaba convencida de que el tiempo haría que desapareciera.

David olía ligeramente a jabón, a almizcle quizá. Jamás había catalogado un olor como «cálido», pero así olía él, a calidez, como si fuera un rayo de sol o algo así. Calor, comodidad y hogar.

Le miré muy de cerca. Tenía los ojos cubiertos con un brazo, gracias a Dios. Su pecho subía y bajaba a un ritmo pausado. No quería que me pillara fijándome en la entrepierna, por poéticos que resultaran mis pensamientos. Me resultaría

vergonzoso a una escala que prefería evitar. A pesar de las venas marcadas, su sexo tenía un aspecto suave. No estaba circuncidado. Me picó la curiosidad, y con todo a mi disposición, lo observé detenidamente y rodeé su polla con la palma de mi mano. Entonces tembló y yo retrocedí, sorprendida.

David estalló en carcajadas durante un rato.

Maldito capullo.

Me moría de la vergüenza, el calor me subió por el cuello.

—Lo siento —dijo, abrazándome—. Tendrías que haberte visto la cara. Qué susto te has dado.

—No tiene gracia.

—Cariño, no tienes ni idea de lo divertido que ha sido.

Rodeó mi cintura y me apretó contra él.

—Ven aquí. Vaya, se te han puesto las orejas rojas.

—Qué va —murmuré, mintiendo.

Me acarició la espalda.

—Vamos, no te martirices, ¿vale? Me encanta que me toques.

Resoplé dándole evasivas.

—¿Sabes qué? Si juegas con mi polla, siempre reaccionará. Te lo puedo asegurar.

—Lo sé. —Su cuello estaba en la posición perfecta para hundir mi cara ardiendo, así que me aproveché de la situación—. Es que...Tan solo me he sorprendido.

—Ya lo he visto. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿De verdad?

—Me duele un poco —admití—. Pero estoy bien, al menos hasta que te has reído de mí.

—Pobrecita. Déjame ver —dijo, y se puso encima de mí.

—¿Qué?

Se sentó entre mis piernas y me las separó. Con un ojo experto echó un vistazo.

—No parece hinchada. A lo mejor te escuece por dentro, ¿no?

—Un poco.

Intenté cerrar las piernas porque no creía que el hecho de que me volviera a mirar directamente ahí ayudara a que se me bajaran los colores de mi cara.

—Tengo que tener más cuidado.

—Estoy bien, no es para tanto.

—Mmm.

—Para que me duela de verdad, haría falta más sexo sobre el suelo de madera.

—¿Ah, sí? No te muevas —dijo, y retrocedió de un salto hasta el borde de la cama.

Esta posición le dio ventaja, cara a cara con mi entrepierna, garantizando que no pudiera moverme. Había oído cosas tan buenas sobre eso, que olvidé mi vergüenza, tenía mucha curiosidad. Posó los labios en mi sexo, y la calidez de su aliento me provocó escalofríos. Los músculos del estómago me dieron espasmos. Me miró por encima de mi torso.

—¿Todo bien?

Le contesté asintiendo, impaciente.

—Ponte la otra almohada detrás de la cabeza también —me ordenó—. Quiero que me mires.

A mi marido se le ocurrían unas ideas buenísimas. Hice lo que me pidió y disfruté del espectáculo aunque las piernas me temblaban. Me besó el interior de los muslos, primero uno, luego el otro. Todo mi ser se centraba en las sensaciones que provocaban sus actos. Mi mundo era un lugar perfecto y reducido; nada existía más allá de nuestra cama.

Cerró los ojos, pero los míos estaban abiertos. Me besó el sexo y después dibujó la línea con la punta de la lengua. Eso funcionó.

La calidez me envolvía por dentro. Sus dedos me rodeaban los muslos y hacían pequeños círculos sobre mi piel. Su boca no se separó de mi sexo, parecía que me besaba. Mantenía la boca abierta y me presionaba con la lengua, me hacía retorcerme. Abrí más los muslos y me agarré a él. Hasta el roce de su pelo y el cosquilleo de su barba incipiente me provocaban sensaciones increíbles.

No sé en qué momento dejé de mirar, pero cerré los ojos cuando el placer me invadió. Fue increíble. No quería que se terminara nunca, pero la presión que aumentaba en mi interior reventó hasta que no pude contenerla más. Llegué al orgasmo con un grito y el cuerpo rígido de pies a cabeza.

Cada parte de mí se sacudía. No se levantó hasta que me quedé completamente quieta, concentrándome en respirar.

—¿Me perdonas por haberme reído de ti? —preguntó, y me besó el hombro.

—Sí.

—¿Y lo del sexo duro en el suelo? —Sonrió—. ¿Me perdonas por eso también?

—También.

El colchón crujió cuando se incorporó. Pasó sus labios húmedos por la curva de mis pechos, por la clavícula.

—Me ha gustado mucho —le dije, suavemente y en voz baja. Abrí los ojos poco a poco.

—Qué bien te sienta la borrachera, Evelyn. Te comeré entera cada vez que quieras, solo tienes que pedírmelo.

Le devolví la sonrisa, aunque quizá se me torció un poco. Hablar de estas cosas, así sin tapujos, era nuevo para mí.

—Dime que te ha encantado que te lamiera tu precioso coño.

—Ya te lo he dicho.

—Te da vergüenza —me dijo, con una sonrisa maliciosa en los ojos—. Puedes hablar sobre tener sexo duro en el suelo pero no sobre un cunnilingus, ¿eh? Di «coño».

Puse los ojos en blanco.

—Coño.

—Otra vez, más fuerte.

—Lo estoy diciendo. Coño, coño, coño, coño. ¡Coño! ¿Ya? ¿Contento?

Me reí y deslicé la mano por su pecho.

—¿Algo más, señor?

Retuvo mi mano, se la llevó a los labios y la besó.

—Voy a esperar hasta esta noche para hacerte el amor de nuevo, si te encuentras bien.

—¿Haremos el amor esta noche otra vez?

—Por supuesto. Haremos el amor y follaremos después. Tenemos que pasar más tiempo explorando la diferencia, será divertido.

—De acuerdo —contesté rápidamente.

No era ninguna estúpida. Sabía a qué se refería.

—Esa es mi niña. Eres preciosa, ¿sabes? Me va a costar mucho esperar hasta la noche.

—¿Ah, sí?

—Sí. Así tumbada sobre mi cama, desnuda, nunca he visto nada más bonito.

Sacudió la cabeza mientras paseaba la mirada por mi cuerpo. A mi ego le sentaba terriblemente bien mi marido, pero al mismo tiempo me hacía sentir humilde, agradecida.

—He sido un imbécil por proponer que esperáramos —dijo, avanzando y acercando los dedos—. Y ya sabes lo que odio estar separado de ti. ¿Vienes conmigo a la ducha? Te daré una buena lección con las manos.

Bajé de la cama y le seguí.

—¿Con las manos?

—Sí. Ya sabes lo mucho que me importa tu educación.

—Das asco —sonó la voz entrecortada de Lauren al otro lado de del teléfono móvil.

Pam me había avisado de que en algunas partes de la costa se iba la cobertura.

—No es que haya dejado de quererte, pero... —dijo.

—Lo sé. Perdona —dije, sentándome en la esquina del sofá.

Los hombres estaban en la planta de abajo tocando. Pam había salido a hacer unos recados al pueblo y yo tenía llamadas pendientes y cajas que abrir. En definitiva, las fantasías de un matrimonio feliz que iba adquiriendo unas proporciones increíbles en mi cabeza.

—No importa. Ponme al día —exigió.

—Bueno, seguimos casados, esta vez para bien.

Lauren gritó, le costó un par de minutos calmarse.

—Oh, Dios mío, deseaba tanto que lo solucionarais. David es superatractivo.

—Sí, lo sé, pero no es solo eso. Es maravilloso.

—Sigue contándome.

—En serio, Lauren, es maravilloso.

Ahogó una risita.

—Ya has usado esa palabra, prueba con otra, Cenicienta. Alimenta a la fan que llevo dentro.

—Oye, no te enamores de mi marido, eso no mola.

—Llegas seis años tarde. Me enamoré de David Ferris mucho antes de que le pusieras un anillo en Las Vegas.

—De hecho, él no lleva.

—¿No? Deberías arreglarlo pronto.

—Ya.

Contemplé las vistas al océano por la ventana. Un pájaro volaba en círculos.

—Estamos en su casa de Monterrey. Es muy bonito todo.

—¿Ya no estás en Los Ángeles?

—No me fue muy bien allí con el tema de las fans, los abogados y todo eso. Fue una auténtica mierda.

—Dame detalles, cariño.

Me llevé las rodillas al pecho y jugué con la costura de los *jeans*. Me sentía algo mal. Hablar sobre nuestros detalles personales a espaldas de David no iba conmigo, ni siquiera con mi mejor amiga. Las cosas lo habían cambiado todo; en concreto, nuestro matrimonio. Aun así, podía compartir algo.

—La gente de allí pertenecía a otro planeta, no encajaba conmigo. A ti te habrían encantado esas fiestas. ¿Sabes? La mansión estaba llena de gente famosa, era impresionante. Unos vestidos...

—Me estás dando mucha envidia. ¿Quién había por allí?

Se asombró al darle algunos nombres de famosos.

—Pero no echo de menos Los Ángeles. Ahora las cosas van muy bien, Lauren. Hemos aplazado la anulación, vamos a ver cómo va todo entre nosotros.

—Qué romántico. Dime que le has roto el corazón a ese guaperas, por favor.

—Lauren...

—¿Sí o no?

Titubeé y repetí la pregunta chillando.

—¡¿Sí o no?!

—¡Sí! Sí. ¿Contenta?

El grito que emitió esta vez me rompió los tímpanos, solo oía pitidos. Cuando acabó, se oyó una voz masculina de fondo al otro lado del teléfono.

—¿Quién es? —pregunté a Lauren.

—Oh, nadie, un amigo.

—¿Un amigo... o un amigo especial?

—Un amigo. Espera, estoy cambiando de habitación. Hablábamos sobre ti, pareja de David Ferris, el guitarrista principal de Stage Dive, famoso en el mundo entero.

—¿Conozco a ese amigo? —insistí.

—Sabes que hay una foto de tu trasero circulando por ahí, ¿no?

Momento de librarse de la vergüenza.

—Eh... sí.

—Culona. ¡Ja, ja! No, en serio, se te ve muy bien. A mí no me habría quedado igual. Supongo que ahora te alegras de haber ido todo el semestre andando hasta la facultad en vez de conducir, ¿verdad? No como yo, que soy una vaga.

—¿Y por qué no hablamos de tu amigo en vez de mi trasero?

—O podríamos hablar sobre tu vida sexual, porque llevo como dos años contándote la mía, pero no hemos podido comentar mucho la tuya, querida —dijo con una voz cantarina llena de alegría.

—¡Evie! —gritó Mal de camino hacia la cocina—. ¿Te traigo un refresco?

—Sí, por favor.

—¿Quién es? —preguntó Lauren.

—Mal, el batería. Están grabando algo abajo.

Lauren tragó saliva.

—¿Está ahí todo el grupo? —dijo lentamente.

—No, solo Mal y un amigo de David.

—¿Malcolm? Me encanta. Es supersexi, pero también un capullo. Deberías ver con cuántas mujeres le han pillado.

—Toma, mujercita.

Mal me pasó una botella helada, le había quitado hasta la tapa.

—Gracias, Mal.

Me guiñó un ojo y salió de la habitación.

—No es asunto mío, Lauren.

Chasqueó la lengua.

—Ni siquiera te has molestado en buscar algo de ellos en Internet, ¿verdad? Vas completamente a ciegas.

—Me parece muy mal cotillear sobre ellos.

—Mujer, la inocencia resulta sexi hasta cierto punto solamente.

—No se trata de eso, Lauren. Respeto sus vidas personales.

—Claro. Porque ahora formas parte de ellos.

—Lauren, la privacidad importa. ¿Cómo iban a confiar en mí si me pongo a buscar chismes sobre ellos en Internet?

—Tú y tus excusas. ¿A que no sabías que el grupo comenzó a hacer giras cuando David tenía dieciséis años? Fueron teloneros de un grupo por toda Asia y desde entonces se han hecho muy famosos. Menuda vida, ¿eh?

—Sí. Me dijo que tenía que bajar el ritmo.

—No me sorprende. Los rumores sobre la ruptura de la banda se han disparado. Si puedes hacer algo para evitarlo, hazlo, por favor. Y dile a tu marido que resuelva sus mierdas y se apresure a sacar un nuevo disco. Cuento con tu ayuda.

—De acuerdo —contesté, sin revelar que David ya estaba en ello. Eso era privado, de momento. La lista de cosas que no podía compartir con Lauren aumentaba exponencialmente.

—Quería que le partieras el corazón para que nos regalara otro disco como *San Pedro*, pero me temo que la cosa va a estar difícil.

—Tus poderes de percepción son maravillosos, Lauren.

—Por cierto, ¿sabes que en ese disco hay una canción sobre la casa de Monterrey?

—¿Ah, sí?

—Sí, la famosa «casa de arena». Una canción de amor épica. Por lo visto, su amorcito del instituto le puso los cuernos cuando él estaba de gira, con veintiún años. David compró esa casa para vivir juntos. Fíjate.

—Oye, Lauren, ya basta. Todo eso... ¡Mierda! Eso es personal. —dije enfadada, pero la curiosidad me pudo—. ¿Te refieres a... a esta casa?

Se me desbocó el corazón.

—Sí. Resulta que llevaban años saliendo juntos, a David le partió el corazón, y poco después alguna puta con las que se acostaba vendió la historia a los medios. Además, su madre le abandonó cuando tenía doce años, ¿lo sabías? Así que supongo que tendrá algún que otro problema con las mujeres. Te aviso...

—Lauren, para, en serio —dije, a punto de colgar el teléfono—. Cuando esté preparado, el mismo me contará todo eso. No está bien lo que haces.

—Querida, eso se llama prepararse de antemano. No veo dónde está el problema.

—¡Lauren!

—Como quieras. Ya me callo, pero pienso que tendrías que saber esas cosas. Sucesos así te dejan una cicatriz para toda la vida.

Y tenía mucha razón.

La información sustentaba sus acusaciones sobre mi supuesto abandono y la violencia de sus reacciones. Dos de las mujeres más importantes de su vida le habían dejado, aunque haberme enterado así no fuera lo adecuado. Cuando confiara en mí lo suficiente como para contármelo, lo haría, pero aún no lo había conseguido. La información íntima no se cuenta así, de primeras.

Qué horrible debió de ser que todo eso apareciera por Internet y que cualquiera pudiera leerlo por pura diversión. Por no mencionar la privacidad. Ahora entendía que le preocupara tanto que yo hablara con la prensa.

Le di un sorbo al refresco y apoyé la botella fría en mi mejilla.

—Quiero que esto funcione de verdad —le dije a Lauren.

—Lo sé. Te lo noto en la voz cuando hablas sobre él... Estás enamorada.

Me enderecé.

—¿Qué? ¡No! ¡Qué tonterías dices! Todavía no, tan solo han sido un par de días. —Guardé silencio—. ¿En serio sueno así?

—El tiempo no importa, cuando el corazón habla.

—Puede ser.

—Oye, Jimmy ha estado saliendo con Liv Andrews. Si la conoces, pídele un autógrafo, por favor. Adoro su última película.

—Jimmy no es precisamente el mejor, ¿sabes? Así que lo que me pides es muy difícil.

—Bueeeeno —dijo con un bufido—, pero tu opinión no cuenta. Estás enamorada.

—Cállate.

—¡Qué! Me parece fenomenal.

Unos murmullos del amigo misterioso de Lauren interrumpieron nuestra charla.

—Me tengo que ir —me dijo rápidamente—. Ah, oye, y no te pierdas más, ¿vale? Llámame.

—Lo haré.

—¡Ciao!

—Adiós. —Pero me dejó con la palabra en la boca.

Ya había colgado.

CAPÍTULO 14

—Estás muy seria —dijo David lentamente. Movi6 la cabeza a un lado y el pelo le cay6 por la cara. Se lo puso detr6s de la oreja y se aproxim6—. ¿Por qu6?

Yo hab6a preparado la cena.

Encontr6 *pizzas* en el congelador, as6 que las saqu6 y las aderec6 con queso rallado, sin poder quitarme de la cabeza todo lo que me hab6a contado Lauren.

La casa ya no me resultaba tan acogedora, tan nuestra. Saber que la hab6a comprado para otra mujer cambiaba radicalmente mis sentimientos. Sab6a que me estaba entrometiendo donde no me llamaban, y era horrible, pero as6 era. Las inseguridades eran una mierda.

—Dame.

Me rode6 la cintura y se llev6 mi mano a su boca, lamiendo la salsa de tomate de mis dedos.

—Mmm... Delicioso.

El est6mago se me contrajo. Dios, el recuerdo de su boca en mi sexo de esta ma6ana... y sus planes para esta noche. Parec6a un sue6o, un sue6o precioso y loco del que no quer6a que me despertaran. Ni lo necesitaba. Todo ir6a bien, lo solucionar6amos. Ahora est6bamos casados de verdad. Con un brazo agarrado a m6, se apret6 contra mi espalda.

—¿C6mo van las cosas en el estudio? —le pregunt6.

—Muy bien. Tenemos cuatro canciones que van tomando forma. Una l6stima que vayamos a contrarreloj —dijo, y me bes6 en el cuello, llev6ndose todos mis pensamientos negativos—. ¿Y t6?

—Bien.

—Haciendo *pizza*...

—S6.

—¿Te puedo ayudar? —pregunt6, todav6a pegado a mi cuello. Not6 su barbilla en mi piel y me sent6 extra6a y de maravilla al mismo tiempo. Me

provocaba escalofríos.

—¿Estás poniendo brócoli?

—Me gustan las verduras en la *pizza*.

—Y calabacín. Ahá.

—Y beicon, champiñones, pimientos, tomates y tres tipos diferentes de queso —aclaré, señalando el resto de los ingredientes con el cuchillo—. Estás a punto de probar la mejor *pizza* del mundo.

—No lo pongo en duda. Te ayudo a ponerlos.

Me di la vuelta y retrocedió cuando le apunté con el cuchillo. Me rodeó las caderas y me dirigió hasta la encimera.

—Hazme compañía —me pidió.

—Claro.

Sacó una cerveza de la nevera para él y un refresco para mí, porque todavía evitaba beber alcohol. Escuché a Tyler y a Mal en el salón.

—¿Seguimos mañana? —Oí que decía Tyler a lo lejos.

—¡Lo siento, tenemos que regresar a Los Ángeles! —le gritó David lavándose las manos. Tenía unas manos preciosas, con dedos largos y fuertes—. Dame un par de días para solucionarlo todo por allí y volveremos a la carga, ¿de acuerdo?

—Muy bien, el nuevo material está quedando perfecto. ¿Vendrán Ben y Jimmy la próxima vez?

A David le cambió la cara.

—Veré lo que puedo hacer.

—Muy bien. —Tyler entró en la cocina—. Pam me espera fuera, es nuestra noche de novios. Será mejor que me de prisa.

—Que os divirtáis —dije.

—Eso siempre —contestó Tyler, sonriendo.

—¿Noche de novios, en serio? —Apareció Mal—. ¿Qué coño es eso? Estos dos están locos. Colega, no puedes echarle brócoli a la *pizza*.

—Claro que sí —contestó David mientras añadía pimientos alrededor del brócoli.

—No —insistió Mal—. Así no es.

—Cállate. Si Ev quiere brócoli en la *pizza*, se le pone.

Di un sorbo al refresco y se deslizó por mi garganta. Se agradecía el frío.

—No te agobies, Mal —le dije—. Las verduras son tus amigas.

—Mentira, mujercita —contestó con una mueca de asco y sacó una botella de zumo del frigorífico—. Da igual, quitaré las verduras de mi trozo.

—No. Tú te largas —repuso David—. Ev y yo también tenemos hoy nuestra noche íntima.

—¿Qué? Debes de estar de broma. ¿Adónde se supone que voy a ir?

David se rio y echó salami sobre su obra de arte.

—Oh, ¡venga ya! —dijo Mal—. Evie, defiéndeme, ¿no?

Mal me puso los ojitos más tristes de la historia, cargados de misericordia. Incluso se arrodilló y apoyó la cabeza en mis rodillas.

—Si me voy a la ciudad sabrán que estamos aquí.

—Tienes tu automóvil —contestó David.

—Estamos en mitad de la nada —se quejó Mal—. No dejes que me deje solo ahí fuera, mujercita, seguro que me comen los osos.

—No creo que haya osos por aquí —dije.

—Corta el rollo, Mal —dijo David—. Y aparta la cabeza de la pierna de mi esposa.

Mal se enderezó con un gruñido.

—Tu esposa es mi amiga, y no va a permitir que me hagas esto.

—¿Ah, no?

David me miró y se le cayó el alma al suelo.

—Mierda, cariño, no hablarás en serio. No puedes estar de su parte. Es nuestra última noche juntos.

—Nosotros nos vamos a la habitación, y él se podría quedar abajo o algo, ¿no?

David se echó el pelo hacia atrás, frunció el ceño, pensativo.

—Por Dios, ¡no le pongas esa cara! —exclamó a Mal—. ¿No te queda nada de dignidad?

—Muy bien, me iré abajo. Incluso me comeré vuestra asquerosa *pizza* de brócoli.

—David...

Le estiré de la camiseta y le apreté contra mí, alejándolo de Mal.

—Se supone que es nuestro tiempo para pasarlo juntos —dijo.

—Lo sé. Y lo será.

—¡Estupendo! —dijo Mal—. Me voy abajo. Avisadme cuando esté lista la cena.

—Tiene una mujer en cada ciudad —dijo David—. Te la ha jugado, no iba a dormir en el automóvil.

—Quizá, pero me preocupaba.

Le coloqué unos mechones por detrás de la oreja y lo atraje hacia mí. Tenía

pendientes de varios tipos. Una calavera, una X y un diamante diminuto. Se presionó la oreja y los tapó.

—¿Qué pasa? —preguntó inquieto.

—Solo te miraba los pendientes. ¿Significan algo?

—No —contestó rápidamente, dándome un beso—. ¿Qué te pasaba antes? Has puesto la misma cara ahora mismo.

Mierda.

Me puse a pensar en todas las excusas posibles, no tenía ni idea de cómo podría reaccionar si le contaba lo que Lauren me había dicho. Pensaría que le había preguntado por él, seguro, y no me apetecía comenzar una pelea, pero tampoco mentirle.

—Hoy he hablado con mi amiga Lauren.

—¿Y...?

—Es fan vuestra.

—Ya me lo dijiste. ¿Me la presentarás o también lo tengo prohibido, como a tu padre?

—Puedes conocer a mi padre si quieres.

—Claro que quiero. Algún día iremos a Miami y te presentaré al mío, ¿quieres?

—Me encantaría. Escucha, David, Lauren me ha contado algunas cosas sobre ti. No quiero ocultártelo, pero tampoco sé cómo te va a sentar.

—¿Qué cosas? —Se puso muy serio.

—Algo sobre ti.

—Ya veo —bromeó—. ¿Ha estado buscando en la Wikipedia o algo así?

—¡No! —exclamé, horrorizada.

—No me sorprendería. ¿Qué quieres saber, Ev?

No sabía qué contestar, así que me bebí la mitad del refresco de un tirón. Mala idea... no ayudó en absoluto. Se me congeló el cerebro, me dolía la frente.

—Adelante, pregúntame lo que quieras —dijo. Pero él no estaba de buen humor, sentía cómo la ira le subía. Creo que jamás había conocido a alguien tan expresivo como él, o a lo mejor es que me fascinaba por completo, y me fijaba en cada detalle.

—Muy bien. ¿Cuál es tu color favorito? —Fue lo primero que me salió.

—No creo que tu amiga te haya contado eso.

—Has dicho que preguntara lo que quisiera, y quiero saber eso.

—El negro, y ya sé que no es un color. No he ido mucho a clase, pero ese día estaba. ¿Y el tuyo?

—El azul. ¿Cuál es tu canción favorita?

—Seguimos con lo básico, ¿eh?

—Estamos casados, me parece un buen comienzo. Nos hemos saltado un montón de cosas básicas.

—De acuerdo. Tengo muchas canciones favoritas: *Four Sticks*, de Led Zeppelin. La tuya es *Need You Now* de Lady Antebellum, cantada por un imitador de Elvis. Una lástima.

—Eso no es justo, estaba borracha.

—Pero ¿tengo razón?

—Bueno... Tal vez —respondí. Me encantaría poder recordarlo—. ¿Y tu libro preferido?

—Me gustan los comics: *Hellblazer*, *Preacher*...

Bebí otro sorbo de refresco intentando formular una pregunta ingeniosa. Solo se me ocurrían las más obvias. Nunca se me dieron bien las citas. Probablemente hubiera sido mejor que nos saltáramos esa parte.

—Espera —dijo—. ¿Y el tuyo?

—*Jane Eyre*. ¿Tu película favorita?

—*Evil Dead 2*. ¿La tuya?

—*Walk the line*.

—¿La de los hombres de negro? Mola —dijo entusiasta, dando una palmada—. Me toca. Dime algo terrible, algo que jamás le hayas contado a nadie.

—Oh, esa es buena —contesté.

Aterradora, pero buena. ¿Por qué no se me habría ocurrido? Sonrió por encima de su botella de cerveza, claramente satisfecho.

—A ver que piense...

—Hay un límite de tiempo.

—No, no lo hay. —Le miré con el gesto torcido.

—Sí —contestó—. Porque si no, te dará tiempo a inventarte cualquier tontería. Tienes que decir lo primero que te venga a la cabeza: lo que no quieres que nadie sepa. Se trata de ser sinceros.

—De acuerdo. Cuando tenía quince años besé a una chica. Amanda Harper.

—¿En serio? —exclamó, alzando la barbilla.

—Sí.

—¿Y te gustó?

—No. Bueno, no estuvo mal. Era la lesbiana del instituto y yo quería saber si también lo era.

—¿Solo había una lesbiana en tu colegio?

—Oh, creo que muchas más, pero ella era la única que lo admitía abiertamente. Se ganó el título.

—Hizo bien. ¿Y por qué pensabas que podías ser lesbiana?

—Para ser más precisa, pensaba que era bisexual. Así tendría más opciones, porque los muchachos del instituto eran...

—¿Qué eran? —dijo agarrándome el trasero y subiéndome al taburete.

No podía resistirme a sus caricias.

—Supongo que no me interesaban.

—Pero tampoco te gustó besar a tu amiga Amanda...

—No.

—Maldición, qué historia más triste —dijo—. Por cierto, estás haciendo trampa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tenías que contarme algo terrible. Pensar en ti dándote un beso con lengua con otra chica no se acerca lo más mínimo.

—¿Quién ha dicho que fuera con lengua?

—¿Ah, no?

—Bueno, un poco. Solo nos rozamos, pero me asusté y me fui.

—Se te están poniendo las orejas rojas otra vez —dijo, dándole otro sorbo a la cerveza.

—No me extraña. Y no he hecho trampa, no le he contado eso a nadie, me lo pensaba llevar a la tumba. Deberías sentirte orgulloso por la confianza que he depositado en ti.

—Sí, pero se supone que debías contarme algo fuerte, las normas estaban claras. Venga, vuelve a intentarlo y dime algo malo.

—Te pone como una moto, ¿eh?

—La próxima vez que me meta en la ducha me acordaré de ella.

Me mordí la lengua y aparté la mirada. Me venían a la cabeza escenas de David de esta mañana, enjabonándome las manos y poniéndomelas en su cuerpo. El mero hecho de imaginarle tocándose con mi breve episodiolésbico adolescente... «Halagada» no era exactamente la palabra, pero no puedo negar que me excitaba.

—Bueno, imagíneme un poco más mayor —le insinué—. Con quince años es un poco asqueroso.

—Pero si solo la besaste.

—¿Y te vas a quedar con eso en la cabeza? ¿Respetarás la realidad? ¿No llegarías más lejos con la fantasía de Amanda conmigo?

—Muy bien. Te imaginaré con más edad y muuuy curiosa.

Me acercó a él usando de nuevo el método de las manos en mi trasero y yo le rodeé con los brazos.

—Venga, vuelve a intentarlo, y esta vez hazlo bien —susurró.

—Bueno.

—No mentías sobre lo de Amanda, ¿verdad?

—No.

—Estupendo, me encanta la historia. Deberías contármela más a menudo.

Ahora inténtalo de nuevo.

Me pasé un rato dándole evasivas hasta que apoyó la frente contra la mía.

—Suelta algo de una vez.

—Es que no se me ocurre nada.

—Mentira.

—No puedo —admití. No había nada que quisiera compartir.

—Vamos, cuenta.

—David, para ya. Eres la última persona ante la que quiero quedar mal.

—¿Te preocupa lo que piense sobre ti? —dijo, retrocediendo.

—Pues claro que sí.

—Eres sincera y buena, cariño. Nada de lo que hayas hecho estará mal.

—Pero la sinceridad no es siempre buena. He abierto la boca demasiadas veces cuando no tenía que haberlo hecho; he dado mi opinión ante personas cuando debía haberme callado. Primero reacciono y luego pienso. Mira lo que pasó entre nosotros en Las Vegas: no hice las preguntas adecuadas aquella mañana. Siempre me arrepentiré.

—Lo de Las Vegas fue una situación extrema. Olvídalo.

—Me preguntaste cómo me sentí cuando te fuiste con tu fan en Los Ángeles. Entonces lo llevé bien, pero si eso sucediera ahora, si cualquier otra mujer intentara irse contigo, me darían ganas de matar. No creo que lleve bien siempre lo de tu séquito de estrella del *rock*. ¿Qué harías, entonces?

—No lo sé —contestó, aclarándose la garganta—. Tendré que darme cuenta de que eres humana, que a veces la cagas como cualquier otra persona.

No respondí.

—Los dos la cagaremos en algún momento, Ev. Es un hecho. Solo tenemos que tener paciencia el uno con el otro.

Me sostuvo la cara para besarme.

—Y ahora cuéntame qué te ha dicho Lauren.

Lo contemplé sorprendida y temerosa. Mi estómago se revolvió. Tenía que

decírselo, ya no había salida, y cómo se lo tomara estaba fuera de mi control.

—Me dijo que tu primera novia te puso los cuernos.

Parpadeó.

—Sí, es verdad. Llevábamos bastante tiempo saliendo juntos, pero... yo siempre estaba de grabaciones o de gira —dijo muy calmado—. Llevábamos dando conciertos por Europa ocho o nueve meses cuando aquello sucedió. Las giras rompen muchas parejas. Las fans y la vida en la carretera te la pueden jugar. Que te dejen de lado durante mucho tiempo no debe de ser plato de buen gusto.

Seguro que no.

—¿Cuándo es tu próxima gira?

—No hay ninguna planeada. Probablemente hasta que no terminemos este disco no lo hagamos, y la grabación no está yendo muy bien, que digamos.

—A ver. Explícame cómo funciona. Es decir, ¿piensas que lo que sucede de gira se queda en la gira?

Nunca habíamos establecido los límites de nuestra relación. ¿Qué significaba el matrimonio para los dos? Yo quería que pasáramos tiempo juntos, pero tenía otras cosas en mente: la universidad, el trabajo, mi futuro. Quizá las buenas esposas lo tiraban todo por la borda y se unían a la banda, o quizá ellos ni siquiera las invitaban. No tenía la menor idea.

—¿Me estás preguntando si tengo la intención de engañarte?

—No, solo pregunto cuál es nuestro papel en la vida del otro.

—Bueno, creo que no acostarse con otra persona sería un buen comienzo, así que considerémoslo la regla número uno, ¿te parece? En cuanto a la banda, ya veremos cómo van las cosas.

—Ya.

Sin mediar otra palabra, se alejó de mí y cruzó las escaleras.

—¿Mal? —gritó.

—¿Qué? —dijo Mal desde abajo.

—¡Cierra la puerta y echa el pestillo! —gritó David—. ¡No subas bajo ningún concepto hasta que te avise! ¿Queda claro?

Se escuchó un silencio y de repente Mal refunfuñó.

—¿Y si hay un incendio?

—¡Pues te quemas!

—¡Que te den! —dijo con un portazo.

—¡Echa el pestillo!

No se entendió bien la respuesta de Mal, pero se captó el tono de molestia.

Estos dos parecían más hermanos que David y Jimmy, que era un capullo y una de las razones por las que él no quería regresar a Los Ángeles. Lamentablemente, ocultarse en Monterrey no era una opción viable a largo plazo.

Universidad, banda, familia, amigos, blablablá.

David se quitó la camiseta.

—Regla número dos: si yo me quito la camiseta, tú también. Esta norma se aplica para todas las conversaciones. Sé que debemos hablar mucho, pero no hay nada en contra de facilitar las cosas.

—¿Esto facilita las cosas? —pregunté, dudándolo mucho.

Tenía ante mí su piel cálida y suave esperando a que la tocara, y mis dedos se morían por hacerlo. Me costaba mucho mantener la boca quieta cuando me enseñaba sus abdominales. Ponía a prueba mi fortaleza. Su hermosa piel tatuada y expuesta mandaba a paseo cualquier pensamiento coherente en mi cabeza. Dios mío, qué poder tenía sobre mí. Pero, ¡un momento!, estábamos casados. Legal y moralmente podía comérmelo con los ojos. Es más, sería antinatural no hacerlo.

—Quítatela —me ordenó, señalando con la cabeza mi torso.

No había señales de vida en las escaleras.

—No va a subir, te lo prometo —me aseguró.

Agarró la parte superior de la camiseta y me la quitó, rescató mi coleta, que se había quedado enganchada. Cuando fue a por el sujetador, apreté los brazos contra el pecho, protegiéndome.

—Será mejor que me quede con el sujetador, por si...

—Va contra las normas. ¿O es que las quieres romper ya? No es típico de ti, cariño.

—David...

—Evelyn... —dijo, desabrochándose el sujetador—. Necesito verte los pechos, cariño, no te imaginas cuánto los adoro. Déjame, por favor.

—¿Por qué eres tú el que dicta las normas?

—Solo he establecido esa. Ah, no. Dos. Se me olvidaba: la regla de no engañar al otro.

Hábilmente me quitó el sujetador, aunque no iba a ponérselo fácil moviendo los brazos.

—Venga, di tu alguna —me animó.

—¿Me intentas distraer de la conversación yendo desnudos?

—No, en absoluto. Pon tu una regla. Vamos.

Me quedé mirándole con los brazos tapándome lo justo, por si acaso.

—Nada de mentiras. Ninguna.

—De acuerdo.

Asentí con alivio. Podíamos seguir adelante con el matrimonio, lo sabía. Todo iría bien.

—Confío en ti —dije, asintiendo.

Se detuvo, sorprendido.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

Esperé otra respuesta, pero no dijo nada.

—¿Y tú, confías en mí? —rompí el silencio.

Nada más pronunciar la frase, me arrepentí. De nada servía si tenía que pedir su confianza y su afecto. No es que no sirviera de nada, sino que además me hacía daño. Lo sentía, una herida profunda entre los dos, la que había abierto yo. Deseé que fuera invierno para poder esconder la cabeza en una montaña de nieve.

Miró por encima de mi hombro, esa era toda la respuesta que necesité. La sinceridad ya había demostrado quién era su dueña. ¿Cómo me sentía al respecto? De repente tuve escalofríos, y aunque no tenía nada que ver con haberme quitado la ropa, deseé volver a ponérmela.

—Estoy en ello, Ev. Tan solo... dame algo más de tiempo.

Se le encogió la cara de frustración. Apretó los labios hasta que se le pusieron blancos, y cuando me miró vio cómo me sentía.

—Joder —dijo.

—No pasa nada, en serio —mentí, tratando de ser convincente.

—¿Me estás mintiendo?

—No, qué va. Todo irá bien, lo sé.

En lugar de decir nada más, me besó.

No pude luchar contra eso. El calor regresó a mi cuerpo. Su arrepentimiento y mi dolor quedaron a un lado cuando puse las manos sobre las suyas y las dirigí a mis pechos, con los dedos entrelazados. Los dos gemimos. El calor de sus manos era sublime, el escalofrío de decepción no podía combatirlo. Nuestra química siempre ganaba la batalla. Tenía que creer que vendrían más sentimientos. Me apreté contra sus manos como si la gravedad me atrajera hacia él, pero también deseaba su boca. Dios mío, quería tener su cuerpo y leerle la mente. Lo quería todo de él, deseaba cada rincón de su cuerpo, cada pensamiento. Todo.

Nuestros labios se encontraron y gimió con las manos en mis pechos.

Deslizó la lengua en mi boca y de repente me moría por él. Le necesitaba. Le rodeé con las piernas y me mantuve así. Lucharía con uñas y dientes para retenerle. Pasó los pulgares por mis pezones y me hizo enloquecer. Acaricié sus brazos, sus hombros. Así, estando semidesnuda, me habría dado igual que circulara en esos momentos un desfile de gente de mi facultad. Podrían incluso llevar una banda de música. A mí solo me importaba él.

No me extrañaba que la gente se tomara el sexo tan en serio, o no lo suficiente. El sexo desconcertaba la mente y atrapaba tu cuerpo. Era como perderse y encontrarse a la vez. La verdad es que me asustaba un poco.

—Todo irá bien —me susurró, mordiéndome el lóbulo. Presionó su erección contra mí. Dios bendiga al que se le ocurrió poner una cremallera justo en esa zona de los *jeans*. Las luces se desvanecían ante mis ojos. ¿Se sentiría él igual? Ojalá todo fuera bien. Deseé con todas mis fuerzas que tuviera razón.

—Cariño, solo necesito más tiempo —dijo, y sentí la calidez de su aliento en mi piel.

—Por culpa de ella, ¿no? —añadí. Necesitaba hablar claramente, sin tapujos.

—Sí —respondió, con la voz debilitada—. Es por ella.

La verdad duele.

—Evelyn, ahora solo estamos tú y yo en esto, te lo prometo.

Me besó como si me fuera a romper, dándome una muestra de su pasión.

—Espera —dije, y solté las piernas—. Échate hacia atrás, quiero bajarme.

—¿Por qué?

La parte delantera de sus *jeans* me apretaba, y yo era la causante de ello. Saber eso me sentaba bien. Sobre todo porque ella ya no lo disfrutaba, y yo sí. Me bajé y él me tomó de las caderas, ayudándome a ponerme de nuevo de pie. Menos mal, porque sentía las piernas como un flan. Me miraba sin comprender nada.

—David, quiero probar una cosa —le expliqué con los dedos temblorosos por la emoción y los nervios. Le desabroché el botón de los pantalones antes de bajar la cremallera.

—Eh, espera —dijo, tomándome por las muñecas.

Esperé a escuchar lo que quería decirme. Dudaba mucho de que me dijera que no deseaba eso; me habían dicho que a todos los hombres le gustaba. Me miró perplejo, como si fuera la pieza que se negaba a encajar en el puzle. No sabía afirmar si quería pararme o que me diera prisa.

—¿Hay algún problema? —pregunté, ya que él no decía nada.

Me retiró muy despacio las manos. Las había puesto como si yo le hubiera

apuntado con un arma.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí. ¿Qué pasa? ¿No quieres sentir mi boca?

Sonrió.

—No tienes ni idea de lo mucho que lo deseo, pero es la primera vez para ti, ¿no?

Asentí, jugando con el borde de sus pantalones, sin querer llegar más lejos.

—Por eso es importante —dijo—. Quiero que todas tus primeras veces sean perfectas, y me estoy calentando mucho de imaginarte chupándomela.

—Oh.

—Llevo todo el día pensando en ti. No podía concentrarme en nada. Hasta me sorprende que hayamos podido trabajar algo.

Se pasó los dedos por el pelo y se lo retiró de la cara. Colocó las manos sobre su cabeza y estiró su torso musculoso. El moretón de aquella pelea que llevaba sobre las costillas ya se veía gris y arruinaba la perfección de su cuerpo. Me incliné y lo besé, y no apartó la mirada de mí. No dejaba de mirarme los pechos. Los ojos, la boca, los pechos... Parecía no saber qué le fascinaba más.

Le bajé la cremallera muy despacio y liberé su erección. No llevaba ropa interior. Al menos esta vez no me asusté cuando apareció ante mí. Le bajé los pantalones y liberé su sexo, que se alzó grande y orgulloso. Al igual que por la mañana, apreté mis manos en la base y sentí el tacto de su piel de seda. Me resulta curioso que el apéndice masculino nunca me haya llamado la atención, pero ahora me sentía emocionada, como atestiguaban mis muslos apretados.

—Eres mío —le susurré, estudiando su miembro.

—Sí.

Yo sabía que el punto caliente estaba justo debajo de ese pliegue. Llevaba años leyendo revistas y escuchando los escarceos sexuales de Lauren como para no saberlo. A ella le encantaba dar detalles. Anoté mentalmente invitarla a cenar para agradecerse.

Moví la mano y masajeeé la zona con el pulgar, a la espera de ver qué sucedía. Era mucho más fácil así, sin espuma de jabón. No tardó mucho tiempo una vez que la agarré con las manos y la moví. Los músculos del estómago se le contrajeron, como por la mañana en la ducha. Mis dedos masajeban su sexo duro, lo agitaban una vez, dos, tres... Una gota de un fluido lechoso salió.

—Eso significa que me estás volviendo loco —dijo mi marido con la voz gutural—. Por si te lo preguntabas.

Sonreí.

—Te juro que cuanto más la miro, más grande me parece.

Sonrió ampliamente.

—Es que me inspiras.

Le seguí acariciando y su respiración se aceleró.

—Evelyn, por favor...

Hora de liberarle. Me arrodillé en el suelo, aunque era algo incómodo. Si alguna vez os arrodilláis delante de alguien, esa incomodidad menor parece formar parte de la experiencia. Su aroma a almizcle era más intenso. Le agarré la polla y le acaricié la pelvis, arrancándole una respiración profunda.

Seguía mirándome, me aseguré de ello. Por Dios, unos ojos grandes y oscuros que solo se centraban en mí. Se agarró a la encimera hasta tener los nudillos blancos, como si pensara que un temblor lo echaría todo abajo.

Cuando me la metí en la boca, gimió. Mi inexperiencia y su tamaño me previnieron de metérmela muy adentro, pero a él no parecía importarle. El sabor salado y el tacto de su erección se fusionaron en una experiencia única. Satisfacer a David era maravilloso.

Gimió y apretó las caderas, metiéndomela más en la boca. Como no me lo esperaba, la cerré y me atraganté un poco. Me acarició el pelo.

—Mierda. Lo siento, cariño.

Me concentré y le acaricié con la lengua, imaginándome la mejor forma de acogerle en mi boca, haciendo todo lo posible por que se estremeciera y dijera guarradas. Me tiraba del pelo y me encantaba, todo. Cualquier cosa que pudiera enloquecer a mi marido, aislarlo del mundo a la vez que le daba placer, merecía que se invirtiera tiempo en ello. Sus caderas se agitaban y su polla derramó un líquido salado y amargo con más fuerza de lo que podía tragar.

Se ensució todo, pero me daba igual. Me dolía un poco la mandíbula, pero fue fantástico. Me apetecía un vaso de agua, pero su reacción...

Se agachó y me abrazó. Me crujieron las costillas. Presioné la cara contra su hombro y esperé hasta que se calmara un poco.

—¿Lo he hecho bien? —pregunté, aunque esperaba sin duda una respuesta favorable. Por eso era el mejor momento para preguntar.

Gruñó.

¿Qué significaba eso? Le preguntaba sintiéndome muy orgullosa de mí misma, ¿y me contestaba así? No. Necesitaba una confirmación más contundente. Lo deseaba y me lo merecía.

—¿Quieres saberlo? —dijo.

Se sentó y me miró mientras buscaba algo por la habitación: la camiseta. Me

limpió la cara. Fantástico.

—También ha caído un poco sobre tu hombro —le informé, señalándole el desafortunado derramamiento. Se limpió también.

—A veces el sexo ensucia —anunció.

—Sí, ya veo.

—Guay. ¿Tomas la píldora?

—No, pero llevo un parche anticonceptivo porque mis periodos son muy irregulares, así que...

Me calló con un beso intenso. Me tumbó contra el suelo y se colocó encima de mí. Apenas notaba el frío del suelo, me daba igual, siempre y cuando no dejara de besarme.

—Me preocupo sobre tus periodos, Ev. De verdad.

—Gracias.

—Ahora quiero saber qué te parecería que nos desnudáramos.

—Pero si ya me he quitado la ropa.

—Me refiero a follar a pelo. Estoy limpio, me han hecho pruebas. No consumo drogas y desde que lo dejé con ella he usado protección siempre. Pero depende de ti.

El hecho de que la mencionara me heló un poco la sangre, pero no por mucho tiempo. Imposible con él tumbado sobre mí y el olor a sexo imperando en la habitación. A *pizza* también, pero sobre todo a sexo. Él sí me hacía salivar. ¡A la mierda la comida!

No me resultaba fácil pensar en esas circunstancias. Le dije que confiaba en él, y se lo demostré.

—Cariño, piénsatelo —añadió—. No hay prisa...

—No, no —le corté—. Creo que deberíamos hacerlo.

—¿Estás segura?

Asentí.

Tomó una bocanada de aire y me besó de nuevo.

—Adoro tu boca, ¿lo sabes? —dijo.

—Pero ¿te gustó lo que te hice antes?

—Fue perfecto. No haces nada mal. Me volvía loco saber que eras tú. Podrías haberme mordido sin querer y me habría parecido muy excitante —dijo, soltando una carcajada—. Aunque mejor que no lo hagas.

—Entendido.

Le besé despacio, con ternura, dejándole ver lo que significaba para mí. Estábamos rodando por el suelo de la cocina cuando el temporizador del horno

sonó y nos sobresaltamos. Justo entonces sonó también el teléfono.

—¡Mierda! —exclamó.

—Yo saco la *pizza* —dije, saliendo de debajo de él.

—Bien. Yo voy a responder al teléfono. No sé quién tiene el número de esta casa.

Vi un guante de cocina sobre la encimera y me lo puse. El aire caliente y el intenso olor a queso derretido me golpeó cuando abrí la puerta del horno. Me rugía el estómago. A lo mejor sí tenía algo de hambre. Las *pizzas* se habían quemado un poco por los bordes, pero no era grave. La parte superior del brócoli se había puesto dorada. No importa. Nos comeríamos la parte del medio. Puse las *pizzas* sobre la encimera y apagué el horno.

Escuché a David hablar a lo lejos.

Estaba de pie frente a los ventanales, con las piernas abiertas y los hombros anchos como si se preparara para atacar. La gente feliz y relajada no adopta esa postura.

El sol se ponía y los rayos violeta y gris caían sobre su silueta.

—Sí, sí, Adrian. Ya lo sé.

Se me tensaron todos los músculos. Dios, ahora no. Lo estábamos haciendo tan bien... ¿No podían desaparecer unos días más?

—¿A qué hora es el vuelo? —dijo al teléfono tras una larga pausa—: Mierda. No, no. Llegaremos a tiempo, tranquilo. Lo comprendo. Sí. Adiós.

Se dio la vuelta y me miró con el teléfono en la mano.

—Mal y yo tenemos que ir a Los Ángeles a solucionar unas cosas. Adrian nos va a enviar un helicóptero. Tengo que prepararme.

—Ya —susurré.

—Siento tener que irme tan deprisa. Regresaremos pronto, ¿de acuerdo?

—Claro. No pasa nada.

Mentira, porque pensábamos irnos juntos a Los Ángeles.

CAPÍTULO 15

David se pasó todo el camino hasta Los Ángeles moviendo nerviosamente la piernas. Cuando le puse la mano sobre la rodilla para que parara, se puso a jugar con mi anillo de boda, dándole vueltas. Por lo visto ninguno de los dos podía quedarse quieto en esas circunstancias.

Nunca había subido a un helicóptero. Las vistas eran espectaculares, pero era muy incómodo y ruidoso, así que entendía por qué la gente prefería viajar en avión.

Una serie de luces se iluminaron a nuestros pies: las farolas, las viviendas y los rascacielos de Los Ángeles. La situación había cambiado por completo, pero yo era el mismo manojito de nervios falto de sueño que había abandonado Portland días atrás.

Mal se acomodó en una esquina y se echó a dormir. Nada conseguía alterarle, aunque tampoco había razón. Formaba parte de la banda, de la vida de David.

Aterrizamos un poco antes de las cuatro de la mañana, porque salimos de Monterrey después de la medianoche.

Sam, el guardaespaldas, esperaba en el helipuerto.

—Señora Ferris. Caballeros.

Nos hizo entrar a un deportivo negro enorme que esperaba.

—Gracias, Sam. Directos a casa —dijo David.

A su casa; no era la mía. Los Ángeles no guardaba ningún recuerdo positivo para mí.

Nos resguardamos en el lujo, ocultos tras las ventanas oscuras. Me eché hacia atrás en el asiento acolchado, con los ojos cerrados de cansancio. Me sorprendía que pudiera estar tan preocupada y agotada al mismo tiempo.

Ya en la mansión, Marta nos recibió envuelta en un chal rojo muy elegante. Su asistente personal no me daba buena espina, pero esta vez yo estaba dispuesta a encajar en ese mundo. David y yo estábamos juntos; que le dieran, tendría que hacerse a la idea.

Le brillaba el pelo oscuro que le caía uniforme sobre los hombros, sin un solo mechón suelto. Yo, sin embargo, tenía todo el aspecto de alguien que llevaba veinte horas despierta.

Sam abrió la puerta del deportivo y me tendió la mano. Sentía la mirada de Marta clavada en David cuando pasó un brazo a mi alrededor. Se le endureció el rostro. Su mirada estaba cargada de veneno. No sé qué problema tenía conmigo, pero estaba muy cansada para pensar en ello.

—¡Martie! —gritó Mal, que subió las escaleras corriendo para rodearla por la cintura y levantarla al aire—. Tráeme algo rico para desayunar, anda.

—Ya sabes dónde está la cocina, Mal.

Su respuesta cortante no impidió que Mal se la llevara con él. Al principio ella pareció tropezarse, pero se reincorporó, siempre tan distinguida. Mal la había apartado hábilmente de mi camino. Le besaría los pies por ello.

David no dijo nada a medida que subíamos por las escaleras hasta la segunda planta, con los pasos resonando en el silencio. Cuando me volví hacia la habitación blanca donde me alojé la última vez, me miró y se detuvo delante de unas puertas dobles. Le miré con curiosidad mientras sacaba unas llaves.

—Así que tengo un voto de confianza —le dije.

Abrió la puerta y me asomé a la habitación: una estancia sencilla, sin antigüedades ni la decoración pomposa del resto de la casa. Había una cama inmensa, un sofá a juego, muchísimas guitarras y un armario repleto de ropa. Por lo demás, todo estaba vacío.

«Para poder respirar», pensé.

Esta estancia era diferente al resto de la casa: menos suntuosa, más tranquila.

—Puedes echar un vistazo a todo. Es nuestra habitación.

Dios, esperaba que no pretendiera que viviéramos aquí permanentemente. Es decir, algún día tendría que regresar a la facultad, y todavía no habíamos acordado dónde vivir. El mero hecho de pensar en Marta, Jimmy y Adrian pululando a nuestro alrededor continuamente me ponía enferma. Mierda. No podía pensar así. La negatividad iba a poder conmigo. Lo importante era estar con él, pasar tiempo juntos e intentarlo.

Qué horrible sería que me obligaran a vivir en el lujo con mi maravilloso marido. ¡Pobre de mí! Oh, necesitaba un buen tortazo y una taza de café, o doce

horas de sueño. Cualquiera de esas cosas haría maravillas.

Eché las cortinas para evitar que pasara la luz del amanecer.

—Se te ve cansada. ¿Te tumbas aquí conmigo?

—Eh... Sí, buena idea. Voy al baño un momento.

—De acuerdo.

Se quitó la cazadora de cuero y la lanzó sobre el sofá. También se quitó la camiseta. Mi habitual derroche de hormonas se había visto bruscamente interrumpido por los nervios.

Huí al baño para intentar recomponerme. Cerré la puerta, encendí las luces y la habitación volvió a la vida, cegándome hasta el punto de ver puntos de luz. Regulé varios interruptores al azar hasta que conseguí una iluminación tenue. Mucho mejor.

Observé una bañera blanca gigante que parecía un bol, paredes de piedra de color grisáceo y paneles de vidrio. Rebosaba opulencia. Algún día probablemente me acostumbraría a ello, pero esperaba sinceramente que no fuera así. Dar todo por hecho sería terrible.

Una ducha me relajaría. Mmm... meterme en ese gran cuenco sería maravilloso, pero aún no me fiaba de entrar sin caerme y romper algo, por el estado de cansancio extremo en que me encontraba.

Sí, una buena ducha caliente sería perfecta.

Me bajé los pantalones y me desvestí en un tiempo récord. Ahí había espacio para mí y otros diez más. Abrí el grifo y recibí agradecida el chorro de agua ardiendo, que relajó mis músculos en unos minutos. Me encantaba aquel lugar. Aparte de David, y de vez en cuando Mal, esta ducha era lo mejorcito de la casa.

De repente sentí los brazos de David rodeándome desde atrás, apretándome contra él. Ni siquiera le había oído entrar.

—Creo que me acabo de enamorar de tu ducha.

—¿Me engañas con la ducha? Maldita sea, Evelyn. Es terrible.

Cogió una pastilla de jabón y comenzó a lavarme, pasándola por mi vientre, mis pechos, entre mis piernas... Cuando la espuma alcanzó un punto crítico, la retiró con agua caliente. Sus grandes manos se deslizaban por mi piel, devolviéndome a la vida y poniendo las hormonas en su lugar. Me sujetaba la cintura con un brazo y con la otra mano me acariciaba el sexo.

—Sé que estás algo inquieta por quedarte aquí, pero no tienes nada que temer. Todo irá bien —me susurró al oído y me derritió. Me temblaban los muslos. Abrí las piernas para dejarle hacer.

—Lo sé.

—Somos tú y yo contra el mundo, cariño.

No podría borrar la sonrisa de mi cara ni aun queriendo.

—Mi querida esposa, ven aquí.

Con cuidado dimos la vuelta y se puso de espaldas al chorro de agua. Apoyé los brazos contra la pared de cristal. Me metió la punta del dedo en mi sexo y me mantuvo abierta.

Dios, qué bien se le daba.

—Tu coño es la cosa más dulce que jamás he visto.

Me revolví de placer por dentro.

—No sé qué he hecho para merecerte, pero debo hacerlo más a menudo —le aseguré, gimiendo.

Se rió y me lamió el cuello. Mis caderas se sacudían a su propia voluntad, pero no me dejó ir muy lejos. Apretó toda la longitud de su erección contra mi trasero. Mi sexo se contraía, pidiendo más.

—David...

—¿Sí?

Intenté darme la vuelta, pero me detuvo.

—Déjame.

—¿Que te deje hacer qué? ¿Qué quieres, cariño? Dímelo y te lo daré.

—A ti.

—Ya me tienes —dijo juguetón—. Estoy aquí. Siénteme.

Se apretó contra mí y me sujetó firmemente.

—Pero...

—Vamos a ver lo que pasa si toco tu clítoris exactamente como hago con mi guitarra.

Unas ligeras caricias me llegaron más y más, todas centradas en ese punto mágico. Me tocaba a la perfección, no hacía más que demostrarlo, y su forma de rozarse contra mí me volvía loca. Mi cuerpo sabía exactamente lo que deseaba, y no eran sus malditos y hábiles dedos. Quería volver sentir la misma conexión de antes.

—¡Espera! —pedí con voz de urgencia.

—Dime, cariño...

—Te quiero dentro de mí.

Me metió un dedo y masajé una zona de detrás de mi clítoris hasta que casi me hizo olvidarme de todo. Aun así, era salvajemente insuficiente. Ni siquiera era divertido. Sería una tragedia tener que matarle, pero se lo estaba buscando.

—David, por favor...

—¿No te gusta?

—Te quiero a ti.

—Y yo también te quiero. Estoy loco por ti.

—Pero...

—¿Quieres que te lave el pelo? ¿Te apetece?

Le di un pisotón a pesar de mi temblor de rodillas.

—¡No!

En ese momento mi marido estalló en carcajadas y le odié.

—Pensaba que te encantaba la ducha.

Siguió riéndose muy satisfecho consigo mismo, pero estaba pidiendo a gritos que lo matara.

Se me saltaron las lágrimas de la frustración.

—¡No!

—¿Estás segura? Recuerdo perfectamente haberte oído antes.

—David, por el amor de Dios, estoy enamorada de ti.

Se quedó completamente congelado, incluso dejó de moverse dentro de mí. Solo sonaba el ruido del agua al caer. Cualquiera diría que esas palabras le habían quitado poder. ¿No estábamos casados? ¿No habíamos decidido seguir así? Entonces invocar la palabra «amor» debería de haber incrementado el toque sensual al momento, pero no fue así.

Es más, todo cambió.

Me incorporó y me costó un segundo recordar dónde estaba y qué había pasado. Le rodeé con los brazos y las piernas para no caerme. Me aferré a él. Jamás le había visto una expresión más seria y determinante. Iba más allá del deseo y estaba más cerca de lo que buscaba de él en ese momento.

Me agarró el trasero y me apretó contra él. Esta vez no puse ningún problema en que me satisficiera, nada me distraía de su tacto llenándome. Sentirle dentro de mí era una sensación extraña y maravillosa. Me retorcí y intenté ponerme más cómoda, pero lo que obtuve fueron sus dedos entre mis nalgas.

—Mierda —gruñó.

—¿Qué pasa?

—Espera... espera un momento.

Respiré hondo con una gran bocanada. Esto del sexo era complicado. Además, quería memorizar cada paso de esta perfecta experiencia, no quería olvidar nada.

Colocó mi espalda contra la pared de la ducha mientras caía el agua y

presionó con más fuerza. Se me escapó un sonido ahogado, muy parecido a un quejido.

—Tranquila —murmuró—. ¿Estás bien?

Me sentía muy llena. Y a lo mejor podría haberlo sentido mejor, pero era difícil. Necesitaba que hiciera algo más para notar qué me parecía esa nueva sensación.

—¿Te vas a mover? —me preguntó.

—Si estás bien, yo estoy bien.

—Estoy bien.

Se movió, analizando los gestos de mi cara en todo momento. El empujón me levantaba en un impulso adorable, pero ese movimiento hacia atrás llamó mi atención al momento. Guau. No sabía describirlo como bueno o malo, necesitaba más, y me lo dio, con la pelvis contra mí, aumentando la calidez y la tensión. Sentía que me hervía la sangre, que me quemaba a través de la piel. Le besé pidiéndole más. Lo quería todo. La humedad de su boca y la habilidad de su lengua. Nadie besaba como David.

Mi espalda golpeó la pared de cristal y nuestros dientes entrechocaron. Cortó el beso con una mirada recelosa, pero no dejó de moverse más fuerte, más rápido. No hacía más que mejorar. Nada más importaba cuando estábamos los dos, todas mis preocupaciones desaparecían.

Era tan bueno. Era lo único que necesitaba.

Rozó algún punto dentro de mí y mi cuerpo entero se congeló, simplemente estallé. Mis músculos tensaron su dedo y me penetró más profundo varias veces, y más rápido. De repente lo vi todo negro, o tal vez cerré los ojos. La presión que aumentaba dentro de mí me destrozó en mil pedazos maravillosos, y no se detuvo. Subí hasta la estratosfera, no me cabe duda. Todo brilló a mi alrededor. Si él sentía lo mismo que yo, no sé cómo podía mantenerse en pie.

Pero lo hizo. Se mantuvo dentro de mí cuando contraí los músculos atrapando su miembro para que no me dejara nunca.

Más tarde, en lo que me pareció una década, me soltó, pero no dejó de sujetarme de la cintura, por si acaso. Cuando recuperé la capacidad de respirar, me dio la vuelta y me puso de cara al chorro de agua. Con mucho cuidado me limpió la entrepierna. Al principio no sabía qué iba a hacer e intenté apartarme, porque tocar ahí en ese momento no me parecía buena idea.

—Tranquila —me dijo, poniéndome bajo el agua—. Confía en mí.

Me quedé quieta y me encogí por instinto, pero lo hizo con mucho cuidado. Todo me parecía muy extraño, demasiado íntimo y a la vez distante. El

cansancio y el mejor orgasmo de mi vida me habían destrozado completamente.

Cerró el grifo, salió y regresó con dos toallas. Se puso una en la cintura y con la otra me secó.

—Ha estado bien, ¿verdad? —le pregunté mientras me secaba el pelo.

El cuerpo todavía me temblaba. Parecía buena señal. Mi mundo se había puesto patas arriba y se alzaba como un festival del amor surrealista. Si me respondía que solo había estado «bien», le pegaría.

—Ha sido jodidamente increíble —me corrigió, y comenzó a secarme todo el cuerpo con la toalla.

Hasta la sonrisa me temblaba, lo vi en el espejo.

—Sí, así es.

—Siempre es así entre nosotros —matizó.

Volvimos al dormitorio de la mano. Ya no me daba vergüenza estar desnuda frente a él. Se quitó la toalla y nos tumbamos en la cama gigante, gravitando los dos naturalmente hacia el centro. Nos quedamos mirándonos cara a cara, aunque podría entrar en coma, de lo cansada que estaba. Una pena cerrar los ojos cuando lo tenía tan cerca de mí. A mi marido.

—Me hiciste una promesa —dijo, sonriendo.

—¿Ah, sí?

—¿En serio vas a fingir que no recuerdas nada de lo que dijiste?

—No. Lo recuerdo.

Aunque no quería decirlo, ni las palabrotas ni la declaración de amor, lo hice. Cosas de ser una mujer hecha y derecha.

—Ya te he dicho que estoy enamorada de ti.

—Bueno, la gente dice esas cosas durante el sexo. Suele pasar a menudo.

Me estaba buscando las cosquillas, y no iba a permitirlo. No importaba lo tentador que resultara. No iba a estropear el momento por eso.

—David, estoy enamorada de ti —le dije, incómoda, temiendo que contestara lo mismo que cuando le dije que confiaba en él: que lo dejaría tirado. Lo sabía.

Me sonrió, paciente y amable. Me dolía su actitud. Había algo en mi interior que me hacía sentir brillante, y él había tirado mis sentimientos por tierra.

Pero era demasiado tarde para arrepentirse. Ya había pronunciado esa frase. Si el amor era para tontos, entonces al menos sería una tonta sincera y entregada.

Me acarició la cara.

—Eso ha sido muy bonito.

—David, no pasa nada...

—Eres muy importante para mí. Quiero que lo sepas.

—Gracias.

Vaya. Es lo último que esperaba escuchar después de confesar que le quería.

Comenzó a besarme de nuevo.

—Te deseo otra vez —susurró, y se arrodilló entre mis piernas.

Esta vez hicimos el amor, no había otra manera de describirlo. Se echó sobre mí, mejilla contra mejilla, y me susurró secretos al oído; admitió que nunca había estado así de bien con nadie; que quería permanecer así todo el tiempo posible.

El sudor se desprendió de su cuerpo y pasó al mío antes de empapar las sábanas. Se convirtió en una parte permanente de mí. Y fue una bendición: dulce, tierno y calmado, incluso de forma exasperante hasta llegar al final.

Parecía que iba a durar para siempre. Ojalá.

CAPÍTULO 16

Adrian se puso furioso al ver los moretones en la cara de David, y tampoco le hizo ninguna gracia volver a verme. Noté un breve destello de sus dientes de tiburón antes de que me desplazaran a un rincón, lejos de su camino. Los de seguridad hacían guardia fuera, dejando entrar al santuario solamente a los invitados.

El espectáculo iba a tener lugar en una sala de fiestas de uno de los hoteles más grandes y modernos de la ciudad. Estaba todo lleno de candelabros resplandecientes y satén rojo, grandes mesas ovaladas llenas de famosos y de la gente guapa que les acompañaba.

Por suerte, yo llevaba un vestido azul, el único que cubría en condiciones un mínimo del cuerpo, y unos zapatos de tacón de vértigo que Marta pidió para mí. Kaetrin, la Mujer Bikini, la amiguita de David, estaba en la otra punta de la sala, con un vestido rojo y el ceño fruncido. Le iban a salir arrugas si seguía con esa expresión. Afortunadamente se aburrí de echarme miraditas y se fue. No la culpo por perder los nervios, a mí me pasaría lo mismo si me quitaran a un hombre como David. Las mujeres pululaban en torno a él, llamando desesperadamente su atención. Y me daban ganas de saltar de alegría por la forma que él tenía de no hacerles ni caso.

No había ni rastro de Jimmy. Mal se sentó a una impresionante asiática en una rodilla, y a una rubia de pecho generoso en la otra, y estaba demasiado ocupado como para hablarme. Aún no había conocido al cuarto miembro de la banda, Ben.

—¡Ev! —me dijo David, cambiando la botella de Crystal intacta por una de agua—. He pensado que quizá preferirías esto. ¿Va todo bien?

—Gracias. Sí, estupendamente.

Era un encanto. Él sabía que aún no me había recuperado de Las Vegas como para volver a probar el alcohol. Llamó a un camarero y dejó en la bandeja la

copa de champán. Después se quitó la cazadora de cuero. Cualquier otra persona se habría puesto un esmoquin, pero él se había embutido los *jeans* y unas botas. Su única concesión para la ocasión fue una camisa negra.

—Hazme el favor y ponte esto —me pidió.

—¿No te gusta mi vestido?

—Sí, pero hace frío con el aire acondicionado —dijo, y me echó una cazadora por los hombros.

—No hace falta, estoy bien.

Me dirigió una sonrisa torcida que habría derretido hasta un corazón de hierro. El mío no se pudo resistir. Se apoyó en mí con un brazo a cada lado de la cabeza, bloqueando al resto de la habitación y a todo el mundo.

—Confía en mí, tendrás frío.

Dirigió la mirada hacia mi escote y lo comprendí todo. El vestido estaba hecho de un tejido ligero, muy bonito pero no muy recatado en ciertos aspectos, y mi sujetador lo realzaba más.

—Oh —contesté.

—Sí. Y yo estoy por allí, intentando hablar de negocios con Adrian, pero no puedo. Estoy absolutamente distraído porque me pierde tu escote.

—Fabuloso.

Me tapé con un brazo de la forma más disimulada posible.

—Tus pechos son preciosos y se ajustan a mis manos perfectamente. Estamos hechos el uno para el otro, ¿sabes? —me susurró.

—David...

Sonreí como la enamorada cachonda idiota que era.

—A veces cuando sonrías un poco me pregunto en qué piensas, de pie, desde aquí observando todo —dijo.

—En nada en particular. Tan solo observo mientras espero impaciente verte tocar.

—¿Ahora, sí?

—Por supuesto. Estoy deseándolo.

Me besó ligeramente en los labios.

—Cuando termine nos vamos de aquí, ¿te parece? Tú y yo solos, haremos lo que quieras. Dar un paseo en automóvil o ir a por algo de comer, no sé.

—¿Solos, los dos?

—Por supuesto. Y haremos lo que te apetezca.

—Suena estupendo.

Volvió a dirigir la atención hacia mi pecho.

—Parece que tienes un poco de frío, yo te calentaré. ¿Y si te meto mano en público?

—¡No!

Tragué un sorbo de agua. Con aire ártico o sin él, necesitaba enfriarme. De repente estaba acalorada.

—Sí, eso pensaba. Venga. Tener unos pechos así requiere una gran responsabilidad.

Me tomó de la mano y se abrió paso entre la multitud mientras me reía. No se detuvo a saludar a nadie.

Había una habitación pequeña con una hilera de vestidos y utensilios de maquillaje por todas partes, espejos en las paredes, un gran ramo de flores y un sofá. Era una especie de camerino.

Jimmy estaba repantigado en un sillón, vestido con un traje muy elegante. La cabeza de una mujer, agachada entre sus piernas, subía y bajaba acompasadamente. No hacía falta ser muy listo para adivinar qué pasaba ahí. Ese vestido rojo me dio una pista sobre su identidad, aunque podría haber vivido más feliz sin saberlo. Jimmy sostenía con fuerza el pelo de Kaetrin, y en la otra mano llevaba una botella de whisky. Había dos líneas de polvo blanco en la mesita del café, junto a una cucharilla plateada.

Dios mío. Así que esta era la vida del *rock and roll*. De repente noté cómo me sudaban las manos, pero seguro que David no estaba metido en esto. Él no era así, lo sabía.

—Ev —me saludó Jimmy con voz ronca y una sonrisa lenta y malvada en la cara—. Qué bien te veo, cariño.

Preferí mantener la boca cerrada.

—Ven. —David me tomó por los hombros y me dio la vuelta para que no viera la escena. Estaba pálido, con la boca apretada en una línea.

—¿Qué pasa, Dave? ¿No vas a saludar a Kaetrin? Es muy feo por tu parte. Pensaba que erais buenos amigos.

—Que te den, Jimmy.

Jimmy gemía cada vez más y más fuerte. Era evidente que el espectáculo llegaba a su fin. David cerró de un portazo.

Fuera la fiesta continuaba, con la música retumbando en los altavoces, el sonido de los vasos brindando y muchísima conversación ruidosa. Él tenía la mirada perdida, ajeno a todo, con mucha tensión.

—David... —le llamé.

—¡Cinco minutos! —gritó Adrian, dando sonoras palmadas al aire—. ¡Hora

del espectáculo! ¡Vamos!

David pestañeó rápido, como si despertara de un mal sueño.

La atmósfera de la sala se llenó de emoción. La multitud coreaba sus nombres y Jimmy salió tambaleándose, con Kaetrin tras él. Se escucharon más vítores y gritos que pedían que el grupo saliera al escenario, así como algunas risas por la aparición de Jimmy.

—¡Vamos allá! —gritó Jimmy, estrechando las manos de los fans y dando palmaditas en la espalda a la gente a medida que avanzaba hacia el escenario—. Vamos, Dave.

—¡Marta! —exclamó mi marido, alzando un brazo hacia ella.

La mujer se dirigió hacia él tranquila, con una cara absolutamente impasible.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Cuida de Ev mientras toco.

—Por supuesto.

—Oye, me tengo que ir, pero no tardaré. —David se volvió hacia mí.

—Por supuesto. Vete —le dije.

Me besó en la frente y se adentró entre el público con los hombros encogidos, en un gesto de defensa. Evité seguir el impulso de salir tras él, de detenerle, de hacer algo. Mal se unió a él y le pasó un brazo por el cuello. David no miró atrás. La masa les siguió.

Y me quedé sola, contemplando cómo se iban.

Tenía razón, la habitación estaba fría. Me arropé con su cazadora y dejé que su aroma me invadiera. Todo iba bien. Si me lo repetía lo suficiente, tarde o temprano se haría realidad. Incluso las piezas que no me encajaban se solucionarían. Tan solo debía tener fe. Y, maldita sea, claro que la tenía, pero hacía tiempo que había perdido la sonrisa.

Marta me observó, sin alterar su inmaculada expresión.

Tras un momento, comenzó a hablar en cuanto acabó de retocarse el rojo de los labios frente al espejo.

—Conozco a David desde hace muchos años.

—Qué bien —contesté, negándome a sentirme intimidada por su mirada de hielo.

—Sí. Tiene mucho talento y es muy resuelto, ¿no crees? Eso le convierte en un apasionado de todo lo que hace, lo vive todo con mucha intensidad.

No respondí.

—Solo que a veces pierde el rumbo, pero no importa —continuó, fijándose en mi anillo de boda. Se colocó el pelo oscuro tras la oreja con un elegante

movimiento. Entonces lo vi: cerca de un precioso conjunto de joyas de color rojo oscuro, en su lóbulo distinguí un diamante pequeño y brillante. No le pegaba demasiado a Marta, era demasiado discreto—. Cuando estés lista, te llevaré un buen sitio para ver el concierto.

La sensación de mareo que comencé a sentir cuando David se alejó de mí se intensificó. Ella esperaba pacientemente a mi lado, y no dijo ni una sola palabra más, algo que agradecía. Ya había contado más que suficiente.

Odiaba el estado de paranoia, pero ¿lo que llevaba en una oreja era la otra pareja del pendiente de diamantes de David? No, eso no tenía ningún sentido. Muchísimas personas llevaban un solo pendiente, sin el otro par. No tenía importancia.

Aparté el vaso de agua y forcé una sonrisa.

—¿Nos vamos? —le dije.

El espectáculo era impresionante. Marta me llevó hasta un punto en un lado del escenario, tras las cortinas, y fue como estar en medio de todo. Sonaba fuerte y emocionante. La música me invadía el pecho, hacía latir más rápido mi corazón. Me resultaba una gran evasión después de todo lo que imaginaba sobre el pendiente de Marta.

Sin duda, David y yo teníamos que hablar. Había esperado a que se sintiera lo suficientemente cómodo como para contarme cosas, pero ya tenía demasiadas preguntas que hacerle. No quería tener que leer entre líneas. Necesitábamos sinceridad plena.

David era un Dios con una guitarra en las manos. Pocas personas le igualaban. Sus manos se movían por las cuerdas con precisión absoluta y su concentración era total. Los músculos de su antebrazo le daban vida a sus tatuajes.

Estaba maravillada con él, con la boca abierta. Los demás eran buenos también, pero mi marido me tenía hechizada. Solo había visto su faceta privada, la que compartía conmigo, y ahora parecía conformar otra entidad. Un extraño para mí. Le había cedido el paso al artista. A la estrella de *rock*. Era un poco aterrador, pero en aquel momento comprendía perfectamente su pasión: su talento era un don.

Tocaron cinco canciones y después anunciaron que saldría otro artista de renombre. Los cuatro miembros de la banda dejaron el escenario por la otra parte. Marta había desaparecido y me alegraba bastante, porque era un monstruo, aunque el *backstage* era un laberinto de pasillos y vestuarios. ¿Me perdería?

Busqué el camino de vuelta por mi cuenta, dando pasos cortos porque esos

malditos zapatos me estaban matando. Tenía los talones llenos de tiritas, y por más zonas donde las tiras me rozaban. Pero no importaba, no iba a dejar que unos zapatos me estropearan la noche. El recuerdo de la música me seguía invadiendo, y verlo tan concentrado y emocionado al mismo tiempo. Así que no tenía ninguna prisa.

Sonreí y maldije en silencio, intentando olvidarme de mis pobres pies y abriéndome paso entre los *roadies*, los de sonido, los maquilladores y el equipo técnico en general.

—¡Hey, mujercita! —gritó Mal, y me dio un sonoro beso en la mejilla—. Me largo a tomar algo, ¿venís o regresáis a vuestro nidito de amor?

—No lo sé. Te lo diré cuando encuentre a David. Ha sido fantástico, por cierto. Sois increíbles.

—Me alegro. No le digas a David que yo he sido el mejor, no lo lleva muy bien.

—Me llevaré el secreto a la tumba. —Le guiñé un ojo.

Se rio.

—Está mejor contigo, ¿sabes? Los artistas tienen la mala costumbre de perderse en su propio ego. Le he visto sonreír mas veces en los últimos días contigo que en los últimos cinco años juntos. Eres una buena influencia para él.

—¿Tú crees?

—Absolutamente —dijo Mal, sonriendo—. Bueno, dile que voy al Charlotte. Os veo más tarde, si os apetece.

—Muy bien.

Mal se fue y yo busqué el camerino entre ríos de gente que iban en aumento. Jimmy y Adrian se habían quedado apiñados en el pasillo, discutiendo acaloradamente. No me pensaba parar. Sam y un segundo guardaespaldas me hicieron un gesto al verme y me dejaron pasar.

La puerta a la habitación trasera en la que Jimmy había estado «ocupado» estaba entornada. Me llegó la voz de David tan clara como el cielo, a pesar del ruido exterior. Parecía que me sincronizaba con él a nivel cósmico, algo aterrador pero hilarante al mismo tiempo. Me moría de ganas de verle y marcharnos los dos solos a hacer cualquier cosa, con Mal o por nuestra cuenta. Daba igual, siempre y cuando estuviéramos juntos. Solo deseaba estar con él.

Pero la voz de Marta provenía de la misma habitación.

—Será mejor que no entres —dijo alguien detrás de mí.

Era Ben.

Le recordaba de algún espectáculo al que había ido con Lauren años atrás. Él

tocaba el bajo y, en comparación, Sam parecía un cachorro gordito y bonito. Tenía el pelo corto y oscuro, y el cuello de un toro. Era atractivo a su manera, pero parecía un asesino en serie, aunque quizá solo se tratara de la forma en que me miró, con el semblante muy serio y las mandíbulas en tensión. Otro que va colocado, seguro.

—Deja que ellos lo arreglen —dijo en voz baja. Miró discretamente por la ranura de la puerta—. No tienes ni idea de lo que puede pasar cuando están juntos.

—¿Cómo? —Estiré el cuello para intentar ver algo y él se dio cuenta, así que se acercó a la puerta y me apartó.

Me miró y puso su fuerte brazo en medio.

—Mal dice que eres muy agradable, y estoy seguro de que tiene razón, pero Marta es mi hermana. David y ella se adoran desde que eran niños.

—No lo entiendo —contesté, con la cabeza dándome vueltas.

—Lo sé.

—Apártate, Ben —dije, firmemente.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

La cosa es que no hacía falta. Tenía una idea: le mantuve la mirada, asegurándome de que él me miraba también, y sin que se diera cuenta empujé un poco la puerta con el tacón. No fue muy difícil. Entonces lo vi: Marta tenía las manos en el pelo de David, y sus bocas se unieron en un beso duro y salvaje, carente de afecto.

No sentí nada.

Presenciar eso debería de haber significado mucho para mí, pero no lo fue. Por fin había unido las piezas del puzle. ¿Cómo había sido tan estúpida de negarme a ver la realidad, por convencerme de que todo iría bien...?

Se me escapó un ruido y David se separó de ella. Me miró por encima del hombro.

—¡Ev! —exclamó, con el rostro descompuesto—. ¡Joder!

El corazón se me detuvo, la sangre no fluía por mis venas. Qué extraño. Sentía las extremidades frías como el hielo. Negué con la cabeza. Ya no tenía nada. Retrocedí y se acercó a mí.

—Ni se te ocurra. —Le rechacé.

—¡David! —Le llamó Marta, que vino corriendo. Le pasó la mano por el brazo como si pudiera hincarle las uñas en cualquier momento. Supuse que sería capaz.

David vino hacia mí. Yo di varios pasos atrás, tropezándome con los tacones.

Se detuvo y me miró como si fuera una extraña.

—Cariño, esto no significa nada.

Intentó acercarse más. Crucé los brazos en un vano intento de defenderme, pero era demasiado tarde.

—¿Es ella? ¿Era ella tu amor del instituto?

—Eso pasó hace mucho tiempo. Ya no importa.

—Por Dios, David.

—No tiene nada que ver con nosotros.

Cuanto más hablaba, más frío sentía. Hice todo lo posible por ignorar a Ben y a Marta merodeando por allí.

David maldijo.

—Vámonos de aquí.

Negué lentamente con la cabeza. Me tomó de los brazos y me impidió seguir retrocediendo.

—¿Qué demonios haces, Evelyn?

—¿Y tú? ¿Qué haces tú, David? ¿Qué has hecho?

—Nada —contestó, apretando los dientes—. Absolutamente nada. Dijiste que confiabas en mí.

—¿Por qué lleváis los dos el mismo pendiente, si no significa nada para ti?

Se llevó la mano a la oreja y se lo tapó.

—No es lo que piensas.

—¿Y por qué sigue trabajando para ti?

—Dijiste que confiabas en mí —repitió.

—¿Por qué has conservado la casa de Monterrey durante todos estos años?

—No —sentenció, y se detuvo.

Le miré con incredulidad.

—¿No? ¿Eso es todo? Me temo que no es suficiente. ¿Se supone que debo hacer que no ha pasado nada? ¿Ignorarlo?

—No lo comprendes.

—Pues explícamelo. —Ante su silencio, continué—: No puedes, ¿verdad?

Retrocedí un paso y su cara ardió de furia. Apretó los puños.

—Ni se te ocurra irte —dijo—. ¡Lo prometiste!

De repente, no le reconocía.

Me quedé mirándole, con la mirada perdida, dejando que su ira me purificara. No podía esperar más.

—Si sales de aquí, se acabó. Ni se te ocurra pensar en volver —me amenazó.

—Perfecto.

—Hablo en serio. No serás nada para mí.
Ben abrió la boca, pero no dijo nada. Mejor.
—¡Evelyn! —gritó David.

Me quité los estúpidos zapatos y corrí descalza por la salida principal. Mejor ir cómoda. Nunca llevo tacones así, no había nada malo en ser como yo era, llevaba mucho tiempo sin experimentarlo. Me vestiría con ropa normal, con lana o algodón, me protegería de todo. Regresaría a mi trabajo de camarera, tenía que pensar en la universidad. Mi vida me esperaba.

Escuché un portazo detrás de mí.

Fuera del vestuario, Jimmy y Adrian seguían con su conversación, que consistía en Adrian hablando y Jimmy mirando al cielo y sonriendo.

—Perdón —dije, interrumpiéndoles.

Adrian se giró y frunció el ceño, luciendo el brillo de sus dientes con retraso.

—Evelyn, cariño, estoy en mitad de una...

—Quiero regresar a Portland ahora mismo.

—¿Ah, sí? Muy bien.

Se frotó las manos. Así que le había hecho feliz. Por fin sonreía de verdad, exultante. Las luces de neón no tenían nada que ver con ello. Llevaba mucho tiempo esperándolo.

—¡Sam! —gritó.

El guardaespaldas se abrió paso entre la multitud con facilidad.

—Señora Ferris.

—Señora Thomas —le corrigió Adrian, satisfecho—. Sam, ¿podrías llevarla sana y salva a su casa? Gracias.

La expresión educadamente profesional no le falló ni un solo segundo.

—Claro, señor. Ahora mismo.

—Excelente.

Jimmy comenzó a reírse y su cuerpo entero se tambaleó. Después cacareó, con un sonido que me recordaba a la malvada bruja del Mago de Oz. Muy surrealista. Estas personas no se guiaban por ninguna lógica. Y yo no pertenecía a ese mundo, nunca lo hice.

—Sígueme. —Sam presionó una mano contra la mía, lo suficiente como para que me moviera.

Hora de regresar a casa, de despertar del sueño demasiado-bonito-como-para-ser-verdad que se había convertido en una horrible pesadilla.

La risa de Jimmy se escuchaba más y más fuerte, me taladraba los oídos hasta que de repente se detuvo. Cayó al suelo, con el traje hecho un desastre. Una mujer ahogó un grito, otra chilló y puso los ojos en blanco.

—¡Mierda! —gritó Adrian, arrodillándose junto a su amigo inconsciente. Le abofeteó la cara—. ¡Jimmy! ¡Jimmy!

Aparecieron más guardaespaldas que hicieron un corro alrededor del cantante desfallecido para ocultarlo de los curiosos.

—Joder. Otra vez no —dijo Adrian—. Llamad a un médico. ¡Maldita sea, Jimmy!

—¿Señora Ferris? —me llamó Sam.

—¿Está bien? —dije, volviéndome hacia la escena.

—Probablemente se haya desmayado. Le ocurre mucho últimamente. ¿Nos vamos?

—Sí. Sácame de aquí, Sam, por favor.

Llegué a Portland antes de que el sol se pusiera. No lloré en todo el viaje. Fue como si mi cerebro hubiera detectado la emergencia, anestesiando mis emociones. Estaba en completo *shock*.

Nos dirigimos hacia la mansión para que Sam recogiera mis cosas antes de llevarme al aeropuerto. Después entramos en el *jet* y volamos hasta Portland.

Ya estaba en casa de nuevo.

Sam insistió en llevar mi bolsa, al igual que en llamarme por mi nombre de casada. Ese hombre sabía guardar los formalismos. Ni siquiera llegó a comentar nada, lo cual aprecié muchísimo.

Subí las escaleras del apartamento que Lauren y yo compartíamos. El rellano olía intensamente a ajo, cortesía de la señora Lucía, la vecina de abajo, que se pasaba el día cocinando. Una pared verde con un papel rasgado y el suelo de madera desgastado, lleno de manchas y rasguños. Por suerte me había puesto las Converse. El suelo no tenía nada que ver con el esplendor de la casa de David, desde luego. Mierda. No quería pensar en ello. Todos esos recuerdos pertenecían a una caja enterrada en el fondo de mi mente. Jamás volverían a ver la luz del sol.

La llave seguía entrando en la cerradura. Eso me reconfortaba. Parecía que llevaba años fuera, en lugar de días. Era una locura. Todo me resultaba extraño.

Abrí la puerta con cuidado porque era muy temprano y Lauren estaría durmiendo, o a lo mejor ni estaba en casa. Escuché risas.

De hecho, estaba en nuestra mesita del desayuno, hablando sin parar mientras un tipo le acariciaba a través de una vieja camiseta grande que utilizaba como pijama. Él enterró la cara en su escote y le hizo cosquillas. Lauren se retorció haciendo todo tipo de ruiditos. Por suerte él llevaba los calzoncillos, fuera quien fuese. Estaban en pleno proceso y ni se dieron cuenta de nuestra presencia.

Sam se quedó mirando a la pared para evitarlos. Pobre hombre, la de cosas que habría tenido que ver durante tantos años.

—Eh... Hola, Lauren —dije en voz baja.

Lauren gritó, retorciendo al tipo con su camiseta mientras intentaba liberarse. Si le estrangulaba accidentalmente, al menos moriría feliz.

—¡Ev! ¡Ev, has vuelto!

El tipo consiguió liberar su cara.

—¿Nathan? —exclamé, estupefacta, mientras me fijaba bien para asegurarme de lo que veía.

—Hola —contestó mi hermano, levantando una mano mientras bajaba la camiseta de Lauren con la otra—. ¿Qué tal?

—Bien —dije—. Sam, te presento a mi amiga Lauren y a mi hermano, Nate. Muchachos, este es Sam.

Sam hizo un gesto discreto con la cabeza y dejó cuidadosamente mi bolsa en el suelo.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señora Ferris?

—No, Sam. Muchas gracias por acompañarme a casa.

—Ha sido un placer, señora.

Miró hacia la puerta y luego hacia mí, con una arruguita entre las cejas. Se acercó a mí y me dio una palmadita en la espalda antes de marcharse. Me ardieron los ojos y las lágrimas amenazaron con salir. Parpadeé como una loca para contenerlas. Su calidez casi atraviesa mi coraza, maldita sea. No podía permitirme eso.

Se marchó discretamente, y enseguidaforcé una sonrisa.

—Bueno, entonces, ¿vosotros dos...? —dije, intentando olvidarme del tema.

—Estamos juntos, sí —afirmó Lauren.

Nate le tomó la mano y se la apretó. Hacían buena pareja, aunque las cosas no podían ser más extrañas. Mi mundo de antes había cambiado por completo. Todo parecía diferente, aunque el apartamento era el mismo.

Sí, las cosas estaban donde las dejé: la colección de gatos de porcelana de Lauren seguía en la estantería acumulando polvo, nuestros muebles baratos de segunda mano y las paredes de azul turquesa no habían cambiado, aunque probablemente no volviera a utilizar la mesa nunca después de lo que había visto. Dios sabe lo que habrán hecho sobre ella.

Flexioné los dedos de las manos para devolver la vida física a mis extremidades.

—Pensaba que os odiabais —les dije.

—Antes sí —confesó Lauren—. Pero... bueno, ya no. Es una historia bastante sencilla, la verdad. Todo sucedió en tu ausencia.

—Guau.

—Bonito vestido.

—Gracias.

—¿Valentino?

Acaricié la tela azul por encima del estómago.

—No lo sé.

—Qué clase tienes, Ev, mira que combinarlo con zapatillas de deporte... — dijo Lauren, y le lanzó una mirada a Nate.

Parece que ya habían desarrollado la comunicación sin palabras, porque él regresó a su habitación. Interesante. Mi mejor amiga con mi hermano, y nunca me dijeron ni una sola palabra. No podía culparles, yo tampoco contaba muchas otras. Quizá ya pasamos la edad de compartir cada detalle de nuestras vidas. Qué triste.

La soledad y una saludable dosis de autocompasión me invadieron y de repente tuve escalofríos.

Lauren vino y me tomó de la mano.

—¿Qué ha pasado, cariño?

Sacudí la cabeza, evitando las preguntas.

—No puedo, todavía no.

Se apoyó en la pared conmigo.

—Tengo helado —me animó, sonriendo.

—¿De qué sabor?

—Triple chocolate. Pensaba torturar a tu hermano con él, sexualmente hablando, claro.

Pero sorprendentemente tampoco tenía ganas de helado. Me froté la cara con las manos.

—Lauren, si me aprecias, no vuelvas a decir algo así en la vida.

—Lo siento.

Casi sonreí, la boca estuvo cerca pero fallé al final.

—Nate te hace feliz, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí. Me siento como si..., no sé, como si estuviéramos en sintonía o algo así. Desde la noche en que me recogió en casa de tus padres hemos pasado mucho tiempo juntos. Me siento bien. No tiene esa ira como cuando iba al instituto, y ha dejado atrás su época de mujeriego. Se ha calmado y ha madurado. Ya ves, de los dos, el sensible es él. Pero bueno, supongo que se acabaron los días de contarnos todos los detalles sobre nuestras vidas, ¿verdad?

—Eso parece.

—Bueno, siempre nos quedará el instituto.

—Claro —contesté con una sonrisa.

—Cariño, siento que las cosas se hayan torcido, porque doy por hecho que por eso has vuelto hecha una mierda vestida con ese traje tan exquisito.

—Te lo puedes quedar, si quieres.

A la mierda. Podía quedarse con todo si le apetecía. No quería volver a tocar nada de aquello jamás. Le di la cazadora de David a Sam, con el anillo metido en un bolsillo. Él se encargaría de todo, se lo devolvería. Notaba la mano desnuda sin él, más ligera. Ligera y libre, dos palabras que deberían ir siempre juntas, pero no era así. Llevaba un gran peso encima, llevaba arrastrando mi trasero durante horas: en el avión, en el automóvil, por las escaleras... Nunca la distancia ni el tiempo habían ayudado tanto.

—Quiero abrazarte, pero desprendes ese aura de «no me toques»... —dijo, con las manos sobre sus caderas—. Dime, ¿qué te apetece hacer?

—Lo siento —le dije con una sonrisa torcida y espantosa. Lo notaba—. Quizá más tarde...

—¿Cómo de tarde? Porque creo que lo necesitas ya, la verdad.

Esta vez no pude contenerme, y una vez comencé a llorar no hubo quien me parara. Me secaba las mejillas en vano y después dejaba que las lágrimas lo cubrieran todo de nuevo.

—Mierda.

Lauren me abrazó con fuerza.

—Déjalo salir. Así, muy bien... —susurró.

Y lo hice.

CAPÍTULO 17

Veintiocho días después...

Esa clienta estaba tardando siglos en pedir. No paraba de mirar el menú y luego a mí. Conocía perfectamente esa mirada. La temía. Me encantaba trabajar en la cafetería, con el aroma a café y la suave mezcla de música y conversaciones de fondo. Adoraba el compañerismo que teníamos detrás del mostrador y el hecho de que el trabajo mantuviera mis manos y mi cerebro ocupados. Y lo más raro de todo es que me encantaba ser camarera, se me daba bien. Además, esto es lo que pensaba: si la facultad fallaba en algún momento, siempre tendría un trabajo adonde acudir.

El café era la identidad de Portland. La ciudad giraba en torno a las semillas de café y a las cafeterías. El café y la cerveza corrían por las venas de todos los lugareños.

Sin embargo, últimamente nuestros clientes se habían vuelto muy quisquillosos.

—Me resultas familiar —comenzó la muchacha—. ¿Tú... no has salido por Internet? ¿Algo relacionado con David Ferris?

Al menos escuchar su nombre ya no me dolía, y hacía días que tampoco sentía la necesidad de vomitar. Definitivamente no estaba embarazada, solo en un proceso de divorcio.

Había pasado unos días metida en la cama, llorando como una magdalena, por eso acepté todos los turnos en la cafetería, para mantenerme ocupada. No podía llorar su pérdida para siempre, pero mi corazón no pensaba igual. Lo veía en mis sueños cada noche, cuando cerraba los ojos. Tenía que alejarle forzosamente de mis pensamientos mil veces al día.

Cuando conseguí resurgir, los pocos *paparazzi* que quedaban aquí regresaron a Los Ángeles. Por lo visto, Jimmy había entrado en un centro de desintoxicación. Lauren cambiaba de canal cada vez que yo entraba por la

puerta, pero no podía evitar las noticias y enterarme de lo que estaba pasando. Todo el mundo hablaba de los Stage Dive. Alguien incluso me pidió que le firmara una foto de David entrando en un hospital psiquiátrico, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Se le veía tan solo. Estuve a punto de llamarle varias veces únicamente para saber cómo estaba, para oír su voz. ¿Sería estúpida? ¿Y si llamaba y respondía Marta?

De cualquier forma, la caída de Jimmy era mucho más interesante para mí, y lo mencionaron una vez en las noticias.

Pero los clientes me volvían loca. Cuando no estaba en la cafetería, me cerraba por completo a los demás, lo cual supuso un problema, porque mi hermano había pasado prácticamente a vivir con nosotras. Creo que los enamorados están enfermos. Es un dato médico comprobado, pero los clientes que especulan con miraditas no eran mucho mejor.

—Oh, te equivocas —le contesté.

Me devolvió una mirada decidida.

—No.

Diez dólares fueron el indicio de que se las estaba apañando para pedirme un autógrafo. Era la octava vez que me lo pedían en un día. Algunos tipos, jóvenes y no tan jóvenes, querían incluso llevarme a casa, ya sabéis, el morbo de las exnovias de las estrellas de *rock*. Claramente mi vagina tenía algo especial.

A veces me preguntaba si se pensaban que habría una placa en la cara interna del muslo que dijera algo así como «David Ferris estuvo aquí».

Esta muchacha, sin embargo, no me estaba escudriñando, solo quería un autógrafo.

—Verás —me dijo, deshaciéndose en halagos—. No te preguntaría de no ser porque soy una gran fan suya.

—Lo siento, no puedo ayudarte. Estamos a punto de cerrar. ¿Deseas pedir algo? —pregunté, con una firme sonrisa. Sam habría estado orgulloso de ella, por falsa que fuera, pero mis ojos le decían la verdad a esa clienta: que estaba cansada y que no aguantaba ni una tontería más, sobre todo en lo referente a David Ferris.

—¿Me puedes decir al menos si el grupo se separa de verdad? Por favor... Todo el mundo dice que lo van a anunciar pronto.

—No tengo la menor idea. ¿Quieres pedir algo o no?

Este rechazo normalmente venía seguido de ira o de lágrimas. Ella escogió lo primero. Buena elección, porque el llanto me ponía de los nervios. Estaba muy cansada, del mío y del de los demás. A pesar de que todos sabían que David me

había dejado tirada, pensaban que seguía teniendo contacto... o eso querían creer.

La joven soltó una risita falsa.

—No hace falta que seas tan perra. ¿Tanto te cuesta decirme lo que pasa con el grupo?

—Vete —dijo Ruby, mi adorable jefa—. Levántate y sal de aquí ahora mismo.

La muchacha abrió la boca, incrédula.

—¿Cómo?

—¡Amanda, llama a la policía! —Ruby se dirigió en voz alta a otra camarera.

—Voy, jefa.

Amanda sacó el teléfono móvil y marcó el número, examinando a la mujer con su mirada asesina. Amanda había dejado atrás su época de «única lesbiana del instituto» y estaba estudiando arte dramático. Estas broncas era su momento favorito del día. A mí me absorbían las fuerzas, pero a ella le ponían a tono.

—Buenos días, agente —comenzó a decir Amanda frente a la joven—. Tenemos a una rubia de bote muy mal bronceada dándonos problemas. Estoy segura de que la vi en una fiesta de la fraternidad la semana pasada bebiendo, y no es mayor de edad, aunque realmente lo parece. No quiero decirle lo que pasó después de aquello, pero el video está disponible en Youtube para que disfrute.

—No me extraña que te dejara. ¡Vi la foto de tu trasero, y es tan grande como el estado de Texas! —gritó la muchacha, y salió de la cafetería.

—¿En serio tienes que cabrearles así? —le dije a Amanda.

—¡Venga ya, ha empezado ella! —me respondió, chasqueando la lengua.

Me habían dicho cosas mucho peores. Pero muchísimo peores. Tuve que cambiar varias veces de dirección de correo electrónico para evitar los mensajes de odio que me llegaban, y hacía tiempo que había cerrado mi cuenta de Facebook. Aun así, me toqué el trasero para asegurarme. Casi se acerca, pero juraría que Texas era bastante más grande.

—Por lo que sé, llevas una dieta a base de pastillas de menta y cafés con leche. Así que tu trasero ahora es la menor de tus preocupaciones —objetó Amanda.

Ella me había perdonado hacía mucho tiempo por el beso del instituto. Que Dios la bendiga. Realmente me sentía muy afortunada por tener a mis amigas. No sé cómo habría sobrevivido los últimos meses sin ellas.

—Estoy comiendo perfectamente.

—¿Ah, sí? ¿Qué *jeans* son esos?

Comencé a limpiar la cafetera porque se acercaba la hora de cerrar. Por eso, y por no entrar en el tema. Que una estrella del *rock* te engañara y te mintiera no ayudaba en la dieta. No a una recomendable, al menos. No podía dormir por las noches y estaba cansada todo el tiempo; era carne de depresión. No me sentía yo misma, por fuera ni por dentro. El tiempo que pasé con David, la manera en que cambió mi vida... todo era una agitación constante, un picor que no me podía rascar. En parte, porque no tenía fuerzas, pero tampoco me apetecía. Podría cantar *I will survive* unas cuantas veces antes de que el deseo de ahorcarme me invadiera.

Cuando bajé de mi ensoñamiento, reaccioné defendiéndome:

—Lauren no se pone estos pantalones. Dice que no le gusta el color y que la posición de los bolsillos traseros la hacían parecer una colgada. Por lo visto, los bolsillos son muy importantes.

—¿Y desde cuándo te pones la ropa de esa flacucha?

—No la llames así.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Por favor, ¡si se lo toma como un cumplido!

Eso era cierto.

—Bueno, los *jeans* te quedan bien. —Me sonrió—. ¿Vas a limpiar las mesas o quieres que lo haga yo?

Amanda suspiró y me rodeó con un brazo.

—Jo y yo queríamos agradecerte que nos ayudaras con la mudanza el fin de semana pasado, así que esta noche te invitamos a salir. ¡Bailaremos y beberemos hasta el amanecer!

—Oh. No sé...

El alcohol y yo teníamos una mala reputación.

—Pues yo sí lo sé.

—Es que tengo planes que...

—No, no los tienes. Por eso he esperado hasta el último minuto para decírtelo, porque sabía que me pondrías excusas de mierda. —Se volvió y gritó—: Ruby, me llevo a Evelyn de juerga esta noche.

—¡Buena idea! ¡Sácala de aquí! Yo me encargo de limpiar.

Se me borró la sonrisa complaciente de la cara.

—Pero...

—¡Nada de peros! No puedo soportar más tus ojos tristes. Por favor, sal con nosotras y diviértete un poco.

—¿Tanto se me nota? —pregunté, preocupada.

Pensaba que había podido fingir una buena cara durante todo ese tiempo, pero su mirada me decía lo contrario.

—No. Simplemente eres una muchacha normal y corriente de veintiún años que está pasando por un bache. Necesitas poner los pies en la tierra y recuperar tu vida. Confía en mí, tengo más experiencia. Venga, vamos.

—O... —añadió Amanda—, si lo prefieres puedes volver a casa a ver *Walk the line* por milésima vez mientras escuchas a tu hermano y a tu mejor amiga montándose felizmente en la habitación de al lado. Elige.

—Vámonos —dije, decidida al escuchar eso.

—Quiero ser bisexual —anuncié, porque era muy importante. Una mujer debía tener objetivos en la vida. Arrastré la silla hacia atrás y me levanté—. Vamos a bailar, me encanta esta canción.

—A ti te gusta cualquier canción que no toque la banda que no debe ser nombrada —respondió Amanda entre risas, siguiéndome a través de la multitud en la pista de baile.

Su novia, Jo, sacudió la cabeza y la tomó de la mano. Sin duda el vodka era tan mala idea como el tequila, pero me hacía sentir más libre, menos dolida. Había sido buena idea salir, aunque en un estómago vacío tres copas daban para mucho. Sospecho que Amanda había doblado el alcohol de al menos una de ellas.

Qué bien sentaba bailar, reír y liberarse. De todas las tácticas que había empleado para superar la ruptura, la que mejor funcionó fue el trabajo duro, pero ponerse guapa para salir a bailar y a beber también hacía lo suyo.

Me retiré el pelo detrás de la oreja porque la coleta había empezado a aflojarse otra vez: la metáfora perfecta de mi vida. Nada marchaba desde que regresé de Los Ángeles, nada duraba. El amor era una mentira, y el *rock* una porquería. Blablablá. Me fui a pedir otra copa, pues me sentía animada y con muchas ganas de hablar. Además, estaba en mitad de una declaración importante.

—Hablo en serio —dije a Amanda—. Me voy a hacer bisexual. Es mi nuevo plan.

—¡Es un plan fantástico! —exclamó Jo, poniéndose a mi lado. También trabajaba en la cafetería. Amanda y ella se conocieron allí. Llevaba el pelo largo teñido de color azul y era la envidia de todo el mundo.

Amanda puso los ojos en blanco.

—No eres bisexual, cariño —dijo Amanda y se volvió a su novia—. Y tú, por favor, no le des pie.

—Ev, la semana pasada querías ser lesbiana. —Jo me sonrió, sin arrepentirse—. Y antes de eso pensabas ingresar en un convento. Creo que esto supone un paso adelante hacia el perdón de todos los seres humanos con pene, y un claro avance para seguir adelante con tu vida.

—Sigo adelante con mi vida —afirmé.

—Claro. Por eso habéis estado hablando sobre él durante las últimas cuatro horas, ¿no?

—No hablábamos sobre él, le insultábamos. —Solté una carcajada—. ¿Cómo decís «maldito fornicador de ovejas apestoso» en alemán? —pregunté, intentando que se me escuchara por encima de la música—. Ese era mi favorito.

Jo y Amanda se fueron a bailar y las dejé ir, impasible, porque ya no me daba miedo estar sola. Estaba preparada para la acción, llena de poder de mujer soltera. Que le dieran a David Ferris, que le dieran bien fuerte.

La música se fusionó en un ritmo continuo que resultaba perfecto, siempre y cuando no parara de bailar. Me corría el sudor por el cuello y me bajé otro botón del vestido para abrir más el escote. De repente me olvidé del resto de gente que bailaba a mi alrededor. Cerré los ojos y me sentí a salvo en mi mundo interior. El alcohol me estaba dando un toque muy bueno.

Por algún motivo no me molestaron las manos que se deslizaron por mis caderas, aunque yo no pedí a nadie que las pusiera ahí. No se sobrepasaron, se quedaron ahí, y el dueño de esas manos bailaba pegado a mí pero manteniendo una pequeña distancia de cortesía entre los dos. Era muy agradable.

Quizá me sentía hipnotizada por la música o quizá por estar sola, pero no luché contra ello, sino que relajé mi cuerpo contra el suyo. Nos quedamos en esa postura toda la canción, y la siguiente, fusionados, moviéndonos a la par. Aún no le había visto la cara. El ritmo disminuyó y levanté los brazos, agarrándome a su cuello. Tras un mes evitando todo contacto humano, mi cuerpo despertó. El pelo corto y suave de su nuca se deslizó entre mis dedos y dio paso a una piel cálida y suave.

Dios, qué placer. No me había dado cuenta hasta ahora de las ganas de sexo que tenía.

Eché la cabeza hacia atrás y me susurró algo, demasiado bajo como para enterarme. Su barba me rozó la mejilla. Deslizó las manos por mis costillas y por debajo de los brazos. Mantenía su cuerpo pegado a mí con firmeza, por detrás, fuerte, pero a cierta distancia. En teoría yo aún no estaba en el mercado, mi

corazón seguía roto, pero tampoco quería separarme de ese hombre.

—Evelyn... —me susurró al oído.

Contuve la respiración.

Me di la vuelta: era David. Ya no llevaba el pelo largo, se lo había cortado, se parecía a Elvis. Una barba corta y más oscura cubría su mentón.

—Eres... eres tú —balbuceé.

Notaba mi lengua pesada e inútil, la boca seca. Dios, era él de verdad, en carne y hueso, en Portland.

—Sí —contestó, y no dijo nada más.

—¿¡Por qué!?

—¿Ev? ¿Qué pasa? —interrumpió Amanda, que me tomó del brazo y me sobresalté.

Se había roto el hechizo. Le echó un vistazo rápido a David y torció un gesto de asco.

—¿Qué coño hace este aquí?

—Tranquila. No pasa nada —contesté.

No dejaba de mirarnos a David y a mí, no muy convencida de mi respuesta. Tenía sus razones.

—Amanda, por favor... —insistí.

Dudó unos segundos y regresó con Jo, que miraba a David sin creérselo. Su nuevo aspecto le concedían un disfraz estupendo, a menos que supieses a quién buscabas, claro.

Me abrí paso entre la multitud y salí de allí corriendo. Sabía que me seguiría, por supuesto que lo haría. Él no estaba allí por casualidad, aunque no tenía ni idea de cómo me había encontrado. Necesitaba huir del calor y del ruido para poder pensar con claridad. Crucé toda la pista de baile y llegué hasta mi objetivo: la gran puerta negra de emergencias que salía a un callejón. Al frescor de la noche.

Se veía brillar algunas estrellas, pero por lo demás estaba oscuro y húmedo por la reciente lluvia veraniega. Un escenario ideal: horrible, feo y gris. Quizá me estaba poniendo demasiado dramática.

Escuché un portazo detrás de mí y vi aparecer a David. Se puso delante, con las manos sobre las caderas. Abrió la boca para empezar a hablar, pero no se lo iba a permitir. Me adelanté.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—No.

—Por favor. Hay algo que necesito contarte.

Tenerle frente a mí reavivaba el dolor, como una herida a flor de piel esperando resurgir.

Pero no podía dejar de mirarle. Una parte de mí se moría por verle, por escucharle. Mi cabeza y mi corazón eran un auténtico desastre, pero él tampoco tenía buena pinta. Se le veía muy cansado, con ojeras y un poco pálido. Se había quitado todos los pendientes, menos mal.

—Jimmy ingresó en una clínica de desintoxicación y tuve que afrontar otra serie de cosas. Tenemos que hacer terapia juntos como parte de su tratamiento, por eso no pude venir antes.

—Siento lo de Jimmy.

—Gracias, le va mucho mejor.

—Muy bien. Me alegro.

—Ev, respecto a lo de Marta...

—¡Eh! —Le hice un gesto con la mano—. Ni se te ocurra.

—Tenemos que hablar.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Porque has decidido que ya estás listo? Que te den, David. Ha pasado un mes, veintiocho días sin saber nada de ti. Siento lo de tu hermano, pero no.

—Esperé porque quería asegurarme de que venía a por ti por las razones adecuadas.

—No sé lo que quieres decir.

—Ev...

—No. —Moví la cabeza con furia y dolor y le empujé, haciéndole retroceder. Se chocó contra la pared, pero eso no me detuvo. Me abalancé contra él de nuevo y me sostuvo por las manos.

—Relájate —me pidió.

—¡No!

Me rodeó las muñecas con las manos. Chirriaba los dientes, lo pude escuchar. Fue un milagro que no se rompiera ninguno.

—¡No qué! —gritó exasperado—. ¿No quieres hablar ahora? ¿No quieres verme? ¡Qué! ¿Qué quieres decir?

—¡Digo «no» a todo lo que tenga que ver contigo! —estallé.

Las palabras resonaron por todo el callejón y subieron por los laterales de los edificios hasta que se perdieron en el cielo abierto.

—Hemos terminado, ¿recuerdas? Ya no tienes nada que ver conmigo. No soy

nada para ti, tú mismo lo dijiste.

—Me equivoqué. Maldita sea, Ev, cálmate y escúchame.

—Deja que me vaya.

—Lo siento, pero no es lo que piensas.

Me quedé sin opciones y le miré a la cara.

—No debiste venir —le dije—. Me mentiste y me engañaste.

—Cariño...

—¡No se te ocurra volver a llamarme así!

—Lo siento. —Me observó en un intento de que su frase hiciera algún efecto en mí, pero no era su día de suerte—. Ev, lo siento muchísimo.

—Basta.

—Lo siento, lo siento...

Repitió las mismas palabras una y otra vez hasta que tuve que pararle y mandarle callar antes de que me volviera loca. Puse la boca sobre la suya para detener esa letanía inútil. Y entonces me devolvió el beso, haciéndome daño, pero yo le hice daño también. Curiosamente el dolor ayudaba. Introduje la lengua en su boca y recuperé lo que era mío. En aquel momento le odiaba y le amaba a partes iguales, no parecía haber ninguna diferencia.

Me liberé las manos y le rodeé el cuello. Me puso contra la pared de ladrillo. Su tacto me hacía arder la piel.

Todo pasó demasiado rápido, de repente no había tiempo para pararse a considerar la situación. Me levantó el vestido por detrás y rasgó mi ropa interior. El aire de la brisa nocturna y el calor de sus manos me rozaron los muslos.

—Te he echado tanto de menos —gimió.

—David...

Se bajó la cremallera y los *jeans* hasta los tobillos, y me levantó una pierna hasta la cadera. Me enganché a su cuello, creo que intentaba escalar por él, no pensaba con claridad, tan solo quería estar tan cerca como fuera físicamente posible. Me besó y me penetró al mismo tiempo. La cabeza me dio vueltas al sentirle llenarme. El ligero dolor a medida que me penetraba, su otra mano deslizándose por mi trasero... me levantó sin dejar de embestirme y me hizo gritar. Le rodeé con las piernas y me agarré a él fuertemente. Clavé las uñas en su cuello, con los tacones cerca de su espalda. Me mordió fuerte en el cuello. Dios, el dolor era perfecto.

—Más fuerte —le pedí.

—Oh, sí.

El ladrillo se me enganchó en la espalda y rasgó la tela de mi vestido. Su

polla dura me quitaba el aliento. Me aferré a él con fuerza, intentando saborear su tacto. La tensión iba en aumento en mi interior. Era demasiado y a la vez no era suficiente. Pensar que podría tratarse de nuestra última vez, de un encuentro tan brutal y furibundo como ese... Quería llorar, pero no me salían las lágrimas. Me apretó las nalgas y me las dejó marcadas. La presión en mi interior aumentaba más y más. Cambió ligeramente de ángulo para rozar mi clítoris y entonces tuve un orgasmo brutal, con los brazos atrapando su cabeza y la mejilla pegada a la suya. La barba me arañaba la cara. Mi cuerpo entero se sacudió intensamente.

—Evelyn —gimió mientras se vaciaba dentro de mí. Se me relajaron todos los músculos, no podía hacer más para esperarle.

—Está bien, cariño —apretó la boca contra mi cara empapada en sudor—. Todo irá bien, te lo prometo. Lo arreglaré.

—Bájame.

Lo hizo con cuidado. Me estiré el vestido y retomé el control, como si eso fuera posible. La situación se me había ido de las manos. Se subió los pantalones y se recompuso él también. Yo miraba a todas partes menos a él. En un callejón. ¿Estaba loca o qué?

—¿Te encuentras bien?

Me acarició la cara y me atusó el pelo hasta que le puse una mano en el pecho y le obligué a retroceder. Bueno, más bien accedió a darme el espacio que le pedía.

—Yo... Mmm. —Me humedecí los labios—. Debo irme.

—Vamos, pediré un taxi para los dos.

—No, lo siento. Sé que he comenzado yo, pero... David, esto era un adiós.

—Y una mierda. No vuelvas a decirme eso jamás.

Me cogió de la cara y me obligó a mirarle.

—No hemos terminado, ¿te enteras? Ni por asomo. Este es mi plan: no me pienso ir de Portland hasta que hayamos hablado. Te lo aseguro.

—Esta noche no.

—No, esta noche no. ¿Mañana?

Abrí la boca pero no me salieron las palabras. No tenía ni idea de lo que quería decir, ni siquiera lo sabía. Que dejara de dolerme estaría bien. Borrar al fin todos los recuerdos de él de mi cabeza y de mi corazón, poder recuperar la respiración.

—¿Mañana? —repitió.

—No lo sé.

Me cansaba enfrentarme a él, podría haber dormido durante un año. Se me caían los ojos, y el cerebro no me respondía.

—De acuerdo —concluyó.

No tenía ni idea de en qué quedaba la cosa, pero asentí como si hubiéramos concretado algo.

—Muy bien —dijo, y tomó aire.

Aún me temblaban las piernas. Sentí su líquido tibio bajarme por la entrepierna y de repente tomé conciencia de la situación. Mierda. Ya habíamos hablado sobre esto, pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces.

—David, ¿has practicado sexo seguro este último mes?

—No tienes nada de qué preocuparte.

—Bueno.

—Para mí seguimos casados. Así que no, Evelyn, no he ido follando por ahí.

Me temblaban las rodillas, probablemente debido a la actividad reciente. El alivio por que no se hubiera acostado con sus fans como venganza tras la ruptura seguro que no tenía nada que ver. No quería ni pensar en Marta, ese monstruo marino de las profundidades con tentáculos.

Si el sexo era complicado, ni qué decir del amor. Uno de los dos tenía que irse y él no parecía moverse, así que me fui pitando de allí hacia el bar para encontrarme con Amanda y Jo. Necesitaba unas bragas nuevas, un trasplante de corazón y llegar a casa.

Abrió la puerta y me dejó pasar. Me siguió hasta que me encerré en el baño de mujeres para limpiarme. Me costó mirarme al espejo cuando salí a lavarme las manos, y la luz intensa fluorescente no ayudaba. Mi melena estaba enredada en mi cara por obra y gracia de las manos de David. Mis ojos lucían dilatados y heridos. En fin, tenía una pinta terrible, pero no sabía exactamente por qué. Además, había aparecido la madre de todas las contracturas formándose en el cuello. Maldición.

Un par de muchachas entraron charlando y me miraron al pasar. Antes de que se cerrara la puerta, vislumbré la mirada de David contra la pared de enfrente, esperándome mientras se miraba las botas. La conversación entre las dos jóvenes era muy animada, pero no mencionaban su nombre. El disfraz de David funcionaba.

Salí para encontrarme con él.

—¿Lista para irte?

—Sí.

Atravesamos la discoteca atiborrada de bailarines y borrachos. Amanda y Jo

estaban hablando en un extremo de la pista de baile y pude ver que Amanda tenía pinta de estar muy enfadada.

—¿Me estás vacilando? —me riñó cuando aparecí con David.

—Gracias por traerme de fiesta, pero me voy a casa —contesté, con evidente prisa.

—¿Con él? —preguntó Amanda.

Jo dio un paso adelante y me abrazó.

—No le hagas caso, haz lo que consideres mejor para ti.

—Gracias.

Amanda puso los ojos en blanco y me abrazó también.

—Recuerda el daño que te ha hecho.

—Lo sé —contesté con los ojos bañados en lágrimas. Esto no ayudaba—. Gracias por hacerme salir esta noche, de verdad.

Apostaría todo el dinero del mundo a que Amanda estaba fulminando a David con la mirada. Casi sentía pena por él. Casi.

Dejamos la discoteca justo cuando sonaba una de sus canciones. Se escuchaba la voz de Jimmy gritar varios «¡*Divers!*!» y cantar: *Odio estos días de amor, labios de cereza y largas despedidas...*

David agachó la cabeza y salimos.

Desde la calle, la canción se reducía al ruido del bajo y la batería. Yo le miraba de reojo, asegurándome de que existía de verdad y de que no formaba parte de mi imaginación. Había deseado tantas veces que llegara este momento... y siempre me despertaba sola, bañada en lágrimas.

Pero ahora estaba aquí de verdad y no podía arriesgarme. Si volvía a hacerme daño, no creo que pudiera recuperarme una segunda vez. Mi corazón no lo soportaría, así que hice un grandísimo esfuerzo para mantener la boca cerrada.

Era relativamente temprano y no había mucha gente fuera. Paré un taxi y David me abrió la puerta. Entré sin mediar palabra.

—Te acompaño a casa —dijo, y se escurrió en el asiento sin darme cuenta.

—No hace falta que...

—Ya lo sé. Pero necesito hacerlo, así que...

—De acuerdo.

—¿Adónde? —preguntó el taxista mirándonos con apatía desde el retrovisor. Otra pareja discutiendo en el asiento de atrás, seguro que lo habría visto decenas de veces.

David dio mi dirección sin titubear y el taxi emprendió la marcha. Supongo que Sam le había dicho dónde vivía, porque si no...

—Lauren —suspiré, hundiéndome en el asiento—. Por supuesto, ella te ha dicho dónde encontrarme, ¿no?

Parecía avergonzado.

—Hablé con ella. Sí. No te enfades, intentó disuadirme.

—Sí, claro.

—De verdad. Me la montó por haber liado las cosas contigo, me estuvo gritando más de media hora. Pero no te enfades con ella.

Apreté los dientes y miré por la ventanilla hasta que sus dedos se deslizaron entre los míos. Retiré la mano.

—¿Dejas que te penetre pero no que te dé la mano?

Estuve a punto de decirle que eso había sido un accidente, que lo que acababa de pasar entre nosotros estaba mal, pero no pude. Sabía que le haría muchísimo daño, así que nos quedamos mirándonos en silencio, hasta que lo rompió.

—Te he echado muchísimo de menos, no te imaginas cuánto.

—Ya basta, David.

Se calló, pero no apartó la mirada. Me hundí más en el asiento, atrapada por su encanto. Parecía otro, al haberse cortado el pelo; me resultaba familiar y desconocido al mismo tiempo.

No había mucho camino hasta mi casa, pero se me hizo eterno. El taxi se paró por fin y el conductor nos dirigió una mirada impaciente. Abrí la puerta y me debatí entre quedarme o salir.

—Pensaba sinceramente que no volvería a verte jamás —le dije, al fin.

—¡Hey! —dijo, con el brazo extendido a modo de despedida—. Nos veremos mañana.

No sabía qué decirle.

—Mañana —insistió.

—No creo que cambie de opinión.

—Sé que la he cagado, pero voy a arreglarlo. No tomes ninguna decisión todavía, ¿de acuerdo? Dame una oportunidad.

Me apresuré a entrar en el portal, y cuando cerré la puerta el taxi se fue, con las luces alejándose, hasta desaparecer.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

CAPÍTULO 18

Llegaba tarde a trabajar, y me apresuré como una loca para prepararme. Entré en el cuarto de baño y salté a la ducha. Me exfolié bien la cara para quitarme los restos de maquillaje de la noche, que estaba seco y horrible. Me serviría de lección cuando me saliera una espinilla de mil demonios. Tuve un sueño muy raro. Pero esto era la vida real. Me estaba dando una reconfortante ducha, y esas eran las cosas que importaban. Si me seguía repitiendo lo mismo, todo iría bien y posiblemente genial algún día.

A Ruby no le importaba demasiado cómo nos vistiéramos en el trabajo con tal de que lleváramos la camiseta de la cafetería; dejaba mucha libertad. Siempre quiso ser poeta, pero heredó la cafetería de su tía en Pearl District. El desarrollo urbano disparó los precios y Ruby se convirtió en una mujer de negocios. Ahora escribía poesía en las paredes de la cafetería. No creo que exista una jefa mejor, pero llegar tarde seguía siendo llegar tarde. Nada bueno.

Me preocupaba lo sucedido con David en el callejón. Revivía una y otra vez el momento en que me dijo que seguía considerándonos casados. El sueño había resultado muy beneficioso, pero era una pena que no se pudiera apagar nunca el cerebro.

Me puse una falda estrecha negra, la camiseta oficial de la cafetería y unos zapatos planos. Listo. No podía hacer nada por ocultar las ojeras, pero la gente ya se había acostumbrado a ellas. Tuve que usar media barra de corrector para ocultar el chupetón del cuello.

Salí del baño envuelta en una nube de vapor, justo a tiempo de tropezarme con Lauren en la puerta de la cocina con una generosa sonrisa en la cara.

—Llegas tarde al trabajo —dijo, cantarina.

—Lo sé.

Me puse el bolso bajo el hombro, cogí las llaves y me dirigí a la puerta. No tenía tiempo para charlas, ahora no. Y probablemente nunca. Solo con

imaginármela aliándose con David... Había pasado muchas noches a mi lado el último mes y me había escuchado despotricar contra él cuando estaba destrozada, porque de vez en cuando tenía que soltarlo. Le repetía a diario que no la merecía como amiga y me daba besos y abrazos. Entonces... ¿por qué me traicionaba ahora?

—¡Ev, espera! —Lauren corrió detrás de mí justo cuando salía por la puerta. Me di la vuelta, usando las llaves como un arma.

—Le dijiste dónde estaba —le acusé, con rudeza.

—¿Qué iba a hacer, si no?

—Pues... no sé. ¿Callarte, por ejemplo? Sabías perfectamente que yo no quería verle.

Entonces me fijé en su atuendo. La miré de arriba abajo y de repente lo entendí todo: estaba impecable para ver a su ídolo.

—¿El pelo arreglado y tan maquillada a estas horas? ¿En serio, Lauren? Esperabas que saliera conmigo de mi habitación, ¿verdad? ¿Y la libreta de los autógrafos?

Hundió la cabeza, al menos tenía la decencia de mostrarse avergonzada.

—Lo siento, tienes razón. No debí haberlo hecho, pero al menos ha venido a solucionar las cosas. Pensé que seguro que querrías escuchar lo que tiene que decirte.

Sacudí la cabeza, llena de furia.

—No es asunto tuyo.

—Pero lo has pasado tan mal... —se lamentó—. ¿Qué podía decirle? Dijo que había venido a arreglar las cosas contigo, que de verdad quería intentarlo, y le creí.

—Por supuesto. Es David Ferris, tu ídolo de la adolescencia.

—No. Si no estuviera aquí para besarte los pies, le habría matado. Me da igual quien sea, te hizo daño. Lo siento por haberme arreglado tanto, no volverá a pasar.

—¡Bueno! Te queda muy bien, pero has perdido el tiempo. No va a venir aquí, a esta casa. Eso no va a ocurrir. Así que lo siento.

—¿Ah, no? ¿Y de dónde ha salido eso de tu cuello?

Ni siquiera me apetecía contestarle, maldita sea.

—Si crees que él es el hombre de tu vida —dijo, provocando que se me retorciera el estómago—, si crees que podéis solucionar esto... Es el único del que te has enamorado de verdad. No lo olvides. Si te escucharas hablar de él...

—¡Venga ya! Solo pasamos unos días juntos.

—¿Y eso qué importa?

—Sí. No... No lo sé. Esto nunca tuvo sentido, Lauren. Desde la primera noche.

—Oh, ahora lo entiendo —dijo, molesta—. Esto tiene que ver con tu maldito plan, ¿verdad? Pues deja que te diga algo: no tiene por qué haberlo, tan solo debes desear estar con él y hacer lo que sea para llevarlo a cabo. Es muy sencillo. En eso consiste el amor, Ev, en anteponer al otro, no en preocuparte sobre si encaja en un plan que tu propio padre ha metido en tu cabeza para convencerte de que eso es lo que quieres en la vida.

—¡No tiene que ver con el plan! —grité, conteniéndome las lágrimas de miedo y frustración—. ¡Me destrozó! ¿Entiendes? Me rompió el corazón. ¿Por qué iba a querer darle una segunda oportunidad a alguien así?

—Lo sé, y castígale si quieres. Que espere. Se lo merece. Pero si le quieres, considera al menos escuchar lo que te tiene que decir.

Que te rompan el corazón suele traer algunas ventajas, perspectivas para considerar lo malo. Debería haber sido más lista, más dura, pero no sentía nada de eso.

Jugué con las llaves en la palma de la mano. Ruby iba a matarme. Tendría que ir hasta allí conduciendo y esperar que no pusieran mi trasero del tamaño de Texas de patitas en la calle.

—Oye, me tengo que ir —le dije, saliendo por la puerta.

—Espero que sepas que te quiero mucho, más de lo que me importa él.

—Vaya, gracias.

—¿Se te ha ocurrido que quizá no estarías así de enfadada si no le quisieras un poco todavía?

—No busques la lógica a estas horas de la mañana. Déjalo ya.

Retrocedió un paso y me sonrió.

—Tú siempre le has buscado el sentido a todo cuando yo más lo necesitaba, así que no pienso reprimirme solo porque no te guste lo que oyes. Asúmelo.

—Te quiero, Lauren.

—Lo sé. Los Thomas estáis locos por mí. Por cierto, ¿sabes qué me hizo anoche tu hermano?

Huí y escapé de su risa malvada.

El trabajo no estuvo mal. Dos tipos entraron para invitarme a una fiesta de la fraternidad. Nunca recibí esas invitaciones antes de conocer a David, así que las

rechacé. ¿Por qué las iba a aceptar ahora, que estaba sin él? Si es que estaba sin él, claro... ¿Quién sabía? También vinieron varias personas a pedirme autógrafos o cotilleos, pero les vendí café y tarta, en su lugar.

Cerramos al atardecer. Llevaba todo el día en tensión pensando en si aparecería. «Mañana» era hoy, pero no había ni rastro de él. Quizá había cambiado de opinión.

Justo estábamos cerrando cuando Ruby me dio un golpe con el codo.

—Mira. Ha venido —susurró, señalando a David.

Allí mismo, frente a la cafetería, tal y como dijo.

La emoción y los nervios me desbordaron. Ocultaba muy bien su identidad con una gorra y la barba, pero sobre todo con el nuevo corte de pelo. Me daba un poco de pena que se hubiera cortado la melena, pero jamás lo admitiría delante de él. Amanda le había contado a Ruby que lo vimos en la discoteca, pero debía ser un secreto para el resto de la ciudad. De lo contrario, era cuestión de segundos ver a los *paparazzi* y las fans gritando.

Me quedé parada observándole sin saber qué decir. La noche anterior había sido surrealista, pero ahora se trataba de mi vida real, y no sabía cómo sentirme al respecto. Desconcertada, sí, esa era una buena palabra.

—¿Quieres conocerle? —le dije a Ruby.

—No. Me reservo mi opinión. Si le conozco, perderé la imparcialidad. Es muy atractivo, la verdad.

Ruby le repasó con la mirada, deteniéndose en sus piernas más tiempo del necesario. Le encantaban los muslos masculinos formados; los jugadores de fútbol la volvían loca. Algo raro para una poetisa, pero nadie encaja en los prototipos.

Ruby continuó devorándole con los ojos, como si se tratara de un trozo de carne expuesto en el mercado.

—No te divorcies de él, anda —me dijo con una sonrisilla.

—Suenas muy imparcial, sí. Hasta luego.

Me tomó del brazo.

—Espera. Si volvéis juntos, ¿seguirás trabajando para mí?

—Claro, e incluso procuraré llegar a tiempo más a menudo. Buenas noches, Ruby.

David me esperaba en la acera, con las manos metidas en los bolsillos de los *jeans*. Contemplarle era como estar al borde de un precipicio. Escuchaba la voz

de la conciencia que me decía que mandara a tomar viento todo aquello; que mejor echara a volar por mi cuenta, porque si no, la caída sería terrible. Dios... ¿En qué punto exactamente una sabe si se está volviendo loca?

—Evelyn.

El tiempo se detuvo. Si alguna vez se enteraba de lo que me provocaba cuando pronunciaba así mi nombre, estaba completamente perdida. Le había echado tanto de menos, sentía que había recuperado una parte de mí. Pero ahora que había vuelto ya no sabía cuál era nuestra relación. Ni siquiera si podíamos mantener una.

—Hola —le dije.

—Se te ve cansada. Muy guapa, como siempre, pero...

—He tenido un día muy ajetreado.

—¿Aquí es donde trabajas?

—Sí.

La cafetería se había quedado vacía y en silencio. Los neones multicolores de publicidad se reflejaban en las ventanas. Las luces de la calle iluminaron nuestros rostros.

—Qué buena pinta —dijo, admirando el local—. Escucha, no tenemos por qué hablar ahora mismo, solo quiero acompañarte a casa, si me dejas.

Me crucé de brazos.

—No hace falta —dije.

—Escucha... No es ninguna molestia. Deja que te acompañe, Ev, por favor.

Asentí e inicié el camino llena de dudas. Él me seguía al lado. ¿Sobre qué podíamos hablar? Todos los temas me parecían peliagudos, era como un pozo lleno de estacas a cada esquina. Él seguía mirándome, abriendo la boca y cerrándola, como si no se atreviera a hablar. La situación era muy incómoda para los dos. Yo no era capaz de sacar el tema de Los Ángeles, así que hablar de la noche anterior parecía una buena opción. ¡Oh, un momento! No, no lo era. No era inteligente hablar sobre el sexo en aquel callejón.

—¿Qué tal el día, además de ajetreado? —se anticipó él.

¿Por qué no se me podía haber ocurrido algo tan inocente como eso?

—Oh, fenomenal. Una pareja de muchachas vino con un montón de cosas para que se las firmaras. Unos jóvenes me pidieron que te pasara una canción que grabaron con su grupo de *garage-reagge-blues*. Ah, y un guaperas de la universidad vino para darme su número de teléfono porque cree que podemos pasar un rato divertido de vez en cuando.

—Mierda. ¿Te pasa a menudo?

Debería haber cerrado la boca.

—No pasa nada, David. Le dije que estaba ocupada y ya está. Asunto arreglado.

—Qué menos.

Se tocó la mandíbula y me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Intentas ponerme celoso?

—No. Solo te he contado lo que me sucede, simplemente. No quería complicar las cosas.

—Pues me has puesto celoso.

Le observé sorprendida, y no sé por qué. La noche anterior me había dejado claro que no estaba con nadie, pero saber que no era la única que sufría de mal de amores, que pensaba en saltar de un precipicio... sentaba tan bien.

—Vamos —dijo, aminorando la marcha. Se detuvo en la esquina y esperó a que se despejara el tráfico—. ¿Sabes? Quizá le pida a Sam que venga a escoltarte. No quiero que nadie te moleste mientras trabajas.

—Sam me cae muy bien, pero se puede quedar donde está. La gente normal no lleva guardaespaldas al trabajo.

Arrugó la frente, pero no dijo nada. Cruzamos la carretera. Portland es muy bonita: está llena de cafeterías, cervecerías y el centro es muy animado. Chúpate esa, Los Ángeles.

—¿Y tú, qué has hecho hoy? —pregunté, demostrando mi creatividad elaborando conversaciones.

—Visité la ciudad y paseé por ahí. No puedo hacer turismo a menudo. —Me tomó del brazo—. Por aquí, a la izquierda.

Me estaba desviando de mi camino habitual.

—¿Adónde vamos?

—Confía en mí, necesito recoger algo.

Me llevó a una *pizzería* a la que iba a veces con Lauren.

—Sé que lo único que comerías ahora es *pizza*. Le han echado todas las verduras que he pedido, así que espero que te guste.

El lugar no estaba muy lleno porque era temprano aún. Se oía a los Beatles en la gramola. Me quedé en el umbral de la puerta, sin querer seguir adelante. El hombre le hizo un gesto con la cabeza y sacó su pedido del horno. David le dio las gracias y se dirigió hacia mí.

—No tenías por qué hacerlo —le dije.

—Es solo *pizza*, Ev. Tranquila, no voy a pedirte que la compartas conmigo. ¿Cómo se llega a tu casa desde aquí?

—Por la izquierda.

Pasamos en silencio por delante de otro bloque de pisos, con David llevando la caja de *pizza* en una sola mano.

—No pongas esa cara —me reprendió—. Cuando te recogí anoche estabas más delgada, has perdido mucho peso.

Me encogí de hombros. No quería recordar cómo me tocaba, me levantaba, mis piernas en torno a su cuerpo, lo mucho que le había echado de menos, el sonido de su voz cuando...

—Me gustabas más antes, la verdad —dijo—. Me encantan tus curvas, así que he pensado en otro plan: vas a atiborrarte de *pizzas* de quince quesos hasta que los recuperes.

—Lo primero que me viene a la cabeza es decir algo mordaz: mi cuerpo no es asunto tuyo.

—Menos mal que te lo has pensado dos veces, ¿eh? Sobre todo porque me lo entregaste anoche.

Su mirada malvada se encontró con la mía.

—Escucha, no quiero que pierdas peso y caigas enferma, eso es todo. Olvídalo todo y deja de mirar así a la *pizza*.

—Deja de darme órdenes.

Dejó escapar una carcajada.

—¿Te sientes mejor por decir eso? —bromeó.

—Sí.

Le sonreí con maldad. Todo era más fácil con él al lado. Pero no debía acostumbrarme. ¿Y si me engañaba de nuevo? La verdad era que le quería a mi lado con tantas fuerzas que me dolía.

—Bah... —se aclaró la garganta y lo volvió a intentar sin las palabras que le habrían hecho ganarse un puñetazo—. ¿Amigos? ¿Volvemos a ser amigos?

—No lo sé.

Sacudió la cabeza e insistió.

—Somos amigos. Ev, estás triste, cansada y has perdido mucho peso, y odio ser el culpable. Pero voy a solucionarlo todo contigo, poco a poco, tan solo dame un margen de maniobra. Prometo que no te agobiaré mucho.

—Ya no confío en ti, David.

—Lo sé. Y cuando quieras hablaremos de ello.

Tragué saliva a pesar del nudo en la garganta.

—Solo cuando estés lista. Vamos, te llevaré a casa para que cenes antes de que se enfríe.

Recorrimos el resto del camino en silencio. David me dirigía pequeñas sonrisas de vez en cuando y me sentaban de maravilla.

Subió por las escaleras detrás de mí sin molestarse en mirar a su alrededor. Se me había olvidado que ya había estado allí la noche anterior para sacarle a Lauren mi paradero.

Abrí la puerta del apartamento y me asomé para echar un vistazo, todavía con el recuerdo de haber pillado a Lauren y a mi hermano en pleno asunto la semana pasada. Vivir con ellos no iba a funcionar a largo plazo. Creo que todos necesitamos nuestro propio espacio.

El mes pasado, sin embargo, fue bueno, tanto para Nate como para mí. Nos concedió la oportunidad de hablar, nos habíamos acercado más que nunca. Adoraba su trabajo en el taller, era feliz y se había establecido. Lauren tenía razón, estaba cambiado. Mi hermano al fin se planteaba qué quería y a qué lugar pertenecía, así que ¿por qué yo no podía hacer lo mismo?

Se escuchaba música *rock*. Nate y Lauren estaban bailando en mitad del salón como algo improvisado, obviamente, a la vista del uniforme grasiento que mi hermano llevaba todavía. A Lauren parecía no importarle y se mantenía pegada a él, mirándole a los ojos.

Me aclaré la garganta para anunciar nuestra llegada y crucé el umbral del salón.

Nate me miró y sonrió, pero entonces vio a David. Se puso rojo de furia y le cambió la expresión. Creo que la temperatura de la habitación cayó en picado.

—Nate, por favor... —le calmé, sosteniéndole cuando se lanzó hacia David.

—Mierda. ¡No! —Lauren corrió para detenerle.

El puño de Nate se encontró con la cara de David y la *pizza* salió volando. David retrocedió con la nariz llena de sangre.

—¡Maldito cabrón! —exclamó mi hermano.

Salté en la espalda de Nate, intentando tumbarle. Lauren le agarró del brazo y David se quedó parado. Solo se cubrió la cara ensangrentada pero no hizo nada para protegerse de más golpes.

—¡Voy a matarte por haberle hecho daño! —rugió Nate.

David le miró sin más, con un gesto de resignación.

—¡Para ya, Nate!

—¿Qué hace este tipo en tu casa? —me preguntó Nate, incrédulo—. ¿Me estás vacilando?

Entonces se dio cuenta de que Lauren le tiraba del brazo.

—¿Qué haces? —Nate intentó liberarse de ella.

—Esto queda entre ellos, Nate —dijo Lauren.

—¿Cómo? ¡No! Ya has visto lo que le hizo, sabes por todo lo que ha pasado mi hermana este último mes.

—Necesitas relajarte, vamos. Ella no quiere nada de esto. Por favor, cariño, no es asunto tuyo. Déjalos.

Nate retrocedió despacio y los hombros volvieron a su lugar, se le relajaron los músculos. Yo también le solté, aunque había servido de poco. A mi hermano se le daban bastante bien los arrebatos de cólera. David tenía gotas de sangre entre los dedos.

—Mierda, ven. —Le tomé del brazo y lo llevé hasta el cuarto de baño.

Se inclinó sobre el lavabo, maldiciendo en voz baja. Le ofrecí un puñado de papel higiénico y se lo metió en las fosas nasales.

—¿Está rota? —le pregunté.

—No lo sé.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada.

Comenzó a sonar su teléfono en el bolsillo de sus pantalones.

—Yo te lo doy.

Lo saqué con cuidado y cuando vi el nombre en la pantalla me quedé helada. El universo tenía que estar gastándose una broma. El mismo sentimiento que cuando me partió el corazón creció en mi interior: pura rabia. Pero ahora podía sentir la anestesia expandiéndose por mis venas. Y así le pasé el teléfono.

—Es ella —le dije, impasible.

Se le veía mal la nariz, pero no estaba rota. La violencia no iba a ayudar, daba igual la furia que sintiera.

Miró la pantalla y luego me miró a mí.

—Ev, escucha, yo...

—Sal de aquí —le interrumpí—. Quiero que te vayas.

—No he vuelto a hablar con Marta desde aquella noche, no tengo nada que ver con ella. Créeme.

Negué con la cabeza, sin palabras.

El teléfono no paraba de sonar, me taladraba los oídos con un eco infernal en el cuarto de baño. Me provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

—Responde antes de que lo rompa.

El teléfono seguía pitando en medio de nosotros dos, como una presencia

que reclamaba atención.

—Deja que te lo explique —dijo, impaciente—. Te prometo que todo se acabó.

—Entonces ¿por qué te llama?

—No lo sé, por eso no voy a responder. No he hablado con ella desde que la despedí. Tienes que creerme.

—Ya. Pero no puedo. ¿Por qué debería?

Me dirigió una mirada de dolor. Nos miramos el uno al otro: teníamos muy claro que no iba a funcionar. Jamás funcionaría. Siempre me ocultaba algún secreto o me mentía, y yo me quedaría mirando la escena desde fuera.

No había cambiado nada, me había vuelto a romper el corazón, y me sorprendía que quedara algo que romper.

—Vete.

Salió sin mediar palabra.

CAPÍTULO 19

David y yo no volvimos a hablar desde aquella noche, pero cada tarde me esperaba a la salida del trabajo y me observaba desde la acera de enfrente con su gorra de béisbol, dispuesto a acompañarme hasta casa. Me molestaba, pero no me sentía amenazada.

Pasé de él tres días en los que me siguió hasta casa. Cambió los *jeans* negros por unos azules, y las botas por zapatillas. Hasta de lejos se le notaban los moretones en la nariz y el labio superior. Los *paparazzi* aún no habían entrado en acción, aunque alguien me preguntó un día si David Ferris estaba en la ciudad; que creía haberlo reconocido, pero no estaba seguro. Probablemente sus días paseándose libremente por Portland estuvieran llegando a su fin. Me preguntaba si él era consciente de ello.

Cuando le prestaba algo de atención, daba un paso adelante y se detenía frente a mí. Cierta día pasó un camión entre los dos casi sin darnos cuenta. Una locura. ¿Cómo podía seguir ahí? ¿Por qué no había regresado con Marta? Era imposible pasar página con él siempre presente.

Crucé la carretera cuando los automóviles se pararon en el siguiente semáforo y me lo encontré apoyado en la pared de enfrente.

—David, por Dios... ¿Qué haces aquí?

Metió las manos en los bolsillos y miró alrededor, avergonzado.

—Acompañarte a casa, como cada día.

—¿En esto consiste tu vida ahora?

—Eso parece.

—¿Por qué no vuelves a Los Ángeles?

Sus ojos azules me observaron con cautela y tardó unos instantes en contestar.

—Porque... mi esposa vive en Portland.

Se me desbocó el corazón. La sencillez de la frase y la sinceridad de su

mirada me pillaron con la guardia baja. No era tan inmune a él como deseaba.

—No podemos seguir haciendo esto —le dije, rendida.

—¿Nos vamos a dar una vuelta, Ev?

Asentí.

Caminamos. Ninguno de los dos se apresuró, íbamos mirando tiendas, restaurantes y buscando bares para la noche. Tenía la impresión de que si dejábamos de andar comenzaríamos a hablar, así que vagar por las calles me sentaba de maravilla. Las noches de verano traían un gran número de gente por la calle. Todo se animaba de una manera increíble.

A mitad camino encontramos un *pub* irlandés en una esquina. Se oía la música desde el exterior, una canción antigua de los White Stripes. Sin sacar las manos de los bolsillos, señaló con un codo al interior del establecimiento.

—¿Te apetece tomar algo?

—De acuerdo.

Fuimos directos a la mesa del fondo, lejos de las aglomeraciones de gente recién salida del trabajo. Pidió dos pintas de Guinness y nos las bebimos en silencio. David se quitó la gorra y la dejó sobre la mesa. Dios, cómo tenía la cara. Ahora se la podía ver mejor y parecía un oso panda, con los dos ojos negros.

Nos quedamos mirándonos en una especie de trance. Ninguno de los dos hablaba. Su forma de mirarme, como si le hubiera hecho daño también... No podía soportarlo. Sacar a la luz el desastre de nuestra relación no iba a ayudarnos a ninguno de los dos. Era hora de trazar un nuevo plan. Teníamos que despejar el ambiente y volver a nuestras respectivas vidas. Se acabó el dolor y los corazones rotos. Definitivamente.

—¿Qué me querías contar sobre ella? —me adelanté decidida, y me preparé para lo peor.

—Tenías razón. Marta y yo salimos juntos durante mucho tiempo, y como probablemente ya sabrás, ella fue la que me engañó. Es la persona sobre la que hablamos.

Asentí.

—Formamos el grupo cuando yo tenía catorce años: Mal, Jimmy y yo. Ben se unió al año siguiente y entonces conocí a su hermana, Marta. Eran como de mi familia. Lo siguen siendo. Ni siquiera cuando todo se torció fui capaz de darle la espalda...

—Pero la besaste aquella noche.

—No, ella me besó a mí. Marta y yo terminamos hace tiempo.

—Pues parece que a ella no le ha quedado claro, porque te sigue llamando.

—Se ha mudado a Nueva York, ya no trabaja para el grupo. No sé por qué me llamó, no le he devuelto la llamada.

Asentí, ligeramente aliviada. Nuestros problemas no se iban a solucionar tan rápido.

—¿Y tu corazón asimila que habéis terminado? Bueno, tu cabeza, porque el corazón no es más que otro músculo. Es absurdo atribuirle la toma de decisiones.

—Marta y yo lo dejamos hace mucho tiempo, te lo prometo.

—Aunque fuera cierto, eso no me convierte en un premio de consolación, en tu intento de retomar una vida normal.

—No, Ev. No es así.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunté inquisitiva. Le di un buen sorbo a la cerveza para calmar los nervios—. Te he estado esperando durante un mes, y pensaba que jamás volverías. Sabía que se había acabado todo, porque si lo nuestro hubiera sido tan importante para ti, habrías hablado, ¿no crees? Sabías que yo estaba enamorada de ti, así que podrías haber acabado con esta tortura mucho antes, ¿verdad?

No contestó.

—No eres más que secretos y mentiras, David. Te pregunté sobre el pendiente, ¿recuerdas?

Asintió.

—Y me mentiste.

—Sí, lo siento.

—¿Lo hiciste antes o después de nuestra regla de sinceridad? —dije con sarcasmo—. No lo puedo recordar, pero seguro que fue después de la regla de no engañarnos, seguro.

No debíamos estar hablando. Todos los pensamientos y las emociones que me inspiraba me invadieron demasiado rápido.

No se dignó a contestar.

—¿Cuál es la historia de los pendientes? —insistí.

—Se los compré con el primer cheque que cobré de la discográfica que nos contrató.

—Guau, y los dos los habéis llevado puestos todo este tiempo, incluso después de que ella te pusiera los cuernos... Es realmente encantador, de verdad...

—Fue con Jimmy —me cortó—. Me puso los cuernos con mi propio hermano.

Joder, eso no me lo esperaba. Esa información daba sentido a muchas cosas.

—Por eso te cabreó tanto verle con aquella fan, ¿no? Y hablando conmigo en la fiesta...

—Sí. Sé que todo eso sucedió hace mucho tiempo. Jimmy regresó a casa para aparecer en un programa de televisión. Entonces estábamos en mitad de una gira enorme, tocábamos por toda España. El segundo disco había alcanzado el *top ten*, nos estábamos abriendo un hueco...

—Y le perdonaste para que la banda no se separara.

—No exactamente, tan solo seguí adelante. Incluso por aquel entonces Jimmy bebía demasiado. Había cambiado.

Se humedeció los labios y continuó:

—Siento lo de aquella noche, Ev, mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Cuando entraste allí... Joder. Sé lo que pareció, y me odio a mí mismo por haberte mentado con lo del pendiente, por seguir llevándolo puesto en Monterrey.

Se llevó la mano a la oreja con dolor. Había una herida visible enrojecida en el lóbulo. No parecía un agujero que se pudiera cerrar fácilmente.

—¿Qué te has hecho ahí?

—Me lo corté con un cuchillo. La cicatriz de un pendiente tarda años en curarse, así que me hice un nuevo corte cuando te fuiste para que pudiera sanar.

—Oh.

—Esperé a venir a hablar contigo porque necesitaba tiempo. Cuando prometiste que no volverías... Fue muy duro de digerir.

—No me dejaste otra opción.

Se inclinó hacia mí.

—Eso no es verdad.

—Acababa de ver a mi marido besando a otra mujer, y no me diste ninguna explicación, además empezaste a gritar que te abandonaría. ¿Qué demonios pretendías que hiciera, David? Dímelo, porque he reconstruido la escena miles de veces en mi cabeza y siempre acaba igual: contigo cerrando la puerta detrás de mí.

—¡Mierda! —Se echó hacia atrás en su asiento—. Sabías que si te ibas me supondría un gran problema. Deberías haberte quedado conmigo, haberme dado la oportunidad de calmarme. Funcionó en Monterrey después de la pelea del bar. Podría hacerlo otra vez.

—El sexo duro no soluciona nada —dije—. A veces hay que hablar de verdad. Tener una conversación adulta.

—Ev, vamos, intenté hablar contigo la otra noche en la discoteca —dijo—, pero se ve que tenías otra cosa en la cabeza.

Sentí que la ira me consumía, pero no hablé. Cada vez conseguía enfadarme más.

—Mierda —dijo, abatido—. Oye, mira, la cosa es que necesitaba pensar en nosotros dos, ¿entiendes? Necesitaba pensar en si estar juntos sería lo correcto. De verdad, no quiero hacerte más daño.

Hacía un mes que me había dejado hundida en la miseria. Me daban ganas de darle las gracias de manera frívola o incluso de hacerle un corte de mangas, pero me contuve; era un tema demasiado serio.

—Oh, ¿de verdad estuviste pensando en nosotros? —Reí con sarcasmo—. Fenomenal. Me encantaría poder pensar en nosotros.

Paré de balbucear lo justo para beber más cerveza. Tenía la garganta seca como una lija. Se mantuvo totalmente en calma, observándome estallar de ira.

—Entonces se acabó. —Miré a todas partes menos a él—. ¿Eso es todo lo que querías decirme?

—No —sentenció muy serio.

—¿No? ¿Hay más? ¡Vaya!

—Sí.

—Dispara.

El momento perfecto para beber.

—Te quiero.

Derramé la cerveza sobre la mesa, por las manos entrelazadas.

—Mierda —dije, pensando en su frase más que en la cerveza.

—Voy a por servilletas.

Regresó al poco tiempo y me senté como una muñeca inútil mientras me limpiaba el brazo y luego la mesa. Con cuidado, me ayudó a levantarme y me sacó del bar.

El zumbido del tráfico y la brisa de la ciudad me despejó los sentidos. La calle me ofrecía espacio para pensar. Mis pies comenzaron a moverse, sabían que me había levantado. Las botas golpeaban el asfalto y marcaban la distancia entre él y yo, alejándome de lo que había dicho; como siempre, David me pisaba los talones.

Nos detuvimos en una esquina y pulsé el botón del semáforo.

—No vuelvas a decir eso —le advertí.

—Oh, vaya sorpresa. ¿Por qué coño iba a hacer esto, si no? Por supuesto que te quiero.

—Cállate —le espeté, dándole la vuelta y enfrentándome a él.

—Muy bien, no volveré a decirlo, pero deberíamos hablar más.

—Ev...

Mierda. La negociación no era mi punto fuerte, con él no servía de nada. Quería que se fuera, o al menos eso pensaba. Si se iba, podría dejar de lamentarme y de pensar en lo que habríamos podido ser. No tendría que pensar en el hecho de que ahora creía que me quería. Qué mierda emocional. Las glándulas lacrimales se volvieron locas. Di unas cuantas respiraciones profundas para intentar controlarme.

—En otro momento. No hace falta que sea hoy —dijo con una voz razonable y cordial. Pero no confiaba en él.

—Mejor —murmuré, reprimiendo un sollozo.

Cruzamos otro bloque más hasta que nos volvimos a parar ante otro semáforo en rojo, dejando la ocasión para una conversación. Sería mejor que él no abriera la boca, al menos no hasta que consiguiera recuperarme y pensar en una solución. Me estiré la falda y me atusé el pelo. El semáforo tardaba muchísimo en ponerse en verde. ¿Desde cuándo Portland se volvía contra mí? No era justo.

—Tú y yo no hemos terminado —dijo.

Sonaba tanto a amenaza como a promesa.

El primer mensaje llegó a medianoche y me pilló leyendo en la cama. O más bien intentándolo, porque dormir era imposible.

La universidad comenzaba pronto, pero me costaba recuperar el entusiasmo habitual. Albergaba el temor de que la duda que David había plantado con respecto a mi decisión de estudiar arquitectura se hubiera arraigado en mi cerebro. Me gustaba la carrera, pero tampoco me apasionaba. ¿Importaba tanto? Por desgracia, no tenía respuestas. Muchas excusas (algunas inútiles y otras válidas), pero ninguna respuesta.

Él probablemente diría que podía hacer lo que me diera la real gana. Pero yo también sabía perfectamente lo que mi padre diría, y no sería nada agradable.

Había evitado ver a mis padres desde que regresé, algo fácil de conseguir, teniendo en cuenta que no dejaba de darle vueltas a la charla que mi padre intentó darme el segundo día después de mi regreso. Desde entonces nuestra

relación se había enfriado. La verdadera sorpresa era que no me sorprendía. Nunca me había animado a hacer nada que no tuviera que ver directamente con «el plan». Así que no respondí a sus llamadas en Monterrey, por una razón: ya no podía seguir diciéndole lo que quería oír, y me parecía más seguro permanecer en silencio.

Nathan intermedió entre ellos y yo, y se lo agradecí, pero no podía seguir alargándolo más. Habíamos quedado para cenar la noche siguiente. Por eso supuse que el mensaje sería de mi madre, para que le confirmara mi asistencia, es decir, que no tenía intención de evitarlos, básicamente. A veces se quedaba despierta hasta tarde viendo películas en blanco y negro cuando las pastillas para dormir no le funcionaban.

Pero me equivoqué. No era ella.

DAVID: Me besó por sorpresa, por eso no la paré al momento. Pero yo no quería.

Me quedé mirando al teléfono, muy seria.

DAVID: ¿Estás ahí?

YO: Sí.

DAVID: Necesito saber si crees lo que te cuento.

¿Y ahora qué? Tomé una bocanada de aire profunda. Sentía frustración y mucha confusión, pero la verdadera ira ya se había apaciguado hacía mucho tiempo. No dudaba de que me decía la verdad.

YO: Te creo.

DAVID: Gracias. Quiero decirte algo más. ¿Me dejas?

YO: Sí.

DAVID: Mis padres se casaron por Jimmy. Mamá me abandonó cuando tenía doce años. Era alcohólica. Jimmy ha comprado su silencio, lleva estafándole durante años.

YO: ¡Dios mío!

DAVID: Sí. Tenemos abogados trabajando en ello.

YO: Me alegro.

DAVID: Le pagamos a mi padre la jubilación en Florida. Le he hablado de ti.

Quiere conocerte.

YO: ¿En serio? No sé qué decir...

DAVID: ¿Puedo subir?

YO: ¿Ahora? ¿Estás aquí?

No esperé su respuesta. De repente me daba igual todo: ir sin maquillar, mis pantalones de pijama, mi vieja camiseta desgastada, esa que había lavado tantas veces que el color ya era un recuerdo confuso... Tan solo necesitaba abrazarle.

Bajé las escaleras descalza con el teléfono móvil en la mano. Una sombra oscura se acercó a través del cristal congelado del portal. Abrí la puerta y lo vi sentado en un escalón.

Fuera, la noche era tranquila y silenciosa.

—Hola —dijo, y levantó la vista de la pantalla del teléfono.

El mío sonó otra vez:

DAVID: Quería darte las buenas noches.

—Acepto —le dije directamente, y lo miré sonriente—. Entra.

Sonrió tímidamente y me miró. Le mantuve la mirada. No pareció importarle mi estilo desaliñado para irme a la cama. De hecho, se le iluminó la sonrisa y se le llenó de calidez.

—¿Te ibas a dormir ya?

—Estoy leyendo. No puedo conciliar el sueño.

—¿Está tu hermano ahí?

Se levantó y me siguió por las escaleras. Sus zapatos resonaban con fuerza sobre la vieja madera del suelo. Me extrañó que no hubiera salido la señora Lucía a protestar al rellano cuando pasamos por su puerta. Era una de sus mayores aficiones.

—No. No está —dije, y cerré la puerta—. Lauren y él han salido.

Eché un vistazo al apartamento con interés. Como siempre, abarcaba todo el espacio. No sé cómo lo hacía, parecía un truco de magia. De alguna manera era más grande de lo que parecía, que no era poco. Sin ninguna prisa, su mirada vagó por la habitación, sobre todo en las paredes de color turquesa brillante (obra de Lauren) y en las estanterías de libros perfectamente apilados (obra mía).

—¿Esa es tu habitación? —preguntó, señalando a mi puerta con la cabeza.

—Ah, sí. Ahora está bastante desordenada, me temo.

Me adelanté a toda velocidad y me puse a recoger algunos libros y cosas esparcidas por el suelo. Debería haberle pedido que esperara cinco minutos antes de subir. Mi madre se habría quedado horrorizada. Desde que regresé de Los Ángeles había dejado que mi mundo cayera en picado en el caos, acorde a mi frágil condición mental, pero eso no significaba que David tuviera que verlo. Necesitaba una estrategia para retomar mi plan y ajustarme a él.

—Por lo general soy bastante ordenada, pero últimamente...

—No importa.

—Será solo un minuto —dije, mientras iba de un lado a otro.

—Eve —Me detuvo a mitad camino—. Me da igual. Solo necesito hablar contigo.

De repente un pensamiento terrible me asaltó la mente.

—¿Te vas? —pregunté, con la camiseta del trabajo sucia y arrugada en una mano.

Me apretó la muñeca con más fuerza.

—¿Quieres que me vaya?

—No. Me refiero a si te vas de Portland. ¿Para eso has venido, para despedirte?

—No.

—Oh —Suspiré aliviada.

Aunque se me había puesto el corazón en un puño, los pulmones liberaron algo de aire.

—¿Qué pasa? —dijo, pero al no recibir ninguna respuesta por mi parte, me apretó suavemente contra su cuerpo—. Hey...

Di un paso hacia él con reticencia, recogiendo la ropa sucia. Buscó más mi contacto: se sentó en mi cama y me atrajo hacia él. Me dejé caer sobre la cama de matrimonio, sin ningún tipo de delicadeza. La historia de mi vida. Una vez que consiguió su objetivo me soltó de la muñeca. Las manos me colgaban rendidas.

—Se te ha puesto una mirada muy rara cuando me has preguntado si me iba —dijo—. ¿Te importaría explicármelo?

—No has aparecido esta noche por la cafetería.

—Vine hasta tu apartamento y vi que la luz estaba encendida. Decidí enviarte un mensaje al móvil para ver en qué predisposición estabas después de nuestra última charla. Además, como te he dicho, aún hay cosas que quiero contarte.

—¿Sueles venir a mi apartamento?

Me dedicó una sonrisa cansada.

—Solo un par de veces —admitió cabizbajo—. Es mi forma de darte las buenas noches.

—¿Cómo has sabido qué ventana era la mía?

—La primera vez que vine a la ciudad y hablé con Lauren me fijé en que tenía la luz encendida en la de al lado, así que supuse que esta sería la tuya.

En lugar de mirarme, recorría curioso con la vista todas las fotos que tenía con mis amigos en la pared

—¿Te molesta que haya venido?

—No —contesté—. Creo que ya he dejado de enfadarme por muchas cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Dejó escapar un suspiro muy profundo y me miró sin decir nada. Aún tenía moretones bajo los ojos, aunque la hinchazón de la nariz se le había bajado.

—Siento mucho que Nate te pegara.

—Si yo fuera tu hermano, habría hecho exactamente lo mismo.

—¿Sí?

—Sin dudar.

La manía de los hombres por meterse en peleas era ilimitada.

Se hizo el silencio. No era precisamente incómodo, la verdad. Al menos no estábamos discutiendo ni pensando en romper otra vez. Ya pasó la época de sentirse inútil y enfadada.

—¿Podemos simplemente estar así, sin más? —le pedí.

—Claro. ¿Qué música tienes en tu teléfono?

Extendió la mano hacia mi iPhone y comenzó a rebuscar entre las canciones.

—¿Dónde están los auriculares? —me preguntó.

Me levanté y los saqué del desastre de mi escritorio. Los conectó y me pasó uno. Me senté a su lado, con mucha curiosidad por saber qué habría escogido. Cuando el ritmo roquero y pegadizo de *Jackson*, de Johnny Cash y June Carter, comenzó a sonar, le miré sorprendida. Poco a poco se puso a entonar la letra con una mueca. Estaba claro que nos habíamos casado por pura locura.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunté.

—De los dos.

—Entiendo.

—¿Qué más tienes?

Cash y Carter dejaron de sonar y siguió buscando canciones. Le observaba la

cara a la espera de una reacción a mis gustos musicales, pero solo contemplé un bostezo.

—No son tan malos —protesté.

—Lo siento, ha sido un día muy largo.

—David, si estás cansado no tenemos que...

—No, estoy bien, pero ¿te importa si me tumbo?

David en mi cama. Qué peligro. Bueno, técnicamente ya lo estaba, pero...

—Adelante —dije.

Comenzó a quitarse los zapatos.

—¿Lo dices por educación? —bromeó.

—No, en serio. Además, legalmente la mitad de la cama es tuya —dije con una sonrisa maliciosa. Me retiré el auricular antes de que sus movimientos lo hicieran—. ¿Qué has hecho hoy?

—Trabajar en el nuevo disco y resolver algunos asuntos.

Se estiró a lo largo con las manos detrás de la cabeza.

—¿Te tumbas conmigo? —dijo, contento—. Si no, no podremos escuchar la misma música.

Me arrastré por las sábanas y llegué a su lado. Me moví un par de veces para conseguir una postura cómoda. Al fin y al cabo, la cama era mía, y él era el primer hombre que la visitaba. El ligero aroma de su fragancia me inundó, tan limpio y cálido, tan suyo. De repente me vieron a la cabeza recuerdos, y por primera vez no iban de la mano del dolor. De todos modos, me aseguré por si acaso, pero estaba en lo cierto: no, ya no me enfadaba. Teníamos nuestros problemas, pero no creía que me hubiera engañado, y saberlo me calmaba mucho.

—Toma. —Me devolvió el auricular y comenzó a jugar con el teléfono de nuevo.

—¿Cómo está Jimmy?

Me volví hacia él, necesitaba mirarle a la cara. Observaba el perfil de la nariz y la mandíbula, la curva de los labios. ¿Cuántas veces le habría besado? No las suficientes.

—Le va mucho mejor, se está recuperando bastante bien.

—Me alegro mucho.

—Al menos afronta sus problemas de una vez. Por lo que me han dicho, nuestra madre es un maldito desastre, pero eso ha sido siempre así. Nos llevaba al parque para poder emborracharse, y aparecía en las funciones del colegio y en las reuniones de padres hasta arriba de todo.

No dije ni una palabra para que pudiera desahogarse. Lo mejor que podía hacer por él era estar allí y escucharle. El dolor y el resentimiento de su voz me partían el corazón. Mis padres tenían sus discusiones también, pero nada parecido a eso. La infancia de David había sido terrible. Si tuviera a la madre delante, le habría abofeteado. Sin duda.

—Mi padre no le hizo caso durante muchos años —prosiguió—. Como era conductor de camiones de larga distancia, podía hacerlo, porque pasaba fuera la mayor parte del tiempo. Jimmy y yo éramos los que teníamos que tragarnos su mierda. La de veces que hemos vuelto del colegio y nos la hemos encontrado balbuceando o inconsciente en el sofá... Nunca había comida en casa porque se gastaba el dinero en pastillas. Un día entramos y vimos que había desaparecido con la tele. Esa fue la última vez que supimos de ella. Ni siquiera dejó una nota. Y ahora ha regresado y lleva mucho tiempo atormentando a Jimmy. Me saca de mis casillas.

—Habrá sido muy duro para ti saber de ella a través de Jimmy.

—Él no tendría que haber tratado con ella por su cuenta. Me dijo que lo hizo para protegerme, así que parece que mi hermano mayor no es tan capullo y egoísta, al fin y al cabo.

—David...

—Dime.

—Gracias por mandarme el mensaje.

—De nada. ¿Qué te apetece escuchar?

El súbito cambio de tema me dio a entender que no quería seguir hablando sobre su familia. Volvió a bostezar.

—Lo siento —se disculpó.

—*Saint John*.

Asintió y buscó la única canción que tenía de Stage Dive. Comenzó a escucharse el sonido de una guitarra poco a poco. Dejó el teléfono móvil sobre el pecho y cerró los ojos. Un hombre y una mujer comenzaron a cantar. El rostro de David se veía relajado, en paz. Pensé que se había quedado dormido, pero me miró al terminar la canción.

—Muy buena. Un poco triste, eso sí —admitió.

—¿No crees que se quedan juntos al final?

Volvió la cara hacia mí, tan solo nos separaba un palmo. Me devolvió el teléfono con una mirada de curiosidad.

—Ponme otra canción que te guste —dijo lentamente.

Me puse a buscar en la lista de reproducción.

—Ah, se me ha olvidado contarte que alguien dijo hoy en la cafetería que te había visto por la calle. A lo mejor el anonimato aquí está llegando a su fin, ¿no crees?

Suspiró.

—Bueno, iba a pasar tarde o temprano. Tendrán que acostumbrarse a mi presencia.

—¿Eso es que no te vas a ir?

—No.

Me miró y supe que en ese momento me leyó la mente: mis miedos, mis sueños y todas las esperanzas que me esforzaba por mantener ocultas incluso para mí... Ya no podía ocultarle nada.

—¿Te parece bien? —dijo.

—Sí.

—Me preguntaste si yo podría considerar llevar una vida normal. Necesito que comprendas que no es exactamente así. Estar contigo, lo que siento hacia ti, me hace poner los pies en la tierra, pero porque me hace cuestionarme absolutamente todo. Me hace querer mejorar las cosas y ser mejor persona. No puedo huir de los problemas o ponerte excusas, porque no funcionará. Ninguno de los dos es feliz cuando las cosas van así, Ev, y lo único que quiero es que tú lo seas... ¿Entiendes?

—Supongo —susurré.

En aquel momento le quería tanto que me desbordó.

Volvió a bostezar.

—Joder, perdona, estoy agotado. ¿Te importa si cierro los ojos cinco minutos?

—No.

Lo hizo.

—¿Pones otra canción?

—Voy.

Escogí *Revelator*, de Gillian Welch, la canción más relajante que pude encontrar. Se quedó dormido a mitad canción. Observé cómo se le relajaban las facciones y se ralentizaba su respiración.

Retiré los auriculares con cuidado y aparté el teléfono móvil. Encendí la lamparita de noche y apagué la luz del techo. También cerré la puerta para que Nate y Lauren no le despertaran al llegar. Después me tumbé a su lado y me quedé mirándolo. Ardía en deseos de acariciarle el rostro o los tatuajes, pero no quería despertarle. Necesitaba descansar.

Cuando me desperté por la mañana, había desaparecido. La decepción me golpeó con un sabor amargo. Había pasado la mejor noche de descanso desde hacía semanas, o meses, sin sufrir la tensión ni las pesadillas que formaban parte de mi rutina nocturna.

¿Cuándo se marchó?

Al incorporarme, algo crujió en la cama: una nota. Había arrancado una hoja de uno de mis cuadernos. El mensaje era breve pero hermoso: «No me voy a ir de Portland».

CAPÍTULO 20

Creo que habría preferido encontrarme a Genghis Khan frente al mostrador antes que a Marta, aunque la verdad es que era difícil decantarse entre una horda de mongoles o ella, porque ambos eran terribles a su manera.

La afluencia de gente que vino a la hora de almorzar había pasado y ahora solo estaban los clientes que venían a beber café con los amigos. Fue un día muy ajetreado y Ruby estuvo distraída y traspapeló pedidos. No era propio de ella. Le pedí que se sentara en una mesa a beber té, y después volvimos a estar ocupadas. Cuando le pregunté qué le pasaba, me echó con la mano.

Y en ese momento apareció Marta.

—Tenemos que hablar.

Llevaba el pelo recogido en una coleta y muy poco maquillaje. No desprendía nada de la elegancia de Los Ángeles. Si tuviera que describirla de alguna manera, diría que estaba sombría, resignada. Seguía teniendo el toque Marta de cualquier manera. Pero ¿qué demonios hacía aquí?

—Ruby, ¿te importa si me tomo el descanso ahora?

Jo había salido a reponer las estanterías. Ella acababa de volver de su descanso y me dejaba paso al mío. Ruby asintió y lanzó a Marta una mirada asesina discreta. No sabía lo que le ocurría, pero mi jefa era una buena persona, independientemente de todo. Sabía reconocer a un monstruo marino devorahombres cuando lo veía.

Marta salió a la calle con la cabeza erguida y la seguí. Era un día de verano perfecto, con el cielo azul y despejado. Habría preferido que la naturaleza le hubiera regalado un temporal de lluvia en lo alto de su cabeza, pero no pudo ser.

Eché un vistazo a un banco y se sentó en él.

—Jimmy me ha llamado.

Me senté también, pero algo distante de ella. Y continuó:

—Se ve que tiene que pedir perdón a la gente como parte de su proceso de

desintoxicación, aunque no se disculpó precisamente. Me sugirió que yo volviera a Portland y solucionara lo que había provocado entre David y tú.

Se irguió con decisión, sin mirarme a los ojos.

—Las cosas no van bien entre Ben y David —siguió—, y quiero a mi hermano. No quiero que se pelee con David por mi culpa.

—¿Y qué pretendes que haga yo, Marta?

—Por mí, nada. Solo quiero que me escuches. Siempre he pensado que podría recuperarle cuando quisiera. Nunca se fue con otras, siempre volvía a mí, así que me confié. Yo era su único amor, independientemente de lo que hiciera. No dejó de tocar canciones sobre mí noche tras noche, de llevar nuestros pendientes a pesar de que pasaban los años...

No estaba segura de querer seguir esa conversación, pero me aferré a las palabras. Necesitaba comprender toda la situación.

—Los artistas son muy sentimentales —maticé.

Se rió con un tono de burla.

—No tiene por qué significar nada. Por aquel entonces pensaba que se había acostumbrado a mí, que no le importaba una mierda. Desde luego, jamás recorrió varias ciudades para adaptarse a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Ha escrito un nuevo disco, Ev. Dicen que las canciones son increíbles, que es lo mejor que ha hecho jamás. Lo lógico es que estuviera en el estudio dándoles forma, haciendo lo que le gusta... Sin embargo está aquí, grabándolas en un local situado unas calles más allá, porque estar cerca de ti le importa mucho más. Ha vendido la casa de Monterrey y se ha comprado otra aquí. Yo esperé años a que volviera, a que pudiera sacar tiempo para mí, pero contigo ha reorganizado toda su agenda en un abrir y cerrar de ojos.

—No sabía nada —contesté casi en un murmullo, asombrada.

—Toda la banda está aquí. Están grabando en un sitio llamado Bent Basement.

—Me suena.

—Si eres tan estúpida como para dejarle ir, te mereces pasarlo mal mucho tiempo —dijo y me miró como si hubiera pasado por esa experiencia de primera mano—. Bueno. Eso es todo lo que tenía que decirte.

Después se levantó y desapareció entre la multitud como si nunca hubiera estado sentada a mi lado.

Así que David estaba grabando en Portland. Me dijo que estaba trabajando en el nuevo disco, pero nunca imaginé que se refiriera a grabar aquí,

literalmente. A comprarse una casa.

Dios mío.

Me levanté y caminé en dirección contraria a Marta. Paseé sin rumbo, intentando recapacitar sobre lo que hacía, dándole a mi cerebro un momento para reaccionar. Después lo di por perdido y corrí, esquivando a los peatones y las mesas de las cafeterías, automóviles y a todo lo que se interpusiera en mi camino. Mis botas Doc Martens me llevaban cada vez más lejos y más rápido.

Encontré el Bent Basement un par de manzanas más abajo, entre una cervecería y una tienda de ropa. La modesta puerta verde estaba abierta. En los altavoces sonaba un todopoderoso solo de guitarra eléctrica, por las habitaciones pintadas de color oscuro. Vi a Sam sentado en el sofá, leyendo una revista. Por primera vez no llevaba puesto el traje negro, sino unos pantalones sueltos y una camisa hawaiana de mangas cortas.

—¡Señora Ferris! —me saludó, sonriente.

—Hola, Sam —contesté jadeando, intentando recuperar el aliento—. Qué bien te veo.

Me guiñó un ojo.

—El señor Ferris está en las cabinas de sonido ahora mismo. Si entra por esa puerta, podrá observar la grabación.

—Gracias, Sam. Me alegro de verte de nuevo.

La gruesa puerta llevaba hasta la mesa de sonido. Un hombre que no conocía la manejaba con unos auriculares puestos. El dispositivo era mucho más avanzado que el de Monterrey. Vi a David tocar la guitarra con los ojos cerrados a través de la ventana, inmerso en la música. Él también llevaba auriculares.

—Hola —dijo Jimmy en voz baja.

No me había dado cuenta de que los otros miembros del grupo estaban detrás de mí, esperando su turno.

—Hola, Jimmy.

Me dirigió una sonrisa forzada.

—Me alegra verte por aquí —me dijo.

—Gracias.

No sabía cómo proceder respecto a la desintoxicación. ¿Debería preguntarle por su salud o evitar el tema?

—Y... gracias por llamar a Marta —añadí.

—Fue a hablar contigo, ¿no? Me alegro. Es lo mínimo que podía hacer. Y

lamento nuestros encuentros previos, Ev. No estaba donde tenía que estar. Espero que podamos dejar todo eso atrás.

Una vez limpio de las drogas, el parecido con David era mucho más pronunciado, pero sus ojos azules y su sonrisa eran distintas. No me provocaba el mismo sentimiento que mi marido. Nadie podría hacerlo, ni de aquí a cincuenta años. Por primera vez podía admitirlo, e incluso me sentaba bien.

Jimmy esperó pacientemente a que yo dijera algo. Al ver que no respondí, continuó hablando.

—Nunca había tenido una cuñada.

—Ni yo un cuñado.

—¿Ah, no? Pues los cuñados resultamos muy útiles para todo tipo de cosas, ya verás.

Sonreí y él me devolvió la sonrisa, mucho más relajada esta vez.

Ben estaba sentado en la esquina de un sofá de cuero negro, hablando con Mal, que me saludó con un gesto de la cabeza. Se lo devolví. Ben me dirigió una mirada algo tensa. A pesar de lo grande e imponente que resultaba, hoy parecía tener más miedo de mí que yo de él. Le saludé y me devolvió el saludo con una sonrisa. Después de hablar con Marta, podía entender un poco mejor por qué actuó así aquella noche. Nunca seríamos grandes amigos, pero nos llevaríamos bien por David.

El solo de guitarra se detuvo. Me di la vuelta y vi a David mirándome mientras se quitaba los auriculares. Se descolgó la guitarra y se dirigió hacia la puerta.

—Hola. ¿Todo bien?

—Sí. ¿Podemos hablar?

—Claro —contestó, entrando en la cabina y dejándome paso—. Será solo un momento, Jack.

El hombre a los controles asintió y toqueteó unos botones. Apagó los micrófonos, supongo. No parecía muy molesto por la interrupción. Había instrumentos y micrófonos por todas partes, el lugar era un caos organizado. Fuimos a la esquina, lejos de la vista de los demás.

—Marta ha venido a verme.

David estaba de pie frente a mí, bloqueando todo lo demás. Apoyé la espalda contra la pared y le miré, todavía intentando recuperar el aliento. Mi corazón se había intentado ralentizar desde la carrera, pero ahora, con él cara a cara, había vuelto a acelerarse.

—¿Marta?

—No te preocupes, no pasa nada. Me sorprendió, quería arreglar las cosas. Fue muy amable.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotras dos. Sobre vosotros dos y sobre nosotros dos. Me hizo reflexionar sobre algunas cosas. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

Se le abrieron los ojos de sorpresa.

—No. ¿Quieres hacer algo?

—Sí —contesté—. Te he echado de menos esta mañana cuando he visto que habías desaparecido. Te eché mucho de menos el mes pasado, creo que no te lo he dicho nunca.

Respiró con dificultad.

—No... no me lo has dicho. Yo también te he echado de menos. Lo siento, no pude quedarme esta mañana.

—Otra vez será.

—Claro que sí.

—Te prometo que teníamos que empezar a trabajar temprano. Si no, me habría despertado a tu lado. Nada me apetecía más en ese momento. Pero, viste la nota, ¿no?

—Sí, pero no me dijiste que estabais grabando aquí.

—Teníamos otras cosas más importantes de las que hablar, pensé que podía esperar.

—Sí, tienes razón.

Me quedé mirando a la pared intentando poner en orden mis pensamientos.

—Ev, entonces ¿esta noche...?

—Voy a cenar con mis padres. Yo...

—¿Estoy invitado?

Asentí.

—Muy bien. Estupendo.

—¿Te has comprado una casa en Portland?

—Un apartamento de tres dormitorios un par de manzanas más abajo. Lo busqué cerca de tu trabajo y no muy lejos de la facultad... por si acaso. ¿Quieres verlo?

—Guau —contesté. Cambié de tema para evitar emocionarme demasiado—. Ah, veo muy bien a Jimmy.

Sonrió y me rodeó la cabeza con las manos.

—Sí, le va muy bien. A todos nos ha venido bien este cambio de aires. Se ve que no era el único que deseaba romper con toda la mierda de Los Ángeles.

Estamos tocando mejor que en años, nos centramos de nuevo en lo importante.

—Eso es fantástico.

—¿Qué te ha dicho Marta, cariño?

—Hemos hablado sobre ti, sobre vosotros.

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—Supongo que aún intento sacar sentido de todo esto.

Asintió despacio y se inclinó hacia mí hasta que casi juntamos las narices. Adoraba la perfecta intimidad del momento, el sutil roce de su aliento en mi cara. Nunca dejé de necesitar sentirle cerca, por mucho que intentara negarlo. El amor y el mal de amores te vuelven increíblemente estúpida, incluso desesperada. Te dices cosas para intentar superarlo, pero solo se trata de eso.

—Muy bien. ¿Puedo ayudarte con algo más? —me dijo.

—No, solo quería comprobar que estabas aquí de verdad.

—Lo estoy.

—Sí.

—Eso no va a cambiar, Evelyn.

—Sí, ya lo entiendo. A veces puede costar asimilar estas cosas. No estaba segura después de todo lo que sucedió, ¿sabes? Pero aún te quiero. De verdad.

—Lo sé, cariño. ¿Cuándo vas a volver a mí?

—Ha sido todo muy duro, ¿sabes? La última vez que te separaste de mí me destrozó.

Asintió con tristeza.

—Creo que es lo peor que me ha pasado jamás —admitió.

—Tuve que irme, pero... en cierto modo deseaba herirte tanto como tú a mí. No quiero volver a ser vengativa nunca más.

—Te dije cosas terribles aquella noche. Los dos nos hicimos mucho daño. Tendremos que perdonarnos y dejarlo pasar.

—No habrás escrito una canción sobre ello, ¿no?

Apartó la vista.

—¡David, no! ¡No puedes! Aquella noche fue terrible.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto te molestaría exactamente? Vamos, Ev...

—¿En esa escala el uno es el divorcio?

Se acercó más a mí, apenas había espacio entre nosotros ahora. A este ritmo no iba a recuperar el aliento en la vida.

—No —contestó con la voz muy suave—. Ni siquiera te acuerdas de cuándo nos casamos, así que el divorcio, la anulación o lo que sea no existe. Nunca

sucedió. Le pedí a los abogados que estuvieran ocupados todo el mes mientras yo solucionaba las cosas. ¿Se me olvidó decírtelo?

—Sí, eso parece —contesté. No pude evitar sonreír—. Entonces, dime, ¿qué es el uno?

—El uno es esto: vivir separados y pasarlo mal sin el otro.

—Eso es horrible.

—Lo sé.

—¿Y esa canción es de las principales o vas a meterla por ahí y a esperar que nadie se dé cuenta? Será una cara b o algo así, ¿no? Fuera de la lista y oculta al final...

—Digamos que hemos hablado sobre elegir el nombre de una de las canciones para titular el nuevo disco.

—Una de ellas... ¿Cuánto de este nuevo disco que he escuchado va sobre nosotros?

—Ev, te quiero.

—David... —insistí.

Intenté mantener el tono enfadado, pero no funcionó. No tenía fuerzas para ser dura con él.

—¿Confías en mí? —dijo—. Necesito que vuelvas a hacerlo. No solamente en las canciones. Ver tanta preocupación en tus ojos continuamente me está matando.

—Lo sé. Poco a poco. Ya aprenderé a llevarme bien con las canciones, en serio. La música forma parte de ti y es un gran cumplido que sientas tanto por mí. Estaba bromeando.

—Lo sé. Y no todas hablan sobre corazones rotos.

—¿No?

—No.

—Qué bien, me alegro.

—Mmm...

Me humedecí los labios y siguió mi gesto con la mirada. Esperé a que se acortara la distancia entre ambos y me besara, pero no lo hizo, y yo tampoco. Por alguna razón era mejor no precipitar las cosas. Debía ser perfecto. Todo arreglado entre los dos, sin nadie en la habitación de al lado. Sin embargo, podría haberme pasado todo el día así, pegada a él, escuchando su voz, pero Ruby se estaría preguntando qué demonios me había pasado y además tenía que hacer un pequeño recado antes de regresar al trabajo

—Será mejor que vuelva a la cafetería.

—Vale. ¿A qué hora te recojo esta noche?

—¿A las siete?

—Perfecto —contestó, pero una sombra le oscureció el rostro—. ¿Crees que le gustaré a tus padres?

Tomé un respiro y lo solté, dándome la vuelta.

—No lo sé, pero me da igual. ¡A mí me encantas!

—¿Sí?

Asentí y salí por la puerta. Las rodillas me temblaban.

—¡Y eso es todo lo que importa! —exclamé por el pasillo.

CAPÍTULO 21

A mis padres no les gustó. La mayor parte de la comida no hicieron caso a David. Cada vez que lo ninguneaban descaradamente, yo abría la boca para protestar, pero él me pegaba una patada por debajo de la mesa y negaba con la cabeza. Yo echaba humo, la ira me consumía.

A partir de ahí las cosas se volvieron muy incómodas, aunque Lauren hizo todo lo posible por llenar los silencios. Sí, también fue.

David se había puesto una camisa gris larga con los puños abrochados. Cubría la mayoría de sus tatuajes. Su vestimenta «apta para padres» se completaba con unos *jeans* negros y unas botas negras lisas. Teniendo en cuenta que se habría negado a arreglarse para una sala de fiestas repleta de lo mejor de Hollywood, me impresionó. Incluso se había peinado al estilo James Dean. Por lo general, no me habría gustado en ningún otro hombre, pero David no era como el resto. Estaba increíblemente guapo, incluso con los moratones que ya iban desapareciendo bajo sus ojos. Y la gracia con la que se desenvolvía pese al nefasto comportamiento de mis padres reforzó mi fe en él. Mi acertada elección.

Pero volvamos a la conversación de la velada.

Lauren nos contaba al detalle todos sus planes y las clases del siguiente semestre. Mi padre asentía y escuchaba con atención, haciendo las preguntas pertinentes. Que su hijo estuviera enamorado de una muchacha así había hecho las delicias de mis padres. Ella llevaba muchos años formando parte de mi familia, así que no podían estar más encantados. Pero además había conseguido que mis padres miraran a su hijo de otra manera y percibieran los cambios que se habían dado en él. Cuando Lauren hablaba sobre el trabajo y las responsabilidades de Nate, la escuchaban de verdad,

David estaba al otro lado de la mesa, pero le echaba de menos. Teníamos tanto de qué hablar que no sabía por dónde empezar. ¿No habíamos hablado ya de la mayoría de ello? ¿Cuál era el problema, entonces? Tenía la extraña

sensación de que algo iba mal, de que algo se me escapaba. David se había mudado a Portland, todo iba bien... pero no era así. Las clases comenzarían pronto y la amenaza del «plan» pululaba sobre mi cabeza.

—¿Ev? ¿Algo va mal? —preguntó mi padre desde el extremo de la mesa, con preocupación en la cara.

—No, papá —contesté, con una sonrisa perfecta. No había mencionado lo de no atender a sus llamadas de teléfono. Sospeché que lo atribuiría a la ira de una hija con el corazón roto o algo así.

Mi padre me miró muy serio, primero a mí y luego a David.

—Evelyn comienza la facultad la semana que viene —indicó.

—Lo sé —contestó David cordialmente—. Me lo ha comentado ya, señor Thomas.

Mi padre observó a David por encima de las gafas.

—Sus estudios son muy importantes para ella.

Una punzada de pánico me recorrió la espalda.

—Papá, déjalo.

—Por supuesto, señor Thomas. Y no tengo ninguna intención de interrumpirlos.

—Bien.

Mi padre extendió las manos y las cruzó sobre la mesa, preparándose para soltar un discurso.

—La cosa es que las jóvenes, cuando se enamoran, tienen una tendencia horrible a no pensar con claridad.

—Papá...

Mi padre hizo un gesto con la mano para callarme.

—Desde que era pequeña soñaba con llegar a ser arquitecta.

—De acuerdo. Basta ya —dije en un tono más elevado.

—¿Qué pasará cuando estés de gira, David? —preguntó mi padre a pesar de mi conmoción—. Porque es algo que sucederá inevitablemente. ¿Esperas que lo deje todo para ir contigo?

—Eso dependerá de su hija, señor. Pero no pretendo hacerla elegir entre sus estudios y yo. Haga lo que haga, tendrá mi apoyo.

—Ella será arquitecta —contestó mi padre, tajante—. Esta relación ya le ha pasado factura. Cancelaron unas prácticas muy importantes cuando estalló toda esta tontería. Le ha costado caro.

Me eché hacia atrás y me levanté de la silla.

—Ya es suficiente.

Mi padre me dirigió la misma mirada que cuando conoció a David, hostil y de pocos amigos. De repente me miró como si no me reconociera.

—¡No permitiré que tires tu futuro por la borda por él!

—¿Por él?! —repuse. Estaba horrorizada por el tono de su voz. Llevaba toda la noche aguantándome la ira, no me extrañaba que apenas hubiera tocado la comida—. ¿Por la persona con la que habéis sido intolerablemente maleducados durante la última hora? David es la última persona en el mundo que me dejaría tirar lo que es importante para mí.

—Si le importaras de verdad, se alejaría de ti. ¿No te parece suficiente el daño que te ha hecho? —estalló mi padre con la vena de la frente hinchada.

Todos contemplaban la escena en silencio absoluto. Me había pasado la mayor parte de la vida cediendo en estos casos, pero siempre sobre cosas que no tenían mucha importancia. Esto era distinto. Ahora se trataba de mi vida.

—Te equivocas, papá.

—¿Has perdido los papeles, Evelyn!

—No.

Volví la cabeza, miré a mi esposo y me salió todo lo que debería haberle dicho hace tiempo.

—No, no los he perdido. Es más, soy la mujer más afortunada del mundo entero.

A David se le iluminaron los ojos con una sonrisa. Se mordió el labio inferior, intentando en vano contener el semblante de felicidad ante la furia de mis padres.

—Eso es lo que soy —repetí. Se me llenaron los ojos de lágrimas y por una vez me dio igual todo el mundo.

Entonces David echó hacia atrás en la silla y se levantó, sin dejar de mirarme. La promesa de amor incondicional y apoyo en sus ojos fue toda la respuesta que necesité. En ese preciso momento, supe que todo iba bien, que estábamos bien y siempre lo estaríamos si permanecíamos el uno junto al otro. Se me disiparon todas las dudas. Dio la vuelta a la mesa y se puso a mi lado, en silencio.

¡Vaya cara pusieron mis padres! Ellos siempre decían que era mejor arrancar una tirita de golpe, así que eso hice.

—No quiero ser arquitecta.

Me sorprendió el alivio que sentí al verbalizarlo por fin. Creo que me cruzieron las rodillas. Ya no había marcha atrás. David me tomó la mano y la apretó.

Mi padre me miró parpadeando, incrédulo.

—No hablarás en serio.

—Eso me temo. Ese era tu sueño, papá, no el mío. Jamás debería haberte hecho caso. Lo lamento. Ahora lo sé.

—¿Y a qué te dedicarás, a servir cafés? —preguntó mi madre, alzando por primera vez la voz.

—Sí.

—Esto es ridículo. ¡Hemos invertido tanto dinero en ti! —gritó, con los ojos parpadeando de ira.

—Os lo devolveré. Tranquilos.

—¡Menuda locura! —exclamó mi padre, con una palidez mortal—. Todo es culpa suya, de esos músicos...

—No —le interrumpí—. De hecho, es cosa mía. David simplemente me hizo cuestionarme qué es lo que deseaba de verdad, él quería que fuera una persona mejor. Lo he hecho muy mal al intentar encajar en tu plan todo este tiempo.

—Creo que deberías irte, Evelyn. Piensa detenidamente sobre todo esto. Hablaremos cuando hayas recapacitado.

Pero no iba a cambiar nada. Mi estatus de hija buena había dado un vuelco por completo.

—Papá, has olvidado algo: decirle que, independientemente de lo que decida, la seguirás queriendo —dijo Nathan. Se levantó y retiró la silla de Lauren—. Nos vamos nosotros también.

—Bueno, ella ya lo sabe... —farfulló mi padre avergonzado.

—No, no lo sabe. ¿Por qué crees que lleva tanto tiempo haciendo lo mismo que tú, imitándote?

—Eso es ridículo.

—Nate tiene razón —repuse—. Lo hacía para ser una buena hija. Pero supongo que todo el mundo crece y decide por sí mismo.

Mi padre me dirigió una mirada aún más fría.

—Ser adulto no consiste en darle la espalda a tus planes, sino en afrontar las responsabilidades.

—Pero seguir tus planes no es responsabilidad mía —contesté. Me negaba a ceder en esto. Esos días ya se acabaron—. No puedo ser tú, papá. Lo siento, me ha costado muchos años y mucho dinero de vuestros ahorros darme cuenta de ello.

—Evelyn, solo queremos lo mejor para ti —dijo mi madre.

—Lo sé, pero soy yo la que debo decidirlo. Y mi marido no va a ninguna

parte sin mí, tenéis que aceptarlo.

—Gracias por la cena —dijo Nate, y besó a mamá.

—Algún día, cuando tengáis hijos, lo comprenderéis.

Estas fueron las palabras que pusieron fin a la conversación, aunque mi padre siguió sacudiendo la cabeza y suspirando. Me sentía tremendamente culpable por decepcionarles, pero no tanto como para volver a mi comportamiento anterior. Había llegado a una edad en la que comprendí que los padres también eran seres humanos, no tan perfectos ni omnipotentes como pensaba de pequeña, sino que podían cometer errores, como yo.

Recogí mi bolso, era hora de irse.

David saludó con la cabeza a mis padres y me acompañó hasta la puerta. El nuevo y brillante Lexus Hybrid plateado nos esperaba aparcado. No era un sedán grande como los que usaban Sam y los otros guardaespaldas, sino uno más fácil de usar. Nate y Lauren se montaron en su automóvil también.

Mis padres nos observaban desde la entrada de la casa. David me abrió la puerta y me monté en el asiento del copiloto.

—Lamento cómo se ha portado mi padre. ¿Te ha molestado?

—No.

Cerró la puerta y se ajustó el cinturón de seguridad.

—¿No? —dije—. ¿Eso es todo?

Asintió.

—Es tu padre. Es normal que se preocupe.

—Pensaba que echarías a correr, visto el panorama...

—¿En serio?

—No. Lo siento, he dicho una estupidez.

Observé a mi antiguo vecino pasar, el parque donde tantas veces había jugado y el camino que tomaba para ir al colegio.

—Así que he dejado la universidad...

Me miró de reojo.

—¿Y cómo te sientes?

—Dios, no lo sé. Me da vértigo. Me tiemblan las manos y los pies. No sé lo que estoy haciendo.

—¿Sabes lo que quieres hacer?

—En realidad no.

—Pero sí sabes lo que no quieres.

—Sí —respondí con decisión.

—Pues ya tienes por dónde empezar.

La luna llena se alzaba en el cielo y las estrellas brillaban. Mi existencia había cambiado por completo... Una vez más.

—Ahora estás oficialmente casado con alguien que ha dejado los estudios y se gana la vida sirviendo café. ¿Qué te parece?

David me tomó la mano y la apretó delicadamente.

—Si quisiera dejar el grupo, ¿qué te parecería?

—Que es decisión tuya.

—Y si quisiera rechazar todo el dinero, ¿qué dirías?

—Tú lo has ganado, es decisión tuya. Supongo que tendrías que venir a vivir conmigo, y te aseguro que el apartamento que podría permitirme con mi salario sería pequeño. Minúsculo.

—Pero aun así ¿me aceptarías?

—Sin dudarlo.

Le apreté la mano en un intento de que me transmitiera parte de su fuerza.

—Gracias por haberme apoyado antes.

—Ni siquiera dije nada.

—No hacía falta.

—Me llamaste «tu esposo» —pronunció con aire gracioso.

Asentí con el corazón en un puño.

—No te he besado hoy en el estudio porque pensaba que aún había muchas cosas en el aire y no era correcto, pero quiero besarte ahora mismo —prosiguió más serio.

—Por favor.

Nos desviamos de la carretera y apagó el motor. Se acercó y me besó. Sentí sus labios cálidos, familiares, los únicos que quería y deseaba. Me rodeó la cara con las manos y me acercó más. El beso era dulce y perfecto: una promesa que no romperíamos esta vez. Habíamos aprendido de los errores y continuaríamos aprendiendo toda nuestra vida. En eso consistía el matrimonio.

Enredó las manos en mi pelo y yo enlacé mi lengua con la suya. Necesitaba su sabor tanto como el respirar. El tacto de sus manos sobre mí eran la promesa de todo lo que estaba por venir. Lo que comenzó como una afirmación se aceleró a la velocidad de la luz. El gemido que soltó... Dios mío. Quería oírlo durante el resto de mi vida. Le agarré por la camiseta para acercarle más y más. Teníamos mucho tiempo que recuperar.

—Tenemos que ir a otro sitio —me dijo.

—¿En serio? —pregunté con jadeos.

—Me temo que sí. Vamos, esposa más afortunada del mundo.

—Mis padres estuvieron a punto de estallar.

—Siento mucho cómo ha salido todo esta noche.

Pasé la mano por su pelo corto y puntiagudo.

—Pero lo acepto —añadió—. Ellos son como son.

—No deberías. No tendrás que hacerlo. No pienso cruzarme de brazos y...

Me calló con un beso.

Funcionó, claro. Pasó la lengua por mis dientes. Me desabroché el cinturón y me acoplé en su regazo. Nadie besaba como él. Me acarició los pechos y acarició mis pezones con los pulgares. Los pobres estaban tan duros que me dolían, y además podía sentir la erección de David en mi entrepierna. Nos besamos hasta que un automóvil lleno de niños pasó por nuestro lado, haciendo resonar el claxon. Se ve que nuestra sesión de rollo era bastante visible desde el exterior, a pesar de los cristales tintados. Eso era tener estilo.

—Vámonos —dijo, jadeando—. Dios, me ha encantado apoyarte esta noche. Ha sido muy intenso, estoy orgulloso de cómo te has desenvuelto con tus padres. Lo has hecho muy bien.

—Bueno. ¿Crees que lo comprenderemos cuando tengamos niños, como ha dicho mi madre?

—Nunca hemos hablado de este tema. ¿Quieres tener hijos?

—Algún día. ¿Y tú?

—Sí, algún día. Cuando pasemos unos merecidos años a solas.

—Muy bien. ¿Me enseñas tu apartamento?

—Nuestro apartamento —recalcó—. Por supuesto.

—Creo que necesitarás quitarme las manos de los pechos para conducir hasta allí.

—Mmm... qué pena —contestó. Me apretó los pechos una vez más antes de sacar las manos de la camiseta—. Y tú tendrás que volver a tu asiento.

—Eso está hecho.

Me ayudó a regresar a mi sitio y me volví a abrochar el cinturón mientras él respiraba profundamente. Se incorporó en el asiento e intentó ponerse cómodo.

—Esto es una tortura —se quejó.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

—Ya sabes lo que has hecho.

—No sé de qué me hablas.

—Ni se te ocurra hacerte la tonta —me dijo, mirándome con los ojos entornados—. Lo hiciste en Las Vegas, en Monterrey y en Los Ángeles. Ahora lo estás haciendo en Portland. No puedo llevarte a ningún sitio.

—¿Estás hablando de tu bragueta? Porque el único que puede controlar cómo reacciona ante mí eres tú, amigo.

Soltó una carcajada.

—Nunca me he podido controlar contigo. Jamás —dijo.

—¿Por eso te casaste conmigo? ¿Porque te sentiste desamparado sin mí?

—Me haces temblar de miedo, te lo aseguro —contestó. Su sonrisa sí que me hizo temblar—. Pero me casé contigo, Evelyn, porque le das sentido a mi vida. Ambos lo hacemos. Estamos mucho mejor juntos que separados, ¿te has dado cuenta?

—¡Ya te digo!

—Oye, ¿vamos a casa ya? —dijo, insinuante.

Estoy seguro de que se saltó varios límites de velocidad durante el camino. Estaba pletórico.

El apartamento estaba solo a dos manzanas de la cafetería de Ruby, en un edificio alto y antiguo de ladrillo marrón con detalles tipo art decó en las puertas de vidrio.

David introdujo un código y entramos en un vestíbulo de mármol blanco. Una estatua se alzaba en una esquina, y había cámaras de seguridad en el techo. No me dio tiempo de fijarme mejor, porque me empujaba bromeando hacia delante. Tuve que correr para escaparme de sus garras.

—Vamos —Se apresuró mientras llamaba el ascensor.

—Qué bonito. Es impresionante —dije, mirando al techo.

Pulsó el botón hasta el último piso.

—Espera a ver nuestra casa. Te mudarás pronto, ¿no?

—Sí.

—Ah, de momento tendremos visita mientras terminamos de grabar el disco. Unas cuantas semanas más, probablemente.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos en el recibidor. Y en cuestión de segundos se agachó e inesperadamente me alzó en brazos. Me pilló desprevenida, como la primera vez.

—Ya hemos llegado, señora Ferris.

—¡Hey!

—Te tengo bien sujeta, cariño. Hora de volver a pasar por el umbral en brazos.

—David, llevo falda.

Aunque la prenda me llegaba por las rodillas, no me apetecía impresionar a sus invitados y a los miembros de la banda, exhibiendo mi ropa interior. Si podía evitarlo, claro.

—Lo sé. Por cierto, ¿te he dicho que te quiero?

Sus botas negras resonaban por el suelo de mármol. Aproveché la oportunidad de agarrarle el culo solo porque podía. Mi vida era jodidamente fantástica.

—¡Oye, no llevas ropa interior! —exclamé.

—No me digas...

Noté que me pasaba la mano por el trasero.

—Tú sí, por suerte. ¿Qué llevas puesto, cariño? Por el tacto parecen *shorts* de hombre.

—Creo que no los has visto.

—Sí, vamos a cambiar eso muy pronto. Créeme.

—Me parece bien.

Escuché una puerta abrirse y el mármol se transformó en un suelo de madera negro y reluciente. Las paredes eran blanquísimas y escuché voces masculinas reírse y soltar palabrotas. Había música de fondo, creo que Nine Inch Nails. Nate ponía esta música en el apartamento, eran de sus favoritos.

Ni qué decir que el apartamento era espectacular. Sillas de comedor de ébano y sofás verdes, muchísimo espacio, fundas de guitarra aquí y allá... Un lugar precioso y muy habitable. Un hogar.

Aquello era nuestro hogar.

—Has secuestrado a una muchacha, lo cual mola pero es ilegal, Dave. Probablemente tengas que liberarla.

Vi aparecer a Mal.

—Hola, mujercita. ¿No me das un beso de bienvenida?

—Apártate de mi mujer, baboso —le dijo David empujándole con una bota—. Búscate una.

—¿Por qué demonios querría casarme? Eso es para locos como vosotros. Y aunque me encanta vuestra locura, no seguiré vuestros pasos ni de coña.

—¿Quién diablos iba a casarse con él? —preguntó una voz desde el fondo. Era Jimmy—. ¿Qué tal, Ev?

—Hola, Jimmy —saqué una mano de los *jeans* de mi marido y le saludé—. Hermano, ¿es necesario que esté bocabajo?

—Pues sí. Es nuestra noche de boda—anunció mi marido.

—Entendido —respondió Mal—. Vamos a buscar a Ben, Jimmy. Iba a ir al

japonés a comer.

—Vale. Hasta luego, colegas.

—¡Adiós! —me despedí con otro saludo.

—Buenas noches, Evie.

Mal se fue también y nos dejaron a solas.

—Por fin —dijo David, y avanzó por el pasillo conmigo a cuestras y del revés —. ¿Te gusta la casa?

—Lo que puedo ver de ella... me parece increíble. Sí.

—Muy bien, te enseñaré el resto luego. Lo primero es lo primero. Quiero que me enseñes esa ropa interior tuya.

—No creo que te quede bien, si es lo que esperas.

Me dio un azote en el trasero como un rayo candente, aunque me asustó más que otra cosa.

—¡Por Dios, David!

—Solo te estoy calentando, cariño.

Entró en la última habitación del pasillo y abrió la puerta de una patada. Sin previo aviso, me dejó caer contra una cama enorme. Mi cuerpo rebotó graciosamente en el colchón. La sangre me subió a la cabeza y todo me dio vueltas. Me aparté el pelo de la cara y me apoyé sobre los codos.

—No te muevas —me indicó.

Se quedó a los pies de la cama mientras se quitaba la ropa. Dios, tenía la mejor vista del mundo, y en primera fila: David desnudándose. Cuando se quitó la camiseta supe realmente que no era la más afortunada del mundo, sino de la galaxia entera. Esa era la verdad. Y no solo porque era increíblemente guapo y yo era la privilegiada que le veía hacer esto, sino por cómo me miraba: lleno de deseo, pero también de amor.

—No adivinarías cuántas veces te imaginé la semana pasada tumbada en esta cama. La de veces que estuve a punto de llamarte.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿Y tú?

—No volvamos a hacer eso jamás.

—No, nunca.

Trepó por la cama y deslizó los dedos por mis muslos y mi falda, subiendo cada vez más y más. Sin dejar de mirarme, me bajó los *shorts* masculinos. Obviamente no estaba interesado en mi ropa interior, tenía sus prioridades.

—Dime que me quieres —susurró.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero.

—He echado demasiado de menos tu sabor —dijo. Me abrió las piernas y dejó mi sexo expuesto—. A lo mejor me paso unos días con la cabeza metida entre tus piernas, ¿te importa?

Oh, Dios. Me acarició la cara interna del muslo con la barba y me provocó escalofríos. No podía ni hablar.

—Dilo otra vez —me pidió.

Tragué saliva con dificultad, intentando recomponerme.

—Estoy esperando...

—Te... te quiero.

Mi pelvis se sacudió ante el primer roce de su lengua. Me temblaba todo el cuerpo.

—No pares.

Me separó los labios vaginales con la lengua, deslizándose por ellos y lamiéndolos intensamente. Sentía su boca dulce y firme y la escalofriante sensación de su barba.

—Te quiero, te quiero —repetí.

Me levantó por las nalgas y me acercó más a su boca.

—Otra vez.

Murmuré algo y debió de ser suficiente, porque no se detuvo ni volvió a hablar más. Me atacó sin miramientos. Trabajaba con la boca, con los labios, con la lengua, me volvía completamente loca. Sentía un impulso crecer en mi interior a medida que continuaba hasta que noté la electricidad recorriéndome la columna vertebral.

No recuerdo cuándo comencé a sacudirme, pero me abandonaron las fuerzas y mi espalda golpeó el colchón varias veces. Pasé las manos por su pelo y me agarré a las puntas engominadas.

Era demasiado, no supe si quería acercarme más o alejarme. De cualquier manera, sus manos me mantenían pegada a él. Todos mis músculos se tensaron y mi boca se abrió en un grito ahogado. Me estalló la cabeza y me inundó el orgasmo una y otra vez.

Cuando mi corazón se relajó, abrí los ojos. David se acurrucó entre mis piernas. Se había quitado los pantalones y su erección era muy visible.

—No puedo esperar más.

—¿Quién te ha dicho que lo hagas?

Estreché las piernas alrededor de sus caderas. Una de sus manos se quedó en

mi trasero y lo elevó. Pero no se apresuró. Ambos estábamos quietos y medio vestidos, él abajo y yo arriba. No había más tiempo que perder.

Me penetró tan despacio que me dejó sin respiración. Lo único que importaba era la sensación, y Dios mío, ¡qué sensación! Le notaba fuerte dentro de mí, pero delicado por fuera. El sudor de su pecho brilló bajo la luz tenue y los músculos de los hombros se le marcaban.

—Eres mía.

Solo pude asentir.

Contempló cómo se movían mis pechos bajo la camiseta a cada embestida suya y me sostuvo fuerte por la cadera. Me agarraba a las sábanas intentando buscar apoyo para poder moverme yo también. Estaba fuera de sí, con la boca húmeda. Esto era lo único real, él y yo. Todo lo demás en este mundo podría ir y venir, pero yo ya había encontrado algo por lo que merecía la pena luchar.

—Ven aquí.

Me incorporó y me puso contra él con tanta fuerza que me ardieron los músculos. Le rodeé el cuello con los brazos y me acopló hábilmente sobre su polla.

—Te quiero, Ev.

Deslizó las manos por la parte trasera de mi camiseta. Nos movimos al unísono, jadeando a la vez, con la respiración fusionada en una. El sudor nos cubría la piel, la falda se me pegaba al cuerpo. Noté un calor sofocante de nuevo.

No aguanté mucho en esa postura, no si me seguía embistiendo de esa manera. Me lamió el cuello y me estremecí, no tarde en llegar al orgasmo de nuevo. No quería olvidar jamás sus jadeos y la manera que tenía de pronunciar mi nombre.

Después nos tumbamos en la cama. No quería dejarme ir, así que cubrió mi cuerpo con el suyo y su peso me hundió un poco. Notaba el tacto de su boca. No quería moverme, tan solo quedarnos así para siempre.

Pero de hecho, tenía algo que hacer.

—Dame la bolsa —dije, y me liberé de él.

—¿Para qué?

—Tengo que hacer algo.

—¿Qué puede ser más importante que esto ahora?

—Date la vuelta.

—Está bien, pero más te vale que merezca la pena.

Relajó el cuerpo y me dejó darle la vuelta. Rodé por el colchón e intenté recolocarme la falda al mismo tiempo. Tuvo que gustarle lo que vio porque me

atrapó gimiendo.

—Vuelve aquí, esposa mía.

—Un momento.

—Qué bonito se ve mi nombre en tu trasero. Queda perfecto.

—Me alegro.

Conseguí bajarme del colchón y ponerme bien la ropa. El mes que habíamos pasado separados ni me di cuenta del tatuaje, pero ahora me alegraba de su existencia.

—Quítate la falda.

—Espera.

—Y la camiseta también. Nos queda mucho por hacer.

—Voy, un momento. Yo también echaba de menos los abrazos sin camiseta.

David había lanzado mi bolso a una sillón de terciopelo azul. No sé quién había decorado el apartamento, pero desde luego era un trabajo magnífico, precioso. Ya lo vería después, ahora tenía algo importante que hacer.

—Te he comprado un regalo después de estar en el estudio.

—¿Ah, sí?

Asentí y busqué el tesoro en mi bolso.

Bingo. La preciosa cajita estaba donde la había dejado. Caminé hacia él con la mano en la espalda y una gran sonrisa en mi cara.

—¿Qué llevas ahí escondido?

Saltó de la cama y se quitó los pantalones. David estaba desnudo y perfectamente desaliñado ante mí. Me miró como si yo fuera todo para él. Y entonces supe que no necesitaría a nadie más en lo que me quedara de vida.

—Evelyn...

De repente me sentí tímida e insegura. Seguro que me había puesto roja hasta las orejas.

—Dame la mano izquierda —Sonrió.

Se la ofrecí.

Abrió la caja y le puse el anillo de platino. Ahí estaban todos mis ahorros. Perfecto. Caminaría todo el invierno y me congelaría el trasero, pero estaba feliz. David era más importante que sustituir mi viejo automóvil.

El anillo tapaba parte de su tatuaje «*Vive libre*». Mierda, no había caído en eso, seguro que no querría llevarlo puesto.

—Gracias.

Le estudié la cara para analizar su sinceridad.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—¿De verdad? Porque no he pensado en el tatuaje, pero...

Me calló con un beso.

Adoraba esa costumbre que había tomado. Entrelazó la lengua con la mía y cerré los ojos, sin ninguna preocupación. Me besó hasta que no me quedó duda alguna sobre lo bien que había elegido el anillo. Me quitó la camiseta.

—Me encanta mi anillo —dijo. Me besó el cuello. Me desabrochó el sujetador y liberó mis pechos. Después se centró en la falda, bajó la cremallera lentamente. Y no se detuvo hasta que me dejó tan desnuda como él—. No me lo voy a quitar nunca.

—Me alegro de que te guste.

—Sí. Y necesito que te tumbes para demostrarte lo mucho que me gusta. Después volveremos al anillo, te lo prometo.

—Tranquilo. No hay prisa —dije, ladeando el cuello para ofrecérselo mejor—. Tenemos toda una vida.

CAPÍTULO 22

Habíamos quedado con Amanda, Jo y otras amigas en un bar del centro. Me agitaba en un permanente estado de nerviosismo. Emocionada, contenta y mil emociones más que no podía procesar, pero en ningún momento albergaba la duda. Nunca.

Hablé con Ruby sobre lo de continuar con los turnos extra en la cafetería y quedó encantada. Resultó que sus despistes del día anterior se debían a que se enteró de que estaba embarazada, así que no le pudo venir mejor que yo dejara la universidad. Ya volvería más adelante. Me atraía la idea de la enseñanza, pero tampoco lo sabía. Ya habría tiempo.

El bar era uno de los más pequeños y no quedaba lejos de nuestra casa. Una cuarteto de *rock* tocaba clásicos del *grunge* en una esquina. Jo nos hizo un gesto de saludo cuando nos vio. Conocer a David era algo importante para ella. Saltaba como un cachorrito.

—David, qué gran placer —repetía una y otra vez.

Eso fue todo. Amanda, sin embargo, no reaccionó con la misma intensidad, pero al menos era silenciosa, no como mis padres. Agradecí que se preocupara por mí, tan solo tendría que acostumbrarse a la presencia de mi marido.

David nos pidió unas bebidas y se sentó a mi lado. La música estaba demasiado alta para poder charlar. Poco después, Lauren y Nate llegaron. David y mi hermano habían firmado un frágil acuerdo de paz, lo cual agradecía.

David se me acercó.

—Quiero preguntarte algo.

—Dime.

Me pasó una mano por la cintura y me atrajo con delicadeza hacia él. Le facilité las cosas sentándome en su regazo. Me abrazó con una sonrisa.

—Señora Ferris...

—Señor Ferris... ¿Qué desea preguntarme?

—¿Le gustaría escuchar alguna de las canciones que escribí para usted?

—¿En serio? ¡Me encantaría!

—Guay.

Dejó caer la mano por la espalda de mi vestido negro.

Me lo puse porque era su color preferido, claro, y porque sospechaba que el escote en forma de V le encantaría. Esa noche solo tenía la intención de complacer a mi marido. Ya tendríamos tiempo de patearnos el trasero más adelante, pero esa noche no. Estábamos todos de absoluta celebración.

Lauren y Nate subieron a la pista de baile, y Amanda y Jo los siguieron, dejándonos en nuestra charla privada. Tenía el mejor hermano y la mejor amiga del mundo. Todos se echaron las manos a la cabeza con mi nuevo plan de futuro. Me abrazaron, no dijeron ni una sola palabra sobre quién había motivado el cambio. Cuando Lauren contó su versión de cómo David se puso de mi parte en la cena, vi que Amanda le hacía un gesto de aprobación con la cabeza. Eso me infundió grandes esperanzas. Su criterio era muy importante para mí.

Incluso llamé a mi madre aquella tarde. La conversación fue breve, pero le había hecho feliz. Al fin y al cabo seguíamos siendo una familia.

David me devolvió mi anillo la noche anterior. Su lista de cosas que hacer conmigo era bastante larga. Por ejemplo, desayunamos helado mientras veíamos amanecer. La mejor noche de mi vida.

Me sentía muy bien con el anillo de nuevo en mi dedo, era simplemente perfecto. Tal y como me prometió, no se quitó el suyo. Se sintió muy orgulloso al enseñárselo a su hermano cuando salí de repente en busca de café a mediodía. Y ya con el chute de cafeína, David y Jimmy me ayudaron con la mudanza. Mal y Ben estaban atareados en el estudio. Nate y Lauren colaboraron también. A pesar de sus quejas de que me echarían de menos, creo que estaban deseando tener el apartamento para ellos solos. Realmente hacían muy buena pareja.

—Quiero preguntarte algo —dijo David.

—La respuesta es: sí a todo y a cualquier cosa contigo.

—Menos mal, porque quiero que trabajes como mi asistente personal, cuando no estés en la cafetería, claro. Porque sé que quieres dedicarte a eso.

—David...

—Eso o deja que devuelva el dinero de la universidad a tus padres para que no le des más vueltas y se queden tranquilos.

—No —dije con determinación—. Gracias, pero necesito hacerlo yo. Y creo

que mis padres tienen que verlo.

—Sabía que dirías eso, pero tienes que ganar mucho dinero para eso, cariño, y si aceptas un nuevo trabajo, no nos veremos nunca.

—Tienes razón, pero ¿crees que es una buena idea que tú y yo trabajemos juntos?

—¡Claro! Eres muy buena organizando, y eso es lo que necesito. Se trata de un trabajo de verdad y quiero que lo desempeñes tú. Si vemos que empieza a interferir entre nosotros, ya pensaremos en otra cosa, pero sobre todo... — Adoptó un gesto teatrero—... lo hago para pasar más tiempo juntos y tener sexo en el trabajo.

Me reí.

—¿Promete acosarme sexualmente, señor Ferris?

—Por supuesto. ¿Qué pensaba, señora Ferris?

Le di un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias por pensarlo. Me encantará trabajar para ti.

—Y si decides regresar a la universidad, le pediré a Adrian que encuentre a una sustituta. Pero mientras tanto estaremos bien.

—Jamás se me habría ocurrido un plan mejor.

—Vaya, gracias. Significa mucho para mí viniendo de ti.

Miró hacia el bar donde Mal, Jimmy y Ben habían quedado. No sabía que iban a unirse a nosotros. Ahora Jimmy se mantenía alejado de las discotecas y los bares.

—Vaya, han llegado justo a tiempo.

David se volvió hacia la banda. Tocaban un tributo a Pearl Jam.

—Quédate aquí —me dijo, acompañándome a un asiento.

Se dirigió hacia sus compañeros, y de repente se aproximaron al escenario. La verdad es que era impresionante ver a los cuatro juntos, llamaban la atención por mucho que intentaran pasar desapercibidos. Me dio la sensación de que iban a revelar su identidad allí mismo, en ese bar. Y algo así pasó: cuando el grupo acabó la última canción, David hizo un gesto al cantante para que se acercara. Dios, esto iba a ser la bomba. Me revolví en la silla de la emoción.

Hablaron durante unos instantes y el cantante llamó al guitarrista, que le prestó su instrumento a David.

Se quedaron asombrados cuando dijeron quiénes eran. Jimmy habló por señas con el cantante y subió al escenario. Mal ya tenía las baquetas del batería y le chocó la mano. Incluso el sombrero Ben sonrió cuando el propietario del bajo se lo cedió. Y así fue como subieron al escenario y pocos en el local se dieron

cuenta de lo que estaba a punto de suceder. David se hizo con el micrófono:

—Hola, amigos. Siento interrumpir —se dirigió al público y luego me buscó con la mirada—. Soy David Ferris y me gustaría tocar una canción para mi esposa, Evelyn. Espero que no os importe.

Hubo un silencio sepulcral, pero la gente de repente comenzó a aplaudir. Él me sonrió entre ese mar de gente.

—Ella... es de Portland, así que supongo que ahora ya somos vecinos. No seáis duros conmigo, ¿de acuerdo?

La multitud respondió con risas, voces y gritos.

Enseguida sus dedos se deslizaron por las cuerdas, creando la mezcla más dulce de *rock* y *country* que jamás había escuchado. Y empezó a cantar. Jimmy se le unió en los coros, en una fusión increíble.

*Pensé que podía dejarte ir,
que podías irte y
el tiempo que pasamos juntos se desvanecería,
pero paso más frío que la cama en la que yacimos.*

*Vete, si quieres, aguantaré.
Niégalo cuanto quieras, no desistiré.
Cariño, te lo prometo.*

*¿Pensaste que te dejaría ir?
Eso no sucederá jamás, lo sabes.
Tómate tu tiempo, esperaré.
Lamentando cada palabra que dije.*

La canción era sencilla, dulce, perfecta, y el estruendo, cuando terminaron, fue ensordecedor. El público gritaba y saltaba, parecía que se nos iba a caer el techo encima.

Los agentes de seguridad ayudaron a los miembros del grupo a salir. Aquello se desbocó. La gente fue llegando a medida que la canción avanzaba; por lo visto, se corrió la voz y la noticia de que los Stage Dive estaban tocando en un concierto improvisado se difundió a través de llamadas, mensajes y las redes sociales.

Una manada de fans se abalanzó hacia ellos mientras presionaban para salir.

Sentí que una mano me agarraba el brazo y vi a Sam con una sonrisa en la cara. Teníamos que huir de allí cuanto antes.

Sam y los de seguridad nos despejaron el camino hacia la puerta y la limusina. Estaba todo calculado. Nos montamos en la parte trasera del vehículo y David me apretó contra su regazo.

—Sam se asegurará de que tus amigos estén bien.

—Gracias. Creo que Portland sabe ya que estás aquí. —Me reí.

—Sí, eso parece.

—Dave, eres un auténtico embaucador —dijo Mal, moviendo la cabeza—. Sabía que ibas a hacer un numerito así. Los guitarristas sois unos pretenciosos. Si tuvieras una pizca de sentido común, señorita, te habrías casado con un batería.

Me reí y me limpié las lágrimas.

—¿Por qué demonios llora mi esposa, qué le has dicho? —preguntó David, y me apretó más contra él.

Fuera la gente se apelotonaba contra el automóvil a medida que avanzábamos.

—¿Estás bien? —me preguntó David en voz baja.

—Le he dicho la verdad: que debería haberse casado con un batería. ¡Malditos espectáculos improvisados! —se quejó Mal.

—Cállate.

—Como si tú nunca hubieses hecho algo así para impresionar a una mujer —soltó Ben.

—¿Qué sucedió en Tokio, eh? —preguntó Jimmy, que estaba tumbado en la esquina—. Recordadme lo de... ¿Cómo se llamaba?

—Oh, sí, Mierda. Aquella joven del restaurante —intervino Ben—. ¿Cuánto te costó indemnizarles por los daños?

—No se de qué estáis hablando —repuso Mal haciéndose el despistado—. David ha dicho que os callarais. Mostrad algo de respeto por su momento romántico con Evelyn, capullos.

—En fin —me dijo David—. Oye, ¿por qué llorabas?

—Porque es la número diez. Si uno de nosotros se sintiera mal y hundido, entonces esta sería su canción. Es preciosa.

—¿De verdad te ha gustado? Porque si no, la puedo quitar. No tienes que...

Me acerqué y directamente lo besé, ajena al ruido y el revuelo que se había formado a nuestro alrededor, y no dejé de hacerlo hasta que nuestros labios se quedaron insensibles.

—Cariño —dijo, limpiándome una lágrima—, siempre sabes qué decir.

Agradecimientos

En primer lugar, todas las letras de las canciones (excepto la última) son cortesía del Soviet X-Ray Record Club. Puedes encontrar más información del grupo en www.sovietxrayrecordclub.com. El término «abrazos desnudos» es cortesía del escritor Daniel Dalton.

Todo mi amor para mi familia, que fue la que sufrió, como siempre, mientras yo le daba vueltas a alguna historia para crear esto. Su paciencia es legendaria, muchas gracias. A mis amigos, inestimables, que me dieron siempre su opinión y su apoyo (ninguno más que otro, todos sois reyes por igual):

Tracey O'Hara, Kendall Ryan, Mel Teshco, Joanna Wylde, Kylie Griffin y Babette.

Muchísimas gracias a todos los blogueros que hablan de libros, por hacer lo que hacéis, especialmente a mis amigos Angie, de *Twinsie Talk*, Cath, de *Book Chatter Catch*, Maryse de *Maryse's Book Blog*, y Katrina de *Page Flipperz*. Gracias a Joel, Anne y Mark de *Momentum* por apoyarme tanto. Y un agradecimiento especial a mi editora, Sarah JH Fletcher.

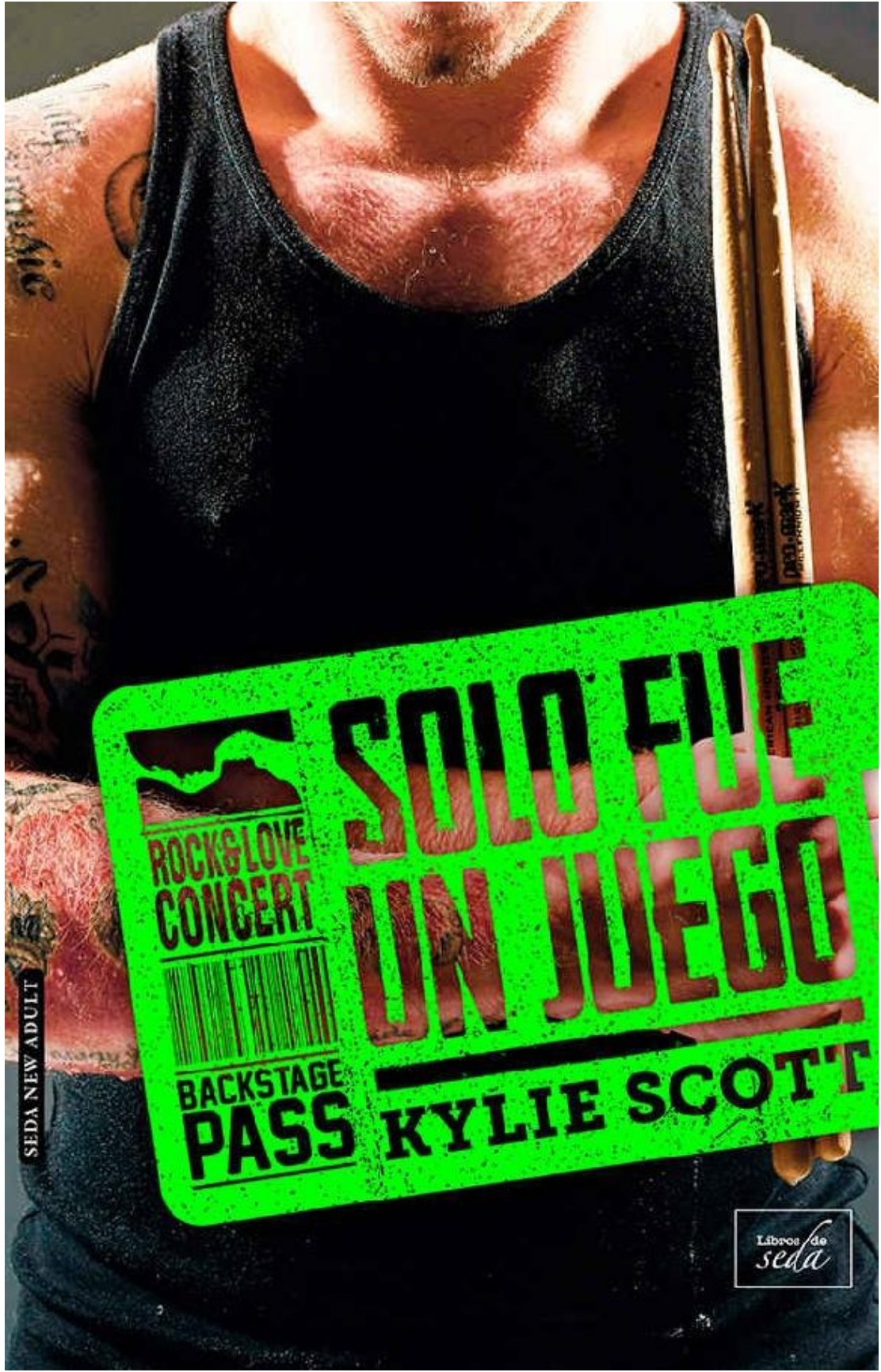
Finalmente, y no menos importante, gracias a la maravillosa gente que chatea conmigo en Twitter y Facebook y que me envía mensajes diciendo cosas bonitas sobre mis libros. A la gente que disfruta con la lectura de las historias que escribo y se toman el tiempo de escribir una reseña, GRACIAS.

SOLO FUE UN JUEGO

¿Puede un acuerdo de conveniencia entre una buena chica y un chico malo de los Stage Dive salir bien?

Mal Ericson, el batería de Stage Dive, necesita limpiar su imagen y rápido, aunque solo sea durante un tiempo. Y para conseguirlo, nada mejor que llevar del brazo a una buena chica que le haga el trabajo. Lo que no espera es que este arreglo temporal se convierta en algo permanente.

Anne Rollins nunca pensó que conocería a una estrella del *rock* como las que colgaban de las paredes de su habitación... y mucho menos en esas circunstancias. Anne está mal de dinero. Muy mal. Pero eso de aceptar que le paguen para interpretar el papel de la novia buena que sale con el batería de un grupo no puede acabar bien. ¿O tal vez sí?



rock music

SEDA NEW ADULT

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SOLD OUT
UN JUEGO

KYLIE SCOTT

Libros de
seda

SIN ARREPENTIMIENTOS

¿Y si ella fuera realmente la chica de tus sueños? ¿La dejarías escapar?

Jimmy, el cantante de los Stage Dive, está acostumbrado a conseguir lo que quiere y cuando quiere, ya sean drogas, alcohol o chicas. No obstante, un pequeño desastre que surge en forma de accidente le obliga a recapacitar: tendrá que replantearse la vida, ir a rehabilitación, y ahí conocerá a Lena, la nueva asistente que se encargará de evitarle problemas.

A Lena no le apetece la basura que puede ofrecerle el roquero sexi, y tiene muy claro que su relación con él será meramente profesional. Pero la química entre ambos le pide otra cosa... Sin embargo, cuando él va demasiado lejos, ella se marcha y es entonces cuando Jimmy se da cuenta de que, tal vez, haya perdido lo mejor que le había pasado nunca.



SEDA NEW ADULT


**ROCK & LOVE
CONCERT**



**BACKSTAGE
PASS**

**SIN
ARREPENTIMIENTOS**
KYLIE SCOTT

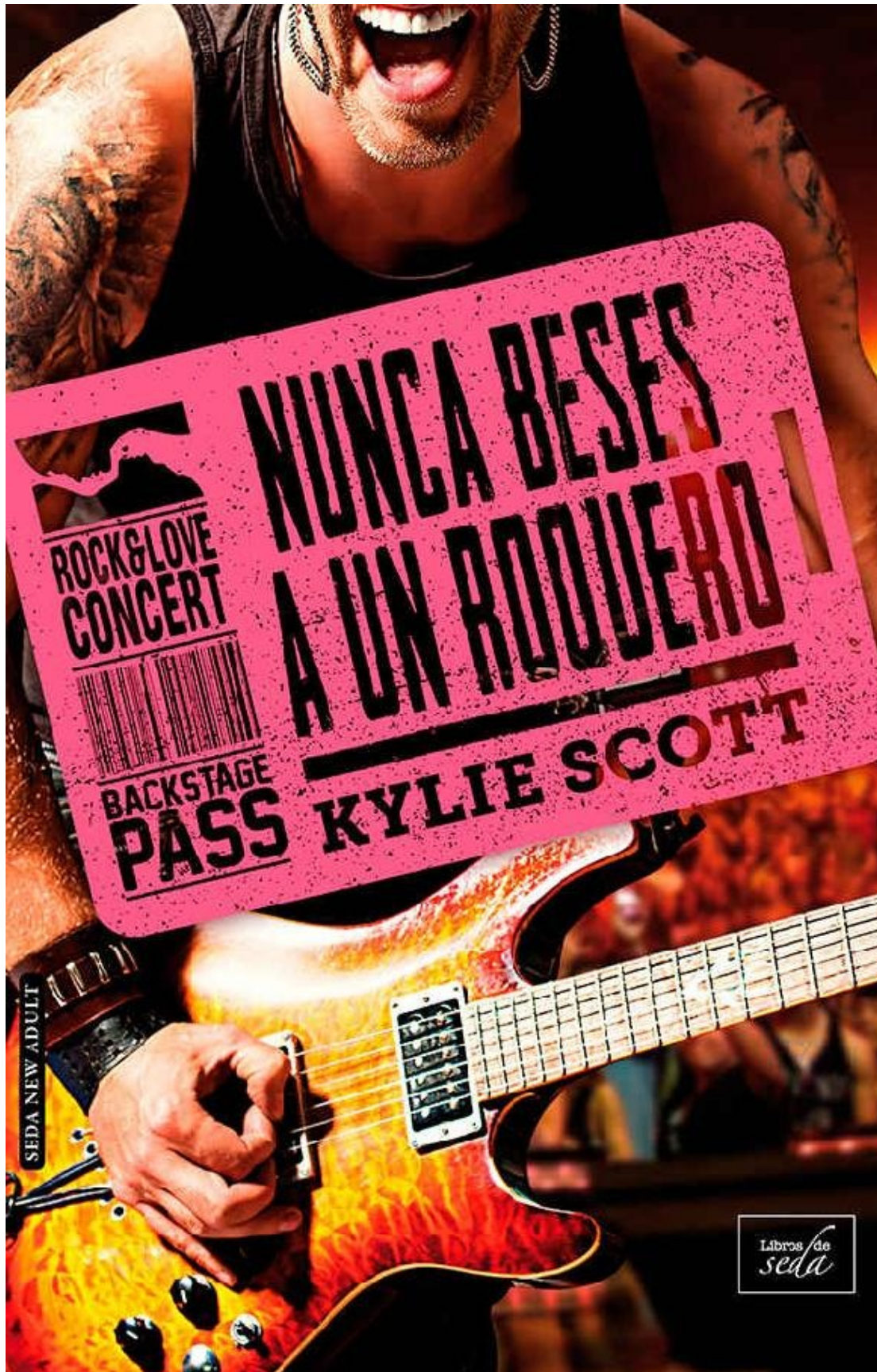
Libros de
seda

NUNCA BESES A UN ROQUERO

**Una noche de desliz con una estrella de la música unirá sus destinos.
¿Llevará eso a que sus corazones se unan también?**

Positivo. Dos rayitas en un test de embarazo y la vida de Lizzy Rollins cambiará para siempre. Solo por un error, uno de los grandes, cometido en Las Vegas con Ben Nicholson, el irresistible y sexi bajo del grupo Stage Dive. Pero ¿qué pasa si Ben es el único hombre capaz de hacer que se sienta segura, querida y al mismo tiempo le hace perder el control? Lizzy sabe que el roquero no busca nada serio, solo pasar un buen rato, y no importa cuánto ella desee que eso no sea así.

Ben sabe que Lizzy está fuera de su alcance. Es la hermana pequeña de su mejor amigo, así que no importa lo fuerte que sea la química entre ellos, ni lo dulce que sea ella. Se resistirá. Pero cuando se ve forzado a sacarla de un lío en Las Vegas, es incapaz de controlar su deseo. Las consecuencias de ese desliz van a unirles, pero... ¿para siempre?



Libros de
seda

¿QUIÉNES SOMOS?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como Argentina, Estados Unidos, México, Colombia, Ecuador, Perú, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, librosdeseda.com, o síganos por cualquiera de las redes sociales más habituales. Y si quiere leer gratuitamente los primeros capítulos de nuestros libros visite: <https://issuu.com/librosdeseda>.

